





#### ¡Ayuda al autor adquiriendo sus libros!

Este documento fue realizado sin fines de lucro, tampoco tiene la intención de afectar al escritor. Ningún elemento parte del staff del foro Paradise Books recibe a cambio alguna retribución monetaria por su participación en cada una de nuestras obras. Todo proyecto realizado por el foro Paradise Books tiene como fin complacer al lector de habla hispana y dar a conocer al escritor en nuestra comunidad.

Si tienes la posibilidad de comprar libros en tu librería más cercana, hazlo como muestra de tu apoyo.

¡Disfruta de la lectura!









# Moderación y Traducción Team Jade

Traducción

BettyS

Corazon\_de\_tinta

Ezven

Guadalupehyuga

Kalired

Laura A

Luisa1983

Molly

**RRZOE** 

Veritoj.vacio

Yira Patri

Corrección y Lectura Final Bella'

Diseño

Tolola





## Kush emery rose

# Contenido

Staff	13
Contenido	14
Sinopsis	15
PlayList	16
1	17
2	18
3	19
4	20
5	21
6	22
7	23
8	24
9	25
10	26
11	Epilogo
12	Sobre la autora







Sinopsis

Después de toda una vida siendo vigilada por los guardaespaldas de su padre, Keira Shaughnessy solo quiere su libertad e independencia, y unirse a sus hermanos perdidos.

En una búsqueda para dejar atrás su pasado, se dedica a las carreras callejeras ilegales. Le apasiona la adrenalina, la insinuación de peligro y vivir al borde de perder el control. Lo último que necesita es un detective que la siga, por muy bueno que esté o por mucho que le tiente besarlo. Otra vez.

Cuando Deacon Ramsey se cruza con Keira en una carrera callejera, sabe que debe mantenerse alejado. Ella es imprudente. Peligrosa. Una tormenta perfecta. No puede permitirse el lujo de descubrir su tapadera. Y no está convencido de poder confiar en la hija de un criminal despiadado. Pero cuando el pasado de Keira la alcanza, Deacon podría ser el único que puede salvarla.





### KUSh emery rose

Playlist

"Big Girls Cry" – Sia

"Hold Me Down" – Halsey

"Make It Rain" – Ed Sheeran

"Drive" – Deftones

"all good girls go to hell" – Billie Eilish

"Call Out My Name" – The Weeknd

"Lovely" – Billie Eilish (with Khalid)

"Knockin' On Heaven's Door" – Bob Dylan

"Edge Of Town" – Middle Kids

"I'll Keep You Safe" – Sleeping At Last







1

Kiera

Culpable. Me sorprendió, a pesar de esperarlo pues me había sentado en esta sala todos los días durante las últimas semanas escuchando testimonios. Esperaba que el jurado deliberara más. Para que el abogado de mi padre sacara un conejo de su sombrero.

La mirada de mi padre se posó en mí. No había acusación en sus ojos. Sin ira ni odio. Solo decepción. Se sentía como un cuchillo en mi estómago, retorciéndose y girando, mi convicción de que había hecho lo correcto flaqueaba. Se veía tan guapo como siempre con un traje Brioni, corbata de seda y una impecable camisa blanca. Mi padre era meticuloso con su guardarropa. Incluso su ropa informal era elegante. Nunca he visto su camisa arrugada o manchada de sudor. Ni siquiera un trozo de pelusa suelta en la chaqueta de su traje. Ronan Shaughnessy era un diablo de lengua plateada que escondía su crueldad detrás de su apariencia de estrella de cine de Hollywood y su sonrisa encantadora. Su juicio y los meses previos a él habían sido tema de todos los periódicos, canales de televisión y tabloides del país.

Mientras le colocaban las esposas en las muñecas, tracé las palabras tatuadas en el interior de mi muñeca. "Sé honesta contigo misma". No muy original, pero las palabras de Bard eran adecuadas. Le pedí a mi hermano Connor que entintara las palabras unos días antes de venir a Miami. Desde entonces, las he trazado cientos de veces. Tratando de encontrar fuerzas. Tratando de creer que había hecho lo correcto. Para mí. Para mis hermanos. Para mi madre, que estaba sentada a mi lado, pero tan fuera de mi alcance, bien podría haber estado en otro planeta. Ella solo me había dicho un puñado de palabras en todos los días que habíamos estado aquí y apenas había reconocido a Killian y Connor.

Ahora, los sollozos sacudían su cuerpo, su dolor era visible para todos los que estaban sentados en esta sala del tribunal mientras se llevaban al amor de su vida esposado. El hombre por el que había sacrificado todo había sido puesto de rodillas por su propia hija. *Su* propia hija.





—Mamá —le dije, con voz baja—. Por favor... —Ni siquiera pude terminar la oración. No sabía lo que estaba suplicando. Perdón. Comprensión. Su amor. Enderezó su columna y se secó las lágrimas, sus brillantes ojos azules se encontraron con los míos. Mi madre era hermosa en la forma en que las estatuas de mármol en un museo son hermosas: frías, inflexibles e intocables.

—Adiós, Keira. Cuídate. —No hubo calidez en su voz, ninguna indicación de que le importara lo que me sucediera. Quizás nunca lo había hecho.

Adiós, Cuidate.

Su rostro neutral, no mostraba ninguna emoción y, a excepción de su delineador de ojos manchado, no había señales de que estuviera de duelo. Esa muestra de dolor había sido poco común para ella, y ahora lamentaba haber dejado que alguien la viera.

Se giró hacia mis hermanos por primera vez reconociendo su presencia y les dio un breve asentimiento antes de salir de la sala del tribunal, con la cabeza en alto y la espalda erguida. Elegante y regia. La reina de mi padre. Mientras la veía irse, supe que nunca la volvería a ver. Me estaba sacando de su vida tal como lo había hecho con mis hermanos hace más de veinte años. Ahora, se fue sin mirar atrás mientras yo permanecía fija en mi lugar, mis ojos pegados a la puerta por la que acababa de salir.

Mi mirada se dirigió a Connor y Killian, tan guapos con sus trajes y corbatas. Altos y fuertes, me apoyaron en todo. Se parecían mucho a mi madre: cabello oscuro, piel aceitunada y ojos del mismo tono de azul. Técnicamente, eran mis medio hermanos, pero éramos familia en el verdadero sentido de la palabra. Ellos me amaban y yo los amaba. Era así de simple y así de complicado.

- —Lo siento —susurré. Me estaba disculpando por mi madre. Por mi padre. Por todo lo que habían sufrido por culpa de mis padres. Dejados por mi madre para valerse por sí mismos cuando eran solo niños, fueron criados por un borracho abusivo que escondía sus crímenes debajo de una placa.
- —No tienes nada qué lamentar —dijo Connor, con una suave sonrisa en su rostro. Lo adoraba. Era mi confidente, nuestro vínculo se forjó hace dos años cuando vino a Miami a buscar a mi madre. Su madre y la de Killian. En ese momento, ni siquiera sabía que era mi hermano. En ese momento, él estaba resentido conmigo por haberla tenido en mi vida. Pero todo eso había cambiado.
- —No vinimos aquí por ella —me dijo Killian, con un tono duro en su voz—. Estamos aquí por ti. —Siete años mayor que yo, Killian era la piedra. El protector. El luchador.





### Kush emery rose

—Bueno, al menos no tendrás que posponer la boda —le dije, tratando de mejorar el estado de ánimo. Encontrando un lado positivo en todo este lío. Killian se casaría con Eden en diez días. Había encontrado a una mujer que era perfecta para él y también Connor, quien regresó con su novia, Ava. Mis hermanos finalmente estaban felices. Nadie merecía la felicidad más que ellos.

—¿Lista? —preguntó Connor, aflojándose la corbata y desabrochando los dos botones superiores de su camisa. Odiaba sentirse contenido y estaba listo para salir corriendo, sus ojos enfocados en la salida como si no pudiera irse de aquí lo suficientemente rápido.

No estaba lista, pero asentí. Sabía lo que nos esperaba fuera del palacio de justicia federal. Un mar de periodistas, esperando una declaración o una foto que vendiera sus periódicos. Me recordé que solo hacían su trabajo y que todos tenían que ganarse la vida de alguna manera. Las sensacionales noticias de hoy serían olvidadas mañana cuando llegara la próxima historia candente o escándalo.

Los tres nos pusimos nuestras gafas de sol para protegernos del deslumbrante sol de junio. Miami estaba en su momento más brutal durante el verano. El calor, la luz del sol y los colores vibrantes se intensificaron hasta que fue casi demasiado. Tomé una profunda bocanada de aire viciado antes de salir del juzgado, flanqueada por mis hermanos. Hoy me puse un vestido tubo de Prada gris perla y tacones Louboutins, mi cabello alisado en un elegante moño. Clásico, sobrio, elegante y caro. No me parecía en nada a mí. Parecía la hija de mi padre. Todos los días me vestía para él, usando la ropa de diseñador que una vez llenó mi armario, en su mayoría sin usar, algunas con las etiquetas todavía puestas. Tan pronto como regresara a Brooklyn, todos iban a la tienda de segunda mano.

En lugar de agachar la cabeza avergonzada, sonreí para las cámaras. La sonrisa deslumbrante que heredé de mi padre. La sonrisa que escondía multitud de pecados. Nos negamos a comentar, incluso cuando saltaron frente a nosotros, apiñándonos con sus micrófonos en la mano, una avalancha de preguntas provenientes de todos lados.

Mis hermanos los rechazaron, protegiéndome de lo peor. Mientras nos íbamos, levanté mi dedo medio a modo de saludo para hacerles saber lo que pensaba de sus preguntas invasivas y sensacionalismo.

—Buena esa —dijo Connor, incapaz de ocultar su diversión.

Killian negó con la cabeza y murmuró algo en voz baja mientras Connor y yo nos echábamos a reír. Alivió algo de la pesadez que me apretaba el pecho. Las semanas de estar sentada en una sala de audiencias congestionada, sin apenas poder respirar mientras escuchaba las cosas horribles que había hecho mi padre. Las vidas que lo había arruinado. Los medios que había utilizado para adquirir nuestro estilo de vida de lujo.





### KUSh emery rose

Una villa en Las Caimán. Una flota de autos. Un barco elegante en el puerto deportivo. Nuestra casa de Coral Gables de estilo español con sus opulentos candelabros de cristal, extensiones de mármol, antigüedades invaluables y obras de arte. El gobierno se había apoderado de sus bienes y ahora no tenía nada. Excepto los diez mil dólares en efectivo que le había dejado a mi madre en un simple sobre marrón, dinero de culpa, no tenía nada. ¿Cómo se mantendría mi madre? Ella nunca había trabajado un día en su vida.

Por supuesto, esa foto de mí dándoles el dedo medio a los periodistas sería la que adornara los periódicos: Keira Shaughnessy, salvaje hija del criminal convicto Ronan Shaughnessy dejando el Palacio de Justicia Federal de Miami con el ex campeón de UFC, Killian "The Kill" Vincent y el adicto a la heroína, Connor Vincent.

Ese no era el título exacto, pero estaba lo suficientemente cerca.

Habíamos obtenido una publicidad que ninguno de nosotros había querido. Nuestros pasados y secretos sucios desenterrados y expuestos. Había sido inevitable. Todavía éramos jóvenes, pero ya habíamos vivido mil vidas.

—Vamos a casa —les dije, las palabras me trajeron una sonrisa genuina a la cara por primera vez en semanas.

Killian desbloqueó las cerraduras de nuestra camioneta de alquiler en el estacionamiento y entramos, cerramos las puertas y apagamos el calor de Miami. Nuestras maletas ya estaban empacadas y cargadas en el maletero, listas para nuestro vuelo nocturno.

Brooklyn era casa ahora y lo había sido durante los últimos siete meses. Tenía un trabajo que amaba, trabajando para Tate en Atlas Motors. Le había convencido de que comprara y restaurara muscle cars estadounidenses que generaran ganancias. En enero, me mudé a mi propio departamento, para consternación de Killian. Si se lo hubiera dejado a él, todavía estaría en la habitación de invitados de su loft y el de Eden. Se había enojado cuando alquilé el departamento sin decírselo, pero Eden tenía una manera de alisar sus plumas erizadas y lo superó. Finalmente.

Lo más importante es que tenía mi libertad e independencia. Aunque mis hermanos a veces se volvían un poco sobreprotectores, yo había aprendido a solucionarlo. Después de toda una vida de ser perseguida por guardaespaldas, tenía recursos.

Mientras el avión despegaba y la vista de Miami se hacía cada vez más pequeña desde mi ventana, le di un último adiós a mi antigua vida.







2

Kiera

El humo ahogaba el aire de la noche, perfumado con el olor a caucho quemado y óxido nitroso. La música rap sonaba en el estéreo de un auto, borrando el sonido de los neumáticos chirriando. Era viernes por la noche y yo estaba en mi elemento, acampando en el estacionamiento detrás de un centro comercial decrépito en Queens.

Las carreras callejeras eran un deporte impulsado por la testosterona, y yo era la piloto femenina simbólica. Había otras chicas reunidas alrededor de algunos de los corredores como fanáticas, sentadas en los capós de los autos que se alineaban a ambos lados del lote vacío. El tipo con más fanáticas conducía un Camaro rojo manzana dulce. Cada vez que ganaba una carrera, se pavoneaba, con el pecho hinchado y una sonrisa de mierda en el rostro. Nunca había corrido con él, pero sabía que nuestro día se acercaba.

Se estaba besando con una rubia, sus piernas envueltas alrededor de su cintura, sus manos en su trasero. Me miró a los ojos y dejó a la chica en el suelo, empujándola cuando ella trató de rodearle el cuello con los brazos. Me dio una sonrisa arrogante, todo fanfarronería y bravuconería mientras se pavoneaba hacia mí.

Con los brazos cruzados, me apoyé contra el costado de mi Dodge Charger Hemi 1970. Negro elegante y brillante con un acabado de espejo y rayas de carreras blancas, el muscle car era mi bebé. Incluso más impresionante que el exterior con sus faros ocultos y un gran marco cromado estaba debajo del capó. Carburadores duales de cuatro barriles sobre un motor Hemi que producía 500 caballos de fuerza. Nadie se metía con mi auto.

Lo miré con cautela, sin mover un músculo mientras rodeaba mi auto. Dejó escapar un silbido bajo y se detuvo frente a mí.

—Dulce paseo. ¿Papá te lo compró?



#### Paradise BOOKS

### Kush emery rose

Técnicamente, sí. Compré el Charger después de vender el Porsche de mi padre, que tomé prestado para conducir de Miami a Brooklyn en noviembre pasado. Prestado en el sentido de que nunca lo recuperaría.

Cuando no respondí, inclinó la cabeza, estudiando mi rostro como si fuera un rompecabezas que necesitaba resolver. No me entendería. Yo era complicada. El tipo era guapo de una manera genérica y olvidable. Cabello castaño con raya lateral. Nariz recta. Dientes perfectos. Tenía un aire de derecho. En otras palabras, no mi tipo.

—Soy Tyler, por cierto. —Levantó las manos como para evitar que me presentara, lo que no había planeado hacer—. Sé quién eres, Keira Shaughnessy. Yo estaba como, maldita sea, esa chica en las noticias se parece mucho a la Chica Corredora. —Tiró del fleco de mi chaqueta de cuero negro. Resistí el impulso de apartar su mano de un golpe. Trataba de sacarme una reacción, pero no le daría la satisfacción. En cambio, le di la mirada aburrida e insolente que reservaba para tipos como Tyler. Chicos con sonrisas satisfechas y complejos de superioridad. Chicos que trataban a las chicas como si fueran solo un accesorio que se usaba y desechaba cuando algo más nuevo y brillante les llamaba la atención—. Somos tú y yo esta noche. Después de golpear tu dulce trasero... —Sonrió mientras su mirada me recorría, yo llevaba una camiseta que decía "Pelea como una Chica" debajo de mi chaqueta, pantalones de mezclilla y botas negras de motociclista. Sabía cómo me veía. Como una rebelde sin una buena causa. Como una niña rica con problemas paternos que buscaba divertirse. Su mirada volvió a mi cara—. Lo besaré mejor.

Le di una dulce sonrisa, desmintiendo las palabras que salieron de mi boca.

—Te voy a dejar en mi polvo. Estarás demasiado ocupado atragantándote con él para besarme.

Soltó una carcajada. Me irritaba los nervios como clavos en una pizarra.

—Ya lo veremos.

Z me señaló y luego a Tyler.

—Ustedes dos. Son los siguientes.

Tyler me guiñó un ojo.

—Cuídate ahí fuera, Chica Corredora. Las calles pueden volverse peligrosas.

Subí al asiento del conductor donde me sentí más como en casa. Siempre me habían gustado los autos, las motos, los aviones... todo lo que tuviese motor. Cualquier cosa que pudiera ir rápido y alejarme de todo. Me deleitaba con la sensación de libertad. Y esta noche, más que nunca, necesitaba correr.





## KUSh emery rose

A pesar de que me llevaba a casa un par de grandes cada vez que ganaba, no estaba en esto por el dinero. Todas mis ganancias se habían dividido entre mi madre y la fundación de Killian para jóvenes en riesgo. En un sobre marrón liso de un donante anónimo. Si se enterara de que soy yo y de dónde viene el dinero, me lo devolverá y pondrá fin a estas carreras. Pero lo que no sabía no le haría daño. Además, era una buena causa.

Nos alineamos en la salida y un tipo con una sudadera con capucha y jeans holgados comprobó que nuestros parachoques estuvieran alineados antes de hacer un gesto con la mano para que retrocediera un poco. Di marcha atrás hasta que levantó la mano para hacerme saber que estaba bien.

Aceleré mi motor, el estruendo del escape doble se disparó directamente a través de mi núcleo. Z ya había trazado la ruta para nosotros, y ahora traté de imaginarla en mi mente mientras pasaba la yema del pulgar sobre el crucifijo negro y dorado metido dentro del cuello de mi camiseta.

Giré mi cabeza para mirar a mi oponente. Me disparó con una pistola de dedo. *Idiota*. Volví a concentrarme en el parabrisas, esperando la señal de que la carrera había comenzado, una mano en la palanca de cambios y la otra envuelta alrededor del volante.

El chico frente a nosotros bajo sus brazos. Apreté el acelerador y mi Charger se adelantó.

Corrimos a través de los semáforos, las calles pasando como un neón borroso bajo la luz de una luna de fresa. La adrenalina me bombeaba por las venas como una droga. Anhelaba esto. Lo *necesitaba*. Mi cuerpo vibraba, zumbaba por el rugido del motor, todo ese poder debajo de mí como un afrodisíaco. Nunca me sentí tan viva como cuando estaba a punto de perder el control.

El Camaro, Tyler, se desvió hacia mi carril y me obligó a entrar en el carril de tráfico que se aproximaba. Jugaba sucio. Pisé el acelerador, lo adelanté y volví a mi carril, esquivando por poco un taxi amarillo. El conductor tocó la bocina. Un largo sonido de balidos puntuado por las obscenidades que gritó por la ventana.

Me lancé al otro carril y giré a la derecha en la intersección cuando el semáforo cambió de amarillo a rojo. La carrera era un gran bucle en las calles de la ciudad, todos los giros a la derecha hasta que termináramos de nuevo en el estacionamiento.

En mi periferia, capté un destello rojo y miré a mi izquierda mientras el Camaro se acercaba poco a poco al lado del conductor. Si incluso hace un arañazo en mi trabajo de pintura, lo mataré. No literalmente. No era un homicida. Pero tampoco iba a jugar a los autos chocones con él. Me estaba empujando hacia afuera, bloqueándome entre su auto y los autos estacionados a mi derecha. Revisé mi espejo retrovisor. Detrás de mí, la





### Kush emery rose

costa estaba despejada. Apreté los frenos y pasó volando a mi lado, girando hacia mi carril, los neumáticos chirriaron mientras me adelantaba. Obviamente, estaba demasiado ocupado vigilándome como para notar las reparaciones de la calle más adelante. Puse un amplio espacio entre su auto y los conos que marcaban la sección de la calle que había sido excavada. Lo notó demasiado tarde. Una mirada rápida en mi retrovisor confirmó que se había salido.

Regresé mis ojos a la calle, mirando por los faros de un Escalade negro con cristales tintados de negro, el rostro del conductor oscurecido. Me concentré en el logo plateado de Cadillac en la parrilla, jugando un juego de gallina, antes de regresar a mi carril.

Minutos después, crucé la línea de meta donde dos grupos de chicos esperaban para declarar al ganador. El Camaro no estaba a la vista cuando estacioné detrás de un GTO y apagué el motor, respirando profundamente para calmar mis nervios. Mi agarre en el volante se apretó, un intento de evitar que mis manos temblaran.

Observé desde mi ventana cómo el dinero cambiaba de manos y vi la parte superior de la cabeza rapada de Z en medio de la acción. Organizaba las carreras, moviéndolas a diferentes lugares para que la policía de Nueva York no se enterara de ellas. Mantenía los libros, supuestamente utilizando códigos que la policía no podía descifrar.

Respiré profundamente unas cuantas veces más, guardé las llaves en el bolsillo y salí del auto con las piernas temblorosas. El Camaro chirrió hasta detenerse, colapsando solo un metro detrás de donde estaba parada. Tyler salió de su auto y avanzó hacia mí, su rostro enrojecido por la ira, los ojos entrecerrados en rendijas.

-¿Qué diablos fue eso?

Crucé los brazos sobre el pecho, poniendo una barrera entre nosotros, pero me mantuve firme.

- —Quería una carrera limpia. Cruzaste la línea.
- —Aposté por ti, hombre —dijo un tipo con un batidor de esposas y pantalones cortos de baloncesto, empujando el hombro de Tyler—. Dijiste que eras una cosa segura. Perdí quinientos dólares.
  - —Aléjate de mí —gruñó Tyler.

El tipo empujó a Tyler al suelo y ambos lucharon, rodando por el suelo y recibiendo golpes. Me alejé del alboroto, buscando a Z para poder recoger mi dinero y salir de aquí mientras dos tipos se unían a la refriega y los separaban. Pasando el dorso de su mano sobre la sangre que goteaba de su labio partido, Tyler me miró como si fuera mi culpa que hubiera perdido.

Un tipo pequeño y enjuto con ojos furtivos envolvió un brazo alrededor de mis hombros.



# Paradise

### Kush emery rose

—Te amo ahora mismo. Solo sirve para mostrar que... cuando apuestas en el comodín, vale la pena. —Me soltó y abanicó el dinero frente a la cara de Tyler, burlándose de él con sus ganancias.

Tyler se acercó a mi cara, su respiración patinaba sobre mi piel, su voz baja.

-Vas a pagar por esto, Chica Corredora.

Escuché la amenaza apenas velada, pero decidí ignorarla y a él. El bullicio de la carrera estaba empezando a desaparecer y solo quería salir de aquí. Mis ojos escanearon a la multitud, buscando a Z que había desaparecido. Intenté rodear a Tyler, pero me bloqueó el paso.

- -Muévete. Por favor.
- -Obligame.

Rodé los ojos.

-¿Qué edad tenemos? ¿Doce?

Puse mis manos sobre su pecho y lo empujé, poniendo todo mi peso en él. Momentáneamente perdió el equilibrio, tropezó y luego se enderezó mientras pasaba a su lado. Me agarró del brazo y tiró de mí hacia atrás. Mi codo se conectó con sus costillas. Estaba a punto de ponerme toda *Kill Bill* cuando un tipo se abrió paso en el círculo y cruzó los brazos sobre su ancho pecho. Mis ojos se agrandaron. ¿Qué estaba haciendo *él* aquí?

—Kosta, mi hombre. ¿Vienes a apostar o correr? —preguntó el tipo de ojos furtivos.

¿Kosta?

Su cabello rubio sucio era más largo que la última vez que lo vi y la barba cubría su firme mandíbula. Se veía diferente. Más rudo. Pero su cara seguía siendo la mismo que recordaba. En algún lugar entre un chico bonito y un hombre rudo. Mi mirada viajó de la camiseta negra moldeada a su torso musculoso, por sus piernas cubiertas de jeans negros hasta botas militares negras y luego de regreso a su rostro. Sus ojos verdes brillaron de ira antes de que se entrecerraran en mí. Leí la advertencia en ellos: *Mantén la boca cerrada*.

- —¿Hay algún problema? —preguntó, su mirada se centró en Tyler.
- -¿Quién diablos eres tú?
- —El tipo que te hará sentir mal si no te vas de aquí en los próximos dos segundos.
  - —Amigo, no está bromeando —dijo el tipo de ojos furtivos.

Tyler pasó junto a él, se subió a su auto y cerró la puerta de golpe. Marica. Segundos después, arrancó, pero no le estaba prestando atención a Tyler. Estaba mirando al tipo parado frente a mí.







Me señaló con la barbilla.

- -¿Estás bien?
- —Estoy bien.

Recogí mi dinero de Z. Sin molestarme en contarlo, lo guardé en mi bolsillo trasero y eché un último vistazo a *Kosta* antes de regresar a mi auto.

Sus ojos estaban sobre mí mientras me alejaba. No necesité mirar por el espejo retrovisor para confirmarlo. Solo sabía que estaba mirando. Mi corazón martilleaba contra mis costillas. De la adrenalina. De la carrera. Del encuentro con Tyler. Pero, sobre todo, por volver a verlo.





¿En qué diablos estaba pensando? Pasé los diez dedos por mi cabello y dejé escapar un suspiro de frustración mientras veía sus luces traseras desaparecer en la noche. Si tuviera mi placa, cerraría estas carreras, pero si intentara hacerlo ahora, despertaría sospechas. No podía permitirme hacer eso, no con Eddie mirándome. Tenía un problema de juego, entre otras cosas, así que no me sorprendió verlo en una carrera callejera ilegal. Me sorprendió verla a ella, aunque probablemente no debería estarlo. Era una rebelde y una infractora de la ley. Me di cuenta de eso el día que la conocí. El Porsche de su padre lucía placas robadas de Carolina del Norte. Cuando le pedí ver su licencia, sacó una falsa. Una buena falsificación. Pero aún falsa. Me reí entre dientes al recordarlo.

Eddie me miró de reojo.

—La chica es sexy, ¿no es así?

Era jodidamente hermosa. Temeraria. Salvaje. Keira Shaughnessy era una tormenta perfecta. Encogí un hombro, adoptando una pose relajada. Lo último que necesitaba era que Eddie se metiera en mis asuntos o se diera cuenta de que conocía a Keira.

—Ella está bien. No es mi tipo.

Arqueó las cejas, pero se abstuvo de comentar. Observé a los chicos con los que estaba pasando el rato mientras lo llamaban. Afortunadamente, no reconocí a ninguno de ellos.







- -Oye Eddie. Nos vamos de aquí. ¿Vienes?
- —¿Vas a pasar el rato en el club esta noche? —me preguntó, ignorando a los chicos que lo esperaban.
  - -Solo vete.

Señaló con la barbilla hacia mi Escalade. Sabía lo que quería y esto funcionaría a mi favor. Se subió al asiento del pasajero y habló antes de que se cerrara la puerta.

- —¿Tienes algo de equipo contigo?
- -Nop.

Su pierna derecha comenzó a rebotar.

- —Solo lo suficiente para unas pocas líneas.
- —Déjame ver si puedo arreglarlo.
- —Gracias hombre. Lo aprecio.

Llamé a Dmitri. Respondió al primer repique.

—Tengo a Eddie conmigo.

Activé el altavoz y lo puse a mi lado en mi asiento para que Eddie pudiera escuchar la conversación mientras salía del estacionamiento.

—Chupapollas. —Dmitri soltó unas cuantas palabras más mientras Eddie buscaba a tientas la manija de la puerta en un intento de salir rápido. Prefería arriesgarse, caer y rodar desde un vehículo en movimiento que enfrentarse a Dmitri. Pisé el acelerador y las puertas se cerraron automáticamente, impidiendo su escape—. Tráemelo.

Eddie negó con la cabeza, su rostro se llenó de terror mientras conducía hacia el club. No tenía intención de dejarlo para que Dmitri se ocupara de él, pero Eddie no lo sabía. A medida que nos acercábamos al club, reduje la velocidad como si planeara detenerme.

—¿Por qué no me dejas sacudirlo? —dije—. Ahorrarte la molestia.

Dmitri hizo una pausa por un momento, considerando mi oferta.

—Dos grandes. Ni un centavo menos.

Eddie abrió la boca para protestar. Le lancé una mirada de advertencia. Cerró la boca. Lo que sea que Eddie debía, probablemente una fracción de eso, no era nada para Dmitri. No era el dinero. Para él era el principio, así que si Eddie no entregaba el dinero como había prometido, Dmitri haría que se arrepintiera. Si Dmitri se apoderaba de Eddie, no saldría del club por sus propios medios.

—Mañana serán diez de los grandes y sus bolas en bandeja de plata —dijo Dmitri.







—Me haré cargo de ello. —Corté la llamada y hablé con Eddie—. Espero por tu bien que hayas ganado tus apuestas esta noche.

Sabía que sí, o no habría hecho la llamada. Lo vi rodear a Keira con el brazo, con una sonrisa come mierda en el rostro mientras mostraba el dinero en efectivo.

Después de tratar con Eddie, le entregué el dinero en efectivo a Dmitri y luego le informé a mi manejador, Nick Casarico. Había trabajado encubierto durante diez años antes de salirse.

Recuerda quién eres. Es fácil perderse. Quedar atrapado en el estilo de vida criminal, me advirtió.

Algunos días tenía que encontrar una manera de hacer que los fines justificaran los medios. Algunos días se difuminan las líneas entre el bien y el mal. Eddie era un alimentador inferior en la cadena alimentaria. Pero lo que había hecho esta noche había sido otra forma de demostrar mi lealtad a Dmitri.

Treinta minutos más tarde, pasé por el edifico de departamentos de ella, mirando al tipo de seguridad en la recepción de su vestíbulo.

Mala idea, Deacon. Mantente alejado. Sigue conduciendo.

Cinco minutos después, estaba sentado en mi auto estacionado a unas cuadras de su edificio, tratando de convencerme de no hacer algo estúpido. Había demasiado en juego para volar mi tapadera. Demasiado en juego para distraerme con Keira Shaughnessy.

Había hecho un buen trabajo manteniéndome alejado de ella durante los últimos seis meses, aunque Dios sabe que pensaba en ella. Me preocupaba por ella. La revisaba sin que lo supiera. Había leído todo lo que pude encontrar sobre el juicio de su padre. Vertido sobre fotos de ella. Riendo entre dientes en la que sostuvo su dedo medio en el aire, una inclinación desafiante de su barbilla.

Desde el día en que la conocí hasta el día en que me fui sin decir una palabra, solo nos conocimos por tres semanas. Pensé que alejarme sería fácil, como había sido con otras mujeres en el pasado.

Debí saber que ella sería diferente.







3

Kiera

Con los pies apoyados en la barandilla de mi balcón, miré hacia los tejados de Williamsburg iluminados por una luna llena de color rosa y escuché la letra de "Hurricane" en mis altavoces. Halsey cantaba sobre ser una viajera. Una aventura de una noche. Viajando a Bed-Stuy, con un poco de licor en los labios. Tomé un sorbo de mi vodka helado que había guardado en el congelador para una ocasión como la de esta noche y dejé que mis pensamientos regresaran a él. Revisé mis recuerdos, tratando de averiguar por qué su papel en la historia de mi vida se había sentido más como el papel principal.

Kosta. Su verdadero nombre era Deacon Ramsey. La primera vez que lo vi, estaba vendiendo joyas en una casa de empeño y él me estaba siguiendo.

La próxima vez que lo vi, unos días después de que entregué el pendrive con suficiente evidencia para que arrestaran a mi papá, fue en el gimnasio de Killian. Me había puesto los guantes, decidida a sacar la culpa de mi sistema. Deacon estaba haciendo ejercicio y se ofreció como voluntario para ser mi saco de boxeo humano.

—No quisiera lastimar tu bonita cara.

Me dio una sonrisa lenta y fácil.

—Me arriesgaré.

Le puse un ojo morado. Había sido un accidente, lo juro. Un gancho salvaje. Alguien lo había llamado por su nombre y él había vuelto la cabeza para mirar quién le hablaba justo cuando mi puño voló hacia su pómulo superior izquierdo. Esto fue después de que establecimos las reglas de que solo se permitían golpes al cuerpo. No se podía confiar en que seguiría las reglas o cumpliría mi promesa.

No me lo había reprochado. Después de eso, parecía que dondequiera que fuera, me encontraba con él. Quizás intencionalmente. Si fue de su parte o de la mía, no estaba segura. Coqueteamos, y él había sido





### KUSh emery rose

encantador, y yo había sido simplemente yo, pero él no se inmutó. Nada realmente lo sorprendía. Y si lo hizo no lo demostró, de todos modos.

La última vez que lo vi fue justo antes de Navidad. Nos besamos. Pero no fue solo un beso. Se había sentido como mucho más o tal vez simplemente lo había imaginado. Después de esa noche, se volvió un fantasma y nunca lo volví a ver. Hasta esta noche.

Un golpe en la puerta interrumpió mis pensamientos. Mi instinto me decía que era él, aunque no tenía idea de por qué iba a pensar eso. Una mirada rápida a través de la mirilla confirmó que efectivamente estaba de pie al otro lado de la puerta de mi apartamento. Debatí durante unos segundos, mordiéndome el labio inferior mientras lo miraba, la vista distorsionada como los espejos en una feria. Pero incluso una visión distorsionada de Deacon no lo hacía verse mal. Él sonrió como si supiera que yo lo estaba mirando, así que destrabé las cerraduras y abrí la puerta. Deacon entró y la cerró detrás de él, echando un vistazo a mi apartamento, quizás tratando de averiguar algo sobre la persona que vivía aquí, basándose en su decoración.

Para consternación de Ava, mi apartamento era minimalista. Le encantaban las tiendas de segunda mano, las tiendas de antigüedades y los mercados de pulgas, y había fruncido el ceño durante todo nuestro viaje de compras a Ikea, donde había cargado con lo esencial que ella llamaba "sin alma". Un sofá negro, una mesa de café blanco brillante. La pantalla de televisión era la extensión de la decoración de mi sala de estar. Las paredes eran blancas, los suelos de madera clara. Quería un apartamento sin recuerdos. Un nuevo comienzo para mi nueva vida. Sin chucherías ni recuerdos. Salvo el cuadro que colgaba sobre el sofá, era de mis hermanos cuando eran niños. Eden lo había pintado a partir de una vieja foto que Killian encontró en una caja de zapatos. Cuando lo vi colgado en la pared de la galería en Bed-Stuy donde Eden y Connor tuvieron su exhibición en diciembre pasado, lo compré. Me había perdido toda su infancia. Me había perdido mucho. Dos décadas sin saber siquiera que tenía hermanos. Pero ahora tenía este pedacito de su pasado y lo apreciaba.

—¿No es un poco tarde para las visitas domiciliarias, detective?

No tenía sentido cuestionar cómo sabía dónde vivía. Él era detective. Recopilar información era su trabajo. Pero me preguntaba si me había estado vigilando. A una parte de mí le gustó la idea de que lo estuviera haciendo. La otra parte de mí odiaba que me importara. Sin responder a mi pregunta, me siguió hasta el balcón y volví a ocupar mi lugar en la silla, con los pies apoyados en la barandilla. Actué con despreocupación, fría, como si su presencia no me afectara ni un poco. Mi pulso acelerado contaba una historia diferente.

Se apoyó en la barandilla, con los tobillos cruzados y los brazos cruzados sobre el pecho. Esperé la sonrisa encantadora que había llegado a







asociar con él, pero no llegó. Miró el vaso de líquido transparente que podría ser agua, pero no lo era antes de que su mirada se posara en mi rostro.

—¿Qué demonios estabas haciendo, Keira? —Había un tono en su voz que nunca le había escuchado antes.

De acuerdo, no estaba feliz.

-¿Sigues en el personaje, Kosta? -me burlé.

Frunció el ceño, dando la impresión de que sí. Como un actor que vivía en el papel que interpretaba para no romper el personaje. Hizo un buen trabajo. La primera vez que lo vi, vestía traje y zapatos de punta de ala. Lo identifiqué inmediatamente como policía, incluso sin ver su placa. Era la forma en que caminaba, con los brazos ligeramente separados a los costados como si estuviera acostumbrado al calor, y el aire de confianza cuando entraba como si fuera el dueño del lugar. No estaba del todo segura de quién era este personaje de Kosta. Pero nadie adivinaría jamás que era policía.

- —¿Me estabas siguiendo? ¿De nuevo? —pregunté.
- -Estabas jugando a la gallina ciega con mi SUV.

Oh. Bien. Él debió haber sido el del Escalade. Aclaré mi garganta pero no dije nada, mantuve la boca cerrada. A veces, el silencio era la mejor defensa.

Sus ojos se detuvieron en mis piernas desnudas, mis pies que estaban calzados con botas a solo centímetros de donde estaba parado y luego viajaron a lo largo de mí hasta que sus ojos verdes se encontraron con los míos. Su rostro estaría perfecto en las revistas de moda que anunciaban relojes caros o colonia. Alto, más de un metro ochenta con brazos fuertes, piel bronceada por el sol y ese torso perfecto en forma de V que los chicos obtienen al hacer mucho ejercicio, era el paquete completo. El cabello un poco largo, la pequeña barba en su mandíbula y esas vibraciones rudas que estaba emitiendo lo ponían aún más caliente. Por lo tanto, tenerlo de pie frente a mí, en espacios reducidos, era casi demasiado para manejar.

Se pasó una mano por la cara y gimió, un sonido gutural bajo que envió una sacudida a mi núcleo y me hizo apretar los muslos. Hombre, eso fue fácil. Todo lo que tuvo que hacer fue gemir y yo estaba mojada.

- —¿Qué estabas tratando de hacer, Keira?
- —¿No fue obvio? Estaba tratando de ganar. Me encantan las carreras callejeras y se me dan bien. —No debería haber agregado esa última oración. Ese era mi orgullo hablando. Todos sabían que eso llegaba antes de la caída. Solo tenía que ver a mi padre para saber que era cierto. Se había vuelto demasiado llamativo. Demasiado arrogante. Había comenzado a creer que era invencible.
  - —No eres tan buena como crees.







Mi boca se abrió. ¿Cómo pudo decir eso?

- —Gané. —Me abstuve de decirle que había estado en carreras callejeras desde enero y había ganado todas menos dos de mis carreras.
  - —Tuviste suerte. Esta vez. Las carreras callejeras son peligrosas.
  - —Suenas como un policía.
  - —Soy un policía.

Parecía que estaba tratando de convencerse a sí mismo, no solo a mí.

—Buen toque con el auto de pandillero.

Él se rio entre dientes.

- —Ve a lo grande o vete a casa.
- —Ese es mi lema exactamente. ¿En qué estás involucrado? ¿Drogas? ¿Pandillas?

Deacon negó con la cabeza y permaneció en silencio. Sabía que él no me lo diría, o no podía. La historia de mi vida. A estas alturas, debería ser buena llenando los espacios en blanco.

- —Mantente alejada de esas carreras callejeras. Pudo haberse puesto feo esta noche.
- —Lo tenía todo bajo control. Soy perfectamente capaz de cuidarme sola.

Su boca se curvó con diversión.

- -¿Has golpeado a alguien en la cara últimamente?
- —No. Te lo estaba guardando.

Sacó la barbilla.

- —¿Crees que me lo merezco?
- —Probablemente. Pero me contendré. Esta vez.
- —No más carreras callejeras. Si descubro que todavía estás...
- —¿Qué harás? —Me llevé el vaso de vodka a los labios y cerré los ojos mientras el líquido se deslizaba por mi garganta. Me deleité con la quemadura. Sabía a fuego y a todas las lágrimas que nunca había derramado.

Arrancó el vaso de mi mano y olió el vodka antes de beber. Observé cómo la nuez de Adán en su garganta se balanceaba mientras tragaba y me pregunté cómo las cosas más extrañas podían ser tan sexys.

-¿Estás bebiendo vodka puro ahora?

Me encogí de hombros. Se inclinó hacia delante y dejó el vaso en la pequeña mesa junto a mi silla. Nunca he sido una gran bebedora o fiestera.





Solo bebía Vodka Beluga Gold Line una vez al año para conmemorar el aniversario de la muerte de Sasha.

—Mi primer novio fue ruso —le dije como si eso lo explicara todo. Aunque eso no explicaba nada. Había usado el término novio de manera amigable. Sasha y yo habíamos sido compañeros de sexo ocasionales. Y había sido mi mejor amigo. Mi único amigo real en Miami. Había entendido mi vida mejor que nadie. Nuestros padres fueron los reyes de la clandestinidad. Pero, a diferencia de mí, Sasha adoptó ese estilo de vida y quiso seguir los pasos de su padre. En su decimonoveno cumpleaños, Sasha fue secuestrado. Sus captores habían exigido dinero a cambio de regresarlo a salvo. Su padre había pagado. Ivan Petrov les habría dado hasta el último centavo que tenía. Se arrancaría el corazón palpitante de su propio pecho para salvar a su amado hijo. Pero fue demasiado tarde. Sasha ya estaba muerto. Arrastraron su cuerpo sin vida fuera de un pantano en los Everglades¹ e Ivan Petrov se había retirado a la oscuridad.

—Sasha bebía mucho vodka. —Eso era cierto. Bebía demasiado, pero nunca lo había visto borracho. Dijo que estaba en sus genes, que el vodka fluía por sus venas en lugar de sangre—. Su nombre era Alexander Petrov. Sus amigos y familiares lo llamaban Sasha.

Vi un destello de reconocimiento en los ojos de Deacon. Probablemente habría leído sobre eso. La historia había estado en todas las noticias durante semanas. Tuve que leerlo estando lejos. El día después de mi graduación de la escuela secundaria, antes de que supiéramos si Sasha estaba vivo o muerto, mi padre nos había llevado a mi madre y a mí a un gran viaje por Europa. Había extendido el viaje a propósito para que yo no pudiera asistir al funeral. El día que encontraron el cuerpo de Sasha, yo estaba navegando en algún lugar.

- —¿Qué le pasó a Sasha? —me preguntó Deacon, aunque sospechaba que ya sabía la respuesta.
  - —Él fue asesinado.
- —La cruz que llevas alrededor del cuello. ¿Era de Sasha? —preguntó Deacon. Estaba metida dentro del cuello de mi camiseta como siempre, pero Deacon debió haberlo notado antes.

Asentí. El crucifijo ruso ortodoxo negro y dorado era llamativo, no era realmente el estilo de Sasha, y colgaba de una gruesa cadena de oro. Fue su amuleto de la buena suerte. Un talismán contra las fuerzas del mal. Cuando se lo quitó del cuello y lo puso alrededor del mío en mi decimoctavo cumpleaños, supe que se arrepentiría. Sasha nunca fue generoso, no con su corazón o sus sentimientos o sus posesiones, pero por alguna razón

Everglades es el nombre de una región del estado estadounidense de Florida.







desconocida me había dado su cruz. Solía decir que éramos iguales, dos caras de la misma moneda. Pero nunca quise creerle.

- —Me lo dio cinco meses antes de morir. A veces pienso que si no lo hubiera hecho, todavía estaría vivo.
- —Keira. —Eso fue todo lo que dijo, su voz suave mientras tomaba mis manos entre las suyas y me levantaba de la silla—. ¿Tú crees en eso?

Estudió mi rostro como si fuera de vital importancia para él que no lo creyera. Probablemente no era del tipo supersticioso. Lógicamente, sabía que no era cierto. Un icono religioso no podría proteger al usuario. Aun así, me aferré a mis supersticiones.

- —Por supuesto no. Es solo una superstición tonta. —Mi tono fue ligero y despreocupado. Me di cuenta de que Deacon no se dejó engañar, pero lo dejó pasar.
- —¿Cómo has estado? —me preguntó, sonando como si realmente le importara. Pensé que tal vez lo hacía. Nuestras vidas estaban extrañamente entrelazadas. Deacon le había salvado la vida a Killian en un tiroteo. Dramático, lo sé. También había salvado a Connor hace unos años. En lugar de arrestarlo por posesión de drogas como podría haberlo hecho, Deacon había llamado a Killian, quien había llevado a Connor a rehabilitación. Mis hermanos no se dejaban impresionar fácilmente por nadie, pero al oírlos hablar, hacían sonar a Deacon Ramsey como un superhéroe. No solo lo respetaban, sentían que le debían una deuda de gratitud que nunca podrían pagar.
- —Lo mismo de siempre. Actualmente curando mi melancolía con vodka helado a la luz de la luna llena. Vuelve más tarde y estaré aullando.

Se rio y giró mi mano para poder leer las palabras escritas en mi piel. Se me puso la piel de gallina en los brazos y el calor se extendió por mi cuerpo mientras trazaba las letras con la yema del dedo, como yo había hecho tantas veces. Estaba tan cerca que podía oler su sutil aroma picante. Algo cálido y amaderado. Cedro y cítricos. ¿Bergamota, tal vez? No importaba. Olía bien. Tan bien que quise enterrar mi cara en su cuello y respirarlo. Como si leyera mis pensamientos, me acercó más. Sus ojos se posaron en mi boca. Tal vez estaba recordando la sensación de mis labios contra los suyos.

Apoyé las palmas de mis manos en su duro pecho y me incliné hacia él. El calor que desprendía, hacía que mi cuerpo se enrojeciera. Podía sentir el calor de su piel a través de la tela de su camiseta, su corazón latía a un ritmo constante bajo las yemas de mis dedos. Deacon era la calma para mi tormenta. El tipo de hombre en el que puedes confiar para estar ahí para ti, para mantenerte a salvo y protegerte. Me confundió que quisiera eso de él cuando nunca antes lo había querido de nadie.

Lo deseaba, pero no lo deseaba.







- —No debería estar aquí. —Envolvió sus manos alrededor de mis muñecas. Me gustaban sus manos. Fuertes y de apariencia capaz, con venas gruesas. Apuesto a que cuando sostenía un arma, ni siquiera temblaban. Apuesto a que estaban seguras y firmes, y él ni siquiera se ponía a sudar.
  - —Y sin embargo, aquí estás. ¿Por qué estás aquí?
- —Extrañaba tu cara divertida. —Hizo círculos lentos y perezosos en el interior de mis muñecas con las yemas de los pulgares. El toque más suave era a menudo el más poderoso.
  - —Podrías haberme engañado.
  - —¿No me extrañaste? —bromeó.

Más de lo que debería.

- —Nunca se me pasó por la cabeza.
- —Cruzaste la mía. Cientos de veces. —Su voz era baja y áspera, seduciéndome con su cruda honestidad.
- —¿Cientos? —Me reí—. No creí que fueras de ese tipo de persona que usa hipérboles².
  - -No lo soy.

Oh. Bien. Miré sus manos que seguían envueltas en mis muñecas, mis palmas aún presionadas contra su pecho como si me estuviera protegiendo pero queriendo permanecer lo suficientemente cerca para sentir los latidos de su corazón.

"Hold Me Down" de Halsey sonó en mis parlantes, silenciando los sonidos de la ciudad, el zumbido del tráfico en la calle y el gemido solitario de una sirena en la distancia. Me quedé mirando sus labios entreabiertos, el labio inferior más lleno que el superior y luché contra el impulso de hundir mis dientes en él.

-¿Qué pensaste cuando pensaste en mí?

Movió su mano a mi cuello y alrededor de la parte de atrás, pasando sus dedos por mi cabello hasta que estuvo envuelto en su mano. Su boca se acercó a mi oreja, su voz baja.

—Cuánto amo tu cabello.

De todas las cosas en las que podría haber pensado, pensó en mi cabello. Mi cabello salvaje e indómito era espeso, ondulado y castaño con reflejos de miel y caramelo. No era brillante como el de mi madre ni tan

<sup>&</sup>lt;sup>2</sup> La hipérbole es un recurso estilístico literario que consiste en exagerar cantidades, cualidades, características, costumbres y procedimientos de personas, lugares, animales y objetos de uno o varios lugares.







oscuro como el de Connor y Killian. Pero por alguna razón, a Deacon le encantaba.

Recordé el día frío y gris de diciembre en que lo había arrastrado a la catedral ortodoxa rusa amarilla con cúpula de cobre. Yo me había arrodillado sobre el reclinatorio y él se había quedado sentado en el banco de madera, nuestros ojos fijos en el crucifijo detrás del altar. Tenía las manos cruzadas como si estuviera rezando, su mano tirando del elástico para liberar mi cabello de su moño suelto. Cuando mi cabello se había caído, lo pasó por sus dedos. Lo acarició suavemente. Su toque tan suave que casi lloré. Se había sentido tan bien que cerré los ojos y recé para que nunca se detuviera.

Dos o tal vez cinco o diez minutos más tarde, los sentimientos me habían abrumado y no sabía qué hacer con ellos. Salí de la catedral y lo dejé sentado en el banco. Caminé rápidamente, con la intención de escapar, pero mis pies se negaron a cooperar. Por eso me encontró acurrucada con mi chaqueta Moncler, la capucha con adornos de piel cubriendo mi cabeza mientras me sentaba en los fríos escalones de cemento, mi mirada se centró en las ramas desnudas en McCarren Park al otro lado de la calle. Me compró un café caliente para calentarme las manos y un plato de giróscopo de un camión de comida griega de la calle. Me lo comí mientras lo veía jugar baloncesto en una cancha agrietada cerca de un desarrollo de viviendas con un grupo de adolescentes del programa de jóvenes en riesgo de Killian. Cuando le dije que era bueno con los niños, dijo que él fue un niño como ellos hasta que los Ramsey lo adoptaron a los ocho años. Sabía lo que era sentir que a nadie le importabas una mierda.

Creo que me enamoré un poco de él ese día.

—Deberías irte —le dije, aunque no quería que se fuera y no hice ningún movimiento para distanciarme de él.

—¿Qué es lo que realmente quieres, Keira?

La gente rara vez me preguntaba qué quería, pero Deacon siempre lo hacía.

—Quiero que me beses.

Me condujo hacia atrás hasta que mi espalda chocó contra la pared de ladrillos y me enjauló en sus brazos, con las palmas de las manos planas a ambos lados míos. Estuvimos aquí antes. No en este lugar exacto. En el loft de Killian y Eden. Su árbol de Navidad brillando con luces, la nieve cayendo fuera de las ventanas, el horizonte de Manhattan iluminado como si fuera la víspera de Año Nuevo.

Ahora, Deacon estudió mi rostro, viendo demasiado de lo que quería ocultar. Tomó mi barbilla en su mano y arrastró su pulgar sobre mi labio inferior. Mordí su dedo. Se rio entre dientes suavemente como si fuera la cosa más adorable de la historia. Su boca se acercó a la mía y rodeé su





### Kush emery rose

cuello con los brazos. Estaba segura de que debíamos haber estado respirando, pero se sentía como si no lo estuviéramos. Como si este momento estuviera suspendido en el tiempo y todo lo que nos rodeaba hubiera dejado de existir. Sus ojos estaban abiertos, tratando de leer algo en los míos, así que los cerré. Sus labios se posaron sobre los míos. Solo el susurro de un beso. Como una suave brisa. Ni siquiera podrías llamarlo un beso. Podría haberle instado a que se diera prisa, tomar el asunto en mis propias manos y besarlo sin aliento. Pero no lo hice. Mantuve los ojos cerrados y las manos quietas, mostrando una paciencia que no sabía que poseía.

Sus manos se movieron a los lados de mi cara y la inclinó. Luego me besó. No en los labios. En el sensible hueco entre mi cuello y hombro, sus labios cálidos y suaves pero firmes, el vello de su mandíbula raspando mi piel y enviando deliciosos hormigueos hacia arriba y abajo de mi columna. Arrastró besos por mi cuello y a lo largo de mi mandíbula, sus manos magistrales acunando mi rostro como si estuviera hecho de vidrio y solo él podría evitar que se rompiera.

Finalmente, su boca capturó la mía. Su lengua separó la costura de mis labios y lo dejé entrar. Nuestras lenguas se enredaron juntas en una danza loca sin un ritmo constante. La longitud de su cuerpo duro presionado contra el mío, el ladrillo raspando mi espalda baja mientras sus manos exploraban mis curvas y bordes. Sacudí mis caderas contra él y él gimió en mi boca, su mano agarrando mi cabello. No quería dejar de besarlo, nunca.

Desde algún lugar lejano escuché un tono de llamada y me tomó unos segundos darme cuenta de que era su teléfono celular. Me soltó y presionó su frente contra la mía, ambos tratando de recuperar el aliento, antes de dar un paso atrás, llevándose su calidez con él. Tragué saliva y traté de regular mi respiración mientras él revisaba su teléfono y luego silenció la llamada antes de guardarlo en el bolsillo.

—Me tengo que ir. —Se pasó la mano por el cabello y miró esa gran luna rosa, tratando de ordenar sus pensamientos. Su mirada volvió a mí, sus intensos ojos verdes enfocados como láser—. Necesito que me prometas que dejarás las carreras callejeras.

Tal vez esa fue la verdadera razón, la única razón por la que vino esta noche. Para asegurar una promesa que nunca cumpliría.

—Lo prometo —dije, mirándolo a los ojos con una sonrisa mientras le mentía a la cara.

Deacon selló mi mentira con un doloroso beso en mis labios.

—Eres una mentirosa tan linda. Te veré pronto. —Luego se alejó, tranquilo como si nada hubiera pasado. Y así, se fue. De nuevo.







Me hundí contra la pared y envolví mis brazos alrededor de mí, pasando mi lengua por mis labios hinchados por besos que sabían a él.







4

Kiera

—¿Es mi imaginación o Keira tiene un resplandor? —preguntó Ava, tomando un sorbo de su chai latte mientras me unía a ella y a Eden en una mesa junto a la ventana en Brickwood Coffee.

Eden inspeccionó mi rostro más de cerca mientras yo sorbía mi café helado mezclado con leche de coco como si no tuviera nada que ocultar. Cuando me desperté esta mañana, tenía a Deacon en el cerebro. *Maldito sea.* 

- —Parece quemadura de barba —dijo finalmente.
- —Tengo una nueva crema para la cara. Debe ser una reacción alérgica.

Bufaron al unísono, sin creer una palabra de mi mentira. Bebí mi café y me ocupé de mis propios asuntos, con la esperanza de que simplemente dejaran el tema. Pero sabía que no lo harían. Una de sus misiones en la vida era encontrarme novio, a pesar de que les había dicho en numerosas ocasiones que no estaba interesada. Afirmaron que todos buscaban en secreto una relación. Había dejado de intentar hacerles entender que yo no era todo el mundo. En el fondo, sabía que lo entendían. Para amar a mis hermanos, tenías que ser una persona especial. Ava y Eden eran especiales. Leales, fuertes, amaban ferozmente pero no aguantaban ninguna mierda. Ellas también eran hermosas. Eden parecía una chica surfista con su cabello dorado y piel bronceada. Ava tenía el cabello platino, la piel de porcelana y los ojos grises con bordes de delineador.

—Pensé que tenías una cita con Netflix anoche —dijo Ava, con los ojos entrecerrados hacia mí en acusación—. Necesitabas algo de tiempo y espacio. Sola. —Ella y Connor me habían invitado a "pasar el rato y relajarme" con una película y una pizza, pero me excusé diciendo que quería dormirme temprano. No iba a contarles sobre las carreras callejeras ilegales. Ahora tenía otro secreto. Deacon. Irónico, considerando que había venido a Brooklyn con la intención de vivir una vida honesta. Como si eso fuera posible.



#### Paradise BOOKS



—Entonces, ¿quién es él? —preguntó Ava. Ella no estaba dispuesta a dejarlo pasar.

Sabía que no podía contárselo, pero mantener secretos de Ava y Eden no era fácil. Éramos más que amigas, éramos familia.

Como no podía decirles la verdad, opté por una distracción.

-¿Estás nerviosa por el próximo sábado? —le pregunté a Eden.

Eden arqueó una ceja.

- —Sé lo que estás haciendo. —Quería cambiar de tema, pero realmente quería saber si estaba nerviosa. No se trataba de las flores o los servicios de catering o del lugar que sería perfecto, sino de intercambiar votos. Comprometerse a amar y honrar a alguien por el resto de su vida—. Pero mientras estés feliz, eso es todo lo que realmente nos importa.
- —En realidad, eso no es cierto. Todavía queremos saber con quién estabas anoche.
- —Pero respetamos tu privacidad. —Me miraron ansiosas, todavía esperando información que no tenía intención de proporcionar.
- —Cualquier cosa que nos digas no saldrá de esta cafetería —dijo Ava, en un último intento por hacerme hablar.

Todo lo que les dijera iría a parar directamente a mis hermanos. Y aunque confiaba en ellos, no podía arriesgarme. Sabía el trato. Cuanta más gente supiera, mayor será la posibilidad de que alguien filtre inadvertidamente la verdad y descubra a Deacon. Por eso mi padre siempre había mantenido su círculo pequeño y su vida dividida. Había mantenido su vida privada y sus negocios separados. Pero incluso eso le había estallado en la cara. La persona en la que más había confiado, el hombre que había sido su "reparador", lo había traicionado. Anthony. Me había entregado el pendrive. Todavía no estaba claro por qué lo había hecho, aunque me gustaría pensar que lo hizo por mí.

Después de haber entregado la información, se esfumó. Otra persona en mi vida a la que probablemente nunca volvería a ver.

Ava y Eden dejaron el tema y pasaron a la planificación de la boda. La boda era dentro de una semana y todo estaba organizado, pero eso no impidió que volviéramos a repasar todos los detalles.

—En respuesta a tu pregunta —dijo Eden, mucho después de que pensé que había olvidado mi pregunta—. No estoy nerviosa por casarme con Killian porque sé que él es el indicado. Y quiero pasar el resto de mi vida con él.

A pesar del calor, me estremecí. Sonaba como una sentencia de prisión. *Prisión*.

Eden notó mi reacción.







- —Un día conocerás a un chico que será perfecto para ti y sabrás que es el correcto. Lo que no quiere decir que es perfecto. No hay tal cosa. Solo que será el tipo adecuado para ti.
- —O, en mi caso —dijo Ava—. Conocerás al tipo que es perfecto para ti, todo saldrá mal, pero diez años y un millón de segundas oportunidades después, encontrarás la manera de hacerlo bien.

Sonrei.

- —Y valió la pena.
- —Podría haberlo hecho sin algunas partes de nuestra historia, pero sí, Connor lo vale.
  - —Él es el indicado —dijo Eden con una sonrisa.
- —Mi indicado. Nadie más lo toleraría —bromeó Ava—. Pero lo juro por Dios, si esa entrenadora personal en el gimnasio no deja de babear por él cada vez que viene a hacer ejercicio, le voy a arrancar los ojos.

Eden y yo nos reímos.

- —Hablando del único... —Ava sacó una de las muchas hojas de cálculo en su iPad que usó para organizar la planificación de la boda—. La única persona que no ha confirmado su asistencia es Deacon Ramsey —dijo con una sonrisa maliciosa.
  - —Significaría mucho para Killian si él viniera —dijo Eden.
  - —Es extraño cómo desapareció así —reflexionó Ava.
  - —Probablemente se haya infiltrado —dijo Eden.

Ambas dirigieron sus miradas hacia mí, buscando información que no tenía intención de proporcionar. Me encogí de hombros.

- —Ni idea. Apenas conocía al chico. —Lo cual no fue una mentira total. Aunque de alguna manera lo conocía. Mis mejillas se sonrojaron. *Resplandor*. El calor. Llámalo como quieras.
- —Ustedes salieron unas cuantas veces —señaló Ava—. Y hubo mucho coqueteo. Yo estaba contigo en esa casa de empeño la primera vez que le conociste. —Ella se rio del recuerdo—. Ese fue un día loco.

No podía estar en desacuerdo. Parecía que llevaba a un loco a donde quiera que fuera.

—Lástima que no esté cerca. Habría sido perfecto para ti. Casi el único chico que Killian aprobaría —dijo Eden—. No es que necesites su aprobación.

Ava resopló.



## Paradise



- —Realmente necesitas controlarlo. Siempre que un hombre mira a Keira, parece que está a punto de desgarrarlo miembro por miembro. Y seamos realistas, cualquier chico con pulso mira a Keira.
- —Así es como él funciona. Es protector. —Ella volvió su atención hacia mí—. Pero él te adora y estaría feliz por ti si conoces a un chico que realmente te gusta. Siempre y cuando él no sea un idiota, pero tú eres demasiado inteligente para aguantar esa mierda.
- —¿Qué estás buscando en un chico? —preguntó Ava, mirando a los chicos de la cafetería. Era un paraíso hípster muchos chicos barbudos con jeans ajustados y camisetas irónicas. Rápidamente descartó la idea de encontrar al chico perfecto para mí aquí y centró su atención en mí, esperando una respuesta.
  - —No estoy buscando a un chico.
  - —¿Solo sexo?
  - —Y quemaduras de barba.

Puse los ojos en blanco mientras se reían. Aunque no se equivocaron. Eso era todo lo que quería, pero el tipo de quien lo quería no estaba en esta cafetería. Ni siquiera sabía dónde vivía. O cuándo lo vería de nuevo. O incluso si lo volviera a ver. ¿Desaparecería como lo hizo la última vez?

Mientras contemplaba la probabilidad de volver a ver a Deacon, la conversación pasó a otras cosas. Como la luna de miel de Eden y Killian. Iban a las islas griegas porque aparentemente Eden se lo había mencionado a Killian una vez. Entonces, había organizado toda la luna de miel y había querido mantenerlo como una sorpresa, pero Eden se lo arrancó cuando le dijo que necesitaba el pasaporte.

- —¿Estás lista para un viaje de compras para el armario de la luna de miel? —preguntó Ava mientras salíamos de la cafetería. Era un día de junio sin nubes y estaba ansiosa por conducir. *Rápido*. Ir de compras era una de mis actividades menos favoritas y no estaba en la agenda de hoy.
  - —Creo que paso. Pero diviértete.

Intercambiaron una mirada y tuve el mal presentimiento de que estaban a punto de sacar otro tema del que no quería hablar.

—Así que... nunca hablamos realmente sobre el juicio —dijo Eden, mirándome. Ella y Ava habían venido a Miami por unos días para apoyar a Connor cuando subió al estrado y para "conocer" a mis padres. Decir que no les había impresionado mi madre o mi padre era una forma de decirlo con amabilidad. No es que hubieran expresado sus opiniones. Las expresiones en sus rostros lo decían todo.

Me encogí de hombros.

—Todos sabemos lo que pasó. No hay nada de qué hablar.







- —Bueno. Entonces, estás bien con eso —dijo Ava con voz dudosa—. Sabes que siempre puedes hablar con nosotras, ¿verdad?
  - —Estamos aquí para ti si nos necesita —dijo Eden.
- —Gracias. Aunque estoy bien. De verdad. —Les dediqué una sonrisa. Me devolvieron la sonrisa con una mirada escéptica, pero no me presionaron. Nos despedimos con un abrazo afuera de una boutique de lujo con tablas de surf y bikinis con estampado tropical exhibidos en la ventana, su primera parada en el viaje de compras. Después de prometer que nos encontraríamos para nuestras manicuras y pedicuras previas a la boda el viernes antes de la cena de ensayo, caminé por Bedford Avenue, atrapada en el flujo de peatones. Esquivé a un grupo de turistas con gorras de béisbol de los Yankees y camisetas de *I Heart New York* que se detuvieron para tomar fotos de hípsters comiendo brunch en pequeñas mesas en la acera apenas lo suficientemente grandes para sostener sus mimosas y cerveza artesanales. Es curioso que me encantara vivir en ciudades, pero odiaba sentirme abarrotada. Doblé por la siguiente calle transversal y aceleré el paso, con la intención de llegar a mi auto y tomar la carretera abierta.







5

Kiera

Mientras conducía por la carretera estrecha y sinuosa, imaginé a mi padre relajándose en una playa en Las Caimán. Enseñándome a bucear. Jugar al ajedrez. Dejándome tomar el timón de su elegante barco. Arroparme por la noche cuando era una niña y él todavía era mi héroe. Cuando era demasiado joven para entender cómo se ganaba la vida mi padre, demasiado joven para preguntarme por qué nunca iba a ningún lado sin un guardaespaldas. Yo le había adorado. Y aunque mi mamá no fue tan generosa con su amor y afecto como mi papá, la había puesto en un pedestal junto a mi papá.

Solía sentir que no había suficiente espacio para mí en la relación de mis padres. Mi mamá siempre estuvo de acuerdo con todo lo que mi padre quería. Ella nunca se enfrentó a él. Mi madre estaba feliz de enterrar la cabeza en la arena, fingir que no sabía lo que él realmente hacía fuera de dirigir un club nocturno. Incluso después de que todo fue explicado en esa sala del tribunal, ella todavía lo eligió.

A veces me preguntaba quién había cometido los mayores crímenes: ¿mi padre o mi madre? O tal vez fui yo. El Judas que traicionó a su propio padre.

Me detuve en un mirador encaramado en un acantilado rocoso empinado y salí de mi auto. Trepé a la cerca de piedra que actuaba como barandilla y colgué las piernas por el costado, la caída era de treinta metros hacia el río. Sacando mi teléfono de mi bolsillo, llamé a Connor. Mientras esperaba que respondiera, observé a los kayakistas en el río. Respondió al tercer timbre.

- —¿Qué pasa?
- —Estoy en ese camino en el que te gusta montar tu Harley. Autopista Hawk's Nest.
  - —Es un buen lugar para ir a aclarar la mente.
- —Sí lo es. —De fondo, escuché música pero no el zumbido de las máquinas de tatuar—. ¿Estás con un cliente?





—Solo dibujo. Estoy bien para hablar.

Cerré los ojos y eché la cabeza hacia atrás, dejando que el sol de la tarde me calentara la cara.

- -Realmente no tengo nada que decir.
- —Eso también está bien. Me quedaré en la línea y te escucharé respirar.

Me reí y nos quedamos en silencio un rato. Con Connor, nunca sentí que tuviera que llenar el silencio. Pero era más honesta con él que con cualquier otra persona.

- —No me arrepiento de lo que hice, pero eso no lo hace más fácil.
- -Lo sé bebé. Lo siento.

Esa era la belleza de Connor. Nunca trató de mentirme o de decirme que todo estaba bien cuando sabía que no lo estaba. Había pasado por demasiado en su vida como para arrojar falsos tópicos. Estaba jodida por esto y él lo sabía.

- -¿Estás en el acantilado de roca?
- —Sí. Con el río y el valle abajo.
- —Así es como es la vida. Picos y valles. Algunos días sentirás que puedes escalar una montaña y otros días la vida te da una patada en el trasero y estás desanimado. Llegar a la cima de esa montaña parece una tarea imposible. Pero si das un paso a la vez, llegarás.

Hablaba por experiencia. Connor había luchado contra la adicción a las drogas durante años. Había tocado fondo y lo había perdido todo, incluida la chica que amaba. Pero ahora estaba limpio y sobrio, lo había estado durante más de dos años y él y Ava estaban en tierra firme.

-¿Y entonces qué? ¿Seré la Reyna de la montaña?

Se rio entre dientes.

- —Exactamente. Luego miras a tu alrededor, te tomas algunas selfies, te das una palmadita en la espalda y vuelves a bajar.
- —Guau. Todo ese trabajo para nada. ¿Qué sentido tiene escalar una montaña?
  - —Llegar al otro lado. No vuelves por el mismo camino que subiste.

Connor era solo cuatro años mayor que yo, pero era un alma vieja. Más profundo y sabio que la mayoría de los chicos de su edad.

- —Algún día serás un buen patrocinador.
- -Gracias.
- —¿Qué estás dibujando?







—Una montaña. Para ti.

Sonreí y me apoyé en mi mano, consciente de que si me inclinaba hacia adelante, muy probablemente me hundiría en la muerte. Pero esa era yo, ¿no? Siempre superando los límites.

- -¿Qué tipo de montaña?
- —Una gran montaña de caramelo. ¿Quieres un cielo negro como la tinta con estrellas o un amanecer?

Puede que esté bromeando, pero tal vez no. Consideré la respuesta, preguntándome si había una respuesta correcta o incorrecta y qué significaría la mía.

- —Quiero una luna de fresa.
- —Buena elección. ¿La viste anoche?
- —Sí. Fue hermosa. —No tenía sentido preguntarle si la vio. Sabía que lo había hecho. Connor era un observador de la luna y las estrellas, un artista y un soñador. El apodo de Ava para él era Rocket Man. Nunca le había preguntado por qué, pero había sacado mis propias conclusiones. Probablemente tuvo que ver con la canción de Elton John, y sus años de drogadicto, y la forma en que sus pies nunca parecían estar plantados en tierra firme, lo opuesto a Killian, que era firme. Si Killian era la roca, Connor era el polvo lunar.
  - —Oye —dije—. Hablaremos pronto.
  - -Llámame cuando quieras. Día o noche.
- —Gracias. Lo haré. Eres mi persona de las dos de la mañana. Espero que a Ava no le importe compartir.

Se rio entre dientes.

—Mientras seas tú, a ella le parece bien. —Hizo una pausa—. Todos te amamos, lo sabes.

Parpadeé para contener las lágrimas. Por eso había sacrificado tanto. Poder estar en la vida de mis hermanos, tratar de ponerme al día con todos los años que ni siquiera sabía que existían. Para intentar compensar los pecados de mi madre y los de mi padre. Mis hermanos no estarían de acuerdo, pero sentía que les debía por todo lo que les habían robado, por la vida a la que habían sido sometidos después de que mi madre los dejara con ese monstruo que los había criado. Y luego otra vez por la forma en que mi padre había tratado a Connor.

De todos los crímenes de mi padre, y había habido muchos, lo que le había hecho a Connor era el más dificil de perdonar. Había utilizado a Connor como un peón en su retorcido y enfermo juego. Había usado su conexión con los policías sucios y corruptos para arrestar a Connor por posesión de drogas que no había comprado y lo había coaccionado para que





## Kush emery rose

hiciera el papel de informante. Todo para que mi padre pudiera vengarse de un traficante que le había estafado. Los hombres de mi padre y los policías confiscaron las drogas y el dinero en efectivo del narcotraficante y lo mataron como si hubiera sido en un operativo. Sin piedad. Sin remordimientos. Ni siquiera había necesitado la ayuda de Connor. Lo había hecho para darle una lección a Connor porque había venido a Miami en busca de mi madre y había hecho demasiadas preguntas sobre el negocio de mi padre.

Estaba orgullosa de Connor por subir al estrado y testificar contra mi padre. Había observado el rostro de mi madre mientras Connor estaba en el estrado, pero no había revelado nada. Era casi como si se hubiera convencido a sí misma de que Connor y Killian no eran realmente sus hijos. Me asustó que tuviera la capacidad de hacer eso.

—También te amo. Adiós Connor.

Después de colgar, permanecí firmemente plantada en ese muro de piedra durante horas. Mi trasero se entumeció por estar sentada sobre la superficie dura y mi piel hormigueó por todo el sol que recibí. Pero me quedé. Los autos pasaban volando, pero afortunadamente ninguno se detuvo y nadie invadió mi soledad. Me quedé el tiempo suficiente para ver la puesta de sol en un glorioso estallido de rosa y naranja y luego volví a mi auto y conduje a casa. Como de costumbre, conduje demasiado rápido, como si los perros del infierno me estuvieran persiguiendo y tuviera que dejarlos atrás. Prometí dejar de pensar en el pasado. No pude arreglarlo ni cambiarlo. Pensar en ello es una pérdida de tiempo y energía. De ahora en adelante, viviría el momento.

Con esa determinación en mente, estaba tan alegre el lunes por la mañana en el trabajo que Tate seguía mirándome con extrañeza. Golpear el panel, una de las nuevas habilidades que me había enseñado pacientemente, no solía provocar risas de júbilo. A estas alturas debería saber que mis estados de ánimo eran tan cambiantes como las fases de la luna, pero aparentemente no lo hacía.

—¿Por qué es la gran sonrisa? —refunfuñó mientras venía a supervisar mi trabajo. Anteriormente, habíamos quitado la puerta abollada de una camioneta y la habíamos colocado sobre un soporte que me salvó las rodillas de tener que arrodillarme sobre el concreto durante largos períodos de tiempo. Me dijeron que la clave para hacer un buen trabajo en los paneles es la paciencia y los golpes suaves. Cincuenta o cien golpes suaves de martillo en lugar de unos pocos golpes fuertes que serían mucho más satisfactorios, pero menos efectivos. Tate me había enseñado a escuchar el sonido que hacía el martillo al golpear el metal con la plataforma rodante debajo, y sentí que le había cogido el truco. Suficiente para dejarme sin supervisión, en su mayor parte.

Le guiñé un ojo.







—Tuve suerte anoche.

Él resopló y negó con la cabeza. Pete, uno de los mecánicos, se acercó para unirse a la conversación y se secó las manos con un trapo grasiento que sacó del bolsillo trasero de su mono. Tenía alrededor de la edad de Tate, en sus cuarenta, con una panza de barril y una voz profunda de barítono. A veces cantaba canciones de Elvis mientras trabajaba. Si el trabajo de mecánico no funcionaba, sería un buen imitador de Elvis. Tate, por otro lado, era delgado y enjuto y no mucho más alto que mi metro setenta y cinco. Nunca lo verías cantando. Era duro, endurecido por una vida en un MC seguida de una temporada en prisión por robo a mano armada. Tate era el patrocinador de AN de Connor, lo que siempre me sorprendió. No era exactamente un tipo hablador, pero supongo que le dio un amor duro y, por lo que había oído, había ayudado a Connor a cambiar su vida. Solo por estar allí y nunca renunciar a él. Supongo que es lo que la gente realmente necesita cuando toca fondo.

- —¿Quién es el afortunado? —preguntó Pete, un verdadero romántico si alguna vez hubo uno.
- —Estaba bromeando. No tuve suerte. No tengo tiempo para chicos. Me encanta mi trabajo. —Y era cierto. Amo este trabajo. También era cierto que no tuve suerte. No había visto a Deacon desde el viernes por la noche y probablemente no lo volvería a ver si su último acto de desaparición fuera un indicio.
- —Deberías hacer tiempo —dijo Pete, rascándose la cabeza con los dedos manchados de grasa. Al igual que Tate, rara vez usaba guantes para protegerse las manos, lo que significaba que nunca estaban limpias, incluso después de restregarlas con GoJo con aroma a naranja, el jabón de manos de piedra pómez que Tate mantenía abastecidos los baños—. Una chica joven como tú... necesitas divertirte un poco. Sal ahí fuera. Antes de que te des cuenta, tendrás una hipoteca, dos hijos para la universidad y una esposa que se queja de que nunca más le envías flores.

Lo había escuchado todo antes. Pete siempre me decía que necesitaba salir y divertirme. Conocer a un buen chico, tener citas, disfrutar de mi juventud. Se casó con su novia de la secundaria y cuando le pregunté una vez si alguna vez se arrepintió de no jugar en el campo, dijo que no. Cuando encuentras a la adecuada, no piensas en lo que te perdiste.

—Deberías enviarle algunas flores a Angie. Ve y hazlo ahora mismo—le urgí—. Mejor aún, haz un video tuyo cantando una melodía de Elvis y envíasela. —No es que yo fuera una romántica, pero Pete amaba a su esposa y hablaba de ella todo el tiempo. Tal vez solo necesitaba saber eso.

Tate miró el Honda en un elevador hidráulico que Pete había abandonado para esta conversación.

—¿Reemplazas esa transmisión todavía?





### KUSh emery rose

Lo cual fue suficiente para que Pete volviera al trabajo que tenía entre manos, sus planes de cortejar a su esposa quedaron en un segundo plano. Habiendo agotado sus habilidades de conversación durante el día, Tate señaló algunas abolladuras que aún no había arreglado y observó con ojo de águila mientras empuñaba mi martillo de bola. Después de unos minutos de supervisión, asintió con la cabeza para indicar que lo estaba haciendo bien justo antes de retirarse a su oficina. Antes de que se marchara, le recordé que prometió enseñarme a cortar y soldar. Respondió con un gruñido que siempre elegía traducir como un sí. Si le preguntaba con suficiente frecuencia, eventualmente lo haría, aunque solo fuera para callarme. Sabía que solo me dio el trabajo porque amaba a Connor, pero trabajé duro e hice todo lo que me pidió sin quejarme. No quería que pensara que yo era una princesa rica de Miami que tenía miedo de ensuciarse las manos.

Además, me encantaba trabajar en el garaje. Me encantaba la idea de que pudiera arreglar lo que estaba roto. Los autos tenían más sentido que las personas. Podría identificar el problema y encontrar una solución. Puedo restaurar un automóvil dañado por óxido, plomo o una colisión a su estado de fábrica. Podrías hurgar debajo del capó y averiguar por qué hay una fuga de aceite o se niega a arrancar cuando giras la llave en el encendido. No podrías hacer eso con la gente. Las personas escondían sus mentiras detrás de una sonrisa, decían una cosa cuando querían decir otra, e incluso si estaban en buena forma física y eran fuertes, eso no significaba necesariamente que estuvieran sanos o en su sano juicio.

No podrías arreglar el alma de otra persona o su conciencia o sus corazones negros.

Pero hoy no estaba pensando en eso ni en la montaña metafórica que tenía que escalar. Simplemente estaba viviendo el momento, cómoda en mí entorno en medio del fuerte ruido de un ajetreado taller de Brooklyn que olía a aceite de motor y testosterona.

Fue un buen día. Un día honesto. Y no daba por sentado esos días.

Más tarde esa noche, cuando fui a hacer ejercicio al gimnasio de Killian, MMA Defiance & Fitness, deslicé el sobre marrón con dinero en efectivo debajo de la puerta cerrada de la oficina de Ava. Ella era la directora de la fundación de Killian, estaba a cargo de la recaudación de fondos y las tareas administrativas y había rechazado la sugerencia de la junta de que le alquilarían una oficina separada, alegando que el dinero se gastaría más sabiamente si volviera al programa. Entonces, se había hecho cargo de la oficina de Killian y también manejaba todas las cuotas de membresía y la contabilidad.

Killian estaba en la jaula con Nico, a quien estaba entrenando para seguir sus pasos en UFC y todo su enfoque estaba en Nico. Ni siquiera se







dio cuenta de que me detenía en la oficina antes de que pasara junto a él, con la intención de llegar al vestuario y luego a la elíptica.

—Keira —me llamó Killian. Me volví y le dediqué una gran sonrisa. Salió de la jaula y se paró frente a mí. La apariencia y el comportamiento de Killian podrían intimidar a los mortales menores. Estaba de pie con las piernas ligeramente abiertas, las manos en las caderas, sus ojos azul eléctrico clavados en los míos. El músculo de su mandíbula estaba haciendo tictac, así que supe que estaba enojado por algo.

—Oye, Killian. ¿Qué pasa? —pregunté, en tono ligero y engañoso, mi sonrisa aún intacta.

Sus ojos se entrecerraron. UH oh. Excepto por la situación del apartamento, Killian nunca se había enfadado conmigo. Pero estaba acostumbrada a los tipos duros, así que me mantuve firme.

—¿De dónde has sacado todo ese dinero?

Debería haber sabido que eventualmente me atraparía. Killian no se perdía ningún truco. Afortunadamente, tenía una mentira disponible para este mismo momento.

—He estado vendiendo todas mis cosas. En la casa de empeño y tiendas de consignación. Tenía muchos artículos de diseñador. La gente paga un buen dinero por ellas.

Bajó la mirada a mi bolso Louis Vuitton. Aparte de mi chaqueta Moncler porque... diablos, este bolso era el único artículo de diseño que me quedaba. Llámame superficial, pero me gustaba un bolso bonito que combinara con mi estilo gangsta chic; esta noche eran unos jeans rotos, una camiseta Dope y una gorra al revés.

—He vendido prácticamente todo ahora, así que esa podría ser la última donación.

Relajó su postura pero se cruzó de brazos e inclinó la cabeza, tratando de decidir si debía creerme o no. Frunció el ceño con preocupación.

—¿Estás segura de que estás bien para donar el dinero?

Asentí.

- —Tu alquiler no es barato y tampoco tu auto —señaló.
- —Lo tengo cubierto. —Vender el Porsche y mis joyas me había dado suficiente dinero para comprar el Charger y subvencionar una gran parte de mi alquiler. Después de que se acabase el dinero, pensaré en algo. Tal vez debería haber vendido mis artículos de diseñador y el juego de equipaje de Louis Vuitton en lugar de donarlos a una tienda de segunda mano, pero no lo hice, y podría vivir con eso.







—¿Tate te está pagando un dinero decente? —me preguntó Killian, es de los que no abandona un tema hasta que haya explorado todos los matices y esté satisfecho con el resultado.

No estaba ganando mucho dinero. Yo era una aprendiz, todavía estaba aprendiendo, pero Tate me estaba pagando un salario justo para alguien que recién comenzaba en el trabajo de carrocería. No quería ningún favor especial.

—Me está pagando un buen dinero. Estoy bien.

Killian asintió.

- —Bueno. Pero si alguna vez te falta dinero, avísame.
- —Lo haré. —Killian era generoso y, a pesar del comportamiento de tipo duro, tenía un gran corazón. Haría cualquier cosa en su poder para proteger a las personas que ama. De alguna manera, me había convertido en una de esas personas y no daba por sentada su lealtad. Pero nunca le pediría dinero, y aunque él lo sabía, asintió como si estuviera satisfecho con mi respuesta.

No sabía si él creía mi historia sobre cómo había obtenido el dinero, pero siempre intenté ser honesta con mis hermanos sobre las cosas importantes. Eso ayudaba mucho en mi caso ahora.

—Gracias. Por las donaciones —dijo, su voz tan sincera, tan agradecida, que sentí una punzada de culpa por mentirle.

—De nada.









Cuatro días.

Ese fue el tiempo que pude permanecer alejado. ¿Dónde estaba mi autocontrol? Metí las manos en los bolsillos delanteros de mis jeans mientras caminaba hacia el departamento de Keira al amparo de la oscuridad, con el ala de mi gorra baja.

En mi periferia, observé a los cuatro tipos fuera de la bodega junto a The Candy Store, un club en el sótano donde habíamos hecho una operación encubierta de compra y venta el año pasado. La música rap sonaba desde un equipo de música de la vieja escuela en la acera, demasiado fuerte para un martes por la noche, pero dudaba que a alguno de ellos le importara el ruido.

—Mamacita, ¿Qué está temblando? —le dijo uno de los chicos a una chica que acababa de salir del club. Danny Vargas. Debía estar en libertad condicional. Escoria. Solía ser el comerciante de Connor. Aparté la mirada, agradecido de que no me hubiera reconocido y seguí caminando.

Las voces elevadas llamaron mi atención hacia las canchas de baloncesto al otro lado de una valla de tela metálica e inmediatamente reconocí el traje y la postura de sus hombros. Max Cooper fue construido como un apoyador y sus chaquetas de traje nunca le quedaron bien. Era demasiado tacaño para modificarlos y no lo bastante vanidoso como para preocuparse.

Su mirada captó la mía por una fracción de segundo, pero apartamos la mirada sin reconocer que nos conocíamos. Los policías y los traficantes de drogas no eran los mejores compañeros de cama.

Él estaba esposando a un chico y defendiéndose de una chica que le gritaba obscenidades. La chica le escupió.

- —¿Por qué te llevas a mi novio? No ha hecho nada malo.
- —Sigue así y vendrás a dar el paseo.

Me rei entre dientes. La vida glamorosa de un agente de la ley.





### Kush emery rose

Me he metido en peleas con adictos, los adictos a la metanfetamina eran los peores. Me han pateado, golpeado, escupido, insultado. Me apuntaban con cuchillos y pistolas. Una vez, estaba atrapando a un traficante y me saltó. El perro hundió los dientes en mi pantorrilla izquierda y me arrancó un buen trozo de piel. Aún tenía la cicatriz para demostrarlo. La paga era baja, las horas apestaban, me he perdido más vacaciones familiares de las que puedo contar. Y, sin embargo, amaba mi trabajo. No podía imaginarme haciendo otra cosa. A veces era aburrido como la mierda. Horas de vigilancia y montones de trámites. Pero no había nada que me gustara más que el calor del peligro cuando estás corriendo con adrenalina, tu corazón late con fuerza y tus instintos de supervivencia se activan. Tal vez era un enfermo. Persiguiendo una emoción barata con el pretexto de ser noble.

No tenía por qué estar en este barrio. O ir a su departamento. Un chico decente se habría mantenido alejado de ella desde el día en que nos conocimos. No siempre fui un tipo decente. Asumir el papel de traficante de drogas fue sorprendentemente fácil para mí. Entrar en el edificio de departamentos de Keira a través de la lavandería en el sótano para evitar las cámaras de seguridad y el portero fue aún más fácil. Todavía tenía que encontrarme con un sistema de alarma que pudiera mantenerme fuera. Si no me hubiera convertido en policía, habría sido un maldito buen criminal.

Mientras subía las escaleras hasta el quinto piso, pisando suavemente para que mis botas no hicieran ningún ruido, cuestioné mi cordura por haber venido aquí.

¿Se podía confiar en ella? Keira Shaughnessy era un comodín. Cuando dejó caer ese pequeño detalle de que Sasha Petrov fue su primer novio, no debería haberme sorprendido. Le gustaba vivir en la cúspide del peligro. Pero claro, con un despiadado criminal por padre, probablemente viajó en los mismos círculos que el hijo de Ivan Petrov.

Abrí la puerta metálica de la escalera y la cerré silenciosamente detrás de mí. Vivía en una nueva construcción con buena insonorización, el sonido de mis pasos amortiguado por el pasillo alfombrado de color beige. Olía a pintura fresca y limpiador de alfombras industrial. Plantas de plástico en macetas de latón flanqueaban las puertas del ascensor y no me sorprendería que pusieran música tranquilizadora y mierda New Age en el ascensor. Un poco de Kenny G, tal vez. Este edificio y su departamento monocromático escasamente amueblado estaban desprovistos de color y vida. Genérico y ligeramente deprimente. Lo contrario de ella.

Me detuve frente a su puerta y pegué mi oído. Escuché el zumbido bajo de voces, pero sonaban como si vinieran de la televisión. ¿Y si no estaba sola? Da la vuelta y vete. A pesar de todas las razones válidas por las que debería hacer precisamente eso, golpeé la puerta con los nudillos.

¿Qué diablos me pasa?



#### Paradise BOOKS

## KUSh emery rose

Keira me intrigaba. Esa era la única explicación plausible de por qué estaba aquí. Keira Shaughnessy tenía tantas capas que nunca sabía qué versión de ella obtendría. A veces me recordaba a una heroína trágica de una novela rusa. A veces era juguetona y divertida. Tímida e insegura.

Era dura con un toque de vulnerabilidad. Tomaba riesgos. Atrevida. Fuerte. Temeraria. A veces, completamente loca como demostró esa noche de la carrera callejera. Pero no era tan valiente como le gustaba fingir. La intimidad la asustaba.

La puerta se abrió y ella se paró allí con unos calzoncillos tipo bóxer con estampado de flamencos, rosa sobre negro, y una camiseta que decía *Hoy no Satanás*. Su rostro estaba libre de maquillaje, ondas salvajes de cabello castaño miel enmarcando su perfecta cara. Tenía el tipo de belleza que se podía usar como arma. Dentada y peligrosa. En cambio, eligió usarla como escudo. Lo que la hacía infinitamente más atractiva.

Los ojos color whisky estudiaron mi rostro, tratando de averiguar qué estaba haciendo aquí a las once de la noche de un martes. Buena pregunta.

Mis ojos bajaron al eslogan de su camiseta. No llevaba sujetador y pude ver los picos de sus pezones presionando contra el algodón rosa. Jódeme. Levanté los ojos hacia su rostro y sonreí.

—¿Debo volver mañana?

Arqueó sus cejas perfectas.

- —¿Eres el diablo?
- —Disfrazado.
- —En ese caso, entra. —Abrió la puerta de par en par y me hizo pasar, sus labios dibujando una sonrisa. Era su sonrisa genuina. Ya conocía la diferencia. Y así, todas las dudas que tenía sobre venir aquí se desvanecieron. Una sonrisa. Eso fue todo lo que se necesitó.

Mientras caminaba hacia la cocina, mi mirada viajó por su tonificado cuerpo. Alto y delgado, constituido como una supermodelo, con las jodidas piernas más largas que jamás había visto. Las imaginé envueltas alrededor de mi cintura, mi polla enterrada profundamente dentro de ella. Luego traté de borrar la visión de mi mente.

- —¿Quieres una bebida? —preguntó, su cabeza desapareciendo dentro del refrigerador abierto mientras me apoyaba contra el marco de la puerta y miraba su trasero.
  - —¿Qué tienes?
- —Hmm —dijo, su rostro escondido detrás de la puerta del refrigerador.

La cocina estaba impecablemente limpia. Ni siquiera una mancha o huella dactilar estropeaba la estufa y el refrigerador de acero inoxidable o







los gabinetes de cocina blanco brillante. Las encimeras de granito estaban desnudas excepto por una cafetera Keurig. Los taburetes estaban cuidadosamente colocados debajo de la barra de desayuno, separados de la sala de estar por una media pared. Si tuviera que adivinar, rara vez o nunca cocinaba, y apenas usaba su cocina.

—Tengo agua. O agua. —Se rio con esa risa ronca suya que me hizo tener pensamientos sucios.

Relájate. No estás aquí para una llamada de botín. Deja de pensar en todas las cosas sucias que quieres hacer con ella.

—El agua es buena —dije.

Sonrió y agarró el labio inferior regordete entre sus dientes blancos y rectos mientras me entregaba una botella de agua. Mis dedos rozaron los de ella cuando se la quité. Rápidamente apartó su mano, sintiendo la misma corriente eléctrica que yo sentía cuando nuestra piel se tocaba.

- -Gracias.
- —Por supuesto. —Respiró hondo y nos miramos a través de su cocina de vanguardia. Se sentía como si estuviéramos en un baile de secundaria y no teníamos idea de cómo navegar en el espacio entre nosotros o qué hacer a continuación. Dejé el agua y la gorra sobre la encimera y me pasé los dedos por el cabello. Sus ojos siguieron mi movimiento y pasó de un pie al otro, cruzando los brazos sobre el pecho como si de repente se diera cuenta de que estaba sin sujetador.

Para aliviar la incomodidad, hice lo primero que se me ocurrió. Le di mi sonrisa más encantadora y le tendí la mano.

—¿Te importaría bailar con el diablo?

Se echó a reír y miró mi mano extendida antes de colocar la suya en la mía. Tenía manos de pianista, dedos largos y elegantes, pero sus palmas estaban callosas, probablemente por su trabajo. Una contradicción, como Keira. Con ella, rara vez conseguías lo que esperabas. Envolví mi brazo alrededor de su cintura y la acerqué más, pero no tanto como para que nuestros cuerpos se tocaran.

Puso su mano en mi hombro, la otra aún apretada en la mía. La llevé por el piso de la cocina en un lento baile con música que solo podía escuchar en mi cabeza.

- —No hay música.
- —Entonces supongo que tendrás que cantar. —Había un desafío en mi tono y sabía que ella lo aceptaría.
- —Eso es lo que me pasa por bailar con el diablo. Supongo que es hora de pagarle al violinista. —Me reí. Solo dudó un momento antes de comenzar





a cantar *"Free Fallin"*, su voz baja, rasposa y desafinada. Era más sexy que si su voz fuera perfecta y pulida.

- —Eres buena cantante.
- —Soy una mierda —dijo riendo—. Tendrás que unirte a mí.

Lo hice. Mi voz no mejoró la canción ni un poco. Inventamos las palabras que no sabíamos o no podíamos recordar, y bailamos "Free Fallin" en su cocina brillantemente iluminada, moviéndonos más lentamente de lo que pedía la melodía. Comenzamos con suficiente espacio entre nosotros para conducir un camión Mack a través de él. Mientras bailamos, su mano se movió de mi hombro a la parte de atrás de mi cuello y jugó con las puntas de mi cabello, retorciéndolo entre sus dedos. Casi imperceptiblemente, su cuerpo se acercó más al mío hasta que solo hubo un pequeño espacio entre nosotros. Mantuve mi mano en su espalda baja y resistí el impulso de moverla más abajo, apretar su trasero y aplastar su cuerpo contra el mío para que pudiera sentir lo que me hacía su cercanía.

Dejamos de cantar y nuestros pies dejaron de moverse, pero nos mantuvimos en posición como si estuviéramos jugando un juego de estatuas y nos hubieran pillado en mitad de un baile. Me quedé mirando el bonito puchero rosado de sus labios y luego bajé la cabeza e inhalé el embriagador aroma de su cabello y piel. Albaricoques y almendras dulces. Ella parecía una chica que olía a almizcle y especias exóticas. Estaba feliz de que no lo hiciera.

—Hueles comestible.

Cerró los ojos y respiró hondo.

—Hueles como la mañana de Navidad.

Mi mano se movió más abajo, palmeando su trasero y acercándola más para que su cuerpo estuviera pegado al mío.

- —Me haces sentir como un niño en Nochebuena.
- —Es la anticipación.
- —¿Tú también lo sientes? —bromeé.

Dio un paso atrás y bajó los ojos hacia el bulto de mis jeans.

—Es dificil pasarlo por alto.

Sonrei.

-Gracias.

Rodó los ojos.

- —Si se trata de una llamada de botín, golpeaste la puerta equivocada.
- —Si esto fuera una llamada de botín, ya estarías desnuda y gritando mi nombre.







Arqueó las cejas para ocultar el rubor de sus mejillas.

- -Engreido.
- —Confiado. Pero no me lo pongas demasiado fácil. Hazme trabajar por ello.
  - —No hay nada fácil en mí —dijo.

¿Por qué no me sorprendía?

—¿Te gusta la emoción de la caza, *Konstantin*? —Sonrió con aire de suficiencia, orgullosa de sí misma por descubrir que Kosta era el apodo ruso de Konstantin. Chica inteligente.

Entró tranquilamente en la sala de estar y la seguí, como un cazador acechando a su presa.

—Me gustan los desafíos, *Gracie*. —Ese era el nombre en su identificación falsa. Sonrió al recordarlo. Incluso si atrapaba a Keira, sabía que seguiría siendo un desafío—. ¿Puedo confiar en ti?

No necesitaba deletrearlo. Ella sabía lo que estaba preguntando.

- —Con tu vida, sí. Soy buena guardando secretos. Simplemente no te enamores de mí. Eso sería peligroso.
- —Aprecio la advertencia. —Me imaginé chocando, no cayendo. No pensé que ninguno de los dos saldría ileso.

Me senté en el sofá junto a ella. La película *Drive* reproduciéndose en la televisión. Un cuenco de uvas moradas, una bolsa de Cheetos y un recipiente de plástico con fideos Ramen estaban sobre la mesa de café.

—¿Esta es tu idea de cena?

Se encogió de hombros.

- —Trabajé hasta las nueve —dijo a modo de explicación.
- —¿Siempre trabajas tan tarde?
- —Estoy tratando de recuperar las horas que perdí. —No proporcionó la información, pero supuse que estaba hablando de su tiempo en Miami. Me encantaría preguntarle al respecto, pero dejaría esas preguntas para otro día—. Además, me encanta estar en el garaje.
  - —¿Qué te gusta de eso? —pregunté, genuinamente curioso.
- —Es ruidoso, huele a aceite de motor y testosterona, y trabajo con hombres que se ganan la vida honestamente y disfrutan de las cosas simples de la vida. Como un cómodo sofá, una cerveza fría y un juego de pelota.

Una vida honesta. En otras palabras, lo opuesto al estilo de vida de su padre.

—¿Cómo te trata Tate?







—Tate es Tate. No habla mucho, pero es un buen maestro y, aunque todavía se queja de contratar a una mujer, creo que en secreto le agrado. Al menos, eso es lo que elijo creer.

Colocó el cuenco de uvas en su regazo, arrancó una del tallo y la sostuvo frente a mi boca.

- —Abre —dijo.
- —¿No me lo vas a pelar?
- —¿Quién hace eso? ¿Quién pela una uva?

Abrí la boca y me dio de comer una uva. Esperaba que estuviera caliente y jugosa, no jodidamente congelada.

Sonrió.

- —Las puse en el congelador.
- —¿Quién pone uvas en el congelador?
- -Yo.

Apoyé mis pies en la mesa de café, mis dedos entrelazados detrás de mi cabeza y ella se sentó con las piernas cruzadas con la espalda contra el apoyabrazos. Vimos la película así, con ella inclinada hacia adelante para alimentarme con uvas dulces congeladas, mi boca abriéndose para aceptar la ofrenda de sus dedos, como si esto fuera perfectamente natural.

Tocó mi muslo con su pie.

—El viernes por la noche... ¿Sabías que estaba en el Charger?

Se refería a la carrera callejera. Sabía que era ella. Primero reconocí el auto y luego la vi detrás del volante.

—Sabía que eras tú.

Puse sus pies en mi regazo y sostuve su pie izquierdo con ambas manos, masajeando la parte anterior de su pie. Jesús. Primero, había bailado con ella en la cocina y ahora estaba masajeando sus pies. ¿Qué sigue? ¿Manicuras y pedicuras? Ella gimió y luego se tapó la boca con una mano para ahogar el sonido como si la avergonzara. Fue lindo. Presioné mis pulgares profundamente en el arco, mi mirada se centró en sus uñas pintadas de azul índigo hasta que se olvidó de estar avergonzada. Sus gemidos, lloriqueos y repetidos "oh, Dios mío" me animaron a hacer de este el mejor maldito masaje de pies que jamás había tenido.

—Solía correr en la calle. En la escuela secundaria. —Le presté atención al pie derecho que había descuidado mientras trabajaba en el izquierdo—. No era tan organizado como tu carrera. Solo un montón de imbéciles conduciendo autos de mierda y reuniéndose para correr en una franja de carretera. Jugar al pollo solía ser mi juego favorito. Esperaría hasta







el último segundo posible antes de desviarme del camino de un camión o auto que se aproximara.

- —¿Por qué? —Su voz era entrecortada, sus párpados medio abiertos. Mi pene se movió, pidiendo atención, pero lo ignoré.
- —Solía pensar que me hacía sentir más vivo —le dije—. Pero solo era un idiota.
  - —¿Tenías un deseo de morir?
  - —No. ¿Tú sí?
- —No. No —dijo, y escuché la honestidad en su voz—. Supongo que lo hago por las mismas razones que tú. ¿Qué te hizo querer convertirte en policía?
- —¿Me creerías si te dijera que quiero hacer una diferencia en el mundo? ¿Que soy un cruzado de la justicia? Por cursi que sonara, fue una gran parte de la razón por la que terminé convirtiéndome en policía.

Cerró un ojo e inclinó la cabeza, considerándolo.

- —En realidad, lo creo. Pero suena como un cartel de reclutamiento. Estoy segura que tu historia es mucho más interesante que eso.
  - —¿Eso crees?
  - —Sí. No eres exactamente el Capitán América.
- —Debería estar ofendido. —No lo estaba. Ese era mi superhéroe menos favorito.

Ella rio.

—Mis hermanos te conocieron en la secundaria. Les sorprendió que te convirtieras en policía.

La secundaria fue hace diez años. Me gustaría pensar que he cambiado mucho desde entonces, pero a veces todavía supero los límites.

—Me siento halagado de que hayas preguntado por mí.

Se encogió de hombros.

- —Tenía curiosidad por saber cuál es tu trato.
- —¿Te iluminaron? —Sospeché que no lo habían hecho. Habíamos sido más conocidos que amigos en la secundaria. Lo único que teníamos en común era que odiaba a su padre. Seamus Vincent solía ser el jefe de policía de mi comisaría. Nunca le agradé. Me llamó inconformista. Al menos yo era un policía honesto y no un borracho abusivo, más de lo que él podía afirmar.
- —No realmente. Eres un hombre misterioso. —Me miró expectante, esperando que le contara mi historia de cómo me convertí en policía.







- —En la secundaria, no tenía mucha dirección. Pasé la mayor parte de mi tiempo de fiesta, saliendo con chicas... Hice todo tipo de mierda que estaba en el lado equivocado. Para entonces, me había dado cuenta de que podía usar mi encanto para salirme de cualquier cosa.
  - —Apuesto a que mucha gente se enamoró de ese acto.

Lo hicieron. Pero los inteligentes se dieron cuenta y me llamaron la atención.

—Mi abuelo me hizo entrar en razón. Era detective de homicidios. Vieja escuela. Llevaba una gabardina y un traje barato. Fumaba un paquete al día. Era un verdadero personaje. —Sonreí al recordarlo. El hombre era una maldita levenda. Me ayudó a superar muchos momentos difíciles con su actitud de no aceptar tonterías—. Un día... tenía diecisiete años y mis amigos y vo estábamos en el patio trasero, bebiendo, fumando, hablando mierda. Mis padres estaban en el trabajo y mi abuelo se animó. Les dijo a todos que se fueran y se fueron. Nunca tuvo que levantar la voz. Tenía esa mirada en sus ojos como si supieras que, si no hacías lo que decía, te patearía el trasero desde aquí hasta el domingo. Me dijo que íbamos a dar una vuelta. Tenía una cabaña en el norte del estado. Me llevó allí, no dijo una palabra durante el viaje de dos horas. Cuando llegamos, colocó las latas de café y las botellas de cerveza de Folger en postes de madera. Luego me entregó su Glock y me dijo que disparara a los objetivos. Hicimos esto durante horas. Mientras trabajaba en mi práctica de tiro, él me hizo preguntas. Ni siguiera sé qué dijo exactamente que me hizo ver mi futuro de manera diferente, pero para cuando estábamos de regreso a Bay Ridge, acepté postularme para el programa de Justicia Criminal en John Jay College. Me aceptaron y terminé amándolo. Después de graduarme, fui a la academia.

Fue un punto de inflexión en mi vida, un momento decisivo, pero no era una gran historia.

- —Y ahora aquí estoy, un réprobo reformado.
- —Reformado, ¿eh?
- —Principalmente. —Sonreí—. Nunca he dicho que soy un Boy Scout.
- —Gracias a Dios. Qué aburrido.

Me rei.

- —Entonces, ¿estás usando tus talentos para el bien, no para el mal? A menos que... —Se dio unos golpecitos en los labios con el dedo índice, acusación en sus ojos entrecerrados. Sabía lo que estaba pensando. Con la forma en que la criaron, no podía culparla.
- —No soy un policía sucio. —El dinero no me motivaba y tenía líneas duras que nunca cruzaría. Esa era una de ellas.





- —¿Nunca has tenido la tentación de recibir un soborno? —Frotó la planta de su pie sobre mi erección, su rostro era la imagen de la inocencia.
- —Juegas sucio. —Empujé sus pies fuera de mi regazo e inmediatamente perdí el contacto físico.

Se rio y metió las piernas debajo de ella.

- —Nunca he tenido la tentación de recibir un soborno.
- —¿Por qué no?
- —Tan pronto como aceptas dinero, la persona cree que es tu dueño. Mi alma no está en venta.
- —Entonces, ¿eres un chico malo con una racha de bueno o un chico bueno con una racha de malo?

Sonreí.

- -¿Qué piensas?
- —Creo que eres un problema.
- —El sentimiento es mutuo.
- —Y sin embargo, aquí estás. De nuevo.
- —Parece que no puedo alejarme de ti. —Mi tono era ligero y burlón, pero era lo más honesto que le había dicho. Me dio una pequeña sonrisa, como si hubiera visto a través de mí y supiera que lo decía en serio.
  - —¿Tienes novia?
- —Actualmente soltero y disponible. —Extendí mis brazos como si fuera de ella para tomar.
  - —¿Te acuestas con alguien?
  - —Me estoy guardando para ti.
  - —¿Qué te hace pensar que estoy interesada?

Porque preguntaste.

—No me cerraste la puerta en la cara.

Se rio y se acomodó en el sofá, con los pies descalzos apoyados en la mesa de café como si se estuviera preparando para una larga conversación.

—Háblame del Deacon Ramsey.

La miré.

- —¿Qué quieres saber?
- -¿Cómo terminaste en un hogar de acogida?
- —Haciendo preguntas contundentes desde el principio.







- —Las he estado guardando durante seis meses. Hay más de donde vino esa.
  - —Has estado pensando en mí. —Le di una sonrisa de suficiencia.
  - -Estás evitando la pregunta.

Era una pregunta que no me gustaba responder.

- —Mi madre biológica trabajaba en un club de striptease. Cuando tenía cinco años, murió de una sobredosis. —Esa era la historia, en pocas palabras, y había recitado los hechos rápidamente, sin mucha emoción. Sin embargo, había omitido los detalles importantes. Solo un puñado de personas los conocía. Si no estuviera trabajando encubierto, podría contarle más, pero tal vez no. Estaría revelando demasiado.
  - —¿Te acuerdas de ella? —preguntó, girando la cabeza para mirarme.
- —Tengo vagos recuerdos de ella. Recuerdo su cabello rubio y que era bonita. —La recordaba hablando por teléfono en ruso y llorando después. Recordé la mañana en que la encontré muerta en el sofá. Su piel fantasmal. Sus ojos aún estaban abiertos, pero no respiraba. La sacudí. Le grité. Le tiré un vaso de agua en la cara. Su muerte no fue un accidente. Me había dejado una nota, una carta de amor envuelta en una disculpa. No sabía qué más hacer, así que comí cereal seco de la caja y vi la televisión con mi madre muerta, Bob Esponja. Cuando era niño el tema principal solía sonar en mi cabeza en un bucle las noches en las que no podía dormir. Mis primeros recuerdos fueron de hambre. Siempre estaba jodidamente hambriento. Pero esos recuerdos eran míos, así que los guardé para mí y busqué algo más que pudiera compartir con ella—. Ella me dijo que siempre había querido ser bailarina.

No me lo dijo. Lo escribió en la carta, vertiendo todas las esperanzas y sueños que tenía para su nueva vida en Estados Unidos, hogar de los libres y valientes. La realidad no había estado a la altura del sueño. Cuando era niño, solía enojarme porque ella no había luchado lo suficiente, no me había amado lo suficiente como para salvarse. Pero a medida que fui creciendo, me di cuenta de que algunas personas son demasiado frágiles para este mundo.

—Eso es... eso es tan triste —dijo Keira suavemente.

Era muy triste. Pero no pasé mucho tiempo pensando en el pasado o deseando que las cosas hubieran sido diferentes. Hace mucho tiempo que había puesto a esos fantasmas a descansar e hice las paces con eso.

- —Después que murió, ¿fuiste a un hogar de acogida?
- —Sí. Me trasladaron a diferentes casas durante unos años.
- -¿Fueron horribles? ¿Tus familias de acogida?







Me encogí de hombros. Mis recuerdos de esos años eran vagos. No recordaba si eran horribles. Sentí que nunca les había importado una mierda, que solo estaban en esto por el dinero.

—Nunca formé realmente un vínculo con esas familias, así que eso lo hizo más fácil. Cuando los Ramsey me acogieron, pensé que terminaría como todas las demás familias. Siempre estaba esperando que me dijeran que hiciera las maletas.

Mierda. ¿De dónde diablos había salido eso?

- —Pero no lo hicieron —dijo con una suave sonrisa.
- —Todo salió bien. Tuve suerte. Terminé con una gran familia.
- —¿Cómo son tus padres?

No podía recordar la última vez que alguien me había hecho tantas preguntas personales, lanzándolas como si realmente las hubiera estado guardando para esta noche. O la última vez que respondí con tanta honestidad.

- —Mi mamá es una eterna optimista y siempre trata de ver lo mejor en las personas. Mi papá es más cínico y realista. Entonces, se equilibran entre sí.
- —¿Su asociación es igual? —preguntó, su voz escéptica como si dudara que una relación como esa pudiera existir.
- —Son muy iguales. Juegan con las fortalezas del otro y se respetan mutuamente.

Pensó en eso por un momento y luego volvió con otra pregunta.

- —¿Y qué hay de ti? ¿Alguna vez has estado comprometido en una relación?
- —Seis años y todavía fuerte. Mi socio Max Cooper y yo estamos comprometidos con la lucha contra el crimen en Ciudad Gótica. Coop está en casa en la Baticueva en este momento.

Ella rio.

—¿Eres Batman o Robin?

Resoplé.

- —Me ofende que incluso necesites preguntar. Has visto mi Batimóvil.
- —Tu Escalade no es tan genial como el Batimóvil.
- —Está blindado y armado. Y me tiene al volante. ¿Cuánto más genial podría ser? —me burlé.
- —Me sorprende que tu ego gigantesco haya atravesado la puerta de mi casa.







—No es solo mi ego el que es gigantesco.

Sus ojos se dirigieron a mi entrepierna, sus mejillas se sonrojaron de un bonito color rosa. Era jodidamente adorable. Me acomodé en mis jeans que eran incómodamente apretados especialmente cuando ella me miraba así, lamiendo su labio inferior. Jesús, mujer. No te lamas los labios así. Ahora me estaba imaginando esa lengua lamiendo mi pene como si fuera una piruleta. Un chupa-chups muy duro, caliente y sí... culo grande.

—Es mi turno para hacer una pregunta —dije.

Asintió y dejó escapar un suspiro, preparándose para una pregunta dificil.

—Bien.

Fingí pensarlo mucho, fruncí el ceño en concentración mientras ella lanzaba miradas preocupadas en mi dirección.

—¿Estás lista?

Asintió.

- -Necesito una respuesta honesta.
- —Solo haz la maldita pregunta ya —resopló.
- —¿Cuál es tu sabor favorito de helado?

Le tomó un par de segundos procesar mi pregunta. Se rio y golpeó mi brazo, aliviada de que no le hubiera preguntado algo que sería dificil de responder.

- —Ben & Jerry's Cherry García. ¿Tú?
- —Chunky Monkey.

Hizo una mueca.

—Ew, banana.

Levanté mi mano.

- —No hay necesidad de ser juicioso. ¿Color favorito?
- —Azul medianoche. O tal vez se llama azul profundo. Como el color del cielo en ese momento extraño y solitario justo antes del amanecer —dijo, y me pregunté si se sentía muy sola. Pensé que probablemente lo hacía. La soledad era diferente a estar solo—. ¿El tuyo?
- —Verde bosque, como un pino. ¿De qué color es el vestido de tu dama de honor? —No sabía por qué pregunté eso.
- —Rubor rosado. Una hermosa mezcla de finas capas espumosas con la espalda abierta.
  - —El rubor rosado podría convertirse en mi nuevo color favorito.





### Kush emery rose

- -Lástima que no lo verás, Kosta.
- -¿Eso es un desafío?

Trató de reprimir una sonrisa.

—Tal vez. ¿Estás planeando estar a la altura?

Sonrei.

- —Tal vez.
- -¿Pizza o tacos? —preguntó.
- —Pizza.
- —Los tacos son vida.
- —No has vivido hasta que pruebes Vinnie's Pizzeria. —Se encogió de hombros, no convencida—. ¿Primer beso?
- —Sasha. También fue mi último beso antes que tú. —Sus ojos se abrieron y parecía que quería patearse por proporcionar esa información.

Yo era solo la segunda persona que había besado en su vida. ¿Cómo era eso posible? No por falta de receptores, eso era absolutamente seguro. Sus labios eran tan besables que prácticamente rogaban ser besados. Devorados. Por mí. No quería que nadie más besara esos labios excepto yo.

—¿Por qué?

Se encogió de hombros.

- —Quizás soy exigente. O difícil. O complicada. O desordenada. Quizás por todas esas razones. O quizás ninguna de las anteriores.
- —No me di cuenta de que se trataba de una pregunta de opción múltiple. Elegiré D. Ninguna de las anteriores. ¿Siempre piensas demasiado en un beso?
- —Realmente ya no estoy hablando de besar. —Agitó la mano en el aire con desdén—. He seguido adelante.
  - —¿Al sexo?
  - —Tal vez. O relaciones en general.
  - -¿Estás a favor o en contra de ellas?
- —Estoy segura que están bien para algunas personas, pero no para mí.
  - -¿Porque eres exigente, difícil, complicada y desordenada?
- —Porque no quiero quedar atrapada en una trampa. No quiero que nadie piense que es mi dueño y que puede controlarme. —Asomó la barbilla como si me desafiara a contradecirla.
  - -¿Y crees que eso es lo que sucede en una relación?







- -No todas las relaciones. Solo las malas.
- -¿Y no crees que podrías tener una buena?
- Esto está empezando a sentirse como una sesión de psiquiatría.

Ella tenía razón. Revisé el reloj inexistente en mi muñeca.

—Nuestra hora ha terminado. ¿Sintió que nuestro tiempo ha sido valioso hoy, señorita Shaughnessy?

Se rio y me dio un codazo en el hombro. Asentí.

- —Eres gracioso, Batman.
- —Es hora de volver a luchar contra el crimen en Ciudad Gótica. —Me levanté y tomé sus manos entre las mías, sacándola del sofá para que estuviera de pie frente a mí. Usé ambas manos para meter su cabello detrás de sus orejas para poder ver su rostro. La nitidez de sus pómulos altos suavizada por los bonitos labios picados por las abejas que quería marcar como míos.
- —¿Qué tal si me das un beso de despedida? Entonces podemos decirles a todos que vamos de manera estable.

Miró mi boca, luego sus ojos se clavaron en los míos.

- —No tenga ninguna idea, detective. No busco una relación.
- —Yo tampoco, así que estás a salvo. —Incluso cuando las palabras salieron de mi boca, supe que no estábamos a salvo.

Sonrió.

- —Está bien, puedes besarme.
- —No. —Su rostro cayó—. Tú me besas.

Tragó, no esperaba eso. Esperé a que hiciera el siguiente movimiento. Era como si estuviéramos en un enfrentamiento mexicano. La chica podía conducir como un piloto de carreras de Fórmula Uno, intrépida e imprudente, pero se mordía el labio inferior como si su vida dependiera de este beso.

—No lo pienses demasiado —dije en voz baja—. Simplemente hazlo. O no.

Sabía que quería hacerlo. Dio un paso tentativo más cerca y envolvió sus brazos alrededor de mi cuello. Luego respiró hondo como si se estuviera preparando para hacer algo monumental, algo mucho más que un simple beso. Sin romper el contacto visual, presionó sus suaves labios contra los míos y por unos largos momentos, nos quedamos así, nuestros labios tocándose, sus brazos alrededor de mi cuello, nuestros ojos abiertos. Moví mis manos a su cintura y las dejé allí, sin presionar por más. Me pregunté



#### Paradise BOOKS



si sabía que esto se sentía más íntimo que un beso. Sentí su sonrisa contra mis labios y luego se apartó para mirarme a la cara.

Apreté su cadera y la solté.

- —Buenas noches, Gracie.
- -Buenas noches, Kosta.

Salí por la puerta con las bolas azules intactas. Mientras bajaba corriendo las escaleras, reí silenciosamente. La broma era sobre mí.

Dos noches después, dormimos juntos. Estaba completamente vestido excepto por mis botas. Llegué tarde, justo cuando se estaba preparando para acostarse y no había uvas congeladas. Solo una cama con sábanas blancas prístinas y aproximadamente veintitrés almohadas suaves, de las cuales dieciocho tiré al suelo para hacer espacio para nosotros y su Kindle.

Me acurruqué en la cama junto a ella, mi cabeza sobre dos almohadas que olían a suavizante de fábrica y no como ella.

- —Léeme —dije mientras sus ojos escaneaban las palabras en su Kindle.
- —Es un romance MC —dijo como si eso fuera a detenerme—. Es oscuro y delicioso.
- —Escuchémoslo. Salta las partes jugosas. —Cerré los ojos. Desde su posición cómoda en tres almohadas, me leyó. Podría estar leyendo la guía telefónica para lo que me importaba.

Realmente no escuché las palabras, solo el sonido de su voz, dulce, suave y bajo. Su voz me hizo olvidar a Dmitri, Leon y las metanfetaminas que vendí la noche anterior a dos gánsteres en un estacionamiento. Una brisa cálida atravesó las ventanas abiertas, lleno de su aroma a albaricoques y almendras dulces y sentí paz. Algo que nunca esperé sentir con Keira Shaughnessy.

La sentí moverse a mi lado y abrí los ojos para encontrarla acostada, estudiando mi cara.

- —¿Qué miras?
- —A ti.
- -¿Estás pensando que quieres besarme?

En vez de contestar, dejó su Kindle en la mesa de noche y apagó la lámpara. Lancé otra almohada al suelo y ella tiro dos más. Pasé mi brazo alrededor de su cintura y la acerqué, su espalda contra mi pecho, su cuerpo encajando en la curva del mío.

—¿Esta es la clase de cosas que haces con todas las chicas con las que te quedas? —preguntó







Nunca. Solo tú.

—Pensé en abrir tus cerraduras y deslizarme en la cama contigo en medio de la noche, pero esto fue más fácil.

Presiono su trasero contra mi dureza y el concepto de fácil voló por la ventana.

Gemí mientras rozaba su trasero contra mí. Deliberadamente. Deslicé mi mano debajo de su top y moví mi palma contra su estómago tonificado. La escuché respirar entrecortado. Su piel era suave, sedosa y cálida, y podía mover mi mano más arriba, cubrir su pecho y apretar su pezón. O más abajo, tocar su clítoris y follarla con mis dedos. Pero dejé mi mano donde estaba.

—Duerme un poco.

Se apretó contra mí y soltó un suave suspiro.

-Buenas noches Deacon.

Deacon, no Kosta. Aprecié la diferencia.

-Buenas noches Kiera.

No dormí. Me quedé despierto hasta ese momento extraño y solitario justo antes del amanecer, robando momentos íntimos con ella mientras dormía profundamente. Y en algún momento durante la noche, decidí que no quería dejarla ir nunca. Lo que sea que estuviéramos haciendo, era jodido, peligroso y altamente adictivo y no tenía duda de que seguiría regresando por más.





7

Keira

- —No puedo creer que me estés echando —dijo Kilian por millonésima vez, de pie en la puerta y con un portatrajes en una mano, un bolso deportivo colgado del hombro, y su otro brazo rodeando a Eden.
- —Créelo, amor —dijo Eden, dándole otro beso—. Nos vemos mañana. Te amo.
  - —Te amo más. Yo nunca te echaría de nuestra cama.
- —Contrólense —exclamó Ava desde la cocina, en donde estaba revisando las alacenas, en busca de un poco de comida chatarra que nunca encontraría en el loft de Eden y Kilian. Había estado viviendo aquí por dos meses y había tenido que esconder mi pila de cajas de Pop-Tarts en mi habitación para que Killian no me diera un sermón acerca de la importancia de desayunar balanceada y nutritivamente—. Tienen el resto de sus vidas para estar juntos. No van a morir por una noche.
- —O quizá sí —resopló Killian mientras Eden lo obligaba a salir por la puerta y la cerraba detrás de él—. Cierra con pestillo —gritó desde el otro lado. Eden rodó los ojos pero le hizo caso para tranquilizarlo.
  - —Es un grano en el culo —dijo Ava.
- —Síp —dijo Eden, con una sonrisa enorme en el rostro. No había dejado de resplandecer ni por un segundo durante la cena previa a la boda con el cortejo nupcial y su familia en el pequeño restaurante francés al que había ido con Killian para su primera cita.
- —¿Necesitamos palomitas? —preguntó Ava desde la cocina, alzando en el aire una bolsa para el microondas, para luego responder su pregunta antes de que pudiéramos hacerlo nosotras—. Vamos a ver una película, ¿qué clase de pregunta es esa?
- —El tipo de pregunta que hace una persona que acaba de tener una cena de tres platos y dos postres —dijo Eden, sentándose sobre el modular que se encontraba a mi lado.





## KUSh emery rose

—Esa es la belleza de estar con Connor y Killian. Podemos comernos sus postres. —Mis hermanos estaban obsesionados con las cosas saludables. Suplementos de proteína, cereales, muchísimos vegetales, y nada de azúcar refinada. Killian había sido así por años, desde que comenzó a entrenar para ser un luchador de artes marciales mixtas cuando aún era un adolescente. Para Connor, una dieta saludable se había convertido en un estilo de vida luego de dejar de consumir y beber. Ava, Eden y yo aún no habíamos logrado adaptarnos a todo aquello.

Mientras las palomitas reventaban dentro del microondas, Eden soltó un sonoro suspiro y me dio un codazo en las costillas.

- —Me van a tener que poner el vestido a la fuerza mañana.
- —Te lubricas el cuerpo con aceite de coco y se deslizará muy fácil dije.

Ava se rio. Eden me dirigió una mirada.

- —Tienes una mente sucia.
- —Estaba pensando en autos.
- —Sí, claro —dijo Ava, apoyando el recipiente de palomitas sobre la mesa baja frente a nosotras.

Lo cierto era que estaba echando un vistazo a través de las enormes ventanas, hacia el cielo del centro de Manhattan, pensando en Deacon. Para mi molestia, no había sido capaz de pensar en algo que *no* fuera Deacon en todo el día. Lo había hecho a propósito. Había querido que pensara en él y me preguntara por qué no había movido ficha. Quizá era parte de su astuta estrategia. Si era así, estaba funcionado. Cuando desperté en la mañana, su lado de la cama estaba vacío y frío, y me había sentido decepcionada por razones que no terminaba de comprender.

¿Su lado de la cama? Ay, Dios mío. Me abofeteé mentalmente.

Eden apuntó a la televisión con el control remoto y comenzó a reproducir la película que habíamos decidido ver: *Bridesmaids*. No importaba qué película eligiéramos. Sabía por experiencias pasadas que terminaríamos hablando y perdiéndonos la mayor parte de la película de una manera u otra.

- —Anoche soñé que me tropezaba con mi vestido y me caía de cara mientras caminaba hacia el altar —dijo Eden, llevándose un puñado de palomitas a la boca.
- —Mira lo que pasó la última vez que lo hiciste... —Ava manifestó un paquete de Twizzlers de la nada misma y lo agitó bajo mi nariz. Acepté algunos caramelos de frutilla y le pasé el paquete a Eden—. Tu caballero de radiante armadura vino al rescate.







- —No era precisamente un príncipe azul cuando nos conocimos —dijo Eden.
- —Era un imbécil. Pero se volvió más listo. Eventualmente. Qué cabeza hueca. —Ava frunció el ceño y sacudió la cabeza. Ella y Eden se rieron al recordarlo.
- —Cuéntenme la historia —insté, masticando mi Twizzler—. Desde el principio.

El rostro de Eden se iluminó, y comenzó a contar la historia de cómo Killian y ella se habían conocido y enamorado. Había oído partes aquí y allá, pero nunca la historia completa.

—Seis meses después de que el hijo de puta de mi novio me engañara con mi supuesta mejor amiga y la embarazara, me mudé a Brooklyn. Mi amiga Hailey me recomendó un trabajo de bartender en el bar Trinity. Killian estaba fuera, hablando por teléfono, todo ceñudo. Y yo estaba en la acera de enfrente, prácticamente comiéndolo con los ojos porque, hola, Killian es sexy. —Soltó una risa—. En fin, decidí ser valiente y crucé la calle para preguntarle sobre el trabajo. Pero me tropecé con un bache y me torcí el tobillo. Killian, siendo Killian, me alzó en sus brazos y me llevó hasta el bar. Y luego se puso a jugar al enfermero.

Podía imaginármelo perfectamente, y no esperaría nada menos de Killian.

—Terminé consiguiendo el trabajo, pero él hizo todo lo posible para ser un completo imbécil. Pero aun así, podía ver más allá del exterior, ¿sabes? A veces me dejaba ver su lado vulnerable y yo vivía por esos momentos. Con el tiempo, comencé a enterarme de más cosas sobre su pasado. Como que su padre había sido abusivo. Y Connor... acaba de salir de rehabilitación y se había ido a Miami, pero Killian y Ava pasaron cinco meses sin saber dónde estaba. Fue una situación dificil para todos. Cuando Connor regresó, todo estuvo bien por un tiempo. Hasta la noche en que entraron en casa esos cuatro matones. Killian estaba trabajando, así que solamente estábamos Connor y yo.

Ava se estremeció al recordarlo.

- —Sabes la historia, ¿cierto? —me preguntó Eden.
- —Sí. Sé esa parte. —Sabía que aquellos tipos habían tallado la palabra SOPLÓN en el pecho de Connor. Sabía que lo habían golpeado con increíble ferocidad y que habían estado a punto de matarlo. También sabía que Eden había estado atada de pies y manos, y que la habían pateado, golpeado y apuntado con un arma a la cabeza. Había sufrido una concusión y la mandíbula de Connor había tenido que ser reconstruida con placas de titanio y tornillos. Killian y su padre, Seamus, habían ido al rescate. Luego había aparecido el departamento de policía de Nueva York. Killian había matado a un hombre de un disparo. Seamus habían matado a dos antes de







recibir una bala en la cabeza. Y Deacon había matado al cuarto hombre, salvándole la vida a Killian. Esa era la versión de Cliff Notes.

Nada de todo aquello habría pasado si mi padre no le hubiera tendido una trampa a Connor.

—Si no fuera por Deacon, Killian no estaría aquí —dijo Eden.

Ava me miró por el rabillo del ojo.

- —Por favor dime que no es tan perfecto como parece. Debe tener algunos defectos, ¿no? No puede ser así de atractivo y un superhéroe y un dios del sexo y...
- —¿Cómo sabes que es un dios del sexo? —interrumpí. No podía discutir el hecho de que fuera atractivo y probablemente un superhéroe, ¿pero un dios del sexo? ¿Cómo podría saber eso? ¿Y por qué creería que lo conocía lo suficiente para poder identificar sus defectos?

Ava se encogió de hombros.

—Fui a la secundaria con él. Estaba en primero cuando Killian y Deacon estaban en su último año. Pero digamos que nunca le faltó atención femenina.

Apuesto a que no. Ignoré la puntada de celos. ¿Por qué debería importarme? Ambos habíamos estado de acuerdo en que no queríamos una relación seria. ¿Por qué le había permitido dormir en mi cama?

- —¿Qué pasó luego de esa noche? —dije, motivando a Eden a seguir, deseando poder regresar a la historia sobre ella y Killian para no pensar en mis sentimientos encontrados hacia Deacon.
- —Killian intentó alejarme, porque creía que no me merecía. Se sentía culpable por haberme involucrado en todo eso, pero lo puse en su lugar. Ningún hombre va a alejarse de mí sin que dé pelea.

Las tres nos reímos ante eso. Hasta yo sabía que Killian y Eden estaban hechos el uno para el otro.

Cuando terminó de contar su historia, insistí en que Ava hiciera lo mismo. La suya era más larga y más triste, y Connor me había contado algunas partes, pero nunca había escuchado la versión completa desde la perspectiva de Ava. Nuevamente, mi padre había tenido un rol prominente, pero Ava hacía que las cosas se vieran diferentes.

—Cuando viniste a Brooklyn, nuestras vidas cambiaron para bien. Al principio no lo vi así. Connor estaba muy asustado porque había mantenido en secreto todo lo que había pasado en Miami.

Rememoré la expresión en el rostro de Ava cuando me aparecí en Forever Ink, el estudio de tatuajes de Connor. Decir que no estaba demasiado contento de verme sería quedarse corto. Me metí en su vida, sin







invitación, y anuncié frente a Ava que era la hermana de Connor. Qué imbécil.

- —Connor se vio forzado a contarme la verdad y confesarlo todo. Creyó que estaba protegiendo a Killian de la verdad. —Ava me miró de reojo. Sabía cuál era la verdad que no había querido divulgar. Que a nuestra madre le daban igual sus hijos y no los quería de nuevo en su vida—. Lo siento.
- —Está bien. —No lo estaba. Pero no quería pensar en mi madre. Sabía que su hijo mayor iba a casarse mañana. Había estado presente cuando Eden la había invitado a la boda. Le había dicho que significaría mucho para ella y Killian, que ella había perdido a su madre a causa del cáncer cuando tenía tan solo doce años. Eden se había esforzado por ser amable con mi madre aunque no tenía por qué, había intentado ver lo mejor en ella, pero incluso ella había fracasado.
- —Connor temía que nadie creyera su historia —continuó Ava, a beneficio mío—. Creyó que le dirían que era un drogadicto y un mentiroso. Pero Killian lo sorprendió. Lo apoyó totalmente. Después de haberse peleado, volvían a estar finalmente del mismo lado y eso era todo para Connor. Por un tiempo, ni siquiera creímos que Connor fuera a ser el padrino de bodas.

Eden sonrió.

—Sabía que Killian se ablandaría. Con el tiempo.

Ava enarcó escépticamente una ceja pero mantuvo la boca cerraba. Ambas sabíamos que Eden era la más optimista de nuestro trío. Sin importar qué obstáculo le arrojara la vida, siempre veía el vaso medio lleno.

- —Así que, sí, ambas conseguimos a nuestros hombres y estamos en camino a nuestros felices para siempre —dijo Eden.
  - —¿Por qué nuestras historias suenan tan tristes? —preguntó Ava.
- —Todo cuento de hadas tiene sus tragedias, traiciones y villanos dije, bien versada en todo aquello.
- —Los cuentos de hadas son oscuros —dijo Ava—. ¿Por qué todo el mundo cree que son dulces? ¿Quién quiere tener una historia de cuento de hadas? Si alguien me obligara a vivir en una cabaña con siete enanos perturbadores, me moriría de miedo.
- —¿Qué dices de estar encerrada en un castillo con una bestia? preguntó Eden.
  - —Dímelo tú —dijo Ava—. Te casarás con la bestia mañana.

Eden le arrojó un cojín a Ava y todas nos reímos.



<del>್ಲಿಯ</del>ಾಯ್ಕ್

#### Paradise BOOKS

## KUSh emery rose

Dicen que todas las novias son hermosas, pero no podía imaginarme una novia más hermosa que Eden. Estaba radiante. Todo el día había sido perfecto. No había esperado menos para el día especial de Eden y Killian. El sol brillaba para las personas que se amaban como ellos. La ceremonia había sido bellísima, corta y dulce, votos y anillos intercambiados en una pequeña iglesia llena de sus amigos y familiares. Cuando Eden había recorrido el pasillo sosteniéndose del brazo de su padre, resplandeciente en su vestido de seda color marfil simple, elegante y sin mangas, Killian la había observado como si hubiera puesto la luna y las estrellas en el cielo. Su rostro reflejaba su asombro y su amor y su alegría y durante unos segundos casi pareció que estaba intentando tragarse las lágrimas. Me había sentido como una intrusa, siendo testigo de algo que debería haber sido un momento íntimo. Pero entonces Connor había susurrado algo al oído de Killian y ambos habían reído, aquellos hoyuelos en sus mejillas haciendo acto de presencia.

El saco y la corbata de Killian ya habían desaparecido a estas alturas, y llevaba la camisa blanca arremangada, dejando expuestos sus brazos tatuados que rodeaban a Eden, el rostro de esta última presionado contra su cuello durante su primer baile, al ritmo del cover de "I'm Gonna Be (500 Miles)" de Sleeping At Last. La canción era hermosa y evocadora, y la letra era perfecta para ellos. ¿Me amaría un hombre algún día como Killian ama a Eden? ¿Como Connor ama a Ava? ¿Quería siquiera algo así? No.

Los observé desde mi lugar en la puerta que daba a un patio privado, mientras bailaban lento bajo las arañas de cristal que colgaban del alto techo con vigas de madera del renovado depósito. La iluminación era suave y dorada, difuminando los bordes de mi visión, y me sentía ligeramente borracha por el champán y drogada por la vida en general.

—Hola, preciosa.

Me giré para ver al hermano de Eden, Sawyer.

Sonreí.

—Hola, tú.

Era un infante de Marina, alto y orgulloso, y se veía como la versión masculina de Eden excepto por el cabello, que era un tono más oscuro de rubio. Escondía una mirada turbada tras una sonrisa relajada que estaba dirigiendo a mí en este preciso momento.

- —Baila conmigo.
- —Creí que nunca me lo pedirías —lo provoqué.

Bailamos y bebimos, e hizo bromas que me hicieron reír tanto que tuve que sostenerme el estómago con ambas manos. Mi copa de champán había sido relegada a una de las mesas y me estaba haciendo dar vueltas y



## KUSh emery rose

agitando de aquí para allá en la pista de baile. No tenía idea de si éramos bailarines espectacularmente buenos o si solo estaba lo suficientemente borracha para creer que lo éramos. Debí haber dicho eso en voz alta, porque me atrajo nuevamente hacia sus brazos y me respondió.

—Somos bailarines espectacularmente buenos. —Me guiñó un ojo, y yo solté una carcajada, echándole un vistazo a Ava sobre su hombro, quien me miró a los ojos y alzó un pulgar.

—Es guapo —articuló. O quizá lo gritó. Se cubrió la boca con una mano y Connor frunció el ceño, desviando la vista hacia nosotros. Luego rodó los ojos y rodeó a Ava con los brazos, susurrando algo en su oído que provocó que ella se sonrojara y se olvidara sobre todas las demás personas en la sala. Dos segundos después habían desaparecido.

Sawyer era guapo, pero no hacía que se me acelerara el pulso. Su tacto no provocaba que mi piel se prendiera fuego. Su aroma no me invitaba a hundir mi rostro en su cuello y aspirar su perfume. Así que era algo seguro en todos los aspectos, por no hablar del hecho de que era un infante de Marina en servicio que simplemente estaba de licencia, y era un hombre más dado al sexo casual. Lo sabía porque ya lo habíamos hablado, y me había dicho que su hermana lo mataría si jugaba conmigo.

En un momento de la noche, perdí mis zapatos y Sawyer y yo terminamos gateando bajo las mesas en intentos de encontrarlos. Finalmente los encontramos en la maceta de un ficus en el patio. Ava encontró mi cartera de mano en el baño de mujeres y el padre de Eden estaba cuidando mi ramo de peonías rosas. Un rápido vistazo al espejo me confirmó que estaba hecha un desastre, con el delineador corrido y el cabello despeinado, pero estaba demasiado feliz para preocuparme por todo aquello.

- —Me agrada la Keira borracha —dijo Ava mientras me reía de algo que debía haber sido divertidísimo—. Te ves feliz.
  - —¿Qué razón hay para no estar feliz?
  - —Exacto —dijo—. Estás viviendo tu mejor vida.
  - A que sí? ر\_
  - —Totalmente —dijo con tanta convicción que casi le creí.

Habíamos salido al patio para tomar aire fresco y recuperar la respiración. Las guirnaldas de luces destellaban como estrellas y los azahares perfumaban el aire. Killian había recorrido toda Florida en busca de naranjos. El aroma de sus flores le recordaba a Eden. Los había ordenado para la boda y ahora bordeaban las paredes de piedra del patio. Otra sorpresa para su esposa. Los había elegido él mismo, oliéndolos todos para asegurarse de que fueran exactamente lo que quería y que las flores estuvieran en su mejor momento cuando llegaran a Nueva York. Connor y yo lo habíamos acompañado al vivero y me había maravillado ante el



## KUSh emery rose

cuidado y atención que Killian había puesto en la tarea. Connor no se había sorprendido. Sabía lo exigente que Killian podía llegar a ser. Lo mucho que haría para demostrarle a Eden que la amaba y que prestaba atención hasta a los detalles más pequeños.

Rememoramos el día, hablando sobre los momentos más destacados, los divertidos, y los emocionantes. El discurso de padrino de Connor había sido épico, gracioso en partes, pero también poético de una manera que solo Connor podía conseguir.

En una inusual demostración de afecto, Killian había envuelto a su hermano en un enorme abrazo para luego darle unos golpecitos en la espalda.

- —Lo hiciste bien —dijo Killian, soltándolo—. Estoy tan malditamente orgulloso de ti.
  - —El sentimiento es mutuo —dijo Connor.

Intercambiaron una sonrisa y vi el amor y respeto que se tenían el uno al otro, la manera en que todas las cosas por las que habían pasado en el camino hasta aquí los habían vuelto aún más cercanos.

Recordé aquel día en que los había visto juntos por primera vez, entrando lado a lado a la cafetería en la que los estaba esperando. Era dificil creer que aquello había pasado hacía tan solo siete meses. Habían pasado muchísimas cosas desde entonces. Pero ese día, la primera vez que había visto a Killian, había notado que estaba nervioso y que no solía estarlo. Lo único que recordaba haber pensado era que me habría sentido tan orgullosa de poder llamar hermanos a aquellos hombres. Había rogado que me aceptaran, que pudiera encontrar un lugar en sus vidas. Si me hubieran rechazado o expulsado de sus vidas, habría estado devastada.

Como si pudiera leer mis pensamientos, Killian me abrazó.

- —Las bodas sacan lo mejor de ti —bromeé.
- —Es cosa de una vez en la vida. No te acostumbres.

Me reí y él me dio un pequeño apretón antes de soltarme. La celebración estaba llegando a su fin, el DJ haciendo sonar la última canción de la noche, pero su vida como esposo y esposa apenas estaba comenzando.

- —Deberíamos ir a despedirnos de todo el mundo —dijo Eden. La música se había detenido, y los invitados estaban dando vueltas dentro, recogiendo sus pertenencias. Killian soltó un quejido, y Eden le dio un codazo en las costillas, causando que él hiciera una mueca y ella soltara una carcajada.
- —Parece que se está acabando la luna de miel —se rio Ava, sosteniendo un tenedor lleno de pastel frente a la boca de Connor. Él apretó los labios y sacudió la cabeza, negándose obstinadamente. Ella suspiró y lo comió en su lugar.





—La luna de miel acaba de comenzar —dijo Eden, guiñándonos un ojo sobre su hombro mientras arrastraba a un Killian muy reticente a relacionarse con la gente de dentro y a despedirse.

Ava y yo tomamos nuestras pertenencias de nuestra mesa, dijimos adiós, y les hicimos prometer a Eden y Killian que nos llamaran cuando estuvieran en Grecia.

- —Es nuestra luna de miel —resopló Killian—. Tenemos mejores cosas que hacer que hablar con ustedes por videollamada.
- —¿Sí? ¿Cómo qué? —dijo Ava, dándole un puñetazo suave en el hombro.
  - —Como ir a todos los lugares de tu itinerario —dijo Connor.

Killian soltó una risa.

—Ni siquiera vamos a mirar el itinerario.

Ava colocó los brazos en jarras.

- —Oigan. Puse mucho tiempo y esfuerzo en hacerlo.
- —Amor —dijo Connor, rodeando sus hombros con un brazo—. Cuando vayamos a California, no vamos a usar un itinerario. Tú, yo y el Mustang Shelby en la carretera.
- —Visitando todas las caferías, los restaurantes de paso y los hoteles de mala muerte.
  - —Un sueño hecho realidad —dijo Connor.
- —Podría tal vez... investigar un poco, eso es todo. Armar una hoja de cálculo. —Los ojos de Ava comenzaron a brillar ante la idea.
  - —Nada de hojas de cálculo. Iremos a donde nos lleve la carretera.
- —Tratándose de nosotros, eso podría dejarnos en cualquier parte. Quizá ni siquiera lleguemos a la costa oeste, Rocket Man.
  - —Ava Blue, ¿por qué sigues sin confiar en mí?

Ava esbozó una sonrisa dulce.

- —Sí que confio en ti. Te amo.
- —Yo te amo más.

Estaban tan enamorados que, si no fueran ellos, me parecería desagradable. Pero hacía excepciones por mis hermanos. Seguí a Ava y a Connor y me detuve frente al Mustang Shelby del '69 que Connor le había comprado a Tate hacía unos meses, sin que Ava supiera. Para su cumpleaños de veinticinco, Connor la había enviado en una búsqueda del tesoro. Las pistas la habían llevado hasta las llaves y luego al exterior, donde se encontraba el convertible envuelto con un enorme moño azul.







Connor abrió el techo y me ofreció su saco, con el que me rodeé los hombros antes de subir al asiento de atrás. Encontré un paquete de goma de mascar de canela en uno de los bolsillos y me llevé un par a la boca antes de pasárselo a Connor.

Mientras recorríamos Brooklyn en el coche, con rock clásico sonando a volumen, los tres cantando "Don't Stop Me Now", me sentí borracha y feliz.

Así se sentía la libertad. Así se sentía la felicidad. Quería embotellar aquel sentimiento y guardarlo para los días lluviosos. Me pregunté qué estaría haciendo Deacon. Y luego me dije que no me importaba. Pero no era cierto.







8



La observé entrar a su apartamento a través de la puerta de vidrio abierta. Los tacones de cintas colgaban de sus dedos, y su otra mano sostenía una pequeña cartera de mano y un ramo de flores. Finos mechones de cabello escapaban de los broches que recogían la parte superior del mismo, el resto cayendo en risos poco definidos contra su espalda. Su sombra de ojos estaba corrida, y tenía las mejillas tan sonrojadas como un niño con fiebre. Era innegablemente hermosa.

Dejó caer los zapatos y apoyó la cartera y las flores sobre la mesa de su sala de estar, todo con movimientos casuales, sin denotar apuro alguno. Entré a la habitación para que pudiera verme. Era oficial. Era un lunático. ¿Quién diablos hacía algo así? ¿Quién se metía a la fuerza en el apartamento de una chica?

Los ojos de Keira se encontraron con los míos mientras yo cerraba la distancia que nos separaba. No parecía sorprendida de verme aquí. O alarmada de que hubiera entrado sin tener llaves. Cualquier otra chica se habría muerto de miedo, pero Keira Shaughnessy no era como otras chicas. Había sido criada por un criminal y crecido rodeada de los soldados de su padre. Tuve la sospecha de que había notado que me encontraba allí en cuanto cruzó la puerta pero no había querido demostrarlo.

—Podría hacer que te arresten por allanamiento de morada.

No tenía idea de qué me había empujado a hacerlo o por qué había creído que tenía el derecho, pero la sonrisa pícara en su rostro me decía que le gustaba. Que la emocionaba.

- —Tengo una orden de registro.
- —¿Encontraste algo interesante?
- —Aún no registré el lugar. Probablemente deberías echarme.
- —Rara vez hago lo que debería. —Recorrió con un dedo una lista de reproducción en su teléfono hasta decidirse por una canción. El cover de Ed Sheeran de "Make it Rain" comenzó a sonar. La letra concordaba con su







historia de vida y esta versión sonaba mucho como un blues—. Me debes un baile.

La rodeé con los brazos, haciendo descender la vista desde las finas tiras que sostenían su vestido en su sitio hasta las capas de tela fina de la falda. De frente, se veía engañosamente dulce e inocente. La giré y alcé su cabello con una mano, dejándolo caer sobre su hombro. Tracé su columna con los dedos y la sentí estremecerse de placer bajo mi tacto. Se inclinó hacia atrás contra mi cuerpo, su espalda desnuda haciendo contacto con mi pecho, y apoyó la cabeza contra mi hombro. Alzando los brazos, me rodeó con ellos el cuello y nuestras caderas se movieron al ritmo de la música, su trasero frotando mi polla de una manera que se sentía intencional.

- —¿Estás intentando comportarte como un caballero? —preguntó.
- —Sí. —Besé su hombro desnudo—. Pero no es fácil.

Quería saborearla, besar hasta el último centímetro de su piel, hacerla tener un orgasmo tan intenso que no pudiera evitar gritar mi nombre lo suficientemente fuerte para que lo oyeran los vecinos.

—Bien.

Como castigo, se giró para encararme e hizo serpentear sus brazos nuevamente alrededor de mi cuello. Con un movimiento de sus caderas, su coño se alineó con mi polla. Una risita se escapó de sus labios cuando sintió el efecto que estaba teniendo en mí, el alcohol habiendo terminado con sus inhibiciones. Mis manos se aventuraron hacia abajo y sostuve su trasero entre ellas, pegando su cuerpo al mío. Contraatacó tomándome de la cabeza y posicionándola exactamente en donde la quería antes de hundir los dientes en mi labio inferior. Me pasé la lengua por el mismo y sentí el sabor metálico de la sangre un momento antes de introducir la lengua en su boca. Nos besamos como si nuestras lenguas estuvieran luchando por dominación. No era un beso dulce. Nuestros dientes rechinaron. Nuestros labios estaban hinchados, como en carne viva.

Me aparté para verla a la cara, sus ojos delineados vidriosos a causa del alcohol y la lujuria.

Colando un dedo bajo el escote de su vestido, lo moví de arriba abajo.

- —¿Qué tan ebria estás?
- —Lo suficientemente ebria para no darle demasiadas vueltas a un beso. Pero no tan ebria para no recordarlo por la mañana.

Sin romper el contacto visual, tiré de su escote, exponiendo uno de sus pezones rosas y suaves. Aplané la lengua contra él y lamí mientras mis manos la sostenían de la cintura. Keira gimió, arqueando la espalda casi dolorosamente, exigiendo más. Aferrándola con más fuerza de la cintura, volví a lamer su pezón. Soltó una exclamación, y se permitió cerrar los ojos.



#### Paradise BOOKS

## Kush emery rose

Dejándome caer sobre mis rodillas como si Keira fuera un altar frente al que orar, alcé su vestido y deslicé mis manos por sus piernas, ascendiendo hacia sus muslos temblorosos, haciendo visible la prenda de encaje blanco entre sus piernas. Me pareció más sexy que si hubiera estado usando rojo o negro. Sostuvo la tela de la falda en sus manos, aferrándose a ella con tanta fuerza que los nudillos se le pusieron blancos. Froté su clitoris con mi pulgar a través de su ropa interior, y el cuerpo de Keira se sacudió ante la sensación.

- —Deacon. Por favor. —Era una súplica ahogada.
- —¿Por favor qué? —Deslizando los dedos bajo los costados de sus bragas, alcé la vista hacia ella—. ¿Lo quieres?
  - —Sí —soltó, entre dientes.
- —Tus deseos son órdenes. —Bajé sus bragas hasta que cayeron sobre sus tobillos, y alzó un pie y luego el otro hasta librarse de ellas, su coño desnudo a la vista y tan perfecto que casi me eché a llorar. Arrastré un dedo por el centro, sintiendo que ya estaba mojada para mí.
- —Te quiero en la cama, Cenicienta. —Me puse de pie y la alcé sobre mi hombro. Se rio, golpeándome la espalda con los puños mientras la llevaba hacia la habitación.

La dejé caer sobre la cama, y con la falda del vestido extendida sobre sus sábanas blancas y prístinas, y su cabello diseminándose alrededor de su rostro, se veía como una princesa de un cuento de hadas retorcido. Soltó un quejido bajo cuando la aferré de los tobillos y la arrastré hasta el borde de la cama. Apoyando las plantas de sus pies sobre el colchón, separé sus rodillas y me incliné hacia adelante, dándole una primera lamida.

Abrió la boca y dejó caer la cabeza hacia atrás. Presioné la lengua contra su piel y la lamí con movimientos largos y lentos, saboreándola. Rodeé su entrada con la lengua antes de entrar en ella. Su cuerpo se retorció contra mí, mientras la lamía, succionaba, y penetraba con la lengua.

—Ay Dios. Voy a...

Introduje su clítoris en mi boca y lo mordí con delicadeza mientras succionaba, sabiendo que la llevaría al orgasmo. Gritó mi nombre mientras se hacía pedazos, su cuerpo convulsionando como si no tuviera control sobre él. Aplané la lengua contra su coño y seguí lamiendo mientras todo su cuerpo se estremecía a causa del orgasmo. Se aferró a mi cabeza e intentó alejarme, la sensación demasiado intensa. Besé el interior de sus muslos y ascendí por su cuerpo, capturando su boca con la mía. Keira me rodeó el cuello con los brazos, besándome con voracidad.

- —¿Vas a quedarte? —Cerró los ojos, como si mantenerlos abiertos implicara demasiado esfuerzo. Posé un beso en sus labios, y sonrió.
  - —No puedo quedarme. —Había un lugar al que debía ir.







—Ah —murmuró, y se durmió. Así como así.

Estaba profundamente dormida, respirando regular y hondamente, el fantasma de una sonrisa en sus labios mientras la arropaba, cubriéndola con una manta. Me senté al borde de la cama y la observé por algunos minutos. Tenía los labios ligeramente entreabiertos, y su impecable piel brillaba a la luz de la luna. Se veía como una diosa o un ángel caído. Me froté el rostro con una mano y me tragué el quejido que luchaba por escapar de mi boca. Esta muchacha me estaba matando, lento pero seguro.

Estaba tan duro que dolía. Era un milagro que aún no la hubiera follado.

En vez de hacerlo, me contenté con masturbarme en el baño como un chico de trece años que acababa de descubrir el porno. Me tomó aproximadamente diez segundos, como mucho, llegar al orgasmo. Cuando giré la cabeza, me la encontré apoyada contra el marco de la puerta observándome, con su vestido de Cenicienta y los pies descalzos, el cabello despeinado, los labios hinchados por culpa de los besos.

Tiré la cadena y me moví hacia el lavabo para lavarme las manos, observándola a través el espejo cuando me pasó por al lado y comenzó a quitarse el maquillaje. Como si no acabara de verme con una mano alrededor de mi polla y eyaculando sobre su inodoro. Cambió su desmaquillante por una crema para el rostro y se deslizó contra la pared de azulejos hasta terminar en el suelo como si fuera una muñeca de trapo, con las piernas separadas y el vestido a la altura de los muslos.

—No bromeabas cuando dijiste lo de tu ego gigantesco —dijo, colocándose la crema en el rostro con movimientos circulares y bien practicados.

Me di la vuelta y me apoyé contra el lavabo, sosteniéndome del borde con ambas manos.

—Ahora será más fácil hacerlo caber por la puerta.

Se echó a reír con ganas. Era obvio que aún estaba borracha, y el alcohol estaba volviendo a afectarle. Su cabeza cayó hacia atrás contra la pared, y me sonrió.

- —Fue una boda preciosa. Me hubiera gustado que estuvieras allí.
- —A mí también, nena.
- —Agh. No me digas nena. —Cerró el bote de crema y lo guardó en el mueble abierto que se encontraba a su lado—. Apuesto a que todas las chicas en tu mundo son *nena*. Quiero algo especial.
- —Voy a trabajar en eso entonces, *nena.* Pero tengo que irme. ¿Necesitas que vuelva a llevarte a la cama?







Rodó los ojos y se puso de pie, alzándose en toda su estatura, rozando el metro ochenta y dos.

—No lo necesitaba la primera vez.

Con eso, me obligó a moverme del lavabo y se acomodó frente a él en mi lugar, ahuyentándome con su cepillo de dientes.

- —Ya puedes irte, Batman.
- —Bueno, diablos, qué duro de tu parte.

Esbozó una sonrisa de satisfacción.

—Si quisieras dulzura y suavidad, no estarías aquí, nene.

Descarada y astuta. Tenía razón.







9

Deacon

Aparqué fuera del club, detrás del Lamborghini rojo de Dmitri y sobrepasé a la multitud que esperaba detrás de la cuerda de terciopelo. Rocco, el portero, me dio un apretón de manos de amigo, del tipo agresivo en el que su mano carnosa bombeaba la mía, nos dimos golpes en la espalda antes de que me hiciera señas de que podía pasar. Para algunos hombres, esto era un *Disney World* para adultos. La cueva de las maravillas de *Aladdin*. Pero nunca me ha gustado pagarle a una mujer para que moviera su culo contra mi polla o me sacudiera las tetas en la cara a cambio de dinero en efectivo en su tanga.

La música electrónica palpitaba y el violeta brumoso iluminaba el escenario del club, por lo demás estaba oscuro, mientras me movía entre la multitud en la barra circular. La clientela era heterogénea: basura europea, pandilleros, hombres de negocios de otra ciudad y un grupo de tipos que parecían chicos de fraternidad pasándose un buen rato y con las carteras lo suficientemente acolchadas como para pagar los altos precios de las bebidas y el plus por estar tan bien atendidos.

Val, una de las chicas favoritas de Dmitri, estaba terminando su baile en la barra, sonaban las últimas notas de "Sexy Boy" de Air. Me fijé en ella mientras bajaba del escenario con tacones de aguja de aspecto letal, pasando por alto las mesas de hombres que clamaban por su atención mientras se pavoneaba hacia mí. Las borlas de sus pezoneras con incrustaciones de joyas de oro se balanceaban mientras caminaba. Se detuvo frente a mí y pasó su mano por mi pecho.

- —Hola guapo.
- -Hola nena. ¿Estás bien?

Ella me miró con sus pestañas postizas. Su maquillaje de ojos dorado combinaba con su pálida piel y tanga. Val tenía un aspecto exótico, cabello negro como el carbón y ojos oscuros en forma de almendra. Pero era todo tetas y culo, sospechaba que la mayoría de los hombres en este lugar nunca la miraban a la cara.



#### Paradise BOOKS



- —Soy la mejor —dijo con un guiño—. Si alguna vez quieres probar los bienes, te daré una vuelta gratis.
- —Aprecio la oferta —respondí con una sonrisa—. Pero eres la chica de Dmitri.

Puso los ojos en blanco y movió su cadera, colocando una mano sobre ella.

—Él no es mi dueño. Además, esta noche está con su nueva puta. Envíale a su alteza mi amor. —Con eso, se pavoneó hasta una mesa de clientes habituales y yo me dirigí a la zona VIP.

Antes de que pudiera separar las cortinas de terciopelo púrpura, una bestia de hombre con cabello largo y negro, barba y manos tan grandes que parecía que podría aplastar un cráneo humano con ellas, apareció frente a mí. Sus brazos eran del tamaño de troncos de árboles. Era un milagro que pudiera cruzar uno sobre el otro. Leon era todo músculo, y nadie llegaba a Dmitri sin pasar por Leon.

Cuando mi informante confidencial me presentó por primera vez a Dmitri, Leon había sostenido una escopeta recortada en mi sien durante diez minutos mientras Dmitri me interrogaba.

- —Eres policía, ¿verdad?
- —No soy policía. ¿Lo eres tú?
- —¿En qué año te graduaste en la academia?
- −No fui.

¿Crees que diez minutos no es mucho tiempo? Piensa otra vez. Fueron los diez minutos más largos de mi vida. Tenía el corazón en la garganta y había tratado de no sudar ni dejar que vieran que estaba nervioso. Había pasado la prueba y poco a poco Dmitri comenzó a confiar en mí.

—Vaya, vaya, vaya, pero si es el chico dorado de Dima —dijo Leon alrededor del grueso cigarro que sujetaba entre sus dientes.

El chico dorado de Dima. Me hizo sentir como una puta barata.

—¿Cómo te va, Leon?

Él gruñó en respuesta, era hombre de pocas palabras, e hizo un amplio gesto con la mano mientras me conducía al interior de una habitación negra. Todo era negro: las paredes, las mesas con espejos, la alfombra de felpa y el candelabro de cristal.

Dmitri estaba sentado en un sofá de terciopelo negro como si fuera su trono, su brazo colgaba en torno a una chica con un parecido a Val, la cual estaba esnifando encima de un espejo con un billete de cien dólares, tenía a otra chica de rodillas entre sus piernas abiertas, su cabeza rubia balanceándose hacia arriba y hacia abajo.







El típico estilo de vida de los ricos y depravados.

—Ahí viene —dijo Dmitri, con una gran sonrisa para mí mientras empujaba a la chica que estaba de rodillas frente a él. La chica se cayó a sus pies y luego se puso de pie, luciendo un poco aturdida mientras se limpiaba la boca con el dorso de la mano. Dmitri ni siquiera le dio una mirada. Se subió la cremallera de los pantalones negros mientras se levantaba y me tendió la mano. Nos estrechamos la mano y me dio una palmada en la espalda como si fuera su invitado de honor. Señaló con la barbilla a Viktor que estaba sentado en el sofá frente a él.

#### -Muévete.

Sin cuestionarlo, Viktor obedientemente se movió al otro extremo del sofá y me senté en el lugar que acababa de dejar libre, frente a Dmitri.

Incliné mi barbilla hacia Viktor, quien asintió en señal de saludo antes de que volviera a jugar con su teléfono y a Sergei, quien entrecerró los ojos hacia mí antes de volver a esnifar sobre el estómago de una chica.

La chica que Dmitri había empujado se subió en el borde del sofá y me miró mientras esnifaba una línea en la mesita de café con espejo, su recompensa por atender a Dmitri, sin duda. Se parecía a la novia de Connor, Ava, con su cabello rubio blanquecino y ojos grandes. Como una muñeca de porcelana. Pero me di cuenta de que no tenía el descaro de Ava. Tenía el aspecto de un ciervo ante los faros de un auto, demasiado joven e inocente para estar en un lugar como este. Quería decirle que tomara el primer autobús de regreso a Kansas o dondequiera que viniera, pero estaba demasiado ocupada drogándose con la cara farlopa de Dmitri como para pensar en el peligro en el que se estaba poniendo.

Dmitri chasqueó los dedos frente a su cara.

—Ve a mostrarle un poco de amor a Kosta.

Parpadeó como si no entendiera sus palabras. La mano de Dimitri salió disparada y le dio un revés. Apreté los dientes, pero mantuve mi rostro neutral para que no pudiera ver que la forma en que trataba a las mujeres me enfermaba. Ella solo lo miró fijamente, sus ojos brillaban con lágrimas no derramadas, y se llevó la mano a la mejilla para cubrir la marca roja de su mano.

- —Si quieres conservar tu trabajo, haz lo que te digo que hagas, joder. ¿Me escuchas, puta? —gruñó.
- —Ven aquí, cariño. —Le hice un gesto con el dedo. No quería que se acercara a mí. Solo quería alejarla de Dmitri y si ella no movía el culo, él le daría otro revés. Ella respondió a mis palabras y se acercó a mí, pasando su lengua por sus labios y sus manos sobre su ajustado y elástico vestido rojo.
- —¿Cómo te llamas? —me pregunté cuando se paró frente a mí, con las piernas abiertas.







Se pasó la lengua por los labios pintados de rojo sangre, un marcado contraste con su piel pálida.

—Angel.

Por supuesto que sí.

Se arrodilló frente a mí como si eso fuera lo que esperara de ella y desabrochó el botón de mis vaqueros. Que hiciera esa mierda me deprimió. La levanté por los brazos y planté su trasero en el asiento junto al mío. Dmitri y Leon, que estaban parados en las sombras, con los brazos cruzados, me miraban para ver qué haría a continuación. Todo era una puta prueba con estos tipos y mi siguiente movimiento fue arriesgado, pero mi conciencia ganó. Me incliné más cerca, hablé en voz baja, solo para sus oídos.

—No tienes que hacer eso por mí ni por nadie en esta sala a menos que sea algo que quieras hacer. ¿Lo entiendes?

Ella negó con la cabeza, sus ojos se llenaron de miedo.

- —No puedo permitirme perder mi trabajo —susurró en mi oído y detecté el acento de Europa del Este. Jódeme.
  - —No perderás tu trabajo, me aseguraré de ello.

¿Desde cuándo daba garantías?

Ella me dio una sonrisa de confianza que casi me rompió el corazón como si yo tuviera el poder de hacer que su mundo fuera un lugar mejor. Mi hermana Abby dijo que me convertí en policía porque tenía complejo de salvador. Ella pensó que quería salvar al mundo entero. No quería salvar a todos. Solo a unos pocos, a chicas como Angel, chicos como Connor. Buena gente que necesitaba ayuda para salir de debajo de la mierda antes de esta los enterrara vivos.

Dmitri me lanzó una sonrisa enseñando sus dientes blancos.

—Pídele a tu perra que nos sirva una ronda de tragos.

Mi perra. Preferiría estar en la cama con mi princesa mancillada que me hablaba con descaro y podía defenderse. Le di un codazo a Angel e incliné mi barbilla hacia la botella de vodka que estaba en el cubo de hielo de cristal, *Beluga Gold Line*, el mismo vodka que Keira había estado bebiendo la otra noche. Conocía su sabor.

Angel fue corriendo a hacer lo que le dije y llenó dos vasos de chupito hasta el borde, deslizando uno frente a Dmitri y otro frente a mí antes de regresar a su asiento, lanzándome una tímida sonrisa, solo a mí. Me sentí como si acabara de adoptar un cachorro callejero. Justo lo que necesitaba.

—Gracias nena.







Se acurrucó a mi lado, plegó su brazo con el mío y bebió su Dom Perignon, sintiéndose más segura ahora que estaba bajo mi protección. Dmitri y los demás no se meterían con ella si pensaban que me pertenecía. Cumplían con su propio retorcido código moral.

Dirigí mi atención a Dmitri, el caballero de negro en su elegante traje. Su rostro parecía cortado en granito, cincelado y duro, con una melena de espeso cabello negro que llegaba hasta el cuello de su camisa de vestir negra. Las mujeres lo encontraban atractivo, de una manera oscura y sádica. Cuidaba su cuerpo, hacía ejercicio con regularidad y, a diferencia de los demás, nunca tocaba las drogas. Dmitri era un hombre de negocios y mandaba gracias a la intimidación. A excepción de Leon, los otros chicos de su equipo le hacían la pelota. Probablemente por eso le agradaba, nunca lo complací.

—Vas a venir a los Hamptons con nosotros —anunció Dmitri. Levantó su vaso de chupito y esperó a que yo hiciera lo mismo—. *Za nashu druzjbu*.

Por nuestra amistad.

A sus ojos, me acababa de otorgar un gran honor. Si no bebiera para sellar el trato, sería una falta de respeto. Bebí el vodka y dejé el vaso vacío en la mesa, sabiendo que habría al menos tres tragos más, pero me detendría en dos y Dmitri no diría una mierda al respecto.

Dmitri me consideraba un amigo, confiaba en mí, preguntaba qué opinaba. Me invitó a pasar el rato con él en su ático de acero y vidrio frente al mar en Long Island, el cual estaba muy cerca de la cancha que había alquilado para mí. Vimos partidos de béisbol, jugamos al ajedrez y boxeamos juntos en el gimnasio. A pesar de su dinero y su estilo de vida llamativo, era un hombre solitario. Ahora me estaba invitando a los Hamptons. Esa fue la única razón por la que me eligieron para este trabajo. Acercarme a Dmitri para que pudiéramos romper la red de drogas que estaba dirigiendo. Ganarme su confianza para que me diera información, llevándonos más arriba en la cadena alimenticia hasta sus proveedores.

- —¿Cuándo? —le pregunté, adoptando una pose relajada, mi brazo cruzado sobre el respaldo del sofá.
  - —Nos vamos el jueves. Va a ser un fin de semana largo.
- —¿Quién está invitado? —preguntó Sergei, lanzándome una mirada mientras abandonaba a la chica y se acercaba a nuestro círculo, cruzando los brazos sobre el pecho, a la defensiva, siempre tratando de proteger su territorio. Sergei estaba en un nivel inferior de la jerarquía, al mismo nivel que Viktor. Hacían el trabajo pesado, actuaban como vigías y solo estaban al tanto de la información cuando necesitaban saberla. Le cabreaba que Dmitri me tratara como a un amigo, pero sabía dónde estaba untado el pan con mantequilla y era lo suficientemente inteligente como para mantener la boca cerrada.







Dmitri lo derribó con una mirada.

—Eso no es asunto tuyo. Mi casa, mi puta lista de invitados.

Sabía con certeza que él no era el propietario de la casa en los Hamptons, pero había pagado una obscena cantidad de dinero en efectivo para alquilarla.

—Angel, ¿te gustaría venir a los Hamptons con Kosta? —le preguntó magnánimamente—. ¿Para satisfacer sus necesidades?

Mierda. Justo lo que no necesitaba.

Se lamió los labios y me sonrió.

—Sí, me gustaría.

Menuda mierda, tendría que manejarla con cuidado.

—Pensé que podría hacerte falta —dijo Dmitri. Sus ojos azul hielo se encontraron con los míos—. Siempre cuido de mis amigos.







10

Deacon

El jueves por la tarde, me senté en mi auto aparcado, las ventanas tintadas de negro ocultaban mi identidad, y agradecí a los dioses del cielo que la puerta del garaje de Atlas Motors estuviera abierta mientras observaba a Keira desde el otro lado de la calle. No se suponía que los overoles fueran sexys, pero podía ver cada curva de su cuerpo a través de la lona. Su cabello estaba recogido en una coleta, su dulce trasero estaba dentro de mi línea de visión. Agregando eso al hecho de que golpeaba los paneles de un *Plymouth Cuda* de una manera jodidamente dulce hizo que estuviera más duro que el martillo de Thor.

Tate entró y bloqueó a Keira de mi campo de visión. Hazte a un lado, Tate. No tuve tanta suerte. Él permaneció firmemente plantado frente a ella y en lugar de la dulce curva de su trasero, obtuve una coleta de color marrón grisáceo y un mono manchado de grasa con un trapo sucio colgando del bolsillo trasero. Me pasé la mano por la cara y gemí. Cuando volví a mirar hacia el garaje, Tate había desaparecido y Keira me estaba mirando directamente.

Levantó su dedo índice, pidiéndome que esperara un minuto y moví mi *Escalade* a un lugar en la calle que no fuera visible desde el garaje. Cinco minutos más tarde, se paseaba calle arriba con un diminuto par de pantalones cortos, una camiseta sin mangas holgada y zapatillas altas negras. Me incliné para abrir la puerta del pasajero y ella entró, cerró la puerta y se abrochó el cinturón de seguridad. Olía a naranjas y me dijo que era por el jabón de manos que usaba en el garaje.

- —¿Qué haces acechando fuera del garaje? —me preguntó.
- —Viendo a Tate. Es como un buen vino, mejora con la edad.

Se echó a reir.

- —Estoy en mi pausa para el almuerzo. Entonces, ¿qué tal si te invito a almorzar?
  - —¿Qué tal si yo te invito? ¿Qué te apetece?







—Un batido.

Me aparté de la acera y encendí el aire acondicionado. Jugueteó con la radio, navegando por las estaciones hasta que se detuvo en "Him & I" de G-Eazy y subió el volumen. Con los pies apoyados en el tablero, cantó al ritmo del coro.

- —Seré la Bonnie de tu Clyde.
- —Sigues olvidando que soy policía.
- —Tú también, Kosta. —Demostrando me conocía mejor de lo que sugeriría el poco tiempo que pasamos juntos.

Fuimos por dos batidos de chocolate y patatas fritas a un autoservicio. Mientras conducía, me dio de comer patatas fritas y me habló de su nuevo trabajo de restauración: el *Plymouth Barracuda* de 1972 que ella y Tate habían comprado en una subasta. Su rostro y su voz estaban animados, su pasión por el proyecto era evidente.

Desafortunadamente, no pude corresponderle diciéndole lo que estaba haciendo con mis días y mis noches. Anoche había ayudado a Dmitri y Leon a trasladar el producto a un escondite diferente, uno que había encontrado convenientemente para ellos. Sergei y Viktor estaban atentos e informaron que la policía había venido a allanar el primer escondite, tal como les había advertido. En este momento, caminaba sobre agua. Pero un solo movimiento en falso, un desliz estúpido y toda la operación podría verse comprometida. Cuatro días en los Hamptons, interpretando el papel de Konstantin Nikolevsky, no era mi idea de unas vacaciones relajantes. Además, tenía que lidiar con Angel. Y mañana era viernes.

—Oye —dijo Keira, atrayendo mi la atención sobre ella, dándose cuenta de que estaba distraído—. ¿Estás bien?

Tomé su mano izquierda y entrelacé nuestros dedos, lanzándole una sonrisa.

—Todo está bien.

Ella miró nuestras manos unidas. Era una de las cosas que no habíamos hecho y lo hice sin pensar. Terminamos en Bushwick y me señaló los grafitis de Connor mientras pasábamos junto a ellos. Ya sabía que eran suyos y que su firma era *Triste*. Aparqué al otro lado de la calle del muro de Ava. Connor lo había pintado cuando Ava tenía el cabello lavanda; estaba moviéndose hacia atrás de su cara como si hubiera sido atrapado con la brisa. Sostenía un corazón en sus manos, una representación perfecta de cómo probablemente era el amor, el órgano que latía arrancado de tu pecho y sostenido en las manos de una persona lo suficientemente poderosa como para aplastarlo o darle vida.

—Ese es mi favorito —dijo Keira—. Ese y el que hizo en *Miami*. Era una mano que salía del océano. —Sonaba triste y pensativa y yo conocía la



#### Paradise BOOKS



historia detrás de eso. Connor se había ido a *Miami* justo después de salir de rehabilitación. Un adicto en recuperación, recién limpio y sobrio, después de que el padre de Keira lo hubiera jodido. En noviembre, cuando Connor me había confiado toda la mierda por la que había pasado, le dije que era uno de los hombres más fuertes que había conocido. Esperaba que me creyera porque lo decía en serio. Sentí lo mismo por los dos hermanos Vincent y, aunque no se habían criado juntos, Keira se parecía mucho a ellos. Más fuerte y resistente de lo que creía.

- —¿Cómo están Connor y Ava? —le pregunté. Recordaba que en el instituto siempre andaban juntos. Y después los años en los que Connor anduvo en las drogas que casi le cuestan la vida.
  - —Lo están haciendo muy bien —dijo con una sonrisa.

Me alegré de escuchar eso. Merecían ser felices. Ella volvió su atención hacia mí y yo arrastré mis ojos lejos de la obra de arte y hacia su rostro. He estado con mujeres hermosas antes, pero desde el primer momento en que la vi, supe que todas las demás mujeres palidecían en comparación. Su belleza era impresionante y no requería ningún esfuerzo de su parte. El tipo de belleza sobre la que la gente escribe canciones y poesía.

—Me voy por unos días —le informé.

Vi la decepción en su rostro. Solo un leve movimiento de labios, pero lo vi y me hizo feliz.

—Supongo que sería una pérdida de tiempo preguntar a dónde vas.

Permanecí en silencio tal como ella esperaba. Se metió las últimas patatas fritas en la boca y lamió la sal de los dedos antes de inclinar su cuerpo hacia mí.

Envolví mi mano alrededor de su cuello y la acerqué para darle un beso. Sabía a papas fritas saladas y batido de chocolate y el bálsamo labial mentolado que usaba hizo que me hormiguearan los labios. Se subió a la caja de cambios y se sentó a horcajadas sobre mí, sus manos agarrando mi rostro mientras salpicaba suaves besos con la boca cerrada en mi rostro, mis párpados cerrados, las comisuras de mi boca. En todas partes excepto en mis labios. Moví el asiento hacia atrás todo lo que pude para que el volante no se hundiera en su espalda y le quité la goma que le sujetaba el cabello. Cayó en cascada por su espalda, enmarcando su rostro perfecto.

Ella bajó mis pantalones cortos deportivos y me liberó de mis bóxers, envolviendo su mano alrededor de la base de mi pene.

- —¿Qué estás haciendo? —le pregunté, mi voz ronca.
- —Dándote algo para que me recuerdes —dijo, mirando mi polla en su mano.
  - -¿Piensas poder con ello? —pregunté.





### Kush emery rose

—Estoy preparada para un desafío. —Envolvió sus labios alrededor de la punta y traté de contenerme para no empujar mis caderas y follar su boca como quería hacer. Una cortina de cabello cubría su rostro y lo recogí en una mano, sujetándolo en una coleta improvisada para poder ver. Se tomó su tiempo, pasando la lengua por la parte inferior. Lenta, suave, angustiosamente. Ella palmeó mis bolas y les dio un suave apretón como si probara para ver cuánta presión debía ejercer. Necesitaba que lo hiciera más veces y más duro.

Envolví mi mano sobre la de ella.

-Aprieta más.

Apretó su agarre y aplanó la lengua, recorriéndola a lo largo de mí. Mirándome desde debajo de sus gruesas pestañas, rodeó la cabeza con la punta de su lengua rosada y luego la pasó por la hendidura. Esto fue una maldita tortura. Gemí y ella se rio y al instante siguiente, me hizo una garganta profunda, tomándola toda de una vez, mi punta golpeó la parte posterior de su garganta, sus ojos se llenaron de lágrimas, pero no se detuvo. Me chupó con fuerza, sus labios carnosos se envolvieron alrededor de mi polla, su lengua rodeó mi eje y fue sin duda la cosa más sexy que alguien había hecho con mi polla. Porque era ella, la chica que podía pensar demasiado sobre un beso, pero también echar una carrea con mi SUV y darle al mundo su proverbial dedo medio. Empujé mis caderas, follé su boca y ella lo tomó todo, descartando cualquier idea de que no tuviera experiencia en el arte de dar mamadas.

Santo infierno. Mantuvo un ritmo constante, sus mejillas hundidas, su lengua, boca y mano me llevaron al borde de algo tan explosivo que lo sentí desde la base de mi columna hasta la parte superior de mi cabeza.

No pensé en todas las razones por las que no deberíamos estar haciendo esto en mi auto. No pensé en nada excepto en su boca caliente y húmeda que estaba apretada como un puño y la forma en que miraba mi rostro, sabiendo que el poder era todo suyo.

Mis bolas se tensaron y le advertí lo que iba a pasar. Ella tarareó de acuerdo y la vibración me envió al límite mientras me arrancaba el orgasmo, sus párpados a media asta como si ella hubiera sido la que tuviera un orgasmo y no yo. Vi cómo su garganta subía y bajaba mientras tragaba y luego se pasó la lengua por los labios como si quisiera capturar cada gota. Envolvió sus brazos alrededor de mi cuello y me besó con fuerza, su lengua se metió en mi boca para que pudiera saborearme, lo cual era un poco raro, pero extrañamente erótico, sus besos húmedos y frenéticos mientras apretaba su cuerpo contra mí.

Deslicé mi mano dentro de sus pantalones cortos y deslicé dos dedos dentro de ella, frotando su clítoris con mi pulgar, mis dedos se estiraron y se curvaron y golpearon un lugar que la hizo gritar. Ella se sacudió contra mi mano, tratando de generar más fricción, su cabeza echada hacia atrás



# Paradise

### KUSh emery rose

mientras agarraba mis hombros para sostenerse. Solo tomó unos segundos antes de que sus músculos se convulsionaran alrededor de mis dedos y su grito resonara en las paredes del vehículo.

Descansó su cabeza en mi hombro, su rostro presionado contra la curva de mi cuello, su suave aliento en mi piel. Era el lado más suave y dulce de Keira.

Se quedó así, quieta y callada por unos minutos, nuestros cuerpos resbaladizos por el sudor y perfumados con el sexo, pasé mi mano por su cabello de la manera en que sabía que le gustaba. Cuando estuve lejos de ella, había pensado en su cabello, su cuerpo y su rostro. Pero también había pensado en muchas otras cosas. La tristeza en sus ojos el día que nos sentamos en la iglesia. Qué extraño había sido que hubiera elegido una catedral ortodoxa rusa, una que yo había visitado muchas veces a lo largo de los años. Había pensado en la noche que nevó, y habíamos caminado a lo largo del *East River*, los copos de nieve se juntaron en sus pestañas, su rostro se inclinó hacia el cielo y se iluminó de alegría cuando atrapó copos de nieve con su lengua. Más tarde, la había llevado de regreso al loft de Eden y Killian y la había besado. Sabía que era un adiós, que iba a infiltrarme, pero ella no lo sabía. Lo que había sido un movimiento estúpido.

—Tenemos que irnos, cariño. —No quería interrumpir el momento, pero tenía que irme y ella necesitaba volver al trabajo. Separó su cuerpo del mío y volvió a sentarse en su propio asiento.

En el camino de regreso a Atlas Motors, recibí una llamada de Dimitri, pero la ignoré. Dos segundos después, el número de Leon apareció en la pantalla.

Silencié la llamada. Lo más probable es que estuvieran comprobando que estaba en camino con mi bailarina de barra ucraniana a cuestas.

—¿No vas a tomarla? —me preguntó Keira.

Negué con la cabeza.

- —Volveré a llamar después de dejarte.
- —Llevas una doble vida —dijo en voz baja.

La miré, la ironía no se me escapó. Ella había querido una vida honesta lejos de su padre y había terminado con alguien que no podía contarle los detalles de su día a día.

- —Sí, lo hago.
- —Me gusta, parece prohibido.

Supuse que lo encontraría emocionante, como si un chico entrara en su apartamento.

—¿Qué pasa cuando una vez termine mi misión? ¿Patearás mi trasero fuera de tu puerta?







- —Tendrías una huella de bota en el trasero.
- -Ay. Amo el dolor que me das.
- -Estás loco.
- -Tú también.

Me detuve a una cuadra de Atlas Motors y dejé el auto encendido. Sin el aire acondicionado, era como una sauna.

- —Gracias por el almuerzo. —Alcanzó la manija de la puerta, lista para irse.
- —Keira. —Sus ojos ámbar se encontraron con los míos, las cejas arqueadas en interrogación—. Mantente alejada de las carreras callejeras mañana por la noche.

Keira se recostó en su asiento y suspiró.

- -¿Es esa la única razón por la que pasaste por aquí?
- —Quería verte —le respondí honestamente—. Y también tu número de teléfono.
  - —Ya tienes mi número de teléfono.
- —Está en mi otro teléfono. —Que estaba en comisaria junto con mi placa, identificación y pistola. Me acerqué a ella y saqué un teléfono de la guantera. Tenía tantos teléfonos que a veces era dificil mantenerlos en orden—. ¿Cuál es tu número? —le pregunté, mi pulgar posado sobre el teclado.

Ingresé su número y llamé, pero no escuché que sonara. Arqueé las cejas, esperando una explicación.

- —¿Me has dado un número de teléfono falso?
- —Oh por favor. Y te llamas detective, —se burló—. ¿Ves algún móvil escondido en estos pequeños bolsillos? Mi móvil está en el garaje, o en casa. No soy buena en recordar que tengo que traerlo.
- —¿Cómo va a funcionar mi dispositivo de rastreo si no tienes tu teléfono contigo?

Ella sonrió.

- —Funcionará perfectamente. Siempre pensarás que estoy en casa.
- —Tendré que mover el dispositivo de rastreo a tu auto.

Ella puso los ojos en blanco. No haría tal cosa. No estaba tratando de controlarla o seguir todos sus movimientos.

—Amo tu lado salvaje. Pero amo más el cabello de esa bonita cabeza.
—Sus ojos se agrandaron. ¿Había usado la palabra con A? Supongo que lo







hice—. Quiero que estés a salvo y por la manera en que conduces, eso se convierte en un juego de azar.

—Hice planes con Ava y Connor mañana por la noche. No es que tenga que informarte de mí paradero —añadió.

Sonreí.

Ignoró mi sonrisa y salió del auto, cerrando la puerta con mucha más fuerza de la necesaria. Así era como hacía casi todo. Dudaba que alguna vez hubiera hecho algo a medias o tomado el camino más fácil en su vida. Me recosté contra el reposacabezas y la vi alejarse, con el sol en la espalda. Antes de cruzar la calle, se volvió y me lanzó un beso, sabiendo que todavía la estaba mirando y que podía verla, pero ella no me podía ver a mí. Sonreí mientras me alejaba y deseé *llevarla* conmigo a pasar un largo fin de semana en los Hamptons.



Angel me estaba esperando en la esquina del ruinoso barrio de *Jamaica* en *Queens*, con una pequeña bolsa de lona al hombro. Llevaba un vestido morado oscuro, lápiz labial a juego y tacones de quince centímetros, no exactamente el tipo de atuendo que uno usa para un fin de semana de sol y surf. Se subió a mi camioneta, trayendo consigo el aroma de un perfume barato y floral, y tiró su pequeño bolso en el espacio para los pies, cruzando las manos en su regazo con recato.

No parecía demasiado emocionada por hacer un viaje de fin de semana a los Hamptons. Eso debería hacer esto más fácil.

Pero primero, quería saber con qué estaba lidiando, así que nos sentaríamos en mi auto hasta que esto se resolviera.

—¿Por qué necesitas tanto ese trabajo? —le pregunté, tratando de no sonar como un policía.

Ella no respondió. Seguía mirando al frente, retorciéndose las manos en el regazo, frunciendo los labios morados. Debajo de todo el maquillaje, tenía una cara bonita y sospeché que era joven pero que intentaba parecer mayor. Tendría unos veinte años.

- —¿Por qué lo quieres saber? —preguntó finalmente, rompiéndose bajo la presión de estar sentada en un vehículo con un extraño que estaba contento de esperar hasta que el infierno se congelara para obtener una respuesta a su pregunta.
- —Necesitamos aclarar algunas cosas, pero primero necesito saber por qué necesitas el dinero.

Sacudió la cabeza y vi el miedo en sus ojos.



#### Paradise BOOKS



- —¿Por qué necesitas el dinero, Angel? —Busqué evidencias en sus brazos de que se estuviera drogando, pero no había ninguna.
  - —Tengo una hija, tiene cuatro años.

Mierda.

- —Es tan inteligente —dijo con orgullo de madre, y sus labios se curvaron en una sonrisa—. Habla un perfecto inglés.
- —¿Dónde está tu hija ahora? —Miré las casas alineadas en la calle sucia y arenosa en el tipo de vecindario donde la esperanza muere. Sospeché que vivía en la casa amarilla con la puerta marrón, cercada detrás de una valla de hierro forjado blanco oxidado, un juguete de plástico rosa estacionado en un parche de hierba marrón. Cortinas de encaje blanco colgaban de la ventana y, por alguna razón, esas cortinas me ponían muy triste. Me pasé la mano por la cara para borrar los recuerdos de las cortinas de encaje blanco y un sofá marrón que apestaba a muerte.
- —Ella está con una vecina, la cuida cuando trabajo. Es una buena mujer —se apresuró a agregar.
- —¿Tienes alguna foto de tu hija? —le pregunté, en parte porque quería verificar su historia antes de ponerme en la línea de fuego, pero otra parte de mí tenía curiosidad. Las fotos decían más que las palabras.
- —Sí, muchas. —Buscó en su teléfono y me lo entregó. Revisé algunas fotos de su hija. Cabello rubio blanquecino y rostro en forma de corazón con ojos de ciervo. Sí, sin duda era la hija de Angel. La niña se veía feliz y bien cuidada, ropa limpia y cabello peinado. Me detuve en una foto de ella soplando sus cuatro velas de cumpleaños y me pregunté si había pedido un deseo y qué era. Esperaba que se hiciera realidad. Le devolví el teléfono. No era de mi incumbencia y sabía que debía mantenerme al margen, pero los recuerdos olvidados afloraron y el policía que había en mí no podía dejarlo estar. Mi complejo de salvador, tal vez. A veces era una maldición que fuera así.

Tamborileé con los dedos en el volante mientras ella me miraba con ansiedad.

- Hice algo mal?—¿Hice algo
- —No. No hiciste nada. —Quería decirle que se endureciera. El mundo la masticaría y escupiría. Solo sobrevivía él más apto. Pero no le dije eso, porque probablemente ella ya lo sabía.
  - —Quiero que encuentres otro trabajo.

Su boca se abrió y cerró.

—Dijiste que mi trabajo estaba a salvo si yo... —Cambió de táctica, pasando la lengua por sus labios de color púrpura oscuro y agitando sus pestañas de una manera que era más patética que sexy, me hizo querer



#### Paradise BOOKS



llorar y que se fuera, pero no antes de intentar ayudarla—. Mírate, Kosta. Eres el sueño de toda mujer. Llévame contigo. Haré lo que me pidas.

Negué con la cabeza.

- —No vienes conmigo. Vas a pasar el fin de semana con tu hija.
- —Pero Dmitri dijo que estoy contigo, no entiendo.
- —¿Te gusta tu trabajo? —Eso marcaba la diferencia. Si a ella le gustaba, entonces eso es lo que debería estar haciendo, pero tenía la sensación de que no le gustaba. Necesitaba esnifar coca y beber champán para poder hacerlo. No era una puta manera de vivir.

Ella se encogió de hombros.

- —No me tiene que gustar, no es tan importante.
- —Solo necesitas el dinero —dije rotundamente.
- —Sí. Y no es tan fácil encontrar un trabajo que pague las facturas, ¿sabes? Quiero que mi hija tenga las cosas buenas de la vida.

Sí, ya había escuchado esto antes. Lágrimas silenciosas rodaban por sus mejillas. Oh, mierda. Sacó un paquete de pañuelos de papel de su bolso y se secó los ojos. Esperé a que se recuperara, sin hacer ningún movimiento para consolarla.

- —¿Qué querías ser antes de tener a tu hija?
- —Enfermera —dijo sin dudarlo.

Enfermera Angel.

—¿Eres buena con los niños?

Ella sonrió.

- —Pienso que sí. Ellos me adoran.
- —Podría ayudarte a encontrar un trabajo diferente. ¿Te gustaría eso?
- —¿Por qué haces esto por mí? —me preguntó, y tuve la sensación de que nadie había hecho nunca algo bueno por ella.

Porque nadie lo hizo por mi madre.

—Quiero que te vayas a casa y pases tiempo con tu hija. Yo me ocuparé de Dmitri. No tienes nada de qué preocuparte.

Se inclinó y besó mi mejilla. Su perfume era floral y abrumador y tendría que conducir con todas las ventanillas abajo para eliminar su olor del coche.

- -Gracias.
- —De nada. Y Angel... esto se queda entre nosotros —agregué.

Ella asintió con gravedad.







—Nunca diré una palabra —afirmó como si le hubiera confiado un secreto de Estado y preferiría morir antes que divulgarlo.

Saltó de la camioneta y la vi alejarse, preguntándome qué demonios se había apoderado de mí para interpretar el papel del buen samaritano. Pero ya sabía la respuesta. Llamé a mi hermana Abby, la reina de las causas perdidas, y la puse en altavoz mientras me alejaba de la acera, rumbo a Hamptons.

Después de disculparme con Abby por el silencio de la radio y escucharla despotricar, le hablé de Angel. Ella suspiró con fuerza.

- —No soy la Oficina de Desempleo. —Escuché sus dedos golpeando el teclado. Abby era abogada y tenía muchos buenos contactos, específicamente amigos y clientes ricos que siempre buscaban una niñera.
- —Está bien —le dije como si acabara de aceptar encontrar un trabajo para Angel—. Lo dejaré en tus hábiles manos.
  - —Me debes una.
  - —Lo añadiré a la lista. Uno de estos días, te lo recompensaré.
- —Sí, sí. Mamá está preocupada por ti. Dice que no has llamado en meses.
  - —Dile que sigo vivo y bien.
  - -Mantente de esa manera.
- —Escucha, Abs, esto tiene que ser confidencial. Y cuando encuentres un trabajo adecuado para Angel, tal vez tengas que darle algunos consejos de cómo debería de vestirse. —Hice una mueca, imaginando sus vestidos ajustados y tacones altísimos.
  - —Jesucristo, Deacon. No hago milagros.
  - —Sí los haces, tengo fe en ti.

Con eso, corté la llamada y le envié un mensaje de texto con los datos de contacto de Angel a Abby, mi buena acción del día, aunque a través de mi hermana. Como yo, Abby había estado en casas de acogida antes de ser adoptada a los cuatro años. A diferencia de mí, ella había sobresalido en la escuela y obtenido excelentes calificaciones, era prácticamente la niña modelo con el plan claro para su futuro. Se graduó en una de las universidades de la Ivy League, trabajaba para un prestigioso bufete de abogados y vivía en un edificio con portero en el Upper East Side, pero el dinero y la ropa de diseñador no la habían convertido en una esnob. Abby nunca olvidó de dónde venía.



್ಕೀರ್ಡ್ನಿಯ್ಯಾ





Necesitaría un hígado nuevo cuando terminara esta misión. Todo el mundo seguía durmiendo a causa del vodka y el libertinaje de anoche mientras yo nadaba en la piscina olímpica detrás de la colosal mansión en Bridge Hampton. Era el tercer día de este despilfarro y me sentí como si estuviera viviendo en un reality show, la versión rusa de *Big Brother*. Lo cual fue tan loco como te imaginas.

Escuché que me llamaban por mi nombre cuando mi cabeza salió del agua. Nadé hasta el final de mi carril y me agarré al borde de la piscina, mirando a Dmitri mientras cruzaba el césped. Una cerveza en una mano y un cigarrillo en la otra, luciendo su erección matutina en un bañador ajustado. Jesucristo. Estaba demasiado familiarizado con la basura de este hombre. ¿Quién diablos llevaba un bañador así? Solo se les ocurriría a llamativos traficantes de armas y drogas rusos.

Dos chicas del harén de Dmitri, una pelirroja y una rubia decolorada, lo siguieron, en bikinis de hilo, maquillaje completo, bronceado falso y tacones. Se les pagaba por horas, en efectivo y coca, traían bandejas de fruta y croissants y una jarra de café como si estuvieran haciendo una ofrenda a los dioses.

Abróchense los cinturones de seguridad para otro día en el paraíso.

—Podrías acostumbrarte a esta vida. ¿Verdad, Kosta?

Joder, no. Sonreí y le dije una mentira, como lo había estado haciendo durante meses. Era un mentiroso afable. A veces demasiado.

—Es mejor que trabajar para ganarse la vida.

Se rio, con la cabeza echada hacia atrás como si le acabara de contar el mejor chiste del mundo. Luego le ordenó a la pelirroja que se bajara la parte inferior del traje de baño y se inclinara. Ella hizo lo que le pidió. Sin pestañear, se tocó los dedos de los pies, su trasero en el aire y sus turbios ojos marrones sobre mí. Dmitri le dio un golpe en la mejilla de su trasero con la palma de su mano, el sonido rompió la paz y la tranquilidad que había buscado. Una vez, dos veces, tres veces por si acaso. Ella envolvió sus manos alrededor de sus tobillos para evitar caer mientras él continuaba con su asalto.

- —Voy a follarte el culo tan fuerte que no podrás caminar durante semanas —gruñó, apretando su polla.
- —Hazlo —gimió, sonando como una estrella porno de clase B mientras se tocaba el coño y simulaba sonidos de alguien en medio de un momento de pasión. Esos sonidos eran tan falsos como sus tetas.

Me sumergí en el agua para amortiguar los ruidos del sexo anal junto a la piscina, sus gritos y sus gruñidos que contaminaron el aire puro de un día de verano en uno de los barrios más caros de *Estados Unidos*. Nadé bajo el agua hasta el extremo opuesto de la piscina, poniendo la mayor distancia







posible entre la película porno y yo. Si respirar no fuera esencial, me quedaría bajo el agua hasta que esta escapada de fin de semana terminara. Cuando mi cabeza salió a la superficie, la rubia decolorada me estaba esperando, en topless y sosteniendo una toalla, sus tetas de plástico estaban en mi cara mientras salía de la piscina y caminaba junto a ella.

Trotó detrás de mí, con las tetas rebotando y sus puntiagudos tacones haciendo agujeros en el césped bien cuidado. El rugido de Dmitri rebotó en los paneles de vidrio de las puertas francesas cuando me deslicé dentro, excluyendo el sonido y a la rubia mientras goteaba agua sobre el suelo de baldosas de la cocina. El aire acondicionado estaba ajustado a una temperatura ártica, un guiño a las raíces siberianas de Dmitri y su glacial corazón.

Necesitaba salir corriendo y lavarme los ojos con lejía. Quería calor, luz solar y aire fresco del mar, piel sedosa, suave, ojos color whisky, labios rosados y carnosos que no fueron inyectados con colágeno. Quería a Keira. Con ella, podría ser Deacon, no Kosta.







11

Keira

Quizás esto era lo que la gente llamaba la fase de luna de miel. Esos gloriosos y dorados días en los que comienzas a descubrir todas las pequeñas cosas que hacen que una persona sea lo que es. Cuanto más sabes sobre él, más fuerte te enamorarás hasta que empieces a preguntarte cómo llegaste a vivir sin ver su sonrisa, escuchar su voz y respirar el mismo aire.

Sentirse de esta manera por Deacon no era del todo bienvenido. No quería enamorarme de él. No quería ser como mi madre, un pájaro con las alas recortadas confinada en una jaula dorada. Tal vez con Deacon sería diferente, pero tenía demasiados problemas paternales como para confiar en mi corazón tomando una buena decisión.

De todos modos, nos estábamos conociendo, así que no era amor. Tal vez era el preludio del amor, cuando te estás enamorando, y la sensación es tan deliciosa y delirante que no intentas evitarlo.

Sasha y yo nos habíamos saltado este ritual de cortejo. Nunca había experimentado esa sensación de aleteo en mi estómago o esas endorfinas que me hacen sentir bien y que inundaban mi cuerpo cuando Deacon estaba cerca de mí. Sasha era demasiado frío y cruel, y yo era demasiado egoísta y rebelde. Guardamos nuestros corazones con fiereza y dominamos el arte de la autoconservación. En ese entonces, follábamos como los adolescentes que éramos, con un abandono salvaje, sin intimidad ni palabras dulces ni juegos previos. Tal vez pensamos que éramos demasiado geniales para todo eso o tal vez no éramos tan intrépidos como pretendíamos ser. Solo dos personas hermosas con verdades horribles y vidas jodidas que se sintieron atraídas el uno por el otro por razones que nunca nos molestamos en averiguar.

Durante las últimas semanas, había estado pensando mucho en Sasha, tratando de descubrir qué habíamos significado el uno para el otro y por qué nos habíamos atraído. No siempre fue frío y cruel. Tenía carisma y encanto que mostraba o no para satisfacer sus necesidades o por capricho. También era inteligente, con un ingenio agudo y una sed insaciable de conocimiento. Cuando no estaba planeando dominar el mundo, también







podía ser divertido. Se aburría fácilmente y ambos teníamos el tipo de energía inquieta que nos hacía sentir reprimidos, necesitados de una salida. Quizás solo sentimos curiosidad el uno por el otro, yo no lo amaba, y él no me amaba, eso lo había hecho todo mucho más fácil.

Perder a Sasha aplastó mi alma, pero amarlo me habría destruido.

Lo que me lleva a Deacon.

Hace tres semanas, regresó de su escapada de fin de semana con la piel bañada por el sol que hacía que sus ojos verdes fueran más vívidos y su sonrisa aún más blanca. Cuando llamó a mi puerta ese domingo por la noche, trajo el aroma del mar, su cabello despeinado y decolorado por el sol v su encanto juvenil a mi apartamento instalándose en mi corazón como si perteneciera allí. Había venido con obsequios: tarrinas de helado de Ben & Jerry en una bolsa de plástico, nuestros sabores favoritos y un vencedor inesperado: de chocolate y dulce de azúcar con un centro de malvaviscos, también traía una elegante bolsa de la compra llena de vidrio marino envuelto en papel de seda. Todos eran de diferentes tonos de azul, desde el oscuro hasta el medianoche, el mismo tono de ese extraño y solitario momento antes del amanecer. Vertí las gemas caídas en un bol de vidrio y las puse sobre la mesa de café. Comimos nuestro helado en mi balcón, y pensó que era gracioso que me gustara las uvas congeladas pero mi helado medio derretido. Hablamos durante horas de nada y de todo. Era divertido, ingenioso y encantador y si no lo había sabido antes, lo sabía ahora. Me agradaba. Mucho. Y estar con él me hacía feliz.

Me dijo que me había extrañado y cuando le pregunté qué extrañó de mí, dijo: *Tus veintitrés almohadas*.

Sí que usaba hipérboles. Solo había ocho almohadas en mi cama. Así que ambos éramos unos mentirosos.

Hace dos semanas, dejó un montón de plátanos en la encimera de mi cocina como una broma. Los dejé allí, sin comer, hasta que la piel se puso marrón y toda mi cocina olía a plátanos antes de tirarlos a la basura.

La semana pasada, vimos el final de un partido de béisbol en la televisión. Estaba completamente aburrida, ni siquiera me preguntes qué equipos estaban jugando. Le di sandía rociada con sal y chile con un chorrito de lima, dándole a conocer nuevos sabores. Me dio dos orgasmos. El partido de béisbol no estuvo tan mal, después de todo.

Ahora estaba de pie en mi cocina en unos vaqueros descoloridos y una camiseta blanca lisa, luciendo más hermoso de lo que cualquier hombre tenía derecho. Su bronceado no se había desvanecido y me hizo preguntarme qué hizo durante todo el día. La hoja plateada del cuchillo de chef que nunca usaba brilló como un borrón mientras cortaba verduras para la ensalada. En cuanto él estaba ocupado cocinando nuestra cena nocturna, pollo al ajo con limón y cuscús, su especialidad, yo estaba ocupada tratando







de proteger mi corazón. Imaginé sus manos metiéndose dentro de mi pecho y masajeando el órgano palpitante hasta que llegó y cambió el ritmo de mis latidos.

Me dije a mí misma que mi corazón estaba a salvo. No estaba enamorada. Quizás un poco encaprichada. Y no teníamos una relación. Pero no podía negar que lo extrañaba las noches que no venía y me preguntaba qué hacía y con quién estaba cuando no estaba conmigo.

Tomé un sorbo de mi frío vino blanco y miré cómo se flexionaban sus músculos y las deliciosas venas de su antebrazo mientras empuñaba el cuchillo. Me sorprendió mirándolo y sonrió como si supiera lo que estaba pensando.

Así que miré el perfil de su rostro y la vista fue igual de gloriosa.

Jesús. Esto era malo. Muy muy malo. Y eso que aún no habíamos tenido sexo.

¿Por qué no nos hemos acostado todavía?

—¿Dónde aprendiste a cocinar? —Quería entretenerme y, además, tenía curiosidad. Nunca había aprendido a cocinar ni me había interesado. En *Miami*, teníamos un chef, Raoul, y una ama de llaves, Rosa. Cuando era pequeña, Rosa también era mi niñera. Mi madre no trabajaba, no cocinaba, limpiaba ni me cuidaba. Su único propósito en la vida había sido mantener feliz a mi padre. Aparentemente, ese había sido un trabajo a tiempo completo.

—Mi madre —dijo Deacon. Ahora sabía que llamaba a Faye Ramsey "mamá", pero a veces tenía que recordarme a mí misma que no se refería a la mujer que lo había dado a luz—. En realidad, nunca nos enseñó, nos dio rienda suelta para experimentar en la cocina. Al crecer, mi hermana Abby y yo preparábamos la cena una vez a la semana. Abby siempre se propuso crear una obra maestra culinaria. Mis comidas eran impredecibles. Estaba más interesado en trabajar en mis habilidades con el cuchillo. —Para demostrarlo, decapitó un pimiento rojo y lo cortó en cubitos en dos segundos.

Me rei.

—Presumido. ¿Estás seguro de que no necesitas ayuda?

Estaba sentada en un taburete como un bulto, sin ser de ninguna ayuda, demasiado ocupada estando enamorada como para hacer algo útil.

—Me vendría bien un poco de ayuda, pero no con la comida.

Mis ojos bajaron a la cremallera de sus vaqueros. Se rio entre dientes.

—Chica sucia. Necesito algunos platos, y puedes poner la mesa.



#### Paradise BOOKS

### Kush emery rose

—Huh. —Busqué dos platos del armario, servilletas y manteles individuales para la mesa. Recientemente había adquirido una mesa de vidrio y cuatro sillas tapizadas del apartamento de Connor y Ava.

Había insistido en que no usaría una mesa de comedor y sillas y que sería mejor que lo pusieran en *eBay*, pero Ava me había ignorado, así que ahora estaba haciendo un buen uso de ellas.

Para cuando puse la mesa, nuestra cena nocturna estaba lista, llevamos nuestros platos de comida y la ensaladera de madera al comedor y nos sentamos uno frente al otro.

- —Esto es increíble —le dije, metiéndome otro bocado de pollo y cuscús en la boca—. Mucho mejor que mi Ramen y las comidas ya precocinadas.
  - —Pusiste el listón muy alto. No estoy seguro de cómo superé eso.

Me reí y tomé un sorbo de vino mientras *The Smiths* cantaba sobre un autobús de dos pisos que se estrelló y la lluvia golpeaba la mesa de metal y las sillas afuera de mis puertas de vidrio abiertas. Olía a lluvia de verano y a posibilidades. Y sexo. Me imaginé teniendo sexo. Ociosamente, pensé que no me importaría morir a su lado. *Ahí* era hasta donde había llegado. Se sentía como si estuviéramos atrapados en nuestro propio pequeño mundo, separados de todo y de todos, pero la realidad estaba justo fuera de nuestra puerta.

- —¿Todos los policías encubiertos viven así? ¿Separados de familiares y amigos? —le pregunté mientras enjuagaba los platos y cargaba el lavavajillas.
  - —Depende de la misión.
- —¿Te meterías en problemas si se enteraran de que estás saliendo conmigo? —Cargué los últimos platos de la cena y apoyé la cadera contra la puerta para cerrarla. Agarró mi trasero y me empujó contra su cuerpo.
- —No es de mí de quien me preocupo. Siempre me aseguro de que no me sigan, a tu casa —aclaró, sus labios moviéndose hacia mi cuello—. Un par de veces no vine, me lo pensé mejor.
  - —¿Alguna vez te asustas?

Se encogió de hombros.

—Siempre existe el temor de que me descubran. Que algún tipo al que encerré antes me reconocerá y me delatará. Hasta ahora he tenido suerte. Mis mundos no han chocado.

Hasta ahora.

Salir con un policía encubierto no era muy diferente a estar con un criminal. Me pregunté qué significaba que de todos los chicos que podría haber elegido, lo había elegido a él. Uno de los buenos, haciendo un trabajo peligroso. Quizás ese era el atractivo. El indicio del peligro.



# Paradise



Pasó sus manos por mi estómago, arrastrando mi camiseta hacia arriba y por mi cabeza. La tiró al suelo y me desabrochó el sujetador con una mano. Deslizando las correas por mis brazos, tomó mi pecho y apretó el pezón entre su pulgar e índice. Mi cuerpo se calentó y mis ojos se cerraron revoloteando, un jadeo escapó de mi boca.

- —Ya que esto es solo una aventura... —dije—. Creo que deberíamos hacerlo de una vez y así sacarlo de nuestro sistema.
  - —Solo una aventura, ¿eh?
  - -Um-hmm.

Enganchó sus dedos en la cintura de mis pantalones cortos de algodón y tiró de ellos hacia abajo junto con mi ropa interior la cual se juntó en mis tobillos, me levantó, mis piernas se cerraron alrededor de su cintura mientras me cargaba, nuestros labios se fundieron en un beso. Yo estaba desnuda y él estaba completamente vestido y eso parecía injusto.

Deacon me tiró sobre la cama y mi espalda golpeó el colchón. Alcanzó la parte de atrás de su camiseta y se la pasó por la cabeza, y me incorporé apoyándome en los codos para verlo desvestirse en las sombras de mi habitación.

- —¿Crees que el sexo nos ayudará a que nos saquemos de nuestro sistema? —me preguntó.
- —Sí —mentí, teniendo en cuenta la vista de su cuerpo desnudo. Piel dorada lisa sobre huesos y músculos. Nunca antes había pensado mucho en los penes y nunca los había considerado hermosos, pero el suyo sí lo era. Recto, largo y grueso, su piel suave y aterciopelada. Nunca antes había querido hacerle sexo oral a alguien, pero con él, había querido.

Se arrodilló sobre mí, sus manos presionando mis piernas separándolas mientras su boca bajaba a mi centro.

—¿Quieres esto?

Oh Dios. Sí. Quería todo lo que él tenía para darme.

Levanté mis caderas, tratando de alcanzarlo, pero las manos de Deacon agarraron mis muslos y me sujetaron.

Mis manos encontraron el camino hasta su rubia cabeza, y necesité todo mi autocontrol para no meter su cara entre mis piernas. Una súplica salió de mis labios y empezó a devorarme. Lamió, tiró y chupó mi clítoris hasta que me arqueé y me retorcí contra él. Y cuando un dedo se deslizó dentro de mí, supe que no podía esperar más. Necesitaba que me llenara por dentro, que me diera algo que me había estado negando durante semanas.

- —Te necesito —dije entre dientes. —dentro de mí.
- -¿Estás segura de que podrás manejarlo? —bromeó.







Puse los ojos en blanco.

—Sí, maldita sea. Por favor necesito...

Levantó la cabeza, sus ojos verdes ardían con intensidad mientras me miraba fijamente.

—Dilo, que me necesitas.

Mis manos se curvaron en las sábanas, mi labio inferior se apretó entre mis dientes, porque su pulgar se presionó contra mi clítoris y yo quería más.

- —Te necesito.
- —Sé que lo haces.

Engreido. Se inclinó y agarró un condón del bolsillo de sus vaqueros que estaban en el suelo y lo deslizó por su pene.

- —Solo estaba hablando de sexo —dije—. Necesito sexo. Eso es todo lo que necesito de ti.
- —*Mentirosa*. —Apretó la cabeza de su pene contra mi entrada, pero no fue más allá.
  - —Deacon —dije, frustrada.
- —Esto no es solo sexo, Keira. No es una aventura de una noche. Tú y yo sabemos que es más que eso. Lo ha sido desde el día en que nos conocimos.

Una mano salió disparada y agarró mi pezón con el pulgar y el índice, aumentando la presión. Un placer con picos de dolor recorrió mi cuerpo mientras giraba mi pezón y me daba otro empujón con su polla como si estuviera tratando de castigarme por sugerir que lo que teníamos era menos de lo que era.

- —Dime que esto significa algo para ti.
- —Deacon —susurré. No quería que rompiera la última de mis defensas, pero lo quería y necesitaba, y él siempre veía a través de mis mentiras, así que dije la verdad—. Significas algo para mí, pero todavía no sé lo que significa.

Fue honesto, al menos.

Sus labios se curvaron en una sonrisa como si mi respuesta lo hiciera feliz. Quería saber que él me importaba. Y lo hacía.

—Lo descubriremos. —Parecía tan confiado que casi le creí.

Sin darme la oportunidad de responder, se estrelló dentro de mí con un solo empujón y yo me arqueé contra su cuerpo delgado y musculoso. Fue hermoso. Él era hermoso. Su cabello rubio sucio cayendo sobre sus ojos y







esa cara que podría ser bonita si no fuera por la fuerte línea de la mandíbula y la mirada salvaje en sus ojos verdes.

—Te sientes tan jodidamente bien —me dijo—. Eres todo lo que sabía que serías.

Esas fueron las últimas palabras que dijo antes de agarrar mis pantorrillas y levantar mis piernas hasta que descansaron sobre sus hombros. Luego comenzó a follarme. Una y otra vez. Reajustando el ángulo y mi posición para que pudiera profundizar y, oh Dios, me llenó tanto. Y todavía quería más de él. Era codiciosa, necesitada e insaciable.

Mi visión se volvió borrosa mientras trabajaba sus caderas y nunca desaceleraba su paso. Un orgasmo como nunca antes había experimentado se acumuló dentro de mí, aumentando con cada embestida hasta que me tambaleé en el mismo precipicio, a solo unos segundos de caer.

Deacon me empujó al límite sin piedad, y habría dicho o hecho cualquier cosa que me pidiera solo para sentirme así de nuevo. Oh Dios, era una adicta.

Deslizó su mano entre mis piernas y presionó su pulgar sobre mi clítoris y estuve acabada, ida. El orgasmo me sacudió hasta la médula. Mi grito fue lo suficientemente fuerte como para despertar a los vecinos, pero ni siquiera me importaba que él hubiera predicho esto con aire de suficiencia. Fue increíble.

Saliendo del orgasmo, bajando lentamente de las alturas, mi visión se despejó. Segundos después, el propio rugido de Deacon sonó cuando sus caderas se calmaron y su polla latió dentro de mí.

El sudor goteaba de su rostro, y mi propia piel estaba resbaladiza a pesar de que una brisa fresca soplaba desde mi ventana abierta.

—Supongo que sí puedo manejarlo —le dije.

Y luego nos reímos porque esto era el tipo de locura, maravillosa y terrible que ambos sabíamos que el sexo no haría que pasáramos página. Me asustó, pero también me emocionó. Como un viaje con turbocompresor a un destino desconocido.

Sacudió la cabeza, luciendo un poco aturdido y apretó mi cadera antes de deslizarse fuera de entre mis piernas. Inmediatamente sentí la pérdida y deseé no haberlo hecho. Rodando sobre mi costado, lo miré mientras cruzaba hacia el baño y desaparecía dentro. Luego tiré todas las almohadas sobrantes al suelo para hacerle espacio y me cubrí el cuerpo con la sábana. Con la cabeza apoyada en tres almohadas, permanecí inmóvil como una estatua.

Deacon regresó al cabo de unos momentos, levantó la sábana y se deslizó debajo de ella. Me dio la vuelta, descartó una de mis almohadas y







me empujó hacia su cálido cuerpo, su brazo me envolvió, sujetándome contra él.

- —¿Qué me has hecho? —susurré a las sombras de mi habitación.
- —Lo mismo que me has hecho tú. Me has arruinado.
- —No se suponía que fuera así.
- —La mierda ocurre.

Me reí y volví mi rostro hacia él. Besó la risa de mis labios y mi cuerpo traidor se fundió con el suyo.

¡Boom!

Ahí se fue otro pedazo de mi corazón.

Cayendo.



—Ahora tienes novio —dijo Deacon, tomando el teléfono de mi mano para leer los mensajes después de que en mi chat grupal no paraban de hablar.

Deacon y yo estábamos acostados en la cama, con la espalda apoyada contra la cabecera, mirando *Sons of Anarchy* en mi portátil. Llevaba puesta la camiseta azul que había tirado al suelo antes y que olía a él, y unos calzoncillos negros.

Habían pasado dos semanas vertiginosas en una bruma llena de lujuria desde la noche en que me había preparado la cena. Todavía estábamos tratando de sacarnos el uno al otro de nuestros sistemas. Lo que significa que hemos tenido sexo en la ducha, en el sofá, contra la pared, en la encimera de mi cocina y en cualquier otra superficie disponible.

Era domingo y había pasado el día con Ava, comiendo tacos y tomando el sol en el patio del Trinity Bar. Eden trabajaba allí como camarera a tiempo parcial cuando no estaba trabajando en los murales que le encargaron pintar, y desde el momento en que llegué quedó claro que ella y Ava habían tramado un plan. Su nombre era Eli y era músico/barman. Un vagabundo con un corazón gitano, afirmó, y posiblemente uno de los tipos más geniales que he visto en mi vida. Tenía el cabello castaño largo y ondulado y mangas de tatuajes que incluso Connor, el snob de los tatuajes, tenía que admitir que eran obras de arte. Eli fumaba puros delgados y tenía una mirada de preocupación. Sus botas parecían haber viajado por el mundo y tenían historias que contar. En resumen, Ava y Eden habían elegido a un tipo genial para mí y él me había invitado a tomar un café en una tienda de discos, lo cual sonaba divertido. Lo único que había en contra de Eli era que







él no era Deacon. Quisiera admitirlo o no, mi corazón ya le pertenecía a Deacon. Lo sabía, pero todavía estaba tratando de luchar contra él, aunque mis intentos fueran débiles en el mejor de los casos.

Le arrebaté el teléfono de la mano.

—Sí, un novio secreto del cual no puedo contarle a nadie.

Dejó escapar un suspiro de frustración y vimos a Jax Teller disparar a un agente federal. En el pasado Jax Teller solía ser mi hombre ideal, ahora no podía compararse con Deacon.

Sus ojos todavía estaban enfocados en mi portátil mientras me llegaban más mensajes iluminando mi teléfono.

Killian: Si se trata de Eli, por supuesto que no.

Eden: Ni siquiera lo conoces.

Ava: Está bueno.

Connor: Deja de comer con los ojos a otros hombres.

Ava: Solo lo hago por Keira.

**Connor:** No hagas de casamentera, eso nunca termina bien.

Killian: Lo conocí, me pareció sospechoso.

Solté un bufido y me reí por la palabra *sospechoso* mientras escribía una respuesta:

**Yo:** ¿No debería ser esa mi decisión? Si quiero salir con él, no es tu problema. Ocúpate de tus asuntos, Killian.

Antes de que pudiera presionar enviar, Deacon me arrebató el teléfono de la mano y leyó los mensajes.

—¿Estás bromeando? Estás conmigo y con nadie más.

No lo negué, pero aún sentía la necesidad de afirmarme.

-Eso no te da derecho a tomar decisiones por mí.

Deacon ignoró mis protestas y sostuvo mi teléfono fuera del alcance de mis brazos, escribiendo una respuesta en mi nombre.

**Yo:** No estoy buscando novio. Estoy de acuerdo en que es un poco sospechoso. Gracias por cuidarme, Killian.



#### Paradise BOOKS

## KUSh emery rose

Presionó enviar y arrojó mi teléfono sobre la mesita de noche. Se deslizó por el borde y cayó en el suelo de madera con un ruido sordo. Me arrastré sobre él y recuperé mi teléfono, agitándolo en la cara.

- —Tienes suerte de no haberlo roto.
- —Te habría comprado uno nuevo. —Agarró mi mano y tiró de mí hacia la cama, moviéndose para hacerme sitio en el espacio que había ocupado anteriormente.

Estábamos viendo una escena de sexo en *Sons of Anarchy* y me mordí la cutícula de la uña del pulgar, tratando de aclarar lo que acababa de suceder y cómo me sentía al respecto. Para Deacon, el asunto había sido resuelto, *por él*.

—Siento que me quitaste el poder —le dije.

Me miró.

- —¿Quieres salir con este chico?
- —No, pero ese no es el punto.
- -¿Entonces, estabas intentando ponerme celoso?

¿Lo estaba? ¿Fui mezquina, infantil y quisquillosa? ¿Quería despertar sus celos? Ese no era realmente mi estilo. No estaba interesada en jugar a esos juegos y odiaría que me hiciera eso.

—No. Estaba tratando de decirle a mi hermano que la elección era mía, no suya.

Pensó en eso por un minuto.

- —Bueno. —Asintió—. Te llevaré a una cita. —Envolvió su brazo alrededor de mis hombros, sus ojos todavía estaban pegados a la pantalla del portátil.
  - —¿Me lo estás preguntando o afirmándolo?
  - —¿Keira Shaughnessy, querrías ir a una cita conmigo?
- —No puedes llevarme a una cita. —Pasé mi mano por la suave piel de su pecho y tracé mis dedos sobre las crestas de sus abdominales; uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis; era delgado y ágil, y me encantaba tocar cada centímetro de su cuerpo.

¿Cómo había llegado a esto? Yo era la chica que no había querido una relación. Él el chico que me aseguró que no estaba buscando una. Sin embargo, aquí estábamos. En una relación de la que no podría contarle a nadie. Cenamos juntos hasta tarde en la noche, veíamos películas. Hablábamos, reíamos y discutíamos. Nos duchábamos juntos. Pero todo esto sin salir de mi apartamento.







—Puedo y lo haré —dijo, obstinadamente—. Vamos a tener una cita.

Mi mano se movió más abajo, hacia el bulto en sus calzoncillos. Palmeando su polla a través de la tela, presioné mi pulgar contra la hendidura. Siseó y empujó el portátil a un lado, se quitó los calzoncillos y me colocó encima de él para que me sentara a horcajadas sobre sus caderas.

- —Oh. ¿Quieres esto? —le pregunté, apretando mi cuerpo contra el suyo—. ¿Crees que puedes manejarme?
  - —Oh, puedo hacerlo.

Me arrancó la camiseta que estaba usando, y sus manos se movieron a mi cintura, levantándome. Colocándolo en mi entrada, me hundí lentamente hasta que me llenó. Rodé mis caderas, apretando mi cuerpo contra el suyo. Agarró mis caderas para mantenerme sujeta, aquietando mis movimientos, con una mirada de dolor en su rostro.

- —No te muevas, simplemente quédate quieta.
- –¿Qué pasa?
- -¿Está bien, si no usamos protección?

Ni siquiera lo había pensado, pero estábamos a salvo. En lo que concierne al control de la natalidad, en cuanto a la parte emocional, no podía estar muy segura.

- -Estoy tomando la píldora.
- —Te sientes tan jodidamente bien.
- —Tú también. —Me incliné para besarlo.

Nos besamos como si estuviéramos hambrientos, y esta fuera nuestra última y favorita comida.

Me empujó sobre mi espalda y sujetó mis muñecas al colchón, su cara flotando a centímetros sobre la mía mientras entraba y salía de mí.

—No quiero que tengas una cita con nadie más. —Me penetró—. No quiero ni siquiera que pienses en otro hombre. —Lo hizo de nuevo.

Mis piernas rodearon su cintura y levanté mis caderas para que pudiera ir más profundo.

- —Solo quiero tu polla mágica. Ni siquiera pienses en dejar que otra mujer te toque, te bese o incluso te mire.
- —Soy tuyo, todo, jodidamente tuyo. —Las palabras fueron un gruñido.

Arañé su espalda y él marcó mi cuello. Follamos como animales salvajes, empujón por empujón, una jugada por el dominio y la supervivencia. Dimos todo lo que recibimos.





### Kush emery rose

Nuestro amor era del tipo loco. El tipo de amor que te hace sentir más vivo, al borde de algo hermoso y peligroso. Como conducir demasiado rápido en una carretera con curvas cerradas en un acantilado rocoso y empinado. A veces me asustaba. Porque yo era yo y él fue lo suficientemente valiente como para enamorarse de mí, a pesar de que le había advertido que era una mala idea. En el fondo, sabía que una chica como yo nunca podría tener algo real y bueno. Mi pasado me perseguiría para siempre y, de alguna manera, él pagaría el precio. No sabía cómo ni cuándo ni por qué, pero podía sentir que se avecinaba algo malo.

Cuatro días después, en la tarde anterior a mi cita con Deacon, se rompió un eslabón de la cadena alrededor de mi cuello. Cuando sentí que me faltaba la cruz, entré en pánico. Era un mal presagio. Se acercaba el fin del mundo. Todos mis seres queridos iban a morir de una muerte intensa y terminarían en los pozos del infierno. Pero la cruz no se perdió; se deslizó dentro de mi camiseta y pude recuperarla e identificar el problema. Fue una solución fácil, y Pete solo tardó unos segundos en apretar el eslabón con unos alicates pequeños. Pete tenía debilidad por mí y me trataba como a una hija, pero no de una manera espeluznante o controladora. De una manera agradable, como preguntándome cómo estaba y recordarme en tomar un descanso para almorzar los días en que me sumergí tanto en el trabajo que me olvidaba de comer.

—Como nueva —me aseguró mientras pasaba la cadena alrededor de mi cuello y metía la cruz dentro de mi camiseta.

Le di las gracias y volví al trabajo, riéndome de mis propias supersticiones tontas. Pero solo para estar segura, llamé a mis hermanos, a Eden y Ava. Estaban ocupados trabajando, todos estaban a salvo, no ocurrió ninguna catástrofe y Deacon y yo teníamos nuestra cita esta noche, así que todo estaba bien en el mundo.





12

Deacon

Oh diablos, no. Las cabezas giraron cuando la belleza con un diminuto vestido negro y botas de motociclista pasó junto a ellos con la melodía del "Angel of Death" de Slayer sonando desde la máquina de discos. Sus ojos estaban en mi rostro mientras caminaba hacia ella, una sonrisa maliciosa subiendo por las comisuras de sus labios.

—¿Estás tratando de meterme en una pelea, bebé? —Enganché mi dedo en la tira delgada que sostenía su vestido, aunque llamarlo vestido era una exageración. Era corto y sedoso, adornado con encaje negro y apenas llegaba a la mitad del muslo. Lo había combinado con la cruz que siempre usaba y un maquillaje de ojos ahumado que la hacía lucir sexy y sensual. Parecía una mujer fatal de un cine negro. Un asesino enviado para seducir su marca antes de que ella lo apuñalara en el corazón con su propio tenedor.

- —¿Lucharías por mí? —preguntó.
- —Hasta la muerte —gruñí.
- —¿Serías mi viaje o muerte?
- —Hasta mi último aliento.

¿Queríamos decir las cosas que dijimos? El tiempo lo diría.

Mis labios recorrieron su cuello y su clavícula. Su cuerpo se estremeció en mis brazos y dejó escapar un gemido que fue directo a mi polla y muy probablemente a la polla de cualquier otro chico en este bar. Probablemente era más seguro quedarse en su apartamento. Nunca había sido posesivo antes, y ninguna mujer había despertado mis celos, pero con ella todo era diferente. Cuando estábamos juntos, no pensaba con claridad. Era peligroso sentirme así, estar en un bar lleno de gente, mis sentidos tan intensos que todo lo que podía ver era a *ella*.

Tomé su mano en la mía y la llevé al taburete frente a mi cerveza, cáscaras de maní crujiendo bajo nuestras botas, el olor a cerveza rancia y sudor flotando en el aire. Era nuestra primera incursión en la naturaleza desde diciembre y la primera cita real de Keira. Quería marcar otro elemento





### KUSh emery rose

de la lista de cosas que nunca había hecho. Ir a un bar de mala muerte. Así que aquí estábamos en un bar de mala muerte en el Lower East Side, que era menos bar de mala muerte y más como una tienda de curiosidades cursis. Pensé que lo agradecería. Calaveras y estatuas de santos se alineaban en los polvorientos estantes de madera detrás de la barra adornada con luces multicolores del árbol de Navidad. Puntos extra, un grupo variopinto de motociclistas peludos con cortes de cuero negro se habían balanceado en sus Harleys antes y estaban jugando al billar en la trastienda.

—¿Cómo has llegado hasta aquí? —Apoyé la cadera contra la barra, así que estaba frente a la puerta mientras ella se sentaba en el taburete y se bajaba el dobladillo del vestido.

-Metro.

Quería golpear mi cabeza contra la pared por no recogerla.

—Te dije que tomaras un taxi.

Ella encogió un hombro.

—El metro es más rápido. —Se sirvió un puñado de cerezas marrasquino de la bandeja de plástico de guarnición detrás de la barra y las alineó en una servilleta de cóctel como una fila de alegres soldados—. ¿Cómo has llegado hasta aquí?

-Metro.

Sonrió con suficiencia y arrancó la fruta del tallo con los dientes.

- —Soy un chico y no llevo un diminuto vestido.
- —Tengo spray pimienta en mi bolso y un gancho de derecha malo. Levantó el puño y dejó escapar un suspiro exasperado mientras comía sus cerezas al marrasquino y me decía que me calmara, como si estuviera exagerando. Yo soy policía de Nueva York. He visto lo peor de la humanidad. Violaciones, asaltos, tiroteos, violencia doméstica. Cosas horribles y cosas tristes que desgarrarían tu corazón y ennegrecerían tu alma si pensabas demasiado en ellas. Para hacer mi trabajo, tenías que lidiar con la situación y seguir adelante, sacártelo de la cabeza para que no te carcomiera y persiguiera tus sueños. En su mayor parte, compartimentando. Pero a veces no era tan fácil "relajarse", no cuando uno se preocupaba por alguien y quería mantenerlo a salvo. Así que sí, tal vez con ella reaccioné de forma exagerada, viendo peligro donde no había ninguno, pero además del diminuto vestido y su actitud general de no importarle nada, llevaba un bolso Louis Vuitton. Ella era el sueño húmedo de un atracador. Saqué esos pensamientos de mi cabeza. Ella estaba aquí y estaba bien.

El camarero, un tipo fornido con la cabeza rapada y piercings faciales, se detuvo frente a nosotros para tomar nuestro pedido. Keira dobló



# Paradise



apresuradamente su servilleta de cóctel para esconder la pila de tallos de cereza como si no quisiera que la sorprendieran robando. Me hizo reír.

—¿Qué puedo traerte? —preguntó con un marcado acento neoyorquino.

Pedí otra cerveza y ella pidió un martini sucio con más aceitunas.

- —Te extrañé, Kosta. —Me dio una sonrisa que podría iluminar este sombrío bar de mala muerte. Iluminar toda la puta ciudad.
- —También te extrañé —dije como si hubieran pasado años en lugar de solo unos días desde la última vez que la vi.

El camarero puso nuestras bebidas frente a nosotros y le di veinte. Keira levantó su vaso por el tallo y lo golpeó contra mi botella de cerveza, un poco de martini se derramó por el costado del vaso.

—Aquí está nuestro asunto encubierto. —Me guiñó un ojo—. Me siento como la amante. Es divertido.

Arqueé una ceja antes de beber.

- —¿Quién es la esposa en este escenario?
- —Estás casado con tu trabajo.

Ella no estaba completamente equivocada en eso. Estaba atrapado en esta tarea hasta que reunimos suficiente información para hacer que los cargos se mantuvieran. Me aseguraron que no tardaría mucho. Pero ya me habían ofrecido un puesto en el Escuadrón de Pandillas después de que terminara esta asignación y estaba planeando tomarlo. Mi trabajo siempre iba a ser una gran parte de mi vida.

- —¿Eres una amante celosa?
- —Quizás me guste de esta manera. Quizás si nos viéramos todo el tiempo, cuando y donde quisiéramos, nos cansaríamos el uno del otro.
- —O tal vez nos acercaríamos aún más. —Oh, me estaba aventurando en un territorio aterrador para ella.
  - —Aprenderías todos mis defectos, debilidades y hábitos molestos.
- —Ya sé que roncas. Que dejas pegotes de pasta de dientes en el fregadero. Nunca apagas las luces cuando sales de una habitación. Y abasteces tus alacenas con comida chatarra y ramen y llenas tu refrigerador con comidas preparadas de Whole Foods a un precio excesivo porque no puedes cocinar. Tienes miedo de estar en una relación, así que sigues fingiendo que esta no es una a pesar de que ambos lo sabemos mejor. Y todavía. Sigo volviendo por más.
  - -No ronco.
  - —Bebé, roncas.





### KUSh emery rose

- —Bueno, eres un cerdo en la cama. Y dormir contigo es como dormir al lado de un calentador. Me engañaste para que pensara que no querías una relación. Nunca te quedas hasta la mañana, así que me siento como tu pieza a un lado. Y todavía. Sigo esperando que vuelvas por más.
  - -Saca tu teoría del agua.
  - —Estoy en esto por el sexo —dijo despreocupadamente.

Me dio de comer una aceituna con vodka de su martini sucio, y sospeché que había pedido las aceitunas adicionales para mí. A Keira ni siquiera le gustaban las aceitunas, lo que planteaba la pregunta: ¿por qué había pedido un martini sucio? Porque ella era Keira. Totalmente original, con un toque de locura y una pizca de auto-odio. La conocía y la entendía mejor de lo que ella probablemente pensaba.

—Estoy en esto por tus sexys uvas congeladas y aceitunas borrachas—dije.

Se rio y luego la risa murió en sus labios y desvió la mirada. Jugando con la base de su copa, su rostro pensativo, su labio superior apretado entre sus dientes. Estaba nerviosa o insegura de algo. Antes de que ella pronunciara las palabras, supe que tenía que ver con nosotros.

—¿Alguna vez te asusta de que lo que tenemos sea *demasiado* bueno? Todo sucedió tan rápido. Algo como esto... no puede durar, ¿verdad?

La verdad es que no sabía la respuesta. Nunca antes me había enamorado y no tenía el mejor historial de relaciones. En el pasado, cada vez que una chica empezaba a acercarse demasiado para presionar por más, era mi señal para salir. Siempre le había echado la culpa a mi trabajo y a las locas horas que trabajaba, lo cual era válido pero solo parcialmente cierto. Con Keira, estaba adentro. No sabía por qué ella despertaba más emociones en mí que cualquier otra mujer o por qué la idea de una relación comprometida con ella no me asustaba. Lo quería todo: su honestidad desnuda, su vulnerabilidad cruda, su humor voluble. Incluso cuando me mintió a la cara, todavía la deseaba.

Tal vez todo había sucedido demasiado rápido, aparentemente de la noche a la mañana. Tal vez estaba confundiendo la lujuria con el amor. Pero esto se sintió como algo más grande, como una vida, no solo un momento. Nunca antes había creído en el destino, pero cuando conocí a Keira, sentí que estábamos destinados a estar juntos. Una vocecita en mi cabeza me había advertido, ella será tu ruina. ¿Mi respuesta? Adelante.

Mi mamá me dijo una vez que cuando aparece la correcta, no cuestionas la lógica ni buscas todas las razones por las que no podría funcionar. Simplemente amas a la persona tal como es y, si es necesario, ajustas tu vida para dejarle espacio. Porque esa persona es importante para ti y es importante. Ella me importaba.







Volviendo a la pregunta. Respondí con otra pregunta.

—¿Estabas enamorada de Sasha? —Toqué la cruz alrededor de su cuello, la única joya que alguna vez usaba. Nunca se lo quitaba, ni durante el sexo, ni cuando dormía, ni siquiera en la ducha.

Ella sacudió su cabeza.

—No. Me preocupaba por él y era mi amigo, pero no estábamos enamorados. —Inclinó la cabeza y cerró un ojo, contemplando cuánto estaba dispuesta a compartir conmigo—. Pensé que estaba enamorada una vez antes.

Una vez antes. Lo que implicaba que estaba enamorada de mí. Tal vez.

- —¿De quién estabas enamorada? —Ya sabía la respuesta, pero no lo dije. Connor me lo había dicho en confianza. Había sido solo un comentario casual que había dejado caer en nuestra conversación en noviembre y realmente no lo había registrado en ese momento.
- —Anthony. Trabajaba para mi padre. Él era quince años mayor que yo y estaba completamente fuera de los límites. Solo me veía como la hija de mi padre y nada más. Creo que me quería, pero no estaba *enamorado* de mí.

Anthony fue quien le dio el pendrive. Anthony era el soldado de mayor confianza de su padre. También fue él quien traicionó a su padre. Keira solo fue la mensajera. Nunca había conocido a Anthony, pero no me agradaba y ciertamente no confiaría en él. No era solo porque Keira alguna vez pensó que estaba enamorada del hombre. Era porque sospechaba que había jugado con ella, la había usado para sus propios beneficios personales. Podría estar equivocado, pero no lo creía. Tenía un motivo oculto, pero si le sugería eso ahora sonaría a celos mezquinos. Además, no tenía pruebas, solo un instinto para continuar.

- —¿Y ahora? ¿Sigues enamorada de Anthony?
- —No lo sé. Primero tendría que encontrarlo para estar segura. Ver cómo se enfrenta con la competencia. —Me dio un guiño exagerado.

Se burlaba de mí, pero no me importaba Anthony. Él se había ido hacía mucho tiempo y ella estaba mejor sin él. Alejad de su vida en Miami, estaba rodeada de buena gente ahora. Gente que la amaba y se preocupaba por ella. Gente que no la usaría ni la manipularía para su propio beneficio. Si alguna vez se viera obligada a enfrentarse a los fantasmas de su pasado, vería la diferencia con mayor claridad. Pero esperaba, por su bien, que no tuviera que lidiar con eso. Quería protegerla de ese mundo y mantenerla a salvo.

- —En respuesta a tu pregunta, no, no tengo miedo —dije.
- —Deberías. No digas que no te lo advertí. —Se bebió el resto de su bebida y golpeó el vaso en la barra para ilustrar su punto.







—No me rompas el corazón todavía. Esta cita no ha terminado. ¿Qué tal si me das un beso sucio?

Envolvió sus brazos alrededor de mi cuello, deslizó su lengua en mi boca y me dio un beso largo, lento y sucio. Luego se apartó y me sonrió.

- -¿Hambrienta? -pregunté.
- —¿Esa es una pregunta con trampa?

Riendo, negué con la cabeza.

—Te llevaré a cenar.

Metió la mano en la bandeja de plástico de guarnición de nuevo y sacó un puñado de rodajas de limón.

- —Necesito cítricos para el camino.
- —Buena idea. Escuché que el escorbuto está regresando.

Se rio y hundió los dientes en la rodaja de limón, arrancando la carne de la corteza como una salvaje.



—Parece el tipo de lugar que verías en una película clásica en blanco y negro —me dijo, con una amplia sonrisa mientras sus ojos vagaban por el restaurante después de que nos sentamos en una cabina de vinilo negro.

La había llevado a un restaurante italiano que mi abuelo solía frecuentar. Era uno de esos lugares que creías que ya no existían en Nueva York. Nada sofisticado. Un restaurante en el sótano con paredes revestidas de madera oscura y mesas con manteles a cuadros rojos y blancos iluminados con candelabros encajados en el cuello de las botellas de vino. Dean Martin canturreaba desde los ruidosos altavoces y el aire estaba perfumado con ajo y salsa de tomate. Era italiano de la vieja escuela. Una explosión de un pasado antes de que ninguno de los dos hubiera nacido.

- —Deberías haberte puesto tu fedora y tu traje a rayas —dijo después de que dimos nuestras órdenes a un camarero que se parecía a Tony Soprano.
  - —Deberías haber usado tus diamantes y perlas.
- —Lástima que las vendí en la casa de empeño. —Mojó el dedo en la cera de la vela derretida. Cuando se enfrió, se quitó la cera del dedo y la colocó junto a mi copa de vino tinto, cortesía de la casa.
  - —Ahora tiene mis huellas dactilares, detective —dijo con un guiño.

Deslicé su huella digital de cera en el bolsillo de mis jeans.







-Guardaré esto como prueba.

Se tocó los labios con el dedo índice.

- -¿Cuál será mi crimen?
- -Robar un corazón.

El servidor trajo los calamares que estábamos compartiendo como aperitivo y exprimió limón por todas partes. Fue solo *después* de que mojó un trozo de calamares en la salsa marinara y me lo dio que me preguntó si me gustaba el limón en mis calamares.

Lo hacía.

- —Si no lo hiciera, no tendrías suerte.
- —¿Qué harías después de rastrear tu corazón robado? —preguntó durante la cena: pollo parm y espagueti para mí, pasta puttanesca para ella. Quizás le gustaban las anchoas, o quizás simplemente le gustaba la traducción al inglés de puttanesca—. ¿Me arrestarías?
  - —Te llevaría para interrogarte. Y luego te dejaría ir.

Inclinó la cabeza hacia un lado.

- —¿Por qué?
- —Porque no querría recuperar mi corazón.

Ella no tuvo respuesta para eso.

Terminé de comer mi comida y cuando ella dijo que estaba llena, cambié mi plato por el de ella. Keira me estaba mirando de cerca mientras comía el último bocado y empujaba el plato limpio.

—Esa es una de tus cosas de la infancia, ¿no? ¿Asegurarte de no desperdiciar comida?

A veces, su percepción y sus habilidades de observación me dejaban boquiabierto. Era buena leyendo a la gente y notaba cosas que la mayoría de la gente no veía.

—Sí lo es. Cuéntame una de tus cosas de la infancia.

Tomó un sorbo de agua, pensando en su respuesta. Keira rara vez hablaba de su vida en Miami o de su infancia. Ella quería olvidar de dónde venía y yo quería recordar quién era yo. Su mirada se desvió hacia una pareja sentada en un reservado cerca de la cocina. Parecían tener más de ochenta años y sus caras estaban arrugadas por la edad. Su cabello blanco, esponjoso como algodón de azúcar, y el de él solo unos pocos mechones peinados sobre su calva. Estaban tomados de la mano al otro lado de la mesa y sonriendo como dos adolescentes en su primera cita. Parecían felices, contentos. *Pacíficos*. Como si hubieran viajado por la vida juntos durante décadas y hubieran amado cada minuto del viaje.







La mirada de Keira volvió a mí. Ella tomó mi mano a través de la mesa mientras el servidor limpiaba nuestros platos. Sus uñas eran cortas, pintadas de azul medianoche, sus dedos entrelazados con los míos. Siempre que nuestra piel se tocaba, sentía esa corriente eléctrica corriendo por mi cuerpo. Nunca antes había sentido eso con nadie. Solo con ella. Nuestras miradas se encontraron a través de la mesa, sus ojos color whisky suaves y su sonrisa triste. Keira creía que lo que teníamos era demasiado bueno para durar. Harta y demasiado acostumbrada a un mundo donde la felicidad era fugaz, y las cosas buenas eran arrebatadas en un abrir y cerrar de ojos.

Nos saltamos el postre y pagué la cuenta, metiendo de nuevo a su bolso el dinero que trató de obligarme a tomar. Tomé su mano, ayudándola a salir de la cabina, y ella tiró del dobladillo de su vestido corto.

- —Nunca respondiste la pregunta —le dije mientras la guiaba fuera del restaurante, mi mano en su espalda baja, el calor de su piel filtrándose a través de la fina seda. Todo lo que quería hacer era meterla en un taxi y llevarla a casa.
  - —Yo respondí. Simplemente no estabas escuchando.

Tenía razón. Ella había respondido con un gesto, no con palabras. Al crecer, yo había tenido hambre y ella se había sentido sola.

—Vámonos a casa a follar como animales salvajes —dijo con una sonrisa brillante.

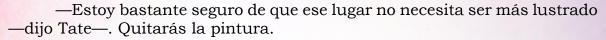
Y eso fue lo que hicimos. Intentamos llenar el vacío dentro del otro. Me dio de comer migajas y yo siempre la dejaba antes de que saliera el sol.





13

Keira



El Plymouth Barracuda lucía ahora un trabajo de pintura personalizada azul eléctrico y el nuevo propietario lo iba a recoger a las cinco de la tarde. Quería que fuera perfecto.

- —Solo asegurándome de que estoy haciendo un trabajo minucioso.
- —Ajá. —Con un movimiento de cabeza y algo ininteligible murmurado en voz baja, me dejó en paz.

Diez minutos después, no uno sino mis dos hermanos entraron al garaje.

- —¿A qué debo el honor?
- —Debe ser tu día de suerte —bromeó Connor, entregándome un café helado y una bolsa de papel encerada. Una mirada al interior reveló mis pasteles favoritos.
  - —Gracias. —Sonreí. Devolvió la sonrisa, pero parecía forzada.
- —Vamos a dar un paseo —dijo Killian, frotándose la parte posterior de su cuello, sus ojos no se encontraban con los míos—. Tomemos un poco de aire fresco.

Los miré con sospecha. Nunca se habían detenido para dar un paseo en un día laboral. Quiero decir, claro, a veces Connor pasaba a charlar con Tate y me traía pequeños bocadillos. Y Killian a veces me traía una supercomida de ensalada para el almuerzo, insistiendo en que no comía suficientes verduras. Me echaban a perder y habían caído en los papeles de hermanos mayores con sorprendente facilidad, teniendo en cuenta que me había estrellado contra sus vidas y les había causado estragos. Pero esto estaba fuera de lo común.

Estudié el rostro de Connor. De los dos, su rostro era más honesto y abierto, así que tal vez me diera una pista.



- -¿Que está pasando?
- —Caminemos y hablemos —me dijo Connor, mirando hacia la puerta. Caminar y hablar. Ese era el código de que algo estaba mal.

Mi mirada se dirigió a Killian, quien ni siquiera se molestó en forzar una sonrisa. Esto no se sintió como una llamada social.

¿Se enteraron de mis carreras callejeras? Descarté esa idea. A estas alturas ya me habrían llamado la atención. No parecían enojados. Preocupados, tal vez.

- -¿Está todo bien con ustedes? ¿Ava y Eden están bien?
- —Están bien. —Killian y Connor intercambiaron una mirada que no pude leer—. Solo vinimos a hablar contigo.

Fuera lo que fuera, era delicado y sintieron la necesidad de andar con cuidado.

Entonces me di cuenta. Sabía por qué se habían detenido con pasteles y café helado en una mañana de agosto aparentemente normal. Le devolví el café y la bolsa de pasteles a Connor. Quería retrasar lo inevitable. Como si prolongarlo o ignorarlo lo hiciera desaparecer.

—Déjame lavarme las manos y cambiarme. —Desaparecí en el baño y respiré hondo, agarrando el borde del lavamanos, sintiéndome repentinamente mareada. Podía revisar mi teléfono en busca de actualizaciones, pero no lo hice. En mi cabeza, todavía no era definitivo. O irreversible. Quería aferrarme a mi ignorante felicidad por un poco más de tiempo. Me quité el overol y me eché agua fría en la cara. Durante un minuto completo, quedé mirando mi reflejo en el espejo roto sobre el lavamanos. Los ojos de mi padre me devolvieron la mirada. La decepción y el disgusto se arremolinaron en las profundidades ambarinas. Aparté los ojos de mi reflejo. Quizás mi belleza era solo superficial.

Llenándome de valor para la verdad, regresé a la bahía y encontré a Tate hablando con Connor y Killian. Mantenían la voz baja para que los otros mecánicos o yo no los oyeran. Mientras me acercaba, dejaron de hablar abruptamente y tres pares de ojos preocupados se centraron en mí.

- —¿Está bien si yo... —Hice un gesto hacia la puerta, pidiendo permiso a Tate para tomar un descanso sin preguntar nada en absoluto. Mis palabras fallaron.
- —Tómate todo el tiempo que necesites —dijo Tate—. El trabajo todavía estará aquí cuando regreses.

Gracias a Dios por eso. Cuando trabajaba en los autos, podía perderme en el trabajo y en la música a todo volumen en mis auriculares.

Caminamos hasta McCarren Park en un silencio sombrío. Se sintió como una procesión fúnebre. El aire estaba caliente y pesado, pegajoso por







la humedad, el cielo estaba nublado, pero el sol brillaba. Debería haberme puesto mis gafas de sol. Cruzamos por debajo del BQE, los vehículos pasaban por encima. Olía a orina y gases de escape. Un hombre de cabello largo y grasiento con el rostro manchado de tierra estaba sentado sobre una manta rota, acariciando a un perro negro y marrón que tenía los ojos llenos de sentimiento y no tenía cola. Connor se detuvo y metió un billete de veinte dólares en el vaso de cartón del hombre.

- —Dios te bendiga, hombre —nos dijo el hombre.
- —Cuídate, hermano —le dijo Connor. Porque era amable y tenía un gran corazón. Connor había hecho esto por todo Miami mientras estábamos allí, arrojando monedas y billetes en vasos para los desamparados, los hambrientos y los abandonados. Killian no era así. Era demasiado cínico y desconfiaba de los motivos de la gente. Creía en hacer algo constructivo, no en repartir dinero.
  - —¿Cómo sabes que comprarán comida y no drogas?
- —Yo no lo sé. Cuando les das dinero a las personas sin hogar, en realidad no lo estás haciendo por ellos. Lo estás haciendo por ti mismo. Me siento mejor y mi alma se siente más liviana.
- —Tu billetera probablemente también se siente más liviana —murmuró Killian.

¿En qué creía? Estaba ensimismada pero demasiado consciente de mí misma para no darme cuenta. ¿Eso me convertía en narcisista? No tenía ni idea.

Me sentía vacía por dentro, pero mis piernas estaban pesadas como si estuvieran empujando a través del concreto. El parque se sentía arenoso y el aire era cualquier cosa menos fresco, pero seguimos caminando con el pretexto de tomar aire fresco.

Mis hermanos seguían caminando, pero me detuve en un banco, el calor me quitó la energía, y saqué una cereza danesa de la bolsa. Mi favorita. Le di un gran mordisco mientras se sentaban a ambos lados de mí. Mastiqué y tragué y luego lo bajé con café helado. La masa sabía a aserrín y arrepentimiento. Pero seguí comiéndolo, mirando al frente mientras mis hermanos esperaban a que les dijera que estaba lista para escuchar lo que tenían que decir.

Vi a una mujer empujando un cochecito. Junto a ella, una niña con coletas marrones montaba una scooter rosa, con una mano en el manubrio y la otra sosteniendo una paleta de cereza que goteaba por su brazo. Llevaba una camiseta de color púrpura pálido con un unicornio y un arco iris







brillante, pantalones cortos de color rosa y zapatillas converse rosa como algodón de azúcar.

Ella estaba sonriendo. Parecía feliz. Envidié su inocencia infantil. ¿Había estado alguna vez tan tranquila y despreocupada?

Tiré la masa a medio comer de vuelta a la bolsa y la puse a mi lado, con la mano envuelta alrededor del café helado que estaba resbaladizo por la condensación.

—Bueno. Estoy lista. —No estaba lista. Nunca estaría lista.

Killian hizo los honores y me lo dio directamente.

—Tu padre fue sentenciado a treinta y cuatro años en una prisión federal de alta seguridad.

Treinta y cuatro años.

Treinta. Y. Cuatro. Años.

El pánico se extendió en mi estómago y se abrió camino hasta mi garganta. No podía respirar.

¿Por qué estaba temblando? Hacía calor aquí. Tan caliente que me estaba sofocando. El sudor frío pinchaba mi piel y me sentía húmeda por todas partes.

Vi el mundo a través de un filtro, tan surrealista que se sentía como un sueño o una película muda en cámara lenta. Las bocas se movían, pero no salía ningún sonido.

Treinta y cuatro años. Treinta y cuatro años. Treinta y cuatro años.

Las palabras se reproducían como un bucle en mi cabeza, el sonido de un tren de carga bloqueando el ruido a mí alrededor. El tren estaba ganando velocidad, corriendo por mi cabeza, mi corazón latía tan fuerte que sentía que iba a explotar.

No puedo respirar. No puedo respirar. No puedo respirar.

Oh Dios mío. Estaba muriendo. No podía hacer entrar aire a mis pulmones. ¿Por qué no puedo respirar?

- -Keira...
- —Bebé. Solo respira. —La voz de Connor venía de muy lejos, como si me estuviera llamando desde el otro extremo de un túnel, el sonido era solo un eco.
- —Dentro. Fuera. Dentro. Fuera —me instruyó—. Buenas respiraciones profundas.

Escuché el sonido de su voz y traté de hacer lo que decía. Respiraciones profundas. *Dentro. Fuera. Dentro. Fuera.* Entrando por mi nariz y saliendo por mi boca. Seguí haciéndolo, obligándome a respirar







profundamente y al compás de sus palabras, hasta que el mundo se enderezó y los árboles, la hierba y el cielo volvieron a enfocarse.

Connor estaba frotando mi espalda. Killian sostenía mi café. Me sentía como la mayor perdedora del mundo.

- Lo siento. —Negué con la cabeza, tratando de aclarar la confusión—
  No sé qué fue eso.
- —Tuviste un ataque de pánico —dijo Connor con calma, como si esto fuera perfectamente normal y sucediera todos los días.
- —No tengo ataques de pánico —protesté débilmente. Lo cual era estúpido porque obviamente acababa de tener uno, según él.

Sonrió suavemente.

—Está bien. Está todo bien.

Respiré entrecortadamente unas cuantas veces y me limpié las palmas sudorosas en mis pantalones cortos.

Killian me entregó mi café helado, guie la pajita a mi boca y bebí, esperando que el líquido frío y la cafeína me dieran un impulso. Me sentí como si una ola asesina me hubiera hecho una muñeca de trapo y me hubiera arrojado a la playa.

—Tu padre fue sentenciado a treinta y cuatro años en una prisión federal de alta seguridad.

Le di vueltas a las palabras en mi cabeza, intentando aplicar la lógica, la razón y la objetividad.

Se había hecho justicia. Mi padre no era uno de los buenos. Había sido declarado culpable de crimen organizado, lavado de dinero y conspiración por cometer tráfico de drogas. Y esos fueron solo los cargos que se mantuvieron. Estaba segura de que ese no era el alcance de sus crímenes.

Había cometido asesinatos. Había arruinado los negocios de la gente, extorsionándolos a cambio de "seguridad". Si no cumplían o no cooperaban, su castigo había sido brutal y despiadado. Drogas, armas, blanqueo de capital... no había límite para lo que mi padre había hecho por el poder y el dinero. Y durante décadas, se había salido con la suya.

Sin embargo, una parte de mí todavía no podía soportar la idea de mi padre, un hombre al que solía adorar y venerar, tras las rejas. Con un overol de la prisión. Su libertad revocada. Su mundo confinado a cuatro paredes. Dónde estaba mi madre. No tenía ni idea. Le había dado mi nuevo número de teléfono celular, pero ella no me había llamado. Probablemente nunca lo haría. Hace unas semanas, traté de llamarla en su cumpleaños, pero había cambiado su número sin molestarse en hacérmelo saber. Maggie Shaughnessy ya no estaba disponible.







Si mi padre cumplía su condena completa, no saldría de la cárcel hasta los ochenta y ocho años. *Ochenta y ocho*.

- —¿Dónde? ¿Dónde está la prisión? —le pregunté, sabiendo que había estado detenido en una prisión federal en Atlanta, esperando su sentencia. Traté de imaginarlo siendo transportado a otra instalación con otros prisioneros, pero no pude. En mi mente, todavía vestía traje, fumaba sus puros cubanos y bebía whisky en un vaso de cristal.
  - —Virginia —dijo Killian.
- —Virginia —repetí. ¿Qué importaba dónde estaba? No era como si alguna vez lo hubiera visitado en prisión.

Me levanté, con la intención de salir de este parque y dejar todo esto atrás. Todo lo que quería hacer era volver al trabajo y pulir ese Cuda hasta que brillara. Hacer que el exterior de ese coche sea tan perfecto que nadie adivine que estaba lleno de manchas de óxido.

- —Necesito volver al trabajo. Gracias por pasar y hacérmelo saber.
- —Keira... —dijo Connor, su voz llena de preocupación. Él y Killian se pusieron a mi lado. Quería correr, pero actuaron como si estuvieran dando un paseo el viernes por la mañana y tuvieran todo el tiempo del mundo.
- —Estoy bien. De verdad. No es que no esperáramos esto. Todos estuvimos en esa sala del tribunal.
- —Lo sé. Pero pensar en algo y escuchar la realidad son dos cosas diferentes.
- —Está todo bien. —Les di una sonrisa, sin engañar a ninguno de ellos ni por un minuto—. Voy a estar bien. Lo prometo.
- —Sé que lo harás —dijo Killian, dándome un pequeño apretón en el hombro.

Después de que se despidieron con un abrazo y me dejaron fuera de Atlas Motors, saqué el teléfono del bolsillo y respondí al mensaje de texto de Z.

Keira: Cuenta conmigo. Estaré allí esta noche.











—Treinta y cuatro años —dijo Dmitri, arrojando el periódico al banco junto a mí. Encendió un cigarrillo y sopló el humo por la nariz como un dragón tiránico mientras Leon estaba de pie con los brazos cruzados, su sombra oscura bloqueando mi sol.

Alcancé el periódico y fingí leer el artículo mientras bebía mi café. Ya lo había leído en mi teléfono antes. Una foto de Ronan Shaughnessy apareció en la portada del New York Times. O era un día de noticias lento o su notoriedad merecía ese tipo de exposición. A todos les encantaba leer sobre la caída de personas hermosas y peligrosas que habían vivido vidas glamorosas. Lo más probable es que hubiera aparecido en los titulares debido a sus vínculos con la ciudad de Nueva York y a los peces gordos que tenía en el bolsillo trasero cuando dirigía un club nocturno en Hell's Kitchen. En ese entonces, Seamus Vincent había estado trabajando en Hell's Kitchen, recibiendo sobornos de Ronan Shaughnessy. Vendió su alma al diablo y el diablo se escapó con su esposa. Karma, qué perra. Mis ojos hojearon las palabras, pero mi mente estaba en Keira. Necesitaba verla, necesitaba saber cómo se estaba tomando esto. Mi instinto me dijo que no estaba bien.

Dejé el periódico mientras Dmitri apagaba su cigarrillo y encendía otro.

Una anciana se sentó en el banco junto al mío y Dmitri señaló con la barbilla, indicando que debíamos caminar. Cuando pasamos por uno de los edificios de acero y vidrio frente al mar, vi mi reflejo en el vidrio. Con una camisilla y pantalones deportivos cortos negros, con la mandíbula y el cabello más largos, apenas me reconocía. Eso estaba sucediendo con más frecuencia ahora. Me convertiría en Kosta, un narcotraficante de poca monta. Un tipo con una brújula moral inestable y nada que perder. Si los Ramsey no me hubieran adoptado, esta podría haber sido mi vida.

Dmitri, Leon y yo caminamos hasta el final del muelle, el humo de su cigarrillo flotando en el aire pesado. El sol ardía a través de las nubes y la temperatura rondaba los noventa, el tipo de día en que las personas confinadas en selvas de cemento son propensas a la locura.

—Tenemos un topo —dijo, su voz baja y acerada.

Mi corazón dio un vuelco, pero me apoyé contra la barandilla, mi pose se relajó mientras él me miraba desde detrás de sus gafas de sol negras.







Me rei.

—Tienes que dejar de leer las noticias. Dijiste lo mismo cuando sentenciaron a ese rapero. Leon, dile que se relaje.

Leon gruñó, sin ver el humor. Cruzó los brazos como tronco de árbol, sus ojos clavados en los míos, tratando de leerme. Era demasiado bueno mintiendo. Nunca obtendría una lectura precisa. Mi vida dependía de eso.

—¿Qué te hace pensar que tenemos un topo? —le pregunté a Dmitri, eligiendo deliberadamente la palabra "nosotros", un recordatorio de que estábamos en el mismo equipo—. No hemos tenido ningún problema. A menos que haya algo que no me estés diciendo —incriminé.

Miente, niega y contraacusa.

Dio una calada profunda a su cigarrillo, fumándolo hasta el filtro antes de tirarlo al East River. *Estúpido*.

—No voy a ir a la cárcel. De ninguna maldita manera.

Tu trasero va a ir a la cárcel. Te lo puedo garantizar.

—Es posible que desees pensar en hacer algunos cambios a tu estilo de vida —le ofrecí amablemente—. Deshazte del Lambo. Es un imán de la policía. No es necesario que atraigas ese tipo de atención.

Dmitri era llamativo y hacía alarde de su riqueza mal habida. Era su trágico defecto, la razón por la que había entrado en nuestro radar. También habló demasiado. Genial para mí y para el equipo de campo, pero no es un movimiento inteligente para un criminal que intenta mantener un perfil bajo.

Me lanzó una sonrisa, algo de su humor recuperado.

- —¿Te estás ofreciendo a ser mi chófer, Kosta?
- —Joder, no. Cómprate un Prius.
- —Un Prius. —Dmitri resopló con disgusto—. No en esta vida.

Concentró su mirada en el río. Pasó un ferry, agitando el agua y tres pasajeros en la cubierta superior, mujeres ancianas con viseras y gafas de sol con cámaras colgadas del cuello, nos agitaron los brazos.

Dmitri les hizo un gran saludo y una sonrisa cursi de político que me hizo reír. Este tipo. Pensaba que era una celebridad.

—Un gran trabajo más y me voy —dijo.

Levanté las cejas. Paga con suciedad. Esto era lo que habíamos estado esperando, esperando durante meses, aunque no tenía idea de que estaba planeando irse. Sin embargo, no le di mucha credibilidad a sus palabras. Los criminales hablaban de salirse todo el tiempo, pero por lo general se







trataba solo de conversaciones. Era difícil alejarse de un estilo de vida criminal.

—Voy a comprar esa casa en los Hamptons. Quizás un bote. Construir mi harén. Vivir la buena vida.

Odio decírtelo, amigo, pero eso no está sucediendo.

- —Parece que necesito encontrarme un nuevo empleador.
- -Todavía no.
- —Entonces, ¿cuál es tu plan?
- —Lo sabrás cuando esté listo para compartir. Mientras tanto, tengo un trabajo para ti. Necesito que muevas algún producto esta noche.

Asentí con la cabeza, un soldado leal listo para servir.

- —Todo lo que necesites, puedes contar conmigo.
- -¿Puedo?
- —¿Alguna vez te he dado una razón para dudar de mí?

Se quitó las gafas de sol, sus ojos azul hielo sostuvieron mi mirada. No titubeé. Ni por un instante. Mi rostro no delataba ninguna emoción. Mis ojos no se movieron hacia la izquierda o hacia la derecha. En mis años de aplicación de la ley, me había encontrado con todo tipo de sospechosos. Los que cedieron de inmediato, soltaron la boca y derramaron sus secretos. Los que actuaron con dureza, todo bravuconería, solo para romperse como una nuez a los pocos minutos del interrogatorio. Los que permanecieron en silencio, secándose el sudor de la frente y negándose a hablar sin la presencia de un abogado.

Por lo general, podía saber cuando una persona estaba mintiendo o tenía algo que ocultar. La mayoría de la gente tenía signos reveladores. Se movían nerviosamente o movían la mirada o movían la pierna hacia arriba y hacia abajo. Pero había algunos que podían mentirte a la cara sin sudar. Sin hacer ni decir nada que los delatara.

Los mejores mentirosos son los mejores criminales. Te apegas a la verdad lo más cerca posible y memorizas cada detalle de tu historia, para no tropezarte. Dices lo que necesitas, ni más ni menos, y luego cierras la boca y esperas a que la otra persona acepte tu mentira como verdad. Que fue lo que pasó dos segundos después.

Dmitri me dio una palmada en el hombro.

—Lleva a Sergei contigo esta noche. El hecho de que sea mi primo no significa que tenga que aguantar su mierda. Si no consigue que su cabeza esté bien puesta, está fuera. Usa tus habilidades diplomáticas y hazle entrar en razón.







Con eso, giró sobre sus talones y se alejó con Leon a su lado. Me pasé la mano por el cabello sudoroso. Maldito Sergei. Era un eslabón débil y una carga. Cabalgaba sobre los faldones de Dmitri y fastidiaba y se quejaba todo el tiempo. Sergei quería hacerse rico rápidamente y estaba resentido con Dmitri por ser el cabecilla y quedarse con la mayor parte de las ganancias. La única razón por la que Dmitri lo mantuvo cerca fue porque tenía un sentido del deber familiar. A Sergei se le habían dado muchísimas más oportunidades para hacerlo bien que a los otros chicos del equipo. Dmitri inundó mi ciudad con drogas y armas y trató a las mujeres peor que a los ciudadanos de segunda clase, pero tenía una pizca de decencia en él. Era bueno con su familia y con el pequeño círculo de personas en las que confiaba.

Este mundo no era blanco y negro. Los buenos no siempre fueron buenos y los malos no siempre fueron malos.

Lo que me recordó que necesitaba ver a Keira antes del trabajo de esta noche. Tenía la sensación de que, a pesar de saber que su padre iría a la cárcel, la noticia habría sido un shock. A pesar de lo que había hecho ese bastardo, sabía que una parte de Keira todavía lo amaba, y también sabía que su propia culpa pesaba mucho sobre ella.



Keira prometió reunirse conmigo después del trabajo. Al parecer, quería empanadas de un lugar en Bushwick que frecuentaban Ava y Connor, así que aquí estaba yo en el estacionamiento. Me senté en mi todoterreno durante veinte minutos y con cada minuto que pasaba, mis sospechas se confirmaban. Ella no vendría. La llamé de nuevo. Fue directamente al correo de voz. Mis mensajes de texto quedaron sin respuesta.

De camino a recoger a Sergei, pasé por su edificio de apartamentos y revisé el estacionamiento. Sabía que su coche no estaría allí. No lo estaba.

Mierda.





14

Keira

Necesitaba hacer pis. Avisté un McDonald's. Una franja de maleza y un cordón alto lo separaban del estacionamiento detrás del centro comercial donde estaba estacionada. Todas las tiendas estaban cerradas durante la noche, así que McDonald's era mi mejor opción. Sería más rápido si caminaba hasta allí en lugar de conducir hasta la salida del centro comercial y salía a la carretera para doblar en el McDonald's. Lo estaba pensando demasiado. Eché un vistazo al estacionamiento. Tyler estaba sentado sobre la cajuela de su Camaro, hablando con dos chicos, uno de ellos era el tipo pequeño y musculoso que había apostado por mí en junio. Conocía a Deacon como Kosta, pero no me había hablado anoche o incluso me había reconocido. No creo que sospechara que Deacon y yo nos conocíamos. Había buenas probabilidades de que él no me delatara con Deacon o mencionara que me había visto allí. No tenía motivos para hacerlo. Tyler no me había molestado en toda la noche. Había estado en mi mundo, escuchando música, esperando mi turno para correr.

Si no usaba el baño en los próximos dos minutos, me haría pis en los pantalones. Solo me iría por unos minutos y mi auto estaría bien.

Con la decisión tomada, empecé la marcha por el estacionamiento, eludiendo a un grupo de tipos reunidos alrededor de un Mustang Cobra azul. Buen coche.

—Oye, corredora —me llamó Z a mis espaldas.

Uf, no tenía tiempo para conversar. Tenía que tratar un asunto urgente.

Eché un vistazo sobre mi hombro y arqueé las cejas.

—Correrás el Camaro. La última carrera de la noche. En diez minutos.

Sorpresa, sorpresa. Levanté el pulgar y subí a la acera, apresurándome hacia la entrada. Tenía tanta mala suerte, que solo había tres cubículos en el baño. Uno estaba fuera de servicio. Los otros dos estaban ocupados. Me crucé de piernas y apreté los músculos. Mi vejiga estaba a punto de explotar.







Apresúrense. Apresúrense. Apresúrense.

Dejé escapar un pequeño quejido. ¿Por qué esperé tanto tiempo?

Por fin, oí que descargaba uno de los inodoros y, lo que se sintió como un millón de años después, una chica borracha salió a trompicones. Tomé su lugar en el cubículo. Olía a vómito.

Los baños públicos eran desagradables, pero lo pasaría por alto esa noche. Tenía asuntos más importantes. De verdad.

Oh, dulce alivio. Me ocupé del asunto rápidamente y salí del cubículo.

Me lavé las manos y las coloqué debajo del secador. Estas cosas eran inútiles. Limpiándome las manos en mis pantalones cortos, saqué mi teléfono del bolsillo y comprobé la hora mientras salía del baño. Tenía dos mensajes nuevos.

**Connor:** Oye cariño, espero que estés bien. Me tienes siempre aquí para ti si necesitas hablar.

Killian: ¿Estás bien?

Respondí rápidamente, asegurándoles que estaba bien. Más temprano, les había dicho a Ava y Eden lo mismo y les dije que me quedaría en casa, me relajaría y me perdería en un libro.

Mentira.

Sin mencionar que le había mentido descaradamente a Deacon, después dejarlo esperando.

Me había dejado cinco mensajes. Le había respondido uno de ellos a las once. Ahora era la una de la mañana.

**Yo:** Oye, lamento no haber respondido. Salí con Ava y Eden. ¿Nos vemos mañana? X X

Dios, apestaba. ¿Qué estaba haciendo? No tenía que correr esta noche. Podía renunciar a mi tarifa de inscripción de doscientos dólares. Era un pequeño precio a pagar por una consciencia limpia. Solo le diría a Z que no me sentía bien, conduciría a casa y todo estaría bien. Podría manejar el domingo o podría ir a golpear un saco en el gimnasio de Killian. Regresaría a casa a las dos, como muy tarde.

Ahora estaba intentando justificar mis mentiras. Eso es lo que hacían los mentirosos habilidosos. Toda mi vida había sido una mentira. Un juego





elaborado de humo y espejados. Si quería dejar atrás mi pasado, no podía hacerlo mintiéndole a todos.

-Oye, corredora.

Uf, Tyler. Guardé el teléfono en mi bolsillo y crucé la puerta de entrada por la que él acababa de ingresar, la puerta que estaba bloqueando con su cuerpo.

—¿Lista para la carrera? —me preguntó, sin apartarse para dejarme pasar. Jugueteaba con un mondadientes en su boca, una sonrisa en su estúpido rostro y, en ese momento, bajo las luces fluorescentes de un McDonald's en algún lugar de Queens, decidí que no iba a correr esa noche.

Si quería tener una vida honesta, debía dejar de mentir. Deacon se merecía mi honestidad. En vez de eso, lo había enzarzado en una persecución inútil y lo había dejado colgado. Mientras él me había estado esperando en el estacionamiento, yo había estado conduciendo. Conduje durante horas y horas, por innumerables calles en barrios que no conocía y a los que probablemente no debería haber entrado. La música a todo volumen, las ventanillas bajas. El sueño de cualquier ladrón de autos. En un momento, terminé en el Bronx. Ni siquiera sé cómo llegué allí. Cuando me detuve en un semáforo, un tipo con un limpiador y una cubeta de agua sucia me limpió el parabrisas, aunque le dije que no lo hiciera. Me debería haber asustado cuando metió la cabeza en mi ventana abierta y me gritó, pero no lo hice. Me apresuré a darle un puñado de dinero y apreté el acelerador, dejándolo atrás.

—Debo regresar a mi auto. —Hice un gesto para que Tyler se apartara.

En lugar de hacerlo, escaneó todo mi cuerpo, sus ojos recorriéndome de la cabeza a los pies. Usaba una camiseta de BAPE y zapatillas Air Jordan. Parecía un niñato rico que buscaba pleitos en las carreras callejeras. Me hacía acordar a los chicos de la preparatoria, excepto por Sasha, que tampoco había encajado en el mundo más que yo.

- —¿Por qué corres? —le pregunté, curiosa. Además, no estaba apurada por regresar ahora que no tenía intenciones de correr contra él.
- —Por el mismo motivo que hago todo. Para ganar. —Con eso, sonrió socarronamente y sostuvo la puerta abierta para mí, fingiendo ser un caballero. Me deslicé por su lado y comenzó a caminar conmigo. Lo único bueno de tener a Tyler a mi lado era que no podía meterse con mi auto. Imaginé que podía rayar la pintura solo por ser un idiota.
- —Leí lo de tu padre —dijo, buscando conversación—. Un golpe duro, ¿no? Apuesto que...

Los gritos provenientes del estacionamiento lo interrumpieron.

—¿Qué demonios intentabas hacer? ¿Matarla? —gritó él.





Reconocería su voz en cualquier parte. Salté el borde de la acera y atravesé a toda prisa el estacionamiento hacia la multitud que se reunía alrededor de mi auto. Abriéndome paso entre el gentío, avisté a Deacon mientras golpeaba de mirada sospechosa contra un lado de mi auto.

- -¿Cuánto apostaste, Eddie?
- —Deberías meterte en tus propios asuntos.

Con un movimiento fluido, Deacon giró a Eddie con las manos detrás de la espalda y la mejilla presionada contra la ventana del pasajero de mi auto.

—¿Por qué jodiste su auto?

Deacon torció el brazo de Eddie, quien dejó escapar un grito estrangulado.

- —No me obligues a romperte el brazo. —La voz de Deacon era baja, acerada y penetró mi cuerpo, aunque sus palabras no iban dirigidas a mí, sino a Eddie.
  - —El tipo del Camaro. Me dijo que lo hiciera... oh, mieeeerda.
  - -Sigue hablando, Eddie.
  - —Se suponía que fuera una pequeña fuga en el neumático...

Una pequeña fuga. Probablemente no lo habría notado. Cuando condujera, se reventaría. Al conducir a alta velocidad, habría tenido un accidente y no habría sido nada lindo.

Escaneé el estacionamiento, buscando a Tyler. Atravesaba el estacionamiento con otro tipo, regresaba a su Camaro como la sabandija que era. Dejé que Deacon lidiara con Eddie y corrí al otro lado del estacionamiento.

- —¡Tú, imbécil! —grité, golpeando su espalda con mis puños—. ¿No podías ganar por mérito propio entonces tuviste que joderme el auto?
- —Aléjate, perra loca. —Se volteó y me empujó. Caí sobre mi trasero y se rio como si fuese lo más gracioso que vio en su vida. Poniéndome de pie, me lancé sobre él. Estaba loca y era una perra. El primer golpe fue a su rostro. Estaba tan enfadada y había puesto tanta fuerza en mi golpe que cabeceó hacia atrás y la sangre brotó de su nariz.

Un brazo me apartó de él y evitó que le diera un segundo golpe. Los ojos del tipo estaban fijos en mí.

- —No estamos buscando problemas.
- —No soy un problema. —Señalé al culpable: el idiota de Tyler—. Hizo que alguien me jodiera el auto.



## Kush emery rose

—No tienes pruebas —dijo el tipo. Su mirada era dura como una piedra. Y en ese momento me di cuenta que él también estaba involucrado. No había podido verlo bien desde el otro lado del estacionamiento, pero debía ser el otro chico con el que hablaban Eddie y Tyler más temprano. Era más grande e intimidante que Tyler; llevaba expansores en las orejas, una cadena de oro alrededor del cuello y una bandana en la cabeza.

Debería haberme marchado, y me volteé como si planeara hacerlo. Grité cuando una mano me jaló del cabello con tanta fuerza que las lágrimas brotaron de mis ojos.

—Pagarás por esto. —Tyler me estrelló contra el parachoques trasero de su auto y me inclinó sobre la cajuela. Me sostuvo de la cabeza, con la mejilla presionada contra el metal, su cuerpo inmovilizándome contra el auto. Me sujetaba con tanta fuerza que no podía moverme.

No entres en pánico. No pierdas la cabeza, Keira.

Intenté mantener la cordura, pero mi cuerpo estaba vibrando con adrenalina, haciéndome sudar y temblar. Tyler frotó su erección contra mis nalgas y pude sentirlo a través de los pantalones.

- —Alguien debe aprender una lección.
- —Cuando termines, quiero mi turno —dijo el otro tipo.

Una ola de repulsión me recorrió la columna vertebral.

- —Jódeme —grité.
- —Esa es la idea.

Un grito espeluznante hico eco a través del estacionamiento y me di cuenta que provenía de mí. Seguí gritando con todo el aire de mis pulmones. Como una lunática. Como una perra loca. Hasta que una mano me cubrió el rostro, ahogando mis gritos. No podía moverme, tampoco respirar.

—Quitale las manos de encima —gruñó Deacon.

Apartó el cuerpo de Tyler y me levanté por los codos, tomando respiraciones profundas. Detrás de mí, oí un golpe rompehuesos seguido por un aullido de dolor. Mi cuerpo temblaba violentamente, pero salí de la cajuela de Tyler y me di la vuelta. Apoyándome contra el auto, crucé los brazos sobre el pecho y enterré las uñas en mis antebrazos para evitar que mi cuerpo siguiera temblando.

Con un golpe pesado y brutal, Deacon derribó a Tyler. Se volteó justo cuando el tipo de la bandana conectaba el puño contra su mandíbula. Deacon dio un cabezazo hacia atrás, lo que pareció enfurecerlo más. Golpeó al tipo de la bandana en el mentón y en el plexo solar. Tyler arremetió contra Deacon, dándole un golpe sorpresa en el rostro.

Oh, Dios mío, ¿qué he hecho?







Se congregó una multitud sedienta de sangre, y unas chicas corearon:

-Pelea. Pelea. Pelea.

Una chica a mi lado hizo explotar su goma de mascar y me dio un codazo en las costillas.

—Apuesto por el rubio caliente.

El rubio caliente era mío. El rubio caliente era un tipo duro que repartía golpes a diestra y siniestra. Pero también estaba recibiendo unos golpes y nadie hacía nada para detenerlo.

Cuando Deacon hizo volar a Tyler contra un auto estacionado, aproveché mi oportunidad. Envolviendo la mano alrededor de mi llavero, me acerqué a él mientras se enderezaba, limpiándose la sangre de la nariz con el dorso de la mano. Sin darle la oportunidad de recuperarse, apunté el llavero hacia su rostro y oprimí el botón.

Gritó de dolor y se cubrió el rostro ensangrentado con las manos, arqueándose frente a mí. El gas pimiento era cosa seria.

—Nunca más vuelvas a tocar a otra mujer o te juro que iré a buscarte y lo lamentarás con tu vida.

Era una amenaza vana, pero me sentí bien al decir las palabras.

-¡La policía! -gritó alguien.

La multitud se esparció, la pelea abandonada. Una mano sujetó la mía y Deacon me llevó a trompicones por el estacionamiento hasta su Escalade. Abriéndome la puerta del pasajero, me empujó dentro.

- —Dame tus llaves.
- —Pero...
- —No quieres discutir conmigo en este momento.

Su mandíbula estaba tan apretada que casi podía oír como se partían sus molares. Su rostro era un desastre, su cabello despeinado. La sangre salpicaba su camiseta gris. Sí, no quería discutir con él en ese momento.

Extendió sus manos.

—Tus llaves, Keira.

Se las entregué sin cuestionar por qué las necesitaba.

—Quédate aquí. Traba las puertas. —Sin darme la oportunidad de responder, cerró la puerta y activó el bloqueo.

Me hundí contra el asiento y lo observé a través de la ventana mientras corría hasta mi auto y buscaba algo en la cajuela. Segundos más tarde, sacó el manómetro.



## Paradise



Los autos salieron rápidamente del estacionamiento, los neumáticos chirriando, y el estacionamiento quedó prácticamente vacío a excepción de unos pocos autos. El Camaro ya no estaba, y no vi a Eddie ni al otro tipo. Para cuando la patrulla rodeó el estacionamiento, Deacon ya había bombeado aire a mis neumáticos y regresado al Escalade. Nos sentamos en silencio. No podía pensar en nada para decirle y él no estaba de humor para una conversación, así que mantuve la boca cerrada.

Flexionó las manos y eché un vistazo a la sangre en sus nudillos. Mis ojos se encontraron con los suyos cuando la patrulla se alejó y nosotros nos escondíamos en un auto de pandillero con las ventanas polarizadas. Vi el enojo y la culpa en sus ojos, la derrota en sus hombros desplomados, antes de que alejara la mirada y enfocara la vista en frente. Se pasó la lengua por el labio partido, atrapando la sangre. Estaba ensangrentado y cansado, intentando recordarse que era policía. Los policías no golpeaban a tipos por meterse con el auto de una chica. No se metían en peleas callejeras. No se ocultaban de otros policías.

Era un policía bueno y estaba rompiendo las reglas. Por mi culpa.

Yo le había hecho esto. Lo había arrastrado en mi embrollo.

—¿Estás bien? —Su voz era fría. Distante. Estaba tenso, sus hombros rígidos. Estaba enojado conmigo.

Asentí.

—Estoy bien. ¿Tú...

Giró la llave en el encendido y la música del estéreo interrumpió mis palabras. Me llevó hasta mi auto y aparcó en el espacio junto al lado del conductor.

- —¿Puedes conducir?
- —Sí.

Me devolvió las llaves y una pequeña piedra negra.

- —¿Qué es esto?
- —Un souvenir. Lo encontré en la tapa plástica que cubre la válvula de aire.

Oh. Abrí la boca para hablar, disculparme, agradecerle. Cualquier cosa para mejorar la situación. Pero ninguna palabra abandonó mi boca, así que abrí la puerta y salí de su SUB para dirigirme a mi Charger.









Contemplé el techo de mi habitación, la pequeña piedra negra apretada en mi puño. Los bordes se enterraban en mi palma, rasgando la carne, un recordatorio de lo que había ocurrido esta noche. Comprobé la hora en mi teléfono. Dos cincuenta y cinco de la madrugada. Habían pasado tres minutos desde la última vez que había chequeado. Sabía que Deacon no vendría esta noche, pero parte de mí aún esperaba que lo hiciera.

Cuando finalmente me quedé dormida, soñé que unos cocodrilos se comían a Sasha. Mi padre sonreía.





15

Deacon

- —Cariño, ya llegué —dije mientras Max aparecía en la cocina en calzoncillos bóxer y una camiseta azul manchada con lejía que probablemente tenía desde la secundaria. Bostezó audiblemente, intentando marcar un punto. La sutileza no era su mayor habilidad.
  - -Eso veo -dijo secamente.

Me serví otra taza de café y me apoyé contra la encimera de la cocina para beberla. ¿Era la décima del día? En este punto, ¿quién llevaba la cuenta?

—¿Te importaría decirme qué haces aquí a las siete de la mañana en mi día libre?

Eran las siete y cincuenta, pero no dije nada. Tampoco le señalé que era mi departamento. Era la primera vez que regresaba a mi departamento de Sunset Park desde diciembre. Mientras tanto, Max vivía allí hasta que terminara mi misión, pagaba mis expensas y se ahorraba de conseguir su propio lugar.

-¿Ahora te dan días libres? ¿Qué es esta locura?

Se sirvió una taza de café y tomó asiento en la isla de madera. Bostezó. De nuevo.

- —Acabo de regresar de un turno de catorce horas.
- —Demonios. Dejé el violín en mi auto, sino tocaba una canción para tu fiesta lamentable.

Resopló.

- —Te vi merodeando por Williamsburg. Lindo Escalade. ¿El Departamento de Policía de Nueva York se hace cargo de los gastos?
  - —Lo pagan con tu bono navideño.

Max rio de mi broma y me observó desde el borde de su taza mientras bebía su café.





—Te ves como la mierda.

Eso es lo que pasa cuando te metes en una pelea callejera, te ocultas de la policía y persigues a un jodido adicto a la metanfetamina y al juego. Eddie, ese estúpido pedazo de mierda, fue el que me alertó sobre la carrera de anoche. Decir que mi noche había sido una mierda era quedarme poco. Antes de rastrear a Keira, hice un trabajo para Dmitri y tuve un altercado con Sergei.

- —¿Cómo te acercaste tanto a mi sobrino?
- —Debe ser mi personalidad encantadora y ganadora.
- —¿Sí? ¿Qué hiciste? ¿Dejaste que te follara el trasero? —Se rio como un idiota. Luego, tomó el arma y quitó el seguro—. ¿Crees que puedes dejarme al margen? Estás muy equivocado. Ten cuidado.
  - —Aleja el arma. Puedes dispararte en el pie.

Disparó e hizo un agujero en la pared detrás de mí, jodido enfermo. Los tipos como él eran peligrosos. Olían a desesperación y eran lo suficientemente mezquinos para tejer una artimaña sin pensar en las consecuencias.

- —Quédate tranquilo que no será mi pie a lo que dispararé.
- —Querrás pensarlo largo y tendido antes de amenazarme.
- —Vete al demonio. —Se guardó el arma en el cinturón y se alejó.

Demasiado para mis habilidades diplomáticas. Estaba caminando por una cuerda floja entre ser un buen tipo o uno malo, y Sergie claramente no era parte del equipo Kosta. Puta madre.

—Tú tampoco te ves muy bien —señalé mientras Max se pasaba la mano por la cabeza.

—¿Ya terminaste?

La comisaría sabía que estaba de encubierto, pero ni siquiera Max sabía cuál era mi misión. Dejé la taza sobre la encimera y me pasé las manos por el cabello. Necesitaba ducharme y dormir.

—Falta poco. Ya conoces el procedimiento. Estoy intentando reunir lo suficiente para levantar cargos.

Lo que significaba horas y horas de vigilancia y escuchas telefónicas. ¿Tenía tiempo de rastrear a mi novia que estaba empecinada con las carreras callejeras para alejar sus demonios? Claro que no. ¿Había hecho lo correcto anoche? Misma respuesta.

Keira. ¿Por qué me pones a prueba? Anoche estaba tan enfadado con ella que apenas pude contenerme para hablar con ella. Más que eso, estaba enfadado conmigo. Debería haber clausurado esas carreras después de la primera vez que la vi. Y debería haber hecho lo correcto anoche. Debería haber llamado a la policía de inmediato. Dejar que lidien con Eddie y esos





otros imbéciles. En vez de eso, había puesto a Keira en una posición vulnerable.

¿Y si no hubiera aparecido en el momento oportuno? Fue solo suerte que haya llegado al estacionamiento y haya visto a Eddie jodiendo su auto.

El idiota podría haberla matado. Por dinero para las drogas. Y el imbécil del Camaro... ¿cuál era su motivo? ¿El derecho a presumir? ¿Venganza por haber quedado como un idiota la última vez que corrieron?

Jodido infierno. Me pasé la mano por el rostro e hice una mueca. Me había olvidado de los moretones y el lindo ojo negro que tenía. Saqué la hoja de membrete que guardaba en el bolsillo y la coloqué frente a Max.

- —¿Qué es eso? —me preguntó Max, leyendo la información que le había dado.
- —Necesito un favor. Necesito que clausures estas carreras callejeras. Esa es la matrícula del tipo que las organiza y lleva los registros. La URL es de la sala de chat. Las carreras son en Queens. Van cambiando.
- —No estoy en Antivicios. Y Queens no... ¿Por qué te estoy explicando esto?
   —Apartó el papel y bebió su café.
- —¿Tu primo no está en la Unidad Antivicios? Y recuérdame otra vez en qué comisaría está.

Max frunció el ceño. Venía de una gran familia de uniformados. Su padre había sido policía, al igual que su hermano, dos de sus primos y probablemente algún tío y abuelo de los que no estaba al tanto... todos del NYDP. En otras palabras, venía de una familia muy ligada a la policía y nunca se había cuestionado qué depararía su futuro.

—Te debería una.

Suspiró pesadamente.

—¿Me sacaste de la cama por esto? ¿Porque unos mocosos hacen carreras callejeras en Queens? —preguntó incrédulo.

Ciertamente, hubiera reaccionado de la misma manera si hubiese estado en su lugar.

- —No se trata de eso.
- —¿Tiene algo que ver con tu misión?

Negué con la cabeza.

—No. Tiene que ver con una chica.

Max rio. Reía con tanta fuerza que prácticamente se doblaba en dos. Esperé a que se recompusiera, lamentando haberle dicho la verdad.

—¿Estás bromeando? —Me rostro indicaba que no era así—. ¿Quién es ella?





- —Keira Shaughnessy. —Allí iba de nuevo, vomitaba respuestas sinceras.
- —Keira Shaughnessy —repitió. Volvió a reír—. Mierda. Solo tú puedes ir de encubierto y terminar con la hija de Ronan Shaughnessy.

¿Qué podía decir? Solo yo. Max sabía sobre Keira. Le había contado sobre ella cuando la conocí.

-¿Cómo se involucró en esta carrera callejera?

Le conté la historia de cómo la había visto hacerlo en junio y lo que había ocurrido anoche.

-Mierda. ¿Sabes quién saboteó su auto?

Asentí.

- —Sí, me encargué de eso.
- —Te encargaste de eso. —Max tenía el hábito de repetir la última oración. Era una cosa de los detectives y sabía que yo solía hacer lo mismo, otro hábito del que debía desprenderme para esta misión. Sostuvo sus manos en alto cuando no respondí—. No importa. No necesito saberlo. Solo dime... ¿se ve peor que tú?

Se veía muchísimo peor que yo, al igual que los otros dos, aunque no me enorgullecía de mi trabajo manual. Me había sentido en la escuela secundaria de nuevo.

- —Entonces, fuiste en plan vigilante y tomaste justicia por mano propia. —Max juntó sus dedos índices y reprochó como el sabelotodo que era—. No eres tú, hombre.
- —Nunca lo sabrías. Ni siquiera estás usando tu brazalete de la amistad.
  - —Me conseguí un nuevo mejor amigo. Rodríguez encajaba en el perfil.
  - —Es el segundo plato. Volveré para reclamar mi título.
  - —La competencia está reñida. Compra más rondas que tú.
- —Él sabe que eres un bastardo barato. Así que, ¿te encargarás de eso por mí? —Salió como una afirmación más que una pregunta.

Suspiró audiblemente, dejándome saber que era un dolor en el trasero.

- —Sí, sí.
- -Gracias.
- —¿Qué ocurre entre tú y Keira?
- —¿Ahora quieres sentarte a chismosear? ¿Deberíamos planear una pijamada?







—Tu registro sugiere dos semanas. Un mes, como mucho.

Mantuve la boca cerrada. Puede leer entre lineas.

—Mierda, estás enamorado.

Permanecí en silencio, pero no lo negué.

- —¿Es una buena idea?
- —Nunca dije que lo fuera.
- —No sueles pensar primero con tu polla. —Eso era cierto. Antes, nunca lo había hecho. En el pasado, nadie se había metido bajo mi piel como Keira—. ¿Está involucrada en la misión?

Negué con la cabeza.

—No. Me hubiera alejado de ser así.

Max asintió. Sabía que tenía límites y nunca me hubiese involucrado con Keira si ella hubiese sido parte de la misión.

- —No tiene nada que ver con eso. No está involucrada en los negocios del padre.
- —No es fácil salirse de su sombra. —Parecía escéptico, como si no creyera que ella no formaba parte de eso. Entendía lo que decía.
- —No quiere tener nada que ver con esa vida —dije firmemente. Sin embargo, Max y yo sabíamos que a veces las víctimas inocentes eran arrastradas a esa mierda solamente por ser familiares de un criminal. La otra verdad asombrosa era que el mundo criminal era más pequeño de los que creerías, en el sentido de que todos se movían dentro de los mismos círculos.
- —Debo irme. —Tenía que encontrarme con mi amigo ruso para unas rondas de boxeo en el gimnasio. Mi rostro ya era un desastre. ¿Cuánto podían lastimar unos cuantos golpes más?
  - —Gracias por pasar e interrumpir mi maravilloso sueño —dijo Max.
  - —Nunca duermes más allá de las siete, maldito quejoso.
- —Algún día ocurrirá. Tomaré una buena siesta más tarde. —Estiró los brazos y se cruzó los nudillos sobre la cabeza, su movimiento característico—. Tengo una cita caliente esta noche.
  - —¿Con tu mano derecha?
  - —Este lugar ha visto mucha acción.
- —Asegúrate de que haya sábanas limpias en mi cama antes de que regrese. —Me dirigí a la puerta, echando un vistazo a mi sofá cómodo como la mierda y mi TV de pantalla plana. Mi departamento antes era una fábrica de té con paredes de ladrillo expuesto, pisos de madera deteriorados y grandes ventanas que dejaban entrar la luz. Mientras tanto, me quedaba en







un departamento de mierda en la ciudad de Long Island, amueblado solo con lo indispensable.

—Oye, Ramsey —dijo a mis espaldas.

Me volteé para verlo.

- -¿En cuántas situaciones peligrosas te has metido?
- —Demasiadas. —A diferencia de mí, Max nunca había disparado su arma, nunca había matado a un hombre en un tiroteo en Greenpoint. Tenía sangre en mis manos, pero volvería a hacerlo si fuera necesario.
  - —No intentes ser el héroe.

Sonreí, volviendo a lastimarme el labio. Demonios.

- —No tengo que intentarlo. Es natural.
- —Eres un rebelde, hombre. No me agradan los rebeldes —dijo Max, imitando a Seamus Vincent, nuestro antiguo jefe de policía—. ¿Sabes por qué los rebeldes son peligrosos? Porque no juegan en equipo.
- —Oye, eres un buen policía —dijo con su voz normal, sintiendo que necesitaba oír sus palabras de afirmación—. Cualquier persona que haya trabajado contigo sabe que les has cuidado la espalda.
- —Te llamo luego. Cuando esto termine, tomaremos unas rondas en el pub.
  - —Siempre y cuando tú pagues, me apunto.

Bastardo tacaño. Pero le debería una por clausurar las carreras callejeras. Mi lista de pendientes se hacía más larga cada día. Abby le había conseguido un trabajo de niñera a Angel como sabía que haría. Afortunadamente, funcionaría para ambas partes.

De regreso a la ciudad de Long Island, pasé por Atlas Motors y me alivió ver el Charger de Keira estacionado enfrente. Tate estaba afuera, hablando con un tipo apoyado sobre una Harley. El tipo me daba la espalda, pero sabía que se trataba de Connor. Tate levantó la cabeza y me observó directamente, aunque no podía verme a través de la ventana. Estuve a punto de parar y hablar con Connor y Tate, luego entrar y encontrar a Keira. Preguntarle cómo estaba. Llevarla a tomar un café o a dar un paseo. Pero seguí conduciendo, sabiendo que no podía hacer nada de eso. Tenía trabajo que hacer y me esperaba un largo día.







16

Keira

Cuando salí del baño, Tate me llamó desde su oficina. Metí la cabeza en la puerta y él giró su silla para mirarme.

- —¿Qué pasa, jefe?
- —Deja de llamarme jefe —refunfuñó.
- —¿Preferirías que fuera imbécil?

Resopló.

—Cierra la puerta.

Uh oh. Cerré la puerta y estudié su rostro, su mirada más intensa y desconcertante que de costumbre.

—Toma una silla.

Esto era peor que ser llamada a la oficina del director. ¿Me estaban despidiendo? Arrastré la silla de plástico naranja de la esquina y me senté frente a él. Estaba trabajando con unas pocas horas de sueño y me sentía muy nerviosa. Sentarme en cuartos estrechos con Tate no ayudaba, pero estaba preparada para rogar y arrastrarme por mi trabajo, si era necesario.

—Me encanta este trabajo —dije, precipitándome—. Y si tú...

Levantó su mano para detenerme.

- —No se trata del trabajo. Se trata de ti.
- —¿Yo? —Suspiré de alivio antes de tiempo—. Estoy bien —Sonreí.
- —Uh huh. —Eso fue todo lo que dijo. El silencio cayó a nuestro alrededor, y supe que Tate estaría feliz de tragarse el silencio antes de romperlo. Nunca tuvimos una charla personal, así que no sabía qué esperar o hacia dónde se dirigía esto. Me senté en silencio y esperé a que me iluminara.

Su oficina olía a café y a líquido para frenos. Mis ojos vagaban por la habitación, buscando algo interesante que me llamara la atención. Una pila de facturas estaba junto a un monitor de escritorio con una pantalla en



# Paradise



blanco. Una taza de Atlas Motors llena de bolígrafos. Un archivador de metal gris. No. Nada interesante. El silencio se prolongaba entre nosotros.

Me quebré primero.

- -¿De qué quieres hablar exactamente?
- —¿Qué sientes por tu viejo?

Fue directo a la yugular. Tate y yo no solíamos hablar de cosas personales o, Dios no lo quiera, de sentimientos.

- —Estoy bien. Todo está bien. —Tan bien como podría estar después de las noticias de ayer y el desastre de anoche en el estacionamiento.
- —Corta la mierda. ¿Cómo estás? Nada de lo que me digas irá más allá de estas cuatro paredes.

Connor me dijo que Tate era como su sacerdote y que era el pecador sentado en el confesionario. Tal vez se sentiría bien hablar con alguien que no estuviera tan cerca de mí. Alguien que fuera más neutral que las otras personas en mi vida.

- —¿Cómo era? ¿Estar en prisión? —Quise preguntarle esto por un tiempo pero nunca tuve las agallas.
- —¿Quieres la verdad o quieres que te la endulce? Es la prisión. No es un picnic.
- —Lo sé —dije en voz baja. Mordí la parte interna de mi mejilla—. Es que... es difícil pensar en él en la cárcel. Es mejor no pensar en ello en absoluto.
- —Mantener una mierda como esa dentro carcome a una persona. Tratando de no pensar en ello, no te enfrentas a ello. Y créeme... esa mierda siempre vuelve para morderte el culo —Apoyó sus codos en sus muslos y estudió mi rostro—. Necesitas visitarlo.

Sacudí la cabeza, horrorizada ante la perspectiva. Puede que sea valiente en muchos sentidos, pero eso requeriría la clase de valentía que no tengo. Enfrentar mis peores miedos. La posibilidad de... ni siquiera lo sabía. Más rechazo. Probablemente me odiaba. Ya no era su querida niña. —No.

- —Llegaste aquí en noviembre toda mojada y en vinagre. Te he visto pasar por mucho más de lo que la mayoría de las chicas de veinte años jamás lidiarían
  - —Cumpliré veintidós en enero.
- —Sí, sí. Veinte. Veintidós. La misma diferencia. Todavía eres una niña.
- —No me siento como una niña. No me siento como si hubiera sido una niña en mucho tiempo.



## Kush emery rose

—No he dicho que actúes como una —dijo Tate—. Solo que eres mucho más joven que yo. Eres fuerte y resistente. Admiro la forma en que has manejado toda esta mierda. Pero he visto la duda arrastrarse. Te he visto luchar con tu conciencia. Es natural. Es lo que te hace humano. Todavía amas a tu viejo. No hay crimen en eso. Algún día tendrás que ir a visitarlo. Poner esta cosa a descansar.

No tenía ni idea de que Tate viera todo eso. Tal vez observó mucho más de lo que esperaba, pero lo mantuvo bajo su sombrero todo este tiempo.

- —No querrá verme. Nunca me perdonará.
- —No necesitas su perdón. Necesitas encontrar una manera de perdonarte a ti misma. No puedes hacerlo huyendo.

Dejé que eso se asimilara por un minuto. Me sonaba familiar.

- —¿Este es el tipo de cosas que le dijiste a Connor?
- —Lo suficientemente cerca.
- —Solo me contrataste por Connor. —Un cambio abrupto de tema, mi especialidad.
  - —Y solo te mantengo porque eres buena en tu trabajo.

Era la primera vez que lo reconocía, y significaba mucho para mí.

- —Gracias, Tate.
- —No hay de qué. —Se reclinó en su silla y cruzó los brazos—. ¿Quieres hablarme del Escalade negro?
- —¿El Escalade negro? —Aclaré mi garganta. Hacerme la tonta no funcionaría con Tate—. No necesitamos hablar de eso.

Levantó las cejas. Tal vez pensó que estaba en problemas.

—No es... no estoy haciendo nada ilegal.

Mentalmente puse los ojos en blanco. Sonaba como un idiota.

—Bueno, gracias por la charla, Tate —Devolví la silla naranja a la esquina y abrí la puerta de la oficina detrás de mí—. Necesito ir a trabajar. Mi jefe es un esclavista. Así que sí, me voy a ir ahora. —Salí de la oficina con un pequeño saludo.

Su boca se movió con diversión.

- —Bien, haz eso.
- —Okey dokey.
- —¿Y Keira?

Metí la cabeza en la puerta.

—Tengo un trabajo para ti.







Oh, no. No, no, no. Por favor, no dejes que sea lo que creo que es.

Se paró y me hizo un gesto para que lo siguiera y, por supuesto, me llevó hacia un Porsche 911 negro que habían traído antes.

—Necesito que lo detalles.

¿Era esto un castigo? ¿Estaba tratando de hacer un punto?

- —Martin hace todos los detalles —le señalé. A diferencia de mí, Martin amaba detallar los autos. Me rompí el cuello buscando a Martin para que viniera al rescate y reclamara este trabajo como suyo. Pero no se le veía por ningún lado.
- —Martin no está aquí. Estoy ocupado. Pete está ocupado. Phil está ocupado. Así que eso te deja a ti. ¿Estás bien con eso?

Era una pregunta retórica, pero la contesté de todas formas.

—Sí, claro.

No estaba bien con eso porque detallar era mi trabajo menos favorito en el taller. Detallar un Porsche 911 que se veía casi idéntico al que me prestó mi papá, excepto por el color, hacía que el prospecto fuera aún menos atractivo. Pero yo no era una princesa consentida de Miami, y no iba a actuar como tal, así que me conecté a mi música y me puse a trabajar sin quejarme.



- —¿Ves? Te dije que esta mesa y sillas serían útiles —dijo Ava, apuñalando una bola de masa con sus palillos.
  - —Sí. Es genial —dije distraídamente.
- —Las fotos se ven muy bien en esa pared —dijo Eden, mirando la pared junto a mi televisor de pantalla plana. La semana pasada, Deacon me ayudó a colgar las fotos de la boda en blanco y negro, unas fotos de mí, mis hermanos, Ava y Eden y unas cuantas fotos escenificadas.
- —Me encanta la de tu primer baile —dije, sumergiendo mi rollo de huevo en mostaza picante. Era una foto preciosa. Eden tenía la cabeza inclinada, una suave sonrisa en su rostro mientras Killian le susurraba algo al oído.
  - —Me encanta la de ustedes con Killian y Connor —dijo.

A mí también. También era la favorita de Deacon, pero no lo mencioné. La cámara nos captó en medio de una carcajada. Nos veíamos tan felices y despreocupados.



# Paradise

## Kush emery rose

Llamaron a mi puerta y tiré mi rollo de huevo y salté de la mesa, con los palillos chocando contra el suelo.

—Yo me encargo —dijo Ava, ya fuera de su asiento y a medio camino de la puerta. Estaba más cerca de la puerta, así que tenía sentido, pero pasé junto a ella agradeciendo que mis piernas fueran más largas, y prácticamente la empujé a un lado. Aplastando mis palmas sobre la puerta para evitar que la abriera, revisé la mirilla. Killian y Connor. Dejé escapar un respiro de alivio al abrir la puerta y los llevé adentro, ignorando la mirada divertida que me echó Ava.

Connor tomó un taburete de mi cocina y él y Killian se sentaron a la mesa, llenando sus platos con verduras al vapor, pollo y arroz integral que obviamente fue ordenado especialmente para ellos. Si no hubiera estado tan distraída, me habría dado cuenta. También era posible que Eden o Ava mencionaran que mis hermanos se unirían a nosotras. No lo recuerdo. Eden y Ava me sorprendieron con una visita y comida china. Todavía estaba mal desde anoche y trabajé hasta las ocho de la noche antes de que Tate me obligara a ir a casa.

Una garganta se aclaró y miré al otro lado de la mesa a Ava que levantaba las cejas. Una rápida mirada alrededor de la mesa confirmó que todas las miradas estaban puestas en mí, esperando la respuesta a una pregunta que obviamente me había perdido.

Sacudí la cabeza para aclararla.

-Lo siento. ¿Qué?

Ava me apuntó con sus palillos.

- —¿Por qué estabas tan asustada por abrir la puerta? Prácticamente me derribaste para llegar allí.
  - —Eso es una exageración.
- —No, no lo es —dijo Eden—. Corriste hacia la puerta y empujaste a Ava a un lado.

Hice un gesto de dolor.

- —Lo siento, Ava.
- —Sí, bueno, bien. Pero estamos esperando una explicación, no una disculpa.

Me encogí de hombros.

- —Es mi apartamento y ustedes son mis invitados. Yo debería ser la que responda a la puerta. —Era una tontería, pero fue lo mejor que se me ocurrió.
- —¿Has tenido algún problema con la seguridad en este edificio? preguntó Killian, con el rostro lleno de preocupación.



## Kush emery rose

Sí, cierto detective puede abrir mis cerraduras, una cerradura automática y un cerrojo, en diez segundos. No sabía cuánto tiempo le llevó y para ser justos, no hizo un hábito de ello, pero las cerraduras y los sistemas de alarma no eran impenetrables, por muy buenos que fueran.

—No. Mi edificio está bien. Es seguro y protegido. —Nada en este mundo era seguro, pero no necesitaba explicárselo a Killian. Él lo sabía. Además, no quería que se preocupara por mí. No quería que *nadie* se preocupara por mí.

Ava me dio una sonrisa astuta.

- —Bueno, supongo que todos tendremos que salir esta noche y esperar a que aparezca el amante secreto de Keira.
  - —Siento decepcionarte, pero se está tomando la noche libre —bromeé.

Ava me guiñó un ojo.

- —Debes haberlo agotado anoche.
- —No tienes ni idea —dije, siguiendo con el tono de broma. Pero era verdad. Lo había agotado. Desafortunadamente, no de la manera que hubiera querido.
  - —Siéntete libre de compartir los detalles —dijo Eden.

Killian levantó las manos.

- —No necesito escuchar esto.
- —Lo mismo digo —dijo Connor.

Me reí y me comí mi Lo Mein. Podía sentir a Connor observándome, pero fingí no darme cuenta.

- -Entonces, ¿están listos para su viaje por carretera?
- —Todo empacado y listo para irnos —dijo Ava, con el rostro iluminado al pensar en su viaje de dos semanas a California. Aparentemente, habían estado hablando de ello durante años y ahora estaba sucediendo. Se iban mañana en el Mustang—. Hice un itinerario detallado —bromeó.
  - —Si está en el iPad no tienes suerte, nena.
  - —¿Qué hiciste con mi iPad? Lo necesito para el trabajo.
  - —No, no lo necesitas —dijo Killian—. Ya hemos hablado de esto.
  - —Pero necesitarás ayuda con el nuevo...
  - —Ava. Lo tengo cubierto —dijo Killian.

Se desinfló un poco, pero luego sonrió.

- —Gracias.
- —Te debo eso y más.







Intercambiaron una mirada que no pude interpretar, sin duda pensando en algo de su pasado que no conocía.

—No me debes nada, Killian. Estamos en paz.

Killian asintió aceptando su afirmación de que estaban en paz y que todas las deudas estaban más que pagadas.

Hablamos sobre el nuevo espacio que Killian adquirió recientemente y que sería una sala de recreo para los adolescentes. Estaba justo al lado de su gimnasio y estaban instalando una cocina, aros de baloncesto, y un área de salón para que los chicos pasaran el rato. También estaban ampliando su programa de voluntariado y parecía que Connor, Ava y Eden ya estaban a bordo.

- —Me gustaría ser voluntaria —le dije a Killian—. Limpiar, pintar, lo que necesites que haga.
  - —¿Tienes tiempo para eso? —preguntó escépticamente.

Asentí.

- —Sí. Puedo ir después del trabajo y en mis días libres.
- —Hablé con Tate esta mañana —dijo Connor—. Dice que estás trabajando demasiado. Trabajando el doble de horas de las que deberías.

Puse los ojos en blanco. Tuve esta conversación con Tate, pero decidí darle la vuelta a Connor que siempre estaba trabajando.

- —¿Cuántas horas trabajas en tu negocio de tatuajes?
- —Demasiadas —dijo Ava, respondiendo por él—. Él vive allí.
- —No tienes oportunidad de hablar —dijo Connor—. Te pasas demasiadas horas trabajando. Por eso necesitamos este viaje por carretera.
  - —No hay descanso para los malvados.

Connor sonrió.

—Nos mantiene alejados de los problemas.

Ava le devolvió la sonrisa.

- —La mayoría de las veces.
- —Tampoco tienes espacio para hablar de trabajar demasiado —dijo Eden, inmovilizando a Killian con una mirada.
- —Sí, está bien, rayo de sol. Y no te quedaste despierto todas las horas trabajando en esas pinturas para el nuevo restaurante de Zeke.
  - —Eso no es trabajo. Eso es... me encanta pintar.
- —¿Zeke no te está pagando por esas pinturas? ¿Solo lo haces como un hobby? —preguntó Killian, con las cejas levantadas.







- -Sabes que me está pagando.
- —Por supuesto que te está pagando. Así que, eso es un trabajo, ¿verdad? Estabas haciendo tu trabajo.

Eden aplaudió.

—Bueno, dejémoslo estar. A todos nos gusta trabajar. A todos nos gusta lo que hacemos. Fin de la historia.

Killian se rio.

—Me alegro de que lo hayamos aclarado. —Se giró hacia mí—. Nos encantaría tener tu ayuda. Gracias por ofrecerte.

Sonrei.

—Estupendo. —Quería participar y me alegré de poder ofrecerme. Me hizo sentir un poco mejor acerca de mí misma.



- —Bon voyage —dije, abrazando a Ava para despedirme mientras todos nos reuníamos en la puerta de mi apartamento.
  - —Ooh, usando tu francés elegante con nosotros —dijo.

Me rei.

—Solo lo mejor para ustedes.

Connor me dio un abrazo.

—Cuídate —dijo—. Y estoy a solo una llamada de distancia.

Asentí y lo solté.

—Lo sé. Gracias. Pero ni siquiera pienses en mí. Pásalo bien y envía fotos.

Me aseguraron que lo harían. Me dirigí a Killian y Eden, esperando que dejaran atrás a Ava y Connor. En cambio, Eden declaró que necesitaba usar el baño y Killian cerró la puerta de mi apartamento. Se sintió planeado y deliberado. Eden desapareció en mi dormitorio y Killian movió su barbilla hacia mi balcón.

Ahogué un gemido. No otro discurso. ¿Primero Tate y ahora Killian?

Lo seguí afuera y cerró las puertas de cristal y se apoyó en la barandilla con los brazos cruzados. Esta pose me resultaba muy familiar.

- —¿Qué está pasando? —dijo.
- —Tendrás que ser más específico.



## Paradise



Se pasó la mano por el cabello y dejó salir un respiro.

—Pasé a verte anoche. Pensé que podrías estar... a joder —dijo, sonando enfadado—. Estaba preocupado por ti.

Estaba esperando una explicación. Estaba preocupado por mí y quería saber adónde fui. Crucé los brazos sobre mi pecho y apreté mi labio superior entre los dientes. Anoche, juré confesar, dejar de mentir a todo el mundo. Esta era mi oportunidad de hacer lo correcto. Toda mi vida me mintieron, y cuando descubrí la verdad sobre mi padre y todas las cosas que mis padres me ocultaron, me enfadé, me dolió y me resentí. También me sentí como una idiota por no ver las cosas que estaban delante de mi cara, así que era injusto hacer lo mismo con la gente que amaba. La gente que me amaba y que estaba ahí para mí.

Respiré profundamente. ¿Por qué era mucho más fácil decir mentiras que decir la verdad?

- —Les mentí. —Algo brilló en sus ojos. El músculo de su mandíbula tembló, pero permaneció en silencio, esperando que yo continuara—. Ese dinero no vino de la venta de mis diseños.
  - —¿De dónde vino?
  - —Carreras callejeras.

Esperaba que se enfadara o que me diera un sermón. En vez de eso, se frotó la nuca y asintió con la cabeza, su voz calmada y mesurada, tal vez me tranquilizó con una falsa sensación de seguridad antes de perder la cabeza.

- —¿Cuánto tiempo llevas haciéndolo?
- —Desde enero. Pero anoche lo dejé. No lo volveré a hacer. —No le di los detalles, pero si Deacon no estuviera involucrado, le diría todo. Tal vez. O tal vez no. Si supiera que Tyler me amenazó en junio, pero no le hice caso y regresé anoche, estaría tan enojado como Deacon.
- —Yo era un peleador —dijo, diciéndome algo que ya sabía—. Eso era lo mío. Pensaba que podía golpear y patear para salir de toda la mierda en mi vida... —Miró sus manos y las flexionó—. Maté a un hombre. Fue un accidente. Pero eso no cambia el resultado. Era mi amigo. Mi mentor. Era un buen hombre que tenía una esposa con un bebé en camino. Nunca tuvo la oportunidad de ver a su bebé y ahora ese niño no tiene padre. Por mi culpa.
  - —Killian, eso no fue tu culpa.
  - —No es por eso que te estoy diciendo esto.

Asentí y cerré la boca, esperando que él continuara.

—No puedes salir de una situación de mierda con un puñetazo o conducir lo suficientemente rápido para escapar de ella.







#### -¿Qué puedes hacer?

—Lo que hiciste requirió muchas agallas. Fuiste valiente al hacerlo. Y no estoy hablando de carreras callejeras. Eso es para tontos de mierda.

Me rei porque Deacon dijo lo mismo.

—Pero ahora tienes que encontrar una manera de vivir con ello. Lo cual no es fácil. Y tienes que encontrar una manera de arreglar las piezas rotas dentro de ti. No sé cómo lo harás. Cada uno tiene que encontrar su propio camino. Pero puedo decirte que las carreras callejeras no arreglarán nada.

Tragué con fuerza. Tenía razón, pero por desgracia, no podía decirme cómo hacer lo que había que hacer. No había ninguna solución mágica. No hay una solución fácil.

- —¿Algo más que quieras compartir? —Levantó las cejas. Muy poco consiguió pasar de Killian. Tuve la extraña sensación de que sabía más de lo que decía.
- —Lo haría, pero no puedo. Todavía no, de todas formas. Solo... confia en mí... no estoy haciendo nada malo o peligroso o ilegal.

Entrecerró los ojos, tratando de averiguar si debía creerme.

- —Lo prometo. Es solo que... tengo que guardarme esto para mí por un tiempo.
  - —Y dejaste las carreras callejeras, ¿verdad?
- —Cierto. Definitivamente. No más carreras callejeras. —Es una mierda que todo haya ido tan épicamente mal. Me encantaban las carreras callejeras. La vibración, la energía y la adrenalina. Pero saqué esos pensamientos de mi cabeza.

Asintió lentamente.

- —Bien. Pero si me necesitas cualquier cosa, llámame.
- -Lo haré.

Volvimos a la sala de estar donde Eden nos estaba esperando, sintiendo que necesitábamos algo de tiempo entre colegas.

Mientras se iban, Killian preguntó:

—¿Sabes algo de Maggie?

Maggie. No podía culparlo por no decirle "mamá". Alguna vez la llamó así, pero ya no se merecía el título. No de él y Connor, de todos modos. ¿Y de mí? Ya no estaba segura de lo que ella significaba para mí. Su amor nunca fue una garantía. Mis padres no sabían cómo amar incondicionalmente. No creía que fueran capaces de dar algo sin esperar



# Paradise



algo a cambio, y el precio de su amor era tan alto. Lealtad incuestionable. Haciendo la vista gorda. Manteniendo mi boca cerrada.

Sacudí la cabeza.

—No he sabido nada de ella. Y no sé cómo contactar con ella. —Iba más allá de no tener su número de teléfono, pero sospechaba que Killian lo entendía.

Me abrazó y me aferré con fuerza, como la niña sin madre que era, hasta que sentí que lo hacía sentir incómodo y lo solté.

- —Somos tan trágicos —dije, riéndome un poco mientras abrazaba a Eden.
- —Como en los mejores cuentos de hadas —dijo—. Sin embargo, tengo un buen presentimiento. Tu felices para siempre te está esperando, a la vuelta de la esquina.

Como dije, Eden era una optimista incurable.



Una hora después de que Killian y Eden se fueron, Deacon me llamó.

- —Oye —dije, tratando de mantener mi voz uniforme y que mi corazón no se saliera de mi garganta—. ¿Estás bien?
- —Estoy bien. ¿Y tú? —Su voz era fría y distante. Me hizo sentir triste y enojada.
  - —Estoy bien —respondí con frialdad.

Exhaló fuerte.

—Quise ir anoche, pero era demasiado tarde o demasiado temprano, dependiendo de cómo lo mires y sabía que tenías que trabajar hoy.

Sonaba más como él mismo, como alguien a quien le importaba.

- —Todavía podrías haberlo hecho. No me habría importado.
- —Tampoco puedo ir esta noche. Necesito controlar los daños.
- —¿Es por la carrera?
- —Algo más.

Traté de superar mi decepción. Tenía muchas ganas de verlo, pero parecía cansado y no quería añadirle más problemas de los que ya tenía.

- —¿Has hecho planes para mañana? —me preguntó.
- —No. ¿Por qué?







- -¿Te apetece dar una vuelta en auto?
- -¿Es una pregunta capciosa?

Se rio suavemente.

—No. Solo quería saber si estarías dispuesta a reunirte conmigo.

En cualquier parte. En cualquier momento. En cualquier lugar.

- —Estaría dispuesta a hacerlo.
- —Bien. Te enviaré un mensaje con la dirección.
- -¿Deacon?
- —¿Sí?

Me mordí el labio inferior. Hace dos noches, me sentí tan cerca de él, como si pudiera decirle algo. Pero ahora me cuestionaba cada palabra que salía de mi boca y me preguntaba cómo la interpretaría.

- —Tengo el día libre el lunes también.
- -Entonces supongo que será mejor que hagas una maleta.

Sonreí. No hubo vacilación en su voz, ni pausa para pensarlo antes de pronunciar las palabras. Quería verme, y quería pasar tiempo conmigo.

- —¿No tendrás que irte antes de que salga el sol el lunes por la mañana?
  - -No. Seré toda tuyo.

Todo mío.

Quería esperar al teléfono y escuchar su voz o el sonido de su respiración, pero se despidió y cortó la llamada, así que hice una maleta, emocionada por la perspectiva de pasar dos días con Deacon.







17

Keira

Me detuve en la entrada de grava detrás del Escalade de Deacon y miré a través de mi parabrisas la cabaña de madera. Mis labios se curvaron en una sonrisa. Era una verdadera cabaña de troncos, de dos pisos con un techo verde oscuro, alejada de la carretera y rodeada por el bosque. Las sillas de Adirondack estaban en el porche delantero y las alegres flores naranjas y amarillas salían de las jardineras de las ventanas. Agarrando mi bolsa de lona del asiento del pasajero, salí del auto. Lo primero que noté fue lo silencioso que era aquí arriba. La casa estaba en un pueblo llamado Bearsville, en los Catskills, a solo dos horas de la ciudad, pero se sentía tan remota y alejada de la vida de la ciudad. Lo siguiente que noté fue el Honda plateado estacionado frente al SUV de Deacon.

La pantalla de la puerta delantera se abrió, las bisagras chirriaron en protesta, y se cerró detrás de Deacon mientras caminaba hacia mí, con las manos en los bolsillos delanteros de sus pantalones cortos. Por alguna razón, eso parecía digno de mención.

Se detuvo frente a mí, con las manos en los malditos bolsillos.

—Lo lograste.

—Sí, aquí estoy. —Me quedé mirando los moretones de su rostro. A la luz del día, se veían mucho peor. Un azul púrpura profundo que le arruinaba la piel bronceada. Sus labios estaban secos y agrietados, con sangre seca de su labio partido. Levanté mis ojos hacia los suyos. Me dio una pequeña sonrisa pero no hizo ningún movimiento para besarme.

Desabroché mi mochila y busqué en mi bolsa de aseo, saqué un bálsamo labial de menta de Kiehl y se lo pasé.

—Para tus labios. Parecen secos.

Extendió su dedo y apreté un poco sobre él, luego enrosqué la tapa y lo metí en mi bolsillo mientras se frotaba el bálsamo en los labios. Claramente, no estaba acostumbrado a aplicarse bálsamo labial, pero no dije nada.



#### Paradise BOOKS



Se pasó la mano por el cabello y miró por encima del hombro.

—Pensé que tendríamos el lugar para nosotros mismos. Pero mis padres vinieron el fin de semana. Se van esta noche.

Mis ojos se dirigieron al Honda.

- -¿Tus padres están aquí?
- —Ellos son agradables. Te gustarán —me aseguró—. Están deseando conocerte.
- —Um... —Toda esta conversación de mierda y la vibración extraña y el hecho de que sus padres estuvieran aquí era incómodo. ¿Qué les dijo sobre mí?
  - —Vamos a dar un paseo.

Un paseo. Oh, Dios. Nada bueno nunca vino de dar un paseo. Miré mi auto, tentada de volver a subirme a él y alejarme. Pero Deacon me quitó el bolso del hombro y lo guardó en su SUV. Luego me llevó a un sendero, un camino de tierra que atravesaba el bosque detrás de la casa.

- —¿Era esta la cabaña de tu abuelo? —Sabía que su abuelo murió hace dos años de un ataque al corazón y que él y Deacon eran muy unidos.
- —Sí. Mis padres pensaron en venderla o alquilarla, pero no se atrevieron a hacerlo. Les gustaría retirarse aquí eventualmente.
- —Huele a Navidad. —Respiré profundamente el aire fresco de pino y tierra y mentol. Era más fresco aquí arriba de lo que era en la ciudad, especialmente en el bosque bajo un dosel de árboles, la luz del sol se filtraba a través de las ramas de los árboles.
- —Este era mi lugar favorito cuando era niño. Solía pasar horas en este bosque.
- —¿Qué solías hacer? —Sonreí al pensar en Deacon cuando era niño. Apuesto a que era adorable con la picardía en sus ojos y una sonrisa infantil.
- —Hacer fuertes. Subir a los árboles. Trabajar en mis habilidades con el cuchillo.

Me rei.

Caminamos en silencio por un rato y traté de reunir mis pensamientos y presentar una disculpa decente.

- —Lamento haberte arrastrado a mi lío. Nunca quise involucrarte.
- —Keira, *estoy* involucrado. Tal vez no lo entiendas. Tal vez no entiendas cuánto me importas. —Su frustración se filtró en cada sílaba de la palabra—. Me *mentiste*. Luego te fuiste e hiciste lo único que me prometiste que no harías.

Casi inmediatamente, mis defensas se elevaron.







—Lo sé. Lo siento, ¿está bien? Pero nunca te pedí que me buscaras. Deberías haberte mantenido al margen. Ese era mi acuerdo. Mi lío. No el tuyo.

Envolvió sus manos alrededor de mis brazos y me apoyó contra un árbol, con la corteza rugosa clavada en mi espalda.

—No. No está jodidamente bien. *Podrías haberte matado*. Por una estúpida carrera callejera —gritó en mi rostro. Se detuvo y tomó un aire, respirando por la nariz, tratando de calmarse. Sus ojos verdes destellaban de ira, pero cuando volvió a hablar, su voz fue más baja y suave—. Si algo te hubiera pasado, ¿sabes lo que eso les habría hecho a tus hermanos... a *mí*?

Fue el tono suave y la mirada de dolor en su rostro lo que me deshizo.

Sus ojos buscaron en mi rostro, queriendo ver que yo sentía su ira y su dolor. Lo vi. Vi su dolor, pero no quise hacerlo, como tampoco quise ver sus moretones y sus labios agrietados o sus ojos honestos.

Cuando dijo que lucharía hasta la muerte por mí, le creí. Sabía que lo haría. Pero nunca quise ponerlo a prueba con eso.

Las lágrimas escocían mis ojos, pero las hice retroceder. No quería llorar. No quería desmoronarme. Si me desmoronaba ahora, nunca sería capaz de recoger los pedazos y volver a juntarme.

—Si intentas hacerme sentir más culpable de lo que ya me siento, felicidades. Misión cumplida. —Me tenía inmovilizada en el árbol con su cuerpo, con sus manos a cada lado de mi cabeza como si estuviera planeando tenerme de rehén hasta que le dijera lo que quería oír—. ¿Es por eso que me invitaste aquí arriba... para poder gritarme y hacerme sentir peor de lo que ya me siento? Solo déjame ir, Deacon. Esto fue un error. No debería haber venido aquí. Esto... nosotros... no es...

Con una pequeña risa humor, sacudió la cabeza.

- -¿Así de simple? ¿Tenemos un desacuerdo y te rindes?
- —¿Qué quieres de mí?
- *—Todo*. Quiero todo de ti.
- —Ese no era el trato. Ni siquiera buscábamos una relación...
- —Ese barco zarpo, nena. Estamos en una relación. Deja de luchar contra esto.

Lo empujé y se alejó, corrí tomando el camino de tierra que acabábamos de recorrer, de vuelta en dirección a la casa.

—Keira.

Aceleré. Necesitaba volver a mi auto e irme. Dejar todo este lío atrás.







—Por el amor de Dios, Keira. No quiero perderte. ¿No lo entiendes? Quiero mantenerte a salvo y protegerte. —Estaba justo detrás de mí, suplicándome que lo entendiera. Que luchara por nosotros como lo haría por mí—. Quería matar a esos tipos. Golpearlos hasta hacerlos papilla hasta que no pudieran salir del maldito estacionamiento.

Las lágrimas empañaron mi visión. Estaba corriendo a ciegas. Huyendo del hombre que quería matar a esos tipos por manipular mi vehículo. Huyendo de algo bueno en mi vida. Alguien que se preocupaba por mí y alguien que sabía, en mi corazón, que amaba. Pero si me quedaba lo suficiente, se daría cuenta de que soy un desastre y sabotearía todo lo que es bueno.

Mi pie se atascó en la raíz de un árbol y me tropecé, preparándome para el impacto de mis rodillas y mis manos contra el suelo.

Nunca golpeé el suelo.

Me agarró antes de que me cayera. Dándome la vuelta, me tiró contra él y me envolvió en sus brazos. Las lágrimas corrían por mi rostro, mi cuerpo destrozado por los sollozos. Me abrazó y lloré sobre su limpia camiseta blanca. Lloré todas las lágrimas que nunca había derramado.



Nos sentamos en un claro circular en el bosque, con la espalda apoyada en un árbol caído. Una vieja chimenea de piedra estaba en el medio, como si hubiera estado dentro de una casa, pero ahora estaba sola. Deacon dijo que la llamaba el altar; el claro era la catedral. Incliné la cabeza hacia atrás y sentí el sol en mi rostro, escuché el suave susurro de una cálida brisa de verano en los árboles. Tal vez era aquí donde vivía Dios. Ni siquiera sabía si creía en Dios. Pero me sentí en paz de una manera que no había sentido en mucho tiempo. Tal vez eso es lo que pasaba después de que lloras feo sobre la camiseta de tu novio y en vez de hacerte sentir tonta por huir, trata de mantener todas tus piezas rotas juntas. Y cuando terminas de llorar y no queda nada dentro de ti excepto una cáscara agrietada y ahuecada, él te dice que está bien. Que te tiene.

—Tengo hombros fuertes. Pon todo sobre mí.

Eso fue lo que dijo, y lo dijo en serio. Porque era bueno y valiente. Era lo suficientemente fuerte para llevarnos a los dos y aunque sabía que yo era un desastre de chica, dañada y tal vez un poco rota, me quería de todos modos. Eso es amor, creo. Cuando no intentas arreglar a alguien o cambiarlo o convertirlo en un ideal de lo que deseas que sea. Solo los amas, con todos sus defectos y debilidades y sus malas decisiones y sus tontas







supersticiones. Incluso cuando te mienten o huyen de ti, estás ahí para atraparlos cuando caen.

Me subí al tronco detrás de él, con las piernas a ambos lados de sus hombros y peiné su cabello con los dedos. Tenía el cabello grueso y ondulado, rubio oscuro con mechones claros, cortado en capas largas. Cerró los ojos y me dejó jugar con su cabello y masajear su cabeza. Junté su cabello en mi mano y lo aseguré con uno de los elásticos de mi muñeca.

- -¿Qué le has hecho a mi cabello? —preguntó.
- —Te he dado un moño de hombre.

Inclinó la cabeza hacia atrás y me miró.

—Arruinarás mi reputación en la calle.

Bajé la cabeza y le besé la frente.

—Estás tan guapo. Pero de una manera ruda.

Se rio. Suavemente pasé la punta de mis dedos por encima de sus cejas. Por su nariz recta. Sobre sus pómulos. Los moretones en su rostro y sus labios agrietados. La barba de su mandíbula cuadrada. Me encantaba su rostro. Su belleza escarpada. Las pequeñas líneas de risa alrededor de sus ojos. Sus labios llenos y sus dientes blancos y rectos.

Acuné su rostro en mis manos.

- —Lo siento. Lo siento mucho.
- —Yo también lo siento. Siento haber dejado que te pasara eso. Joder, lo siento mucho.

La culpa. Era una carga tan pesada. No quería que cargara con ninguna culpa por mi causa.

—No fue tu culpa. Nada de esto fue tu culpa. Me salvaste la vida. —A las velocidades que conducía, probablemente no era ni siquiera una exageración.

Llevó mi mano a su boca y besó la palma, luego arrastró sus labios a lo largo de mi muñeca interna, sobre las palabras tatuadas en mi piel.

—Cuéntame tu historia.

Sabía que iba a pasar, que algún día me lo pediría.

- —Ya la conoces.
- —Nunca la he escuchado de ti. Ven a sentarte a mi lado.

Me bajé del tronco y me senté a su lado, con el hombro apoyado en el suyo, y acerqué mis rodillas al pecho, envolviéndolas con mis brazos.



#### Paradise BOOKS

## Kush emery rose

No sabría por dónde empezar. Pero esta era mi oportunidad de ser honesta y abierta sobre quién era. Después de escuchar mi loca historia, podía decidir por sí mismo si quería quedarse.

—Cuando era niña, no sabía realmente lo que mi padre hacía para ganarse la vida. Solo pensaba que dirigía un club nocturno. Una vez, yo debía tener siete u ocho años... no podía dormir, y bajé las escaleras. Buscaba comida chatarra, probablemente. Mi padre estaba sentado en la isla de la cocina, limpiando su arma. Fue la primera vez que me di cuenta de que llevaba un arma. Le pregunté por qué necesitaba una. Dijo que quería mantenernos a mí y a mi mamá a salvo.

»Descubrí lo que mi padre hacía para ganarse la vida de la forma en que la mayoría de los niños descubrían la información importante. De los niños en la escuela. Me envió a una escuela privada con niñas cuyos padres eran médicos, abogados, corredores de bolsa. No tardé mucho en darme cuenta de que mi padre era muy diferente a los suyos. Cuando estaba en la escuela primaria, las chicas solían invitarme a fiestas de pijamas y cumpleaños y cosas así, pero nunca me dejaban ir. Mi padre ni siquiera me dejaba invitar a amigas. Cuando tenía ocho o nueve años, dejé de ser invitada a cualquier parte. Un día escuché a estas niñas hablar en el almuerzo. Dijeron que mi padre era un gánster. Que ganaba su dinero amenazando a los dueños de los negocios y que si no pagaban, destruía sus negocios. Cuando me hice mayor, oí muchos rumores sobre mi padre. Escuché que mató a gente. Vendía drogas y armas. Cada vez que le preguntaba a mi papá sobre eso, decía que los chicos mentían, y que solo estaban celosas de mí porque era más bonita y más inteligente que ellas.

Me reí amargamente. Él le daba mucha importancia a la belleza. Mi padre siempre se rodeó de cosas bellas y de gente hermosa. Utilizaba a la gente como marionetas en un escenario, moviendo los hilos para hacerlos bailar para su propia diversión y entretenimiento.

—La forma en que pasé la escuela fue actuando como si fuera mejor que todos los demás. Como si no me importara que no tuviera amigos. No gané muchos concursos de popularidad. —Me comporté como una perra. Tan superior. Pero era una forma solitaria de vivir.

»En la secundaria, los chicos hacían apuestas para ver quién podía follarme primero. Ninguno de ellos tuvo una oportunidad. Yo tenía hombres musculosos que me llevaban y me traían de la escuela. Dejaron claro que si alguno de ellos me ponía un dedo encima, se arrepentirían. Las cosas cambiaron cuando fui al instituto y conocí a Sasha. Él estaba en décimo grado y yo en noveno. Él no jodía, y nadie jodía con él. Él gobernaba la escuela. Los chicos le temían, pero también le adoraban como a un héroe.

La primera vez que conocí a Sasha, estaba apoyado en mi casillero, parecía un vago de la playa, con una sonrisa perezosa en su rostro.

—¿Quién eres y por qué estás bloqueando mi casillero? —le pregunté.







- —Tu compañero en el crimen y tu nuevo mejor amigo.
- —¿Qué crímenes estamos cometiendo?
- —Idearemos un plan después de la escuela.
- —No salgo con nadie fuera de la escuela.
- —Eso he oído. Está a punto de cambiar.
- —¿Y a tu padre no le importaba que salieras con Sasha? —preguntó Deacon.
- —No. Él lo alentó. Lo más probable es que fuera bueno para su negocio si yo salía con el hijo de Ivan Petrov. Mantén a tus amigos cerca y a tus enemigos más cerca. Nunca quedó claro cuál era su relación. En un momento, Sasha me dijo que buscaban alinear fuerzas, pero eso nunca sucedió. —Porque Sasha murió e Ivan desapareció. —¿Te preguntas por qué traicioné a mi padre? —Podía sentir que me miraba, pero yo miraba al frente, sin girar la cabeza para ver sus ojos—. Te estás preguntando qué clase de hija horrible haría eso.
  - —No es eso lo que me pregunto.
  - Vi las motas de polvo flotando a la luz del sol.
  - -¿Qué te estás preguntando?
  - —Cómo viviste de esa manera.

Me encogí de hombros.

- —Era todo lo que conocía en ese momento.
- —Cuéntame el resto de la historia.

El resto de la historia. Estaríamos aquí para siempre si intentara hacer eso.

- —Nunca supe en quién confiar. Mi padre siempre me dijo que le informara de todo. Si me seguían, cómo se veían, si me hablaban... tenía algunos acosadores.
  - —Tenías algunos acosadores —repitió Deacon.

Asentí con la cabeza. Era tan difícil describir mi vida en Miami. Sonaba tan descabellada y ni siquiera le había contado la mitad.

- —Creo que algunos de ellos eran agentes federales. Nunca hablé con ellos. A veces los llevaba en una búsqueda inútil solo para ver si podían atrapar me. —Me reí del recuerdo. Esa parte era divertida—. Así es como aprendí a conducir rápido.
  - -Jesús -murmuró Deacon.
- —No temas. Los guardaespaldas siempre estaban en una persecución cercana —bromeé. Aunque no era una broma. Era cierto—. Cuando estaba



#### Paradise BOOKS

### KUSh emery rose

en el último año, solicité entrar en algunas universidades fuera del estado. No me interesaba mucho ir a la universidad, pero parecía lo que debía hacer. Solo quería irme lejos y vivir mi propia vida. Cuando no recibí respuesta de ninguna de las universidades, llamé a las oficinas de admisión y no tenían ningún registro de mis solicitudes, aunque las hice en línea. Es una maravilla que me hayan aceptado en la Universidad de Miami. Ni siquiera apliqué para esa universidad.

Pero la injusticia del juego de poder de mi padre fue eclipsada por la desaparición de Sasha.

—Sasha desapareció unas semanas antes de mi graduación. —Un escalofrío me recorrió la columna vertebral—. Se mezcló con estos traficantes de drogas. —Los medios de comunicación informaron de ello, así que no le dije nada nuevo—. Él solía irse por días o semanas seguidas. Así que, cuando desapareció, no le di mucha importancia. Culparon de su muerte a un cártel mexicano. —De nuevo, eso salió en las noticias—. Y tal vez eso era cierto, pero nunca creí que esa fuera toda la historia.

-¿Por qué no?

Me mordí el labio inferior.

- —Ya no importa. Se ha ido. Era solo un sexto sentido. —Lo que no dije fue que pensaba que mi padre estaba involucrado en el secuestro de Sasha. No me atreví a decir las palabras, ni a Deacon, ni siquiera a mí misma. Si mi padre era responsable de que mataran a un chico de diecinueve años, mi *amigo*, eso lo convertía en un monstruo. Y si lo hubiera hecho, merecía pudrirse en prisión. Treinta y cuatro años no serían suficientes para que se hiciera justicia. Pero tal vez no tuvo nada que ver con eso, así que me guardé mis sospechas para mí misma.
- » La parte loca es que nunca planeé entregar ese pendrive... solo quería una ventaja. —Estaba saltándome las líneas de tiempo en esta historia, pero Deacon parecía seguir el ritmo, así que seguí hablando—. Iba a guardarlo en una caja de seguridad y usarlo para comprar mi libertad. Algo que colgara sobre la cabeza de mi padre para que me dejara vivir mi vida como yo eligiera. Me di cuenta de que mis padres mantuvieron a mis hermanos en secreto toda mi vida. Y estaba tan enojada. Harta de todos los secretos y mentiras. Estaba segura de que si se lo contaba a mis padres, mi padre me diría más mentiras y mi madre se callaría y no diría nada. Me dejaría fuera, como siempre lo hizo.

—¿Y Anthony entregó el pendrive? ¿Así de simple?

Asentí. Escuché el escepticismo en su voz.

—¿Confiaste en Anthony?

—Sí.





## KUSh emery rose

Deacon no hizo comentarios, pero casi pude ver las ruedas girando en su cabeza. Obviamente tenía su propia teoría, pero se la guardaba para sí mismo porque no tenía pruebas.

—Cuando llegué a Brooklyn, Connor me dijo que iba al FBI a contarles su historia. —Eché un vistazo a Deacon—. Te contó todo lo que pasó en Miami, ¿no?

Deacon asintió.

- —Sí. Él vino a mí primero.
- —Dijo que no quería venganza, que quería justicia. Aunque los federales no le creyeran, quería confesar y decir la verdad. Así que le entregué el pendrive. Me imaginé que, si alguien merecía justicia, era Connor. Le dije que el pendrive sería munición extra si lo necesitaba.
- —Sabes que la información que entregaste no fue la razón por la que a tu padre le dieron treinta y cuatro años.

Asentí. Lo sabía. Los federales llevaban años rastreando los "negocios" de mi padre. La información que entregué fue solo la guinda del pastel. Crímenes de guante blanco que podrían atribuirle.

—Pero eso no cambia el hecho de que lo entregué, Deacon. No cambia el hecho de que lo traicioné. Y él lo sabe. Esperaba una lealtad incuestionable de mi madre y de mí. Si pude hacerle eso a mi propio padre, alguien a quien amé a pesar de todo, ¿en qué clase de persona me convierte eso? ¿Quieres saber quién soy? Bueno, ahora lo sabes. No soy leal y no se puede confiar en mí.

No dijo nada, y nos sentamos en silencio por un rato.

Me recosté contra la áspera corteza del árbol, agotada por las lágrimas que había derramado antes, y mi confesión. Acababa de desnudar mi alma y ahora Deacon sabía qué clase de persona era realmente. Lo poco que debería confiar en mí. Lo expuse todo, haciéndome más vulnerable de lo que nunca fui con nadie en mi vida. Cerré los ojos, demasiado cansada y demasiado triste para huir. Me quedé donde estaba y esperé a que se alejara de mí. Para darse cuenta de que él nunca podría amar a una chica como yo. Solo era capaz de traerle problemas a su vida. Me dolía el corazón, pero me sentía más ligera, como si me hubieran quitado un peso de encima. No tenía que fingir más. Esta era yo, en toda mi desordenada gloria.

Tomó mi mano en la suya y unió nuestros dedos.

—Mi verdadero nombre es Aleksei Konstantin Nikolevsky.

Me quedé sin aliento. No me iba a dejar. Me estaba diciendo quién era. Estaba arriesgando todo, cada secreto y verdad revelada.

Aleksei Konstantin Nikolevsky. Eso sonó tan... ruso. ¿Deacon era ruso? No era solo una tapadera entonces.





## KUSh emery rose

—El nombre de mi madre era Natalya. Dejó la Unión Soviética antes de que cayera. Vino a Nueva York con un grupo de danza y se quedó. Quería una nueva vida en América, pero terminó trabajando en un club de striptease en Brighton Beach. Nunca hubo suficiente comida en casa, pero siempre hubo mucha droga. Una vez me metí coca por la nariz y me la puse en las encías como la había visto hacer. Pensé que mi corazón iba a explotar.

Oh, Deacon.

—Cuando tenía cinco años, se suicidó. Se arrastró en un viaje de vodka y píldoras. Pensó que su muerte me daría una vida mejor. Supongo que estaba desesperada o simplemente cansada de la vida... no lo sé. Lo escribió en una carta. Está en ruso. La guardo en una caja con las pocas cosas que tengo de ella. Después de que ella murió, entré en el sistema. Fui de un lado a otro a diferentes hogares de acogida y a diferentes escuelas. Me etiquetaron como una persona problemática con trastorno de apego.

Sabía que esto era difícil para él, y sabía por la forma en que contaba su historia que nunca la había contado antes. No sonaba ensayado. Sonaba crudo, real y trágico, como los mejores cuentos de hadas.

—Cuando tenía ocho años, los Ramsey me acogieron. Me preguntaron si quería vivir con ellos permanentemente. Dije que no me importaba, pero no era verdad. Afortunadamente, eran lo suficientemente intuitivos e inteligentes para entenderlo. Mi padre es abogado, especializado en derecho familiar, así que la adopción pasó rápidamente. Yo quería ser alguien nuevo, supongo. Cuando llegó el momento de cambiar mi apellido, les dije que también quería cambiar mi primer nombre. No quería ser más ruso. Elegí Deacon porque era el apellido de mi abuelo y pensé que sonaba bien.

—Es un nombre genial, Batman.

Sonrió.

-Gracias.

Deacon me apretó la mano.

—No puedes elegir a tus padres, Keira. No eres tu madre. Y no eres tu padre. Eres tu propia persona. Y me gusta la persona que eres. Me gusta lo fuerte que eres y cómo luchas por la gente que te importa. Eres leal. A las personas adecuadas. Algunas personas no merecen tu lealtad o tu confianza. Hay que ganársela, no exigirla. Y puedo sentarme aquí y nombrar cada crimen que tu padre cometió y exponer mi argumento por la razón de que debe estar en prisión. Puedo decirte cientos de veces que no tienes ninguna razón para sentirte culpable. Desafortunadamente, no funciona de esa manera. Necesitas hacer las paces con ello.

Pensé en lo que dijo. Algunas partes eran similares a lo que Killian había dicho y a lo que Tate dijo. Pero me llamó leal, y me gustó pensar que lo era. Me gustó la forma en que me vio.



## Paradise



- —Si necesitas a alguien que te tome de la mano mientras encuentras el camino, soy tu hombre.
- —¿Te ofreces como voluntario para ser mi hombre? ¿Estás seguro de que estás preparado para el trabajo? —me burlé.

Incluso ahora que sabía la verdad, todavía le gustaba. Le había dado una salida. Esperé a que se alejara. En cambio, él me dio sus propias verdades. Divulgó quién era realmente y de dónde venía, y lo duro que debe haber trabajado para dejar atrás su propio pasado.

- —Oh, estoy listo para el trabajo. Si crees que puedes deshacerte de mí tan fácilmente, piénsalo de nuevo, Bellota.
  - —¿Bellota?
  - —Querías un apodo especial.
  - —¿Y Bellota fue lo mejor que se te ocurrió?
  - —Bellota es fuerte.
  - —¿En qué planeta?
- —En la ciudad de Saltadilla. *Las Chicas Súperpoderosas* —dijo, perfectamente como esto fuera algo que un chico de veintiocho años conocía y no se avergonzaba de admitir.

Me reí a carcajadas.

- —¿Viste Las Chicas Súperpoderosas?
- —Abby lo hizo —Levantó las cejas—. ¿Te estás burlando de *Las Chicas Súperpoderosas*?

Esnifé la risa.

—No. —Me reí de nuevo. Fue divertido. Fue gracioso. Me divertía más con Deacon de lo que jamás me había reído con nadie. Ese era uno de sus dones. Podía aligerar una conversación pesada sin minimizarla.

Nos sentamos en silencio por un rato. Fue un silencio confortable. Me hizo sentir segura, y no solo fisicamente. Podía decirle cualquier cosa y no cambiaría su opinión sobre mí o haría que le gustara menos.

Cuando me dijo su verdadero nombre, supe que era algo importante. Me confiaba su vida. Confiándome su secreto.

Qué extraño que solo haya besado a dos hombres en mi vida. Solo me había acostado con dos hombres. Sin embargo, ambos eran rusos.

—¿Crees en el destino? —pregunté.

Me miró.

- —Lo hago ahora.
- —¿Qué nos depara?







—Volvamos a la casa y consultaré a mi bola de cristal.

Me reí. Se levantó y tomó mis manos en las suyas, poniéndome de pie. Ahora podía mirar sus honestos ojos verdes y no sentir vergüenza. No tenía nada que esconder y no quería huir a ningún sitio. Estábamos en un lugar diferente al que habíamos estado antes, nuestra relación era más profunda y más honesta.

—Eres hermosa, Keira Shaughnessy.

Sabía que no solo hablaba de belleza física, y eso hacía que el cumplido significara mucho más.

—Tú tampoco estás tan mal, Deacon Ramsey. Creo que me quedaré contigo.

Sus labios se curvaron en las esquinas, una ligera sonrisa, sus ojos se fijaron en los míos. A la luz del sol, noté las manchas de oro en el verde. En el bosque que olía a Navidad, los pinos que se elevaban al cielo, los dedos de la luz del sol acariciando nuestra piel, apretó sus labios contra los míos y me besó suavemente. *Gentilmente*.





18

Keira

-Esto es como el regreso del hijo pródigo -dijo Abby.

La mesa de madera en la terraza trasera estaba cargada de comida: ensaladas verdes, de papas, col, huevos rellenos, brochetas de carne y verduras, pollo a la parrilla y un pastel de fresas, todo preparado por Faye Ramsey mientras Deacon y yo estábamos sincerándonos en el bosque. Su madre, Faye, se emocionó cuando él apareció inesperadamente. Tan pronto como llegó, llamó a Abby, quien condujo desde la ciudad para ver a su hermano. Como era de esperar, ninguno de los miembros de la familia Ramsey se parecía entre sí. Abby era el polo opuesto de Deacon: menuda, con ojos oscuros y cabello negro como el carbón con corte estilo Bob.

- —Todo el mundo sabe que soy el favorito de mamá —bromeó Deacon.
- —No tengo favoritismos. Pero eres mi *hijo* favorito. —Faye le guiñó un ojo—. Y no te hemos visto desde Navidad.
- —Y aparece luciendo como un regalo para la vista —dijo Cal con brusquedad, sacudiendo la cabeza, pero solo estaba bromeando. Él era un buen tipo y de inmediato me tranquilizó. Ya había sido testigo de la relación fácil que Deacon tenía con sus padres. Como había dicho, no puedes elegir a tus padres, pero los Ramsey habían elegido ser los de Deacon y Abby y los habían criado con amor.
- —Apuesto a que ni siquiera te pusiste una bolsa de hielo en el ojo dijo su mamá.

Deacon apretó mi mano debajo de la mesa.

—Keira lo besó, es mejor.

Sí claro. La historia era que había recibido los moretones en un combate de boxeo. Todos aceptaron esa explicación. Aparentemente, Deacon solía hacer mucho boxeo cuando era más joven.

Echó un vistazo a los pimientos rojos, champiñones y dos trozos de carne en mi plato desechable y gimió como si fuera realmente doloroso.

—Necesitas terminar tu comida, Bellota.







- —Bellota. Jajaja. —Abby había entendido la referencia de inmediato y había estado de acuerdo en que Bellota era una chica dura. No estaba completamente convencida de eso.
  - —No puedo comer otro bocado. Todo estaba delicioso le dije a Faye.
- —Me alegra que te guste. —Me dio una sincera sonrisa. No pensé que fuera capaz de ser menos sincera. Era amable y cálida y me recibió con los brazos abiertos, abrazándome en el momento en que nos presentaron e insistiendo en que me sentara y me relajara. Me había servido un vaso de té que había preparado en la terraza. Endulzado con miel y adornado con menta fresca y limón. Estaba delicioso.
- —No tienes que terminar eso, cariño —dijo Faye—. Lo guardaré para más tarde.

Se lo quitó rápidamente, evitando que Deacon tuviera que comer alimentos que no le apetecían.

Con Abby y Faye despejamos la mesa y llevamos los platos a la cocina. Como el resto de la cabaña, era simple y rústica, con una vieja mesa de roble en el medio, alacenas pintadas de verde oscuro y un fregadero de porcelana blanca. En el alféizar de la ventana había un ramo de flores silvestres en un florero de frasco. La vista desde todas las ventanas de esta casa era verde y ahora sabía por qué era el color favorito de Deacon. Lo asociaba con la cabaña de su abuelo, con esta acogedora casa en el bosque que se sentía como un hogar.

Abby volvió a salir para pasar el rato con su padre y su hermano, pero yo me quedé para ayudar a Faye a limpiar y guardar las sobras en recipientes Tupperware ya que no había hecho nada para ayudar con la preparación del almuerzo.

—Es bueno que Deacon se ejercite —dijo Faye con una sonrisa—. Sería tan grande como una casa.

Sonrei.

—Lo sé. ¿Supongo que siempre ha sido así, sentir que no puede desperdiciar comida?

Llevó los platos vacíos al fregadero y lo llenó de agua con jabón.

—No siempre. Cuando vino a vivir con nosotros por primera vez, no pudimos hacer que comiera. Estaba abrumado por tener tantas opciones. Fue demasiado para él, así que se negó, a pesar de que tenía hambre.

Era difícil reconciliar al hombre en el que se había convertido con el niño pequeño que abrumado por la comida. Los escuché reír afuera. Estaba feliz aquí, relajado en compañía de su familia.



#### Paradise BOOKS

## KUSh emery rose

- —¿Cómo conseguiste que comiera? —le pregunté, secando los platos con un paño de cocina y apilándolos en el mostrador para que Faye los guardara.
- —En lugar de poner toda la comida en la mesa, le preparamos un plato con porciones pequeñas. Pero no se trataba realmente de la comida. Cuando finalmente se dio cuenta de que no lo íbamos a abandonar, comenzó a comer.

Deacon tenía miedo al abandono y había intentado huir de él.

Terminamos de limpiar los platos y guardamos las sobras en la nevera.

—Puedes comerlos mañana —dijo Faye, cerrando la puerta del refrigerador. Allí había suficiente comida para alimentar a un ejército—. Es tan bueno verlo. Qué agradable sorpresa. Y es un placer conocerte. —Faye me sonrió. La sonrisa, llegó a sus ojos, las líneas alrededor de ellos se arrugaron. Era lo opuesto a mi madre en todos los sentidos.

Su cabello rojo era naturalmente rizado, y lo usaba en un moño desordenado, algunos rizos sueltos. Su piel era pálida y pecosa, y tenía la boca ancha y una sonrisa fácil. Supongo que estaba entre mediados y finales de los cincuenta, delgada pero no flaca. Llevaba pantalones de yoga y una camiseta holgada que decía Namaste, y sin maquillaje. Faye Ramsey se sentía cómoda en su propia piel. No necesitaba Botox ni tratamientos de belleza antienvejecimiento ni ropa cara de diseñador para sentirse hermosa. Su belleza venía del interior. Era el tipo de belleza que no se desvanecería con el tiempo. Belleza verdadera.

Inclinó la cabeza hacia un lado.

- —Puedo decir que lo haces feliz. Eso es lo que siempre quise para mis hijos. Solo verlos felices y encontrar su lugar en el mundo.
  - —No lo hago feliz todo el tiempo.

Faye se rio.

- —Bueno, eso no es posible. Espero que te trate bien.
- —Lo hace. Es bueno conmigo.

Ella asintió, luciendo complacida por eso.

- —Estamos muy orgullosos de él. Eso sí, fue un diablo sobre ruedas cuando adolescente, pero sabía que lo superaría. Cal no estaba tan convencido. Estaba listo para enviar a Deacon a la escuela militar. —Se rio—. Por suerte, mi papá lo tomó bajo su protección. Le dio mano dura, pero Deacon lo respetaba. Era prácticamente el único adulto al que escuchaba cuando estaba en la escuela secundaria. —Sonrió al recordarlo—. ¿Eres cercana a tu familia?
  - —Yo... —Dejé escapar un suspiro—. Es complicado.







Faye estudió mi rostro durante unos segundos y me pregunté cuánto le había dicho Deacon.

- —La mayoría de las familias lo son, cariño.
- —Sin embargo, soy cercana a mis hermanos. Son buenos chicos.

La puerta trasera se abrió y miré por encima del hombro mientras Deacon entraba tranquilamente. Envolvió sus brazos alrededor por detrás de mí y me acarició el cuello. Traté de alejarlo, avergonzada por la demostración de cariño frente a su mamá.

-Deacon...

Se rio entre dientes.

—Eres tan linda cuando estás avergonzada, Bellota. A mi mamá no le importa.

Su mamá levantó las manos.

—Haz como si no estuviera.

Deacon me dio la vuelta y plantó un gran beso en mis labios y pellizcó mi trasero, con una sonrisa juguetona en su rostro. Lo fulminé con la mirada. Fingió encogerse de miedo.

—Eres tan aterradora.

Puse los ojos en blanco y traté de reprimir una sonrisa, pero fallé. Durante el resto del día, fue encantador, juguetón y divertido. Lo pasamos con su familia, sentados en la terraza trasera, hablando y riendo hasta la noche y, cuando se puso el sol, las luciérnagas salieron. Fue sencillo, sin estrés, y sentí que la tensión abandonaba mi cuerpo. Los Ramsey eran todo lo que debería ser una familia. Disfrutaban de la compañía del otro y la conversación fluyó. Pude ver de primera mano lo que Deacon había querido decir cuando dijo que sus padres tenían una relación de iguales. Se escuchaban el uno al otro e incluso cuando no estaban de acuerdo en algo, respetaban las opiniones de los demás. Fue agradable y no era algo a la que estuviera acostumbrada.

También fue fácil hablar con Abby y nos unimos por nuestro amor mutuo por Jax Teller.

—Creo que ese es el look que busca Deacon —bromeó Abby.

Deacon estaba descansando en una tumbona a mi lado y abrió un ojo.

—¿Fantaseas con Jax Teller cuando estás conmigo?

Me acerqué y le susurré al oído.

—No. Fantaseo con Batman. Todo el tiempo. Cada día. —Le guiñé un ojo y me recliné en mi silla.







Deacon se sentó, mirando la bañera de hidromasaje en la terraza. Sus padres me habían dicho que la pusieron el año pasado, y supe lo que estaba pensando incluso antes de que las palabras salieran de su boca.

—¿Están listos para salir a la carretera? —le preguntó a su familia. Bueno, eso fue sutil.



—Si me hubieras dicho que hay un jacuzzi, habría traído un Bikini. —Me retorcí el cabello en un moño suelto y lo aseguré con un elástico en mi muñeca.

—¿Cuál habría sido el punto de eso? —Se llevó la cerveza a los labios y tomó un trago. Ya estaba en el jacuzzi, con el brazo cruzado sobre el borde—. Desnúdate, nena.

Me quité la ropa rápidamente y me metí, hundiéndome en el agua hasta que me cubrió los hombros. Deacon se rio.

—Nadie puede verte aquí.

Eché un vistazo al bosque, no tan segura de eso. Antes, sentí que nos estaban observando. Había pensado que era tan silencioso, pero ahora mis oídos captaban todos los ruidos extraños a los que no estaba acostumbrado. Grillos. El susurro de las hojas. ¿Eso fue un búho? Estaba tan oscuro aquí, con solo las luces del jacuzzi. Había focos en la parte trasera de la casa, pero Deacon no los había encendido.

—Quizás necesitemos encender algunas luces.

Él me dio un golpe en la pierna con el pie. Lo miré a través del jacuzzi, su rostro se iluminó con un suave brillo, gotas de agua corrían por su pecho.

—Mira hacia arriba.

Eché la cabeza hacia atrás y miré.

—Oh —suspiré. Sin las luces de la ciudad con las que competir, el cielo estaba más oscuro y las estrellas brillaban más. Me recliné contra el costado del jacuzzi, chorros de agua caliente masajearon mi espalda y hombros y miré las estrellas. Hizo que mis problemas se sintieran más pequeños, casi intrascendentes en comparación con la inmensidad del cielo lleno de estrellas. Bajé la cabeza y me encontré con los ojos de Deacon al otro lado. Me estaba observando, no al cielo, y por unos largos momentos, nos miramos fijamente. Como si un tirón magnético me atrajera hacia él, me moví y me senté a horcajadas, mis dedos recorriendo su cabello mientras nuestros labios se encontraban. Cerré los ojos, bebiendo su sabor mientras su lengua se deslizaba sobre la mía, sus manos acunaban mi rostro. Podía







sentir su erección presionando contra mi estómago, pero se tomó su tiempo para besarme. Sin previo aviso, se puso de pie, llevándome con mis piernas alrededor de su cintura, dentro de la casa, subió las escaleras, dejando un rastro de agua a nuestro paso.

- —Estás loco —le dije, riendo mientras me tiraba en la cama y se lanzaba encima.
- —Eso es lo que amas de mí. —Empujó mis muslos separándolos y colocó sus caderas entre ellos.
  - —Amor es una palabra grande.

Deacon sujetó mis brazos por encima de mi cabeza y pegó su frente a la mía. Lo miré a los ojos y vi su corazón, su alma y sus secretos. Empujó dentro de mí, lento y profundamente, y comencé a mecerme, deseando más. Queriendo todo lo que tenía para darme. No quería enamorarme, pero era demasiado tarde, y su sonrisa me dijo que lo sabía.



Me desperté con el sol y una cálida brisa de montaña que entraba por las ventanas abiertas y un cuerpo cálido envuelto alrededor, nuestras extremidades enredadas, su brazo en mi cintura. Tuvimos sexo matutino perezoso y Deacon nos preparó el desayuno: huevos, tostadas, tocino y café que comimos en la mesa de la terraza. Después del desayuno, preparamos un almuerzo, condujimos hasta Overlook Mountain y subimos por un sendero empinado y rocoso a través del bosque que estaba mayormente a la sombra. Dos kilómetros por el sendero, nos detuvimos para pasear por las ruinas de un viejo hotel. Los árboles habían crecido adentrándose por el marco de las ventanas, pensé que las ruinas eran trágicas y hermosas, especialmente después de que Deacon me contó la historia.

—El primer edificio en este sitio fue un albergue a principios del siglo XIX. El negocio nunca despegó, así que lo cerraron. Llegó un nuevo desarrollador y construyó un hotel de lujo de 300 habitaciones. Cuatro años después, se quemó. Entonces llegaron dos hermanos y lo reconstruyeron. Ese se quemó en 1921. Para la tercera reconstrucción, el tipo pensó que sería mejor usar concreto. Pero se rindió y nunca terminó de construirlo. En 1970, hubo otro incendio en este sitio, pero el concreto resistió el incendio.

Me contó esta historia mientras subíamos una escalera que conducía a ninguna parte y yo tenía "Stairway to Heaven" sonando en mi cabeza.

Almorzamos en la cima de la montaña, con vistas al valle del río Hudson y las montañas Catskill. Todavía teníamos algunas horas para pasar juntos, pero ya estaba triste por irme.







—Podemos volver en cualquier momento —me dijo, haciendo parecer que juntos teníamos un futuro, que esto no iba a terminar en la cima de esta montaña. O después de que fuéramos a casa por separado.

Ese fue el día que dejé de luchar, dejé de luchar contra la idea de un nosotros. Porque quería un nosotros. No solo hoy, sino mañana y pasado mañana. Quería todas sus mañanas.



Paradise BOOKS

19

Deacon

—Abre —dijo Keira, sosteniendo frente a mí un lichi que me había pelado. Abrí la boca y me alimentó. A la chica le encantaba alimentarme. Antes, habíamos comido Dim Sum, que eran bocados de comida cantonesa y bebimos una infusión azulada de Oolong en un salón de té de 1920. Me había dado de comer bollos Siu Mai de cerdo asado y camarones en la mesa de fórmica y había pedido galletas de almendras de postre. Después de la cena, deambulamos por una tienda china de comestibles y compró bolsas llenas de lichi y pitahaya.

Ahora estábamos vagando por los callejones y calles laterales de Chinatown, comiendo lichi bajo la llovizna. Tiré nuestra colección de carozos, escupí en mi mano, lo tiré en el bote de basura cuando lo pasamos y limpié mi mano pegajosa en mis jeans.

-¿Vienes esta noche? —me preguntó.

Negué con la cabeza. Ella suspiró con fuerza, sin molestarse en ocultar su disgusto.

En la semana desde que regresamos de Catskills, no había estado ni una vez en su apartamento. No confiaba en Sergei y no quería que nadie del equipo de Dmitri averiguara dónde vivía Keira. Lo más probable era, que estaba siendo demasiado prudente. Pero debería sentirse segura en su propio apartamento. Después de toda una vida de ser perseguida y tener acosadores, *Jesucristo*, lo último que necesitaba era estar constantemente mirando por encima del hombro.

Si algo le sucediera por mi trabajo, nunca me lo perdonaría. Antes de irnos de Catskills, le di dinero para que le instalaran una cerradura adicional en la puerta. No quería el dinero ni la cerradura. Pero lo hizo. Por mí. Y sacó una foto para probarlo. También tomó un taxi para encontrarse conmigo esta noche, aunque afirmó que el metro se había sentido más seguro que estar en el asiento trasero del taxi.

—Era un conductor loco.

Eso me hizo reír.







La calle Pell estaba llena de color y Keira tomó fotos de linternas chinas rojas colgadas frente a un restaurante y una peluquería rosa con luces de neón. Nos detuvimos en la esquina para cruzar la calle y ella se acercó y tomó una selfie que nos capturó a los dos.

—No se lo mostraré a nadie hasta que termine nuestra aventura encubierta —me aseguró—. Solo quiero una foto tuya en mi teléfono. Ya que no puedo tenerte en mi cama.

No había nada que quisiera más que estar en su cama, pero era más seguro para ella si me mantenía alejado. Pasé un brazo por sus hombros y la guie a través de la calle. La semana pasada, había pensado mucho en la historia que me había contado, sobre cómo se crio y cómo había sido su vida en Miami. Me explicó mucho sobre Keira. Me ayudó a entenderla mejor. Y, a su vez, le había contado toda mi historia y le había confiado información que podría poner en peligro toda mi misión.

El amor era una locura. No era lógico. No jugaba limpio. Y una vez que estabas dentro, no existía tal cosa como ir a lo seguro.

Mientras pensaba esto, el teléfono de Keira sonó y lo sacó del bolsillo para comprobar el mensaje. Una gran sonrisa iluminó su rostro. Nos agachamos bajo un toldo y dejamos de caminar. Keira sostuvo su teléfono entre nosotros para que pudiera ver los mensajes y las fotos de Ava y Connor.

Ava: ¡Nos casamos!

**Connor:** En la capilla de Elvis en Las Vegas.

**Ava:** Fue épico...

Keira se desplazó por las fotos de las manos izquierdas de Ava y Connor, con símbolos de infinito tatuados en sus dedos anulares. Otra foto los mostraba sentados en el capó de su Mustang convertible con el desierto de Nevada de fondo. Me reí de los mensajes en el chat grupal.

**Eden**: No volveré a hablar contigo. ¡¿Nos dejaste fuera de tu boda?!

Eden: Ah, y ¡¡¡FELICIDADES!!!

Keira: Los amo a ambos. ¿Recibieron una actuación de Elvis en vivo?

**Connor:** "The Wonder of You" / Porque esa es Ava Blue / Y nosotros también te amamos.

**Ava:** Suenas como el Dr. Seus. **Connor:** O un patético rapero.







Killian: Gracias por pedirme que sea el padrino.

Connor: Eres el padrino estoy seguro.

Ava: Está bien, estamos de luna de miel. Te veo luego...

Keira guardó su teléfono en el bolsillo y me sonrió, balanceándose sobre sus talones.

- —Mis hermanos encontraron el amor verdadero.
- —¿Y su hermana?
- —¿Qué pasa con ella? —Me guiñó un ojo, evitando la pregunta—. Ella es bastante especial.
- —Puedo dar fe de eso, nena. —Enganché mis dedos en las trabillas de sus jeans negros rasgados y la acerqué más. Llevaba un top corto negro que decía Babe debajo de una camisa de botones a cuadros roja y negra, exponiendo una franja de su bronceado estómago. Envolvió sus brazos alrededor de mi cuello, la bolsa de plástico de pitahaya todavía agarrada en una mano, y nos besamos en una esquina de Chinatown que apestaba a cabezas de pescado y basura podrida. Sus labios eran suaves y cálidos, y su piel era tersa y sedosa. Tenía un sabor dulce, a lichi, y olía a albaricoques maduros, así que no noté el hedor de la calle.
  - —El batiteléfono está soñando —murmuró contra mis labios.
  - —Se que joda el batiteléfono.
  - —Prefiero joderte a ti. —Se apartó y revisé mi teléfono. Dmitri.

Dos segundos después, llegó un mensaje de texto.

**Dmitri:** ¿Dónde diablos estás?

Keira miró por encima del hombro a la tienda de recuerdos frente a la que nos habíamos detenido.

—Oye. Atiende tu llamada. Necesito abanicos chinos y linternas de papel.

Le quité la bolsa de fruta del brazo y me miró por encima del hombro antes de entrar a la tienda, una campana sobre la puerta sonó para anunciar su presencia. Mi teléfono empezó a sonar de nuevo y respondí a la llamada de Dmitri, mirando a Keira a través de la vitrina.

- -¿Dónde estás? —me preguntó, saltándose el saludo.
- —¿Que necesitas? —Me acerqué a la ventana y apoyé mi hombro. Keira deambulaba, pasando sus dedos por cada artículo en



#### Paradise BOOKS

exhibición. Abanicos de papel y tazones y palillos de arroz lacados, réplicas en miniatura de un templo budista. Los Budas gordos y sonrientes llamaron su atención y se detuvo frente a ellos, recogiendo cada uno y estudiando su rostro antes de dejarlo y pasar al siguiente. Desde aquí, todos parecían iguales.

- —Necesito que vengas a mi apartamento. Esta noche estamos celebrando.
  - —¿Qué celebramos?
- —No por teléfono. Lo sabrás cuando llegues aquí. Tengo buenas noticias.

Sonaba totalmente acelerado. Esto era. Era lo que estábamos esperando. Se había conectado con alguien que podría ayudarlo a inundar las calles de mi ciudad con drogas y armas. Dmitri tenía millones de dólares en cuentas ficticias, esperando gastarlos en su última aventura antes de retirarse a su McMansion. Buscaba un proveedor que pudiera venderle al menos doscientos kilos de cocaína y heroína. Puntos extras si el proveedor escupía suficiente Fentanilo que era cien veces más poderoso que la morfina y cincuenta veces más potente que la heroína, para matar a unos pocos millones de personas.

Unos minutos más tarde, Keira se unió conmigo en la acera y me mostró el Buda risueño que compró.

—Es tan feo. Me encanta —me dijo con una gran sonrisa—. Se supone que es de buena suerte.

Keira y sus supersticiones.

- —¿Vas a frotarle la barriga todas las mañanas?
- —Exactamente. Y pedir un deseo. Tal vez sea como un genio. Rebuscó en la bolsa y sacó una piedra lisa y alargada, de tonos marrones con remolinos de blanco, y la puso en mi mano.
  - —¿Para qué es esto?
- —Los guerreros solían llevarlos en los pectorales de sus armaduras antes de ir a la batalla. Es para protegerte, darte fuerza y coraje.
  - —Es mucho pedirle a una piedra pequeña.
  - —Lo sé, pero... guárdalo en tu bolsillo, ¿de acuerdo?

Hablaba en serio. Quería que llevara esta piedra para protegerme. Sonreí y me lo metí en el bolsillo.

—Gracias. Ya me siento más seguro.

Keira se mordió el labio inferior y miró a la calle.

—Tienes que irte, ¿no?







—Sí.

Ella asintió, todavía mirando por la calle a todo menos a mí, sintiendo que tenía algo más que decir y que no le gustaría. No podía seguir haciendo esto. Necesitaba concentrarme en mi trabajo y terminarlo. Una vez que finalizara, sería libre de verla cuándo y dónde quisiéramos. Podría pasar el rato con su familia, despertarme con ella por la mañana, salir juntos por su vecindario, sin el temor de que alguien me delatara o que por descuido la arrastraran en medio de esto. Andar a escondidas y mirar constantemente por encima de mi hombro se había vuelto viejo.

- —Necesito alejarme por un rato, hasta que esto termine. No será por mucho tiempo.
  - —Está bien. Porque planeo prepararte un pastel para tu cumpleaños.

Mi vigésimo noveno cumpleaños era la semana que viene. Las posibilidades de verla para esa fecha eran escasas, pero me encantaría verla horneando un pastel. Sonreí.

—¿Me harías un pastel?

Me dio una sonrisa traviesa.

- —Dijiste que me confiarías tu vida. Tendremos que probar esa teoría. Me reí.
- —No puedo esperar por ese pastel.

Su sonrisa se desvaneció.

- -Cuídate, ¿de acuerdo? Te extrañaría un poco si no estuvieras aquí.
- —También te extrañaría.

La acerqué para darle un beso de despedida. No nos quedamos como deberíamos. No dije las palabras que debería haber dicho. *Te amo*. Si hubiera sabido entonces lo que hago ahora, me hubiera despedido de otra manera. Me habría asegurado de que supiera exactamente lo que sentía por ella. Que no tenía dudas de estábamos destinados a estar juntos. No solo por un momento, sino para toda la vida.

Pero no dije ninguna de esas cosas. Paré un taxi y mantuve la puerta abierta para ella.

- —Adiós, Bellota.
- —Nos vemos, Batman. —Me lanzó un beso mientras el taxi se alejaba y miré hasta que las luces traseras desaparecieron. Luego me dirigí al metro de regreso a Long Island para beber vodka con mis rusos favoritos.



<del>್ಯ</del>ಾಯಾನಿ.

#### Paradise BOOKS



—Ivan Petrov —repetí mientras caminaba por mi apartamento, el teléfono celular en mi oído. De todos los traficantes de drogas y armas del mundo, tenía que venir a mi ciudad. Sonaba como el remate de una broma de mal gusto.

Había pasado suficiente tiempo en la policía para saber que las coincidencias *no ocurren*. Pero era una mierda de coincidencia.

—Ha estado viviendo de incógnito —dijo Casarico—. Pasando desapercibido.

Ahora estaba de nuevo en acción y se estaba metiendo en la cama con Dmitri. Al escucharlo hablar, pensarías que Santa Claus iba a llegar pronto.

—Necesito que te mantengas alejado de Keira —dijo Casarico—. Sin llamadas, mensajes, visitas nocturnas. Sin contacto alguno.

Ya le había dicho eso anoche, pero la conexión con Ivan Petrov le dio un giro completamente diferente a esto.

- —Necesito saber que ella estará a salvo.
- —Los federales tienen los ojos puestos en Petrov. Si la contacta, lo sabremos. Pero no tenemos ninguna razón para creer que esté involucrada de alguna manera.
- ¿Petrov contactaría a Keira? Ella era un vínculo con su hijo muerto. Sería una visita personal y no tendría ninguna razón para involucrarla en su negocio. No lo sabíamos, de todos modos.
- —Más vale que esperes que si la contacta, ella no hable dijo Casarico—. Si tu tapadera es descubierta, toda esta operación corre peligro. Hemos dedicado demasiado tiempo, energía y recursos a esto para...
- —No se lo ha dicho a nadie y no lo hará. —Estaba seguro de que era verdad. Tenía fe en Keira. Me sería leal, sabiendo que había mucho en juego. No había querido ser parte del mundo de su padre, pero entendía cómo funcionaba y no ofrecía información fácilmente. Keira sabía cómo guardar secretos. Esperaba con ansias el día en que no tuviera que ser otro de sus secretos.

Me acerqué a la ventana y abrí la persiana, mirando hacia East River. Motas de polvo flotaban en la franja de luz solar que entraba en mi apartamento, con pocos muebles excepto por lo esencial.

—Mantente enfocado —dijo Casarico—. Haz tu trabajo y tendremos todo lo que necesitamos en unas pocas semanas.

Necesitaba estar atento al premio y confiar en que Keira estaría a salvo.





## Kush emery rose

—Me tengo que ir —le dije, bajando la persiana. Es hora de pasar el rato con mi mejor amigo.

Colgando mi bolso de gimnasia sobre mi hombro, salí por la puerta y caminé hacia el gimnasio, mis lentes protegiéndome de la brillante luz del sol. Cuando entré al gimnasio de boxeo que poseía Viktor, guardé mis gafas en mi bolso y parpadeé un par de veces, adaptándome a la penumbra. El gimnasio olía a sudor y sangre.



- —La ropa hace al hombre, Kosta. Nunca subestimes el poder de un traje caro. Hace que la gente se levante y preste atención. Te tratan con más respeto. Ya verás. Te llevaré con mi sastre y mi peluquero.
  - —¿Me estás pidiendo que sea tu cita para el baile de graduación? Dmitri se rio y me señaló con su mano enguantada.
  - —Eres gracioso. Me haces reír. No mucha gente lo hace.

Lo sabía. Pocas personas bromeaban con Dmitri. Estaban demasiado ocupados besando su trasero o tratando de proteger el suyo. Golpe. Mi puño se estrelló contra la bolsa de cuero.

- —¿Quién te enseñó a boxear? —me preguntó.
- —Aprendí a pelear en las calles.
- -Estás en buena forma -señaló.

Mi abuelo me enseñó a boxear. Colgó una bolsa de cuero en el garaje y me dio unos guantes cuando tenía diez años y aún era pequeño para mi edad. Solía pasar horas en el garaje, golpeando un saco, tratando de ejercitar mi exceso de energía. Quería crecer más y más fuerte. Con cada golpe, estaba golpeando a todos los malos que habían jodido a Natalya tanto literal como en sentido figurado, hasta el punto donde ella solo podía ver una salida. Quitarse la vida.

- —Autodidacta —comenté.
- —Eres un hombre que se hizo a sí mismo. Viniste de la nada e hiciste algo con tu vida. —Me dio un golpe amistoso en la parte superior del brazo. Si esto era lo que él consideraba "hacer algo con tu vida", era bastante patético—. Por eso te respeto. Por eso te dejo entrar en mi círculo cercano. Hagamos algunas rondas. Leon será el árbitro. —Levantó las cejas en un desafio.
- —Solo aléjate de mi cara. —Le obsequié mi sonrisa más encantadora mientras subíamos al ring.







Dmitri se rio y miró a Leon, su sombra constante que se había posicionado fuera de las cuerdas, con los brazos cruzados y la postura amplia. De ninguna manera Leon sería un árbitro imparcial.

—El chico bonito es vanidoso.

Leon gruñó. Ni siquiera esbozó una sonrisa.

- —Necesitas tener sentido del humor —reprendió Dmitri.
- —¿Vas a pelear con el chico bonito o besarlo? —le preguntó secamente, ganándose una risa de ambos.

Con Dmitri golpeamos nuestras manos derechas enguantadas.

—Todo es juego limpio excepto nuestras partes bajas —dijo.

Asentí con la cabeza y le lancé una sonrisa mientras rebotaba en las puntas de mis pies.

- -Vas a caer.
- —Leon tendrá que sacarte del ring.
- —A pelear.

Cuatro rondas no arbitradas más tarde, terminé con el labio partido, un ojo morado y costillas magulladas. A Dmitri no le fue mucho mejor. Nos dimos una paliza el uno al otro, igualados y sin retener nada. Le di un tiro al cuerpo en el hígado que lo hizo doblar y un gancho en la mandíbula que hizo que su cabeza se echara hacia atrás.

- —Tienes que mover los pies, no pararte ahí como una estatua de piedra —me burlé mientras esquivaba un poderoso gancho de derecha dirigido a mi cara, su objetivo favorito—. Prueba un poco de esquivar y meneo.
- —Golpeas como un marica. —Gruñó cuando mi puño aterrizó en su estómago, sacando el aire de sus pulmones.

Marica, mi culo.

Jugar limpio nunca había estado en las cartas. Más tarde, salimos cojeando del gimnasio y al sol, luciendo como dos matones después de una pelea callejera, ya que se había forjado un vínculo más fuerte. A veces tenía que recordarme que era policía y él un criminal. No éramos amigos. Qué mierda de confusión era esta tarea. También golpeó muy cerca de casa y había despertado recuerdos que era mejor olvidar.

—Vienes a la cena —dijo, refiriéndose a la cena dentro de dos semanas, cuando planeaba tomar vino y cenar con Petrov. Negocio redondo. Aquí era exactamente donde necesitaba estar—. Quiero que conozcas a Ivan. Serás el diplomático. Rompe el hielo con algunas de tus charlas sutiles y bromas. —Se rio entre dientes, más feliz que un niño en Disney World. Dmitri quería causar una buena impresión en Ivan Petrov, a quien







admiraba. Detecté un indicio de adoración al héroe. En su mundo, Ivan estaba en la cima de la cadena alimentaria. Actuó como si lo estuviéramos cortejando en lugar de cerrar un trato que generaría a él decenas de millones. Tenía sus esperanzas puestas en comprar el McMansion en los Hamptons y creía que Petrov era el hombre para que esto sucediera.

Una semana después, en mi vigésimo noveno cumpleaños, Dmitri me llevó con su sastre y peluquero. El nuevo traje y el corte de cabello me hacían parecer más a Deacon que a Kosta. La costosa versión de diseñador de Deacon.

El juego había cambiado. Las apuestas eran más altas. Esto ya no era solo un trabajo.

Había olvidado que era Aleksei Konstantin Nikolevsky. Estaba a punto de recordarme exactamente quién era.





20

Keira

- —Todavía no puedo creer que te hayas casado sin nosotros —dijo Eden mientras comíamos nuestros sándwiches en un banco en McCarren Park bajo el suave sol de finales de septiembre, tan diferente de esos días opresivamente calurosos de agosto donde venia aquí con Connor y Killian.
- —Comienzas a sonar como mi madre. Tienes que superarlo respondió Ava, dándole un codazo a Eden en las costillas.
  - —Ouch. Tienes unos codos afilados. ¿Tienes que ser tan física? Ava hizo un gesto de dolor.
  - -Lo siento. Lo olvidé.
  - -Espero que Killian lo olvide -dice Eden con un suspiro.
  - —Escondió la estúpida escalera.

Eden estaba pintando un mural en el nuevo centro de recreación. Hace unos días, se había subido a una escalera para pintar la parte superior de su mural. Cuando Killian la vio, perdió la cabeza y tuvieron una gran discusión. Así fue como todos descubrimos que Eden estaba embarazada de ocho semanas, algo que había querido mantener entre ella y Killian hasta el segundo trimestre.

- -¿Sabes dónde está la escalera? —le preguntó a Ava, animándose.
- —No —dijo Ava, dándole un gran mordisco a su sándwich.

La escalera estaba escondida en Atlas Motors. Killian la había ocultado en el garaje, con instrucciones estrictas de que nadie le dijera nada a Eden. Tate había sacudido la cabeza y murmurado algo sobre no involucrarse en los asuntos familiares.

La mirada de Eden se dirigió a mí.

- —Tú eres quien la esconde —acusó.
- —Lo hago —dije, confesando—. Pero esta vez estoy del lado de Killian.







- —Traidora. —Eden cruzó sus brazos sobre su pecho y se desplomó en su asiento.
  - —Van a ser siete largos meses.

Ava resopló risas.

- —¿Siete meses? Va a ser toda una vida. Dios no permita que tengas una niña.
  - —La encerrará en la torre como a Rapunzel —le dije.
  - —Ningún chico tendrá el valor de pedirle una cita.
  - —Killian los desafiará a un duelo.

Ava y yo enloquecimos, pero a Eden no le hizo tanta gracia como yo esperaba.

- —Está preocupado —nos confesó—. Y creo que está asustado. Quiere ser un buen padre. Quiere hacer todo lo correcto y no ser como su propio padre.
- —No se parece en nada a Seamus Vincent —afirmó Ava, con su voz resonando con convicción.
- —Lo sé —dijo Eden—. Es un buen hombre. Y nuestro bebé va a ser muy afortunado. Sé que va a ser el mejor padre de la historia... —Sus ojos se llenaron de lágrimas y se las limpió—. Ugh. Estúpidas hormonas del embarazo.
  - —Va a ser genial. No puedo esperar a ser tía —dije.
- —No dejes que la tía Mario le enseñe al niño a conducir. —Ava me dio una mirada que me hizo reír—. Cada vez que me subo a un auto contigo, estoy tomando mi vida en mis manos.

Puse los ojos en blanco mientras recogíamos la basura y la tirábamos al zafacón.

- —Es hora de volver al trabajo. —Ava le dio un vistazo a Eden que tenía su teléfono en el oído y por el sonido del mismo, estaba tratando de argumentar por qué necesitaba esa escalera.
- —...por los próximos siete meses. Ese mural no se pintará solo. Necesito hacer esto. Y cuando termine, tengo dos murales más que me han contratado para pintar, Killian. Ya hablamos de esto.

Él dijo algo en la otra línea, y ella puso los ojos en blanco.

—Estoy pintando el mural. Quiero esa escalera de vuelta en la sala de recreación esta noche. Es una escalera robusta, ni siquiera es tan alta, y prometo que tendré mucho cuidado.

Ella lo escuchó hablar en la otra línea.







—Lo sé. Yo también te amo y sé que solo intentas protegerme a mí y al bebé, pero te volverás loco si sigues preocupándote...

Debe haberla interrumpido y ella lo escuchó. Mientras tanto, Ava y yo escuchábamos descaradamente el final de la conversación de Eden.

—Entiendo de dónde vienes. Al cien por cien. Pero Killian... estoy reteniendo el sexo hasta que recupere mi escalera.

Con eso, cortó la llamada y sonrió con suficiencia.

El Range Rover de Killian llegó a las afueras de Atlas Motors unas horas después.

—Alguien la estará observando en todo momento —dice—. Lo haré yo mismo si tengo que hacerlo.

Reprimí una carcajada, habiendo estado al tanto de sus tácticas, y le di una pequeña palmada en el hombro.

—Es una chica dura. Va a estar bien. Es genial que quieras protegerla, pero no te pases. Si tratas de controlarla, se resentirá contigo por ello.

Expulso el aire de sus mejillas, tratando de frenar su frustración. ¿Quién era yo para dar consejos sobre relaciones? Especialmente a Killian, que tenía una sólida relación con Eden.

—No estoy tratando de controlarla. Eden es demasiado terca para ser controlada. Solo intento mantenerla a salvo y protegerla. Hay una diferencia, Keira.

Ahora lo sabía. Lo aprendí de estar con Deacon. Pero no me gustaba su tono.

- —No hay necesidad de ser tan condescendiente, hermano mayor.
- —No hay necesidad de decirme cómo tratar a mi propia esposa.
- —Doy buenos consejos.

Frunció las cejas.

- -¿Cuántas relaciones has tenido, Keira?
- —Ooh, golpe bajo. —La única persona que sabía de Sasha era Deacon. Y la única persona que sabía de Deacon era yo—. Toma tu escalera y ponte en camino. Tengo una cita caliente con un GTO.

Killian se subió a su Range Rover y cerró la puerta. Pensé que se iría, pero me llamó desde su ventana abierta.

Coloqué mis manos en mis caderas.

—¿Y ahora qué?

Se frotó la nuca, algo que siempre hacía cuando se sentía incómodo o estaba a punto de tener una conversación incómoda.







- —Si tuvieras un novio, te sentirías lo suficientemente cómoda para presentárnoslo, ¿verdad?
- —Eso depende. ¿Lo mirarías fijamente y amenazarías con darle una paliza? —me burlé.
- —Si se metiera contigo, claro que lo haría. Pero si fuera un buen tipo y te tratara bien, yo estaría de su lado.
- —Cuando encuentre un buen tipo que me trate bien, lo invitaré a una cena familiar. —Esperemos que eso suceda pronto.

Dos semanas y no había oído ni una palabra de Deacon. Nada de visitas nocturnas. Sin mensajes. Ni llamadas. Nada de nada. Aunque me dijo que tenía que desaparecer, estaba preocupado por él. Y lo extrañaba. Mucho.

Killian asintió, satisfecho con mi respuesta. Le sonreí.

—Y oye, solo para que conste, vas a ser un gran padre. El mejor.

Entrecerró los ojos en la distancia, sus ojos azules translúcidos a la luz del sol. A veces me sorprendía cuando miraba a mis hermanos. Eran esos ojos, tan parecidos a los de mi madre. Incluso su cabello era del mismo tono de marrón oscuro. Era extraño. Me parecía más a mi padre, pero el parecido no era tan notable. La mirada de Killian se posó en mi cara y pude ver su vulnerabilidad.

—Nunca pensé que un tipo como yo lo tuviera tan bien. Una esposa. Un bebé en camino. Una familia. No sé qué hice para merecerlo, pero estoy seguro de que no lo daré por sentado.

Las lágrimas me pincharon los ojos. Sus palabras me mataron. Metí la mano en el auto y lo rodeé con mis brazos. Me dio una torpe palmada en la espalda que me hizo reír.

-Vuelve al trabajo -gruñó-. Tengo cosas que hacer.

Me reí para mis adentros mientras se alejaba, el bungee de la escalera encadenado a su techo. Luego le envié un mensaje a Eden.

Keira: Misión cumplida.

Eden: Sabía que lo haría.

Keira: Estaré allí pronto, y sostendré la escalera para ti, ¿sí?

**Eden:** Mejor aún, trae tacos.







## KUSh emery rose

Acababa de llegar a casa del centro de recreación cuando llamaron a mi puerta. Prácticamente volé a través de la sala de estar. Deacon estaba aquí. Su misión había terminado. Mi estómago se agitó con la emoción y sin siquiera molestarme en revisar la mirilla, abrí la puerta y me congelé.

El hombre que estaba de pie fuera de mi puerta no era Deacon.

Llevando las manos temblorosas a mi boca, miré, sin creer quien estaba parado justo frente a mí. En Brooklyn. Afuera de la puerta de mi departamento. Lo asimilé todo. Cabello oscuro corto. Piel bronceada. Una pizca de sonrisa en sus labios carnosos. Llevaba una camisa de vestir blanca sin corbata, los dos botones de arriba desabrochados bajo una chaqueta de traje oscuro a la medida de sus amplios hombros. Mis ojos se encontraron con los suyos y me arrojé a sus brazos.

—Anthony —susurré. El olor familiar de su colonia Tom Ford Black Orchid me llenó las fosas nasales y respiré profundamente. Era él. Era realmente él. Estaba vivo y estaba aquí.

—Hey Babygirl.

Babygirl. Me reí del estúpido apodo y lo liberé, apartándome para dejarlo entrar. Llevaba una bolsa y lo seguí hasta la cocina, aún sorprendida que estuviera aquí. Colocó la bolsa en la encimera y buscó en mi armario dos vasos como si supiera exactamente en qué armario guardaba los vasos.

Miré la botella de whisky que sacó de la bolsa. El Macallan 18. El whisky favorito de mi padre. Anthony vertió el líquido ámbar en dos vasos de Ikea y me dio uno.

—¿Qué se celebra?

—Celebrando tu tardío veintiuno cumpleaños. —Sonrió y eso suavizó sus duras facciones—. Fue el primero que me perdí en nueve años.

Choqué mi vaso contra el suyo y tomé un sorbo de whisky, preguntándome por qué lo había elegido para celebrar. Parecía una elección extraña. Tal vez estaba leyendo demasiado en ella. Lo empujé al fondo de mi mente.

Llevamos nuestras bebidas y la botella a la sala de estar, y él miró alrededor de mi apartamento, inspeccionado cada detalle. Estudió las fotos de la boda de Eden y Killian y la pintura de mis hermanos sobre el sofá antes de sentarse, mirando el tazón de cristal marino en mi mesa de café. Me senté en el otro extremo del sofá, dejando un cojín entre nosotros, mi cuerpo inclinado hacia él.

Su mirada permaneció en mi cara. Un rubor se deslizó por mi cuello y calentó mis mejillas. Nunca me había mirado así antes. Como si me estuviera viendo por primera vez. Como si fuera una mujer y no solo la hija de mi padre. Tomé otro sorbo de whisky para ocultar mi malestar y traté de sacudirme las extrañas vibraciones que estaba recibiendo.







—Háblame de tu vida. ¿Qué has estado haciendo desde que dejaste Miami? —preguntó.

Había olvidado lo mucho que Anthony escuchaba. Como estudiaba mi cara mientras yo hablaba. Traté de no moverme bajo su mirada mientras hablaba. Le hablé de mi trabajo y de los muscle cars que restauramos. Le dije que mis hermanos estaban casados y que eran felices. Y le conté sobre mi orgullo y alegría, el Dodge Charger.

—Es una belleza. Te encantara.

Me sonrió.

- —Tú y tus autos.
- —Tú eres el que me enseñó a conducir. Tú eres el que me hizo enamorarme de ellos.
- —¿Qué hay de un novio? ¿Tienes uno de esos? —Su tono era casual, pero estaba mirando mi cara de cerca.

Me encogí de hombros.

- —Nadie especial. —Las palabras se sentían como ácido en mi lengua. Deacon era especial. Pero algo me había impedido contarle a Anthony sobre él. Mientras Deacon estuviera encubierto, yo mantendría su secreto a salvo. Nunca querría hacer nada que pusiera en peligro su misión. Quizá por eso sentí la necesidad de ampliar mi respuesta. O tal vez fue la forma en que Anthony estudió mi cara, como si no me creyera.
  - —No vine a Brooklyn para encontrar un novio.
  - —Es bueno oírlo. ¿No? Te he echado de menos.
- —Yo también. ¿Qué has estado haciendo desde la última vez que te vi?
  - —Un poco de esto y de aquello.

Me rei.

—Gracias por aclararlo. —Quería preguntarle dónde había estado todo este tiempo, pero sabía que no respondería a esa pregunta, así como tampoco me daría una respuesta honesta sobre lo que había estado haciendo durante los últimos diez meses.

Rellenó su vaso y rellenó el mío, aunque yo apenas lo había tocado. Dos sorbos habían sido suficientes para recordarme cosas que preferiría olvidar. Mi padre me sirvió un vaso de este whisky la noche que descubrí que Sasha estaba muerto. Estábamos sentados en la terraza privada del lujoso hotel construido en los acantilados de Positano, con vistas al Mediterráneo. No había derramado ni una sola lágrima. Algo dentro de mí murió ese día, junto con Sasha.





—¿Cuánto tiempo estarás aquí? —le pregunté a Anthony, aunque la verdadera pregunta en mis labios era: ¿Dónde estabas cuando Sasha murió? No viniste a Italia con nosotros.

¿Por qué estaba pensando así?

—Tengo algunos negocios aquí. Depende de cuánto tiempo tome para terminar las cosas.

De nuevo, esa no era una respuesta. Me preguntaba cuál era su negocio. Podría ser cualquier cosa. Drogas, armas, lavado de dinero. Podría ser un asesino a sueldo, por lo que yo sabía. Por eso no había divulgado ninguna información sobre Deacon. A menos que Anthony se hubiera reformado, lo cual dudaba, él y Deacon debían alejarse el uno del otro. Eso no debería ser muy dificil. Anthony no estaría en la ciudad mucho tiempo y Deacon estaba desaparecido.

Hablamos un poco más, una pequeña charla, algo para llenar el espacio y el silencio hasta que comprobó la hora de su reloj, un reloj Tank de Cartier con una correa de cuero negro, un regalo de cumpleaños de mi padre hace unos años. Tenía la versión femenina, otro artículo que había vendido en la casa de empeños. Anthony se puso en pie, tirando de los puños de su camisa de vestir y quitando la pelusa inexistente de los hombros de su chaqueta de traje, un gesto tan familiar para mí que me quedé mirando. Con la boca abierta. ¿Había hecho Anthony siempre eso sin que yo lo notara? ¿Era siquiera un gran problema?

—Tengo algunos asuntos que atender.

Mi mirada se dirigió a su cara, sacándome de mi ensoñación mientras las palabras penetraban. Por supuesto que sí. Porque todos tenían asuntos que atender a las once de la noche. Me reí en voz baja.

—¿Qué es tan gracioso?

Sacudí la cabeza. A Anthony nunca le había gustado que se rieran de él. Se toma demasiado en serio esas cosas.

- —Nada. Solo estoy feliz de verte. —Pero no era cierto. Hubo un tiempo en el que hubiera estado extasiada de verlo, pero mi tiempo fuera de Miami me había cambiado. Me hizo ver todo de manera diferente, incluyendo a Anthony.
  - —A ti también, Babygirl.

Resoplé.

—Ese es un estúpido apodo.

Me dio un puchero falso.

- —Eres linda.
- —No soy linda.







-Lo eres. Eres hermosa. Siempre lo has sido.

Tragué, no estando segura de qué hacer con sus palabras. Esta noche se sintió mal. Sentí que estaba engañando a Deacon. Lo cual era ridículo. Anthony era un viejo amigo. Una gran parte de mi vida mientras crecía. Siempre ha estado ahí para mí. Le debía todo lo que había hecho por mí a lo largo de los años y necesitaba recordar las cosas buenas, no alimentar las dudas.

—Me gustaría invitarte a cenar mañana por la noche.

Sonrei.

—Me gustaría eso.

Me devolvió la sonrisa.

—Bien. Te recogeré a las ocho. Y Keira... probablemente es mejor que no le digas a nadie que estoy aquí.

Otro secreto. Su tono era casual, pero escuché la advertencia subyacente. No digas una palabra de esto a nadie.

- —No diré una palabra.
- —Siempre fuiste buena para guardar secretos.

Porque no tenía otra opción.

Cuando se fue, tiré el resto de mi whisky por el desagüe y puse los vasos en el lavavajillas. Luego me quedé mirando la botella de whisky en la encimera de mi cocina. La etiqueta se burlaba de mí. Me recordaba a mi padre, así que guardé la botella en el armario para no tener que verla. A Killian le gustaba el whisky y se lo daría, pero luego tenía que explicarle de dónde lo había sacado. Así que sí, fue relegado al armario, junto con mis secretos.

Mientras me lavaba los dientes, me pregunté por qué no me alegraba la idea de cenar con Anthony mañana por la noche. Habría pensado que estaría encantada de volver a verle, pero sentí lo contrario, en parte porque se sentía como un sucio secreto. En parte por algo que no podía identificar completamente. Solo un mal presentimiento que se había apoderado de mí y que no podía quitarme de encima. Envolví mi mano alrededor de la cruz en mi cuello y cerré los ojos. Vi la cara de Sasha tan claramente. Sus ojos azules y su pelo rubio despeinado por el sol, su piel bronceada cubierta de tinta. No era religioso, pero la mayoría de sus tatuajes sí lo eran. Cuando me dio su cruz, se la tatuó en el pecho.

- —¿Por qué siempre tuviste que actuar como un imbécil, Sasha? susurré—. Te odio por dejarme. ¿Tenías razón sobre Anthony?
- —Él es solo otro de los matones de tu padre —dijo Sasha. Estábamos flotando en su piscina de mármol, el frenético ritmo de 'El Vórtex' de Hadoueken golpeando desde los altavoces de sonido envolvente. Sasha







estaba descansando en un sofá inflable, fumando un cigarrillo de marihuana. Yo estaba en el inflable que se parecía a los labios de Mick Jagger, sin el cigarrillo, arrastrando mi mano a través del agua azul cristalina—. No hay nada especial en Anthony. No es original y no tiene el cerebro o temple para superar su actual posición. Lo cual es más bajo que la suciedad de mis botas. Es una cucaracha. Uno de estos días voy a aplastarlo. —Sasha cantó el coro de 'La Cucaracha' y rio maniáticamente como el loco que era.

- —No es como los otros —insistí. Siempre estaba defendiendo a Anthony ante Sasha. No sabía por qué me molestaba—. Mi padre confía en él. Y es bueno conmigo.
- —Tu padre no confía en nadie. Él tolera a Anthony. Hay una diferencia, saltamontes.

Puse los ojos en blanco. Sasha estaba en uno de sus estados de ánimo superior. Deslizó sus aviadores por la nariz y me miró por encima de los bordes.

—No lo confundas con un amigo. Soy tu único amigo verdadero y soy un imbécil, así que, ¿dónde te deja eso?

Habiendo entregado su mensaje, el Príncipe de Miami se recostó en el brazo de su sofá inflable y se fumó su cigarrillo. Salí de la piscina y me puse un vestido de algodón sobre mi bikini mojado, metí los pies en mis chanclas y me fui sin decir adiós. Sasha y yo nunca dijimos adiós ni hola. Tampoco nos disculpamos por nada. Ni siquiera cuando debimos hacerlo.

—Regresa más tarde para follar.

Le di el dedo. Se rio.

—Odias cuando tengo razón. Lástima que siempre la tenga.







21

Keira

—Srta. Shaughnessy, un paquete para usted. Un momento —dijo el tipo del escritorio mientras entraba en el vestíbulo después del trabajo.

Gus regresó del armario donde guardaban los paquetes y me dio una bolsa colgante y una caja de zapatos. Mi estómago se revolvió cuando se los quité y vi el logo de Versace en la bolsa y Louboutins en la caja de zapatos. Solo había una persona que me los había regalado.

- -Gracias, Gus.
- —No hay de qué.

Cuando entré en mi apartamento, puse la caja de zapatos en la mesa de café y abrí la bolsa colgante. Me quedé mirando el vestido de Versace. Seda azul de medianoche con ribetes negros. No tuve que comprobar la talla en la etiqueta para saber si me quedaba bien. Me senté en el sofá y me puse la caja de zapatos en el regazo. Quitando la tapa, leí la nota que estaba en el papel de seda.

Espero verte con este vestido esta noche. A. xx

Leí la nota cinco veces, buscando una pista de por qué había sentido la necesidad de comprarme un vestido y zapatos de diseño. Anthony solía saber todo sobre mí. Mi color favorito. Mi vestido y mi talla de zapatos. Mi comida favorita. Sabía que yo solía tener miedo de la oscuridad. Que usé aparatos desde los doce a los catorce años. Cuando golpeé una columna de hormigón en un aparcamiento, rayando la pintura del Jaguar de mi padre, se ocupó de ello por mí, y mi padre no se dio cuenta.

Anthony era el "arreglador" de mi padre. Podía hacer desaparecer cualquier cosa. Nunca se encontraron los cadáveres. Los autos fueron restaurados a la condición de fábrica. Y ahora me enviaba ropa de diseño y me llevaba a cenar.

Tiré la caja en la mesa de café y me escabullí en el sofá, el miedo se me acumulaba en la boca del estómago. Tal vez nunca había visto a Anthony







como un hombre. Solo como el leal soldado de mi padre. Mi guardaespaldas. El hombre que arregló todas mis metidas de pata y nunca dijo una palabra.

Cuando me entregó el pendrive, le pregunté por qué lo había hecho.

—Tú quieres tu libertad y yo quiero ser el hombre que te la dé.

En ese momento, pensé que su gesto era noble. Que arriesgaría su propio cuello para darme algo que siempre había querido. Mi libertad. Mi independencia. La llave para abrir la jaula dorada en la que mi padre me mantenía. Ahora, tenía la sensación de que era el momento de asumir las consecuencias.

¿Anthony intentaba ser como mi padre? El whisky que trajo anoche, el traje caro y la camisa de vestir blanca que llevaba, los artículos de diseño entregados en mi puerta con la esperanza de que yo saltara a cumplir sus órdenes.

—Usa el vestido que te compré para tu cumpleaños, Maggie. Con los pendientes de zafiro.

No soy mi madre.

No soy mi madre.

No soy mi madre.

Tal vez Anthony solo quería hacer algo bueno por mí. Tal vez pensó que yo apreciaría un vestido y zapatos de diseñador. Pero esa sensación de hundimiento en mi estómago no desaparecía. Sabía que nunca me habían importado esas cosas. Nunca había querido los regalos que mi padre me prodigaba. Tal vez eso me hizo parecer una princesa malcriada, pero después de que descubrí de dónde venía el dinero para comprar esos regalos, no quise ser parte de ello.

Anthony tenía un motivo oculto. No estaba segura de lo que era todavía o qué parte esperaba que yo jugara.



Anthony llamó a mi puerta puntualmente a las ocho. Le atendí con unos vaqueros rotos y una camiseta de los Arctic Monkeys sin maquillaje. Era una prueba. Su reacción me daría una mejor idea de con qué estaba tratando.

- —No estás lista —dijo rotundamente. Entró en el apartamento y cerró la puerta tras él.
- —Estoy lista. Podemos mantenerlo casual. —Aunque su traje y su corbata sugerían que la cena de esta noche era cualquier cosa menos







casual—. Tal vez comer unos tacos o algo así. —Le mostré una sonrisa. El movimiento de su mandíbula me dijo que no le divertía.

—Ve a ponerte el vestido y los zapatos. Maquillate y recógete el cabello. —Su tono no daba lugar a desacuerdos. Intentaba dictarme qué debía ponerme y cómo debía lucir.

Crucé los brazos sobre el pecho. Quería respuestas, no órdenes. La confianza y la lealtad, como dijo Deacon, debían ganarse, no exigirse.

—¿Por qué me enviaste un vestido y zapatos de diseñador?

Sus ojos escudriñaron mi atuendo, su desdén evidente. Anthony era guapo, pero su cara era dura e inquebrantable, y sus oscuros ojos no trasmitían calor. No sabía por qué no me había dado cuenta antes. Sentí que me había perdido mucho. Solo había visto lo que quería. Tragué con fuerza, tratando de desalojar el nudo de mi garganta. Otro recuerdo de la infancia empañado. Anthony había sido el único en el mundo de mi padre en el que confiaba y ahora tenía la sensación de que mi confianza estaba fuera de lugar.

- —Es hora de que la princesa se convierta en reina —dijo crípticamente.
  - —¿Qué significa eso?
- —Siempre fuiste mía. Te reclamé antes de que Sasha te conociera. Estaba esperando que crecieras. —Envolvió un mechón alrededor de su dedo, sus ojos revoloteando sobre mi cara, desde mis ojos hasta mis labios—. Te encantaba burlarte de mí con tus pequeños bikinis y tus diminutos pantalones cortos, ¿verdad, Babygirl?

¿Quién era este hombre? El Anthony que conocí nunca me había hablado así. Sacudí mi cabeza, tratando de darle sentido a sus palabras.

- —¿Me burla de ti? Yo nunca...
- —Alardeaste de tu relación con Sasha en mi cara. Dejaste que te quitara la virginidad.

Oh, Dios mío. No debería sorprenderme que Anthony lo supiera. Pero cuando estaba con Sasha, era solo una adolescente y Anthony era un hombre adulto, en sus treinta. Escuchar esas palabras saliendo de su boca sonaba tan mal.

- —Mira, pero no toques —dijo—. Esas fueron las palabras de tu padre. Siempre estabas fuera de los límites. Pero yo te quería. Siempre te quise.
  - —Nunca me miraste de esa manera.
  - —Solo porque no podía. Tuviste sexo con Sasha para ponerme celoso.

No era verdad. Cuando creí que amaba a Anthony, lo amaba en su forma más pura. Nunca había tenido fantasías sexuales con él. Nunca pensé







en él de una manera romántica. Había confiado en él como mi aliado. Mi puerto en la tormenta. Solía creer que Anthony haría cualquier cosa para protegerme. Que nunca me haría daño. Pero ahora no sabía qué pensar.

—Estaba con Sasha porque quería estarlo. Fue mi elección.

Se río como si le hubiera contado un buen chiste.

—Nunca fue tu elección. Tu padre y su padre arreglaron que ustedes dos estuvieran juntos.

¿Insinuaba que mi propio padre me había prostituido? ¿Nos empujó a Sasha y a mí a una relación para su propio beneficio egoísta? ¿Sasha habría aceptado eso si lo supiera?

- —¿Por qué haría eso?
- —Eres una chica inteligente. Estoy seguro de que puedes averiguarlo.

Tal vez mi padre e Ivan habían estado planeando una fusión, alineando fuerzas para hacer crecer sus imperios. O tal vez habían sido enemigos que querían vigilarse mutuamente. ¿Importaba ya? Sasha estaba muerto, su padre había desaparecido. Mi padre estaba en prisión. El mundo en el que me había criado estaba muerto y desaparecido. Sin embargo, aquí estaba Anthony en mi apartamento, en mi espacio, recordándome todas las razones por las que había huido de mi antigua vida.

Bajó su cara a la mía. Dios mío, iba a besarme. Intenté dar un paso atrás, para poner algo de distancia entre nosotros, pero su brazo rodeó mi cintura, una banda de acero me sostuvo en su lugar. Sus labios se estrellaron contra los míos y me besó con fuerza, forzando su lengua a entrar en mi boca. Todo estaba mal. Tan, tan mal. No quería besarlo. No quería que fuera así entre nosotros. Solo quería que volviera a ser como antes, pero eso no era posible.

Él me liberó y yo di un paso atrás, con el pecho acelerado. Quería limpiarme la boca con el dorso de la mano, eliminar todo rastro de ese beso. Una sonrisa curvo sus labios, haciéndome temblar. No tenía ni idea de que un beso y una sonrisa pudieran ser tan repugnantes.

—¿Sabes qué? No me siento tan bien. Lo dejaré para otro día. Tal vez podamos intentar esto de nuevo...

Me agarró del brazo con un apretón parecido a un tornillo de acero. Su voz era pareja, controlada, pero peligrosa.

- —Después de todo lo que hice por ti, ¿realmente crees que te dejaría ir tan fácilmente?
- —Anthony... ¿por qué actúas así? Siento como si ya no te conociera.

  —Una voz en la parte de atrás de mi cabeza me preguntó, ¿alguna vez lo conociste realmente?







—Hiciste tus elecciones. No pretendas ser la víctima inocente. No te conviene.

Sentí que hablaba con acertijos, lo que me hizo sentir estúpida por no entender lo que intentaba decir.

- —No quiero esa vida... no quiero vivir como mi madre. No quiero que me dejen en la oscuridad...
  - —Y aun así estás viviendo así.

Mi aliento se atascó. No lo sabía. No podía saberlo.

—¿De qué estás hablando?

Anthony metió la mano en la chaqueta de su traje y extrajo un montón de fotos que me deposito en la mano. Mis manos temblaron, delatándome, mientras examinaba las fotos. Eran granulosas como si hubieran sido tomadas a distancia y maximizadas en un ordenador antes de imprimirlas, pero era inconfundible quién estaba en estas fotos. Mantuve mi cabeza abajo, una cortina de cabello oscureciendo la expresión de mi cara mientras hojeaba las fotos, con el corazón apretado.

Fueron tomadas la noche que Deacon y yo estuvimos en el barrio chino. Hace dos semanas. Lo que más me llamó la atención de las fotos fue que parecía que nos pertenecíamos. Me detuve en una en la que me decía algo al oído, mi cara se iluminó con una sonrisa. Deacon me hacía feliz.

Pero no podía dejar que Anthony viera lo mucho que me afectaban las fotos, o lo enferma que me hacía sentir por dentro que las tuviera en su poder. Así que les devolví las fotos como si no significaran nada para mí, aunque quería guardarlas y meterlas en un cajón, a salvo de sus ojos entrometidos.

- —¿Me estabas siguiendo? ¿Igual que en los viejos tiempos? —le pregunté, manteniendo mi tono ligero y bromeando.
  - —¿Dejaste que te follara?

Se me revolvió el estómago. Esto era enfermizo. ¿Por qué me preguntaba eso?

Quizá no sabía quién era Deacon. Quizá éstas eran las únicas fotos que tenía. No tenía forma de saber si yo mentía sobre esto. Mi instinto de autopreservación me ayudó.

—¿En serio? Sabes que no soy esa clase de chica. —Me reí como si la misma noción fuera ridícula.

Anthony sabía que tuve sexo con Sasha, pero también sabía que no me acostaba con nadie y que mantenía a los chicos a distancia.

—Supongo que veremos qué tipo de chica eres esta noche. Tengo una sorpresa especial para ti.







Su sonrisa me dijo que no me gustaría esa sorpresa.

—¿Cuál es la sorpresa? —Forcé una sonrisa como si estuviera excitada por la perspectiva.

—Tienes diez minutos para prepararte. Si decides desobedecerme, te vestiré yo mismo.

¿Desobedecerme?



Miré por la ventana mientras cruzábamos el puente y decidí que odiaba la colonia de Anthony. La detestaba absolutamente. Me estaba ahogando con ella. Cuando antes abrí la ventana, él la había cerrado. Ni siquiera se me permitió abrir la maldita ventana. Estábamos en Manhattan en el asiento trasero de un Mercedes negro Clase G conducido por un matón de traje oscuro que supuestamente no hablaba inglés. Después de que Anthony decretara que me preparara, me encerré en el baño e hice lo que me pidió. Algunas batallas valían la pena perderlas para ganar la guerra. Solo necesitaba averiguar en qué guerra estábamos luchando.

La información era poder. Necesitaba más de ella. Incliné mi cuerpo hacia Anthony, decidida a averiguar lo que este psicópata estaba planeando.

Antes de que tuviera la oportunidad de procesar lo que estaba pasando, tomó mi mano izquierda en la suya y deslizó un anillo en mi dedo. Encajaba perfectamente. Miré fijamente la roca en mi dedo anular. Un diamante de corte princesa que debía ser de al menos tres quilates. Odiaba los diamantes. No entendía por qué las mujeres los querían para sus anillos de compromiso. Eran tan fríos. Y me lo había puesto en el dedo sin palabras dulces ni explicaciones.

¿Había hecho la pregunta? ¿Había aceptado esto? No. Y no.

—¿Qué es esto? —pregunté, demasiado sorprendida como para quitármelo del dedo y tirárselo a la cara.

—Vas a ser mi esposa. Es tradición darle a tu prometida un anillo de compromiso.

Mi risa rayó en lo maníaco. Oh, Dios mío. Si Anthony pensó por un minuto que me iba a casar con él, estaba delirando. Todo esto era tan loco que sentí que me habían dejado caer en un universo alternativo.

Anthony me frunció el ceño. Eso me hizo reír más fuerte. Esto era demasiado ridículo para tomarlo en serio. Por alguna razón, eso me calmó. Solo le seguiré la corriente y subiré a este loco tren hasta que averigüe hacia dónde se dirige. Entonces yo... no sabía lo que haría. Tendría que improvisar y entonces me daría cuenta de algo.







- —¿Me amas, Anthony?
- —¿Desde cuándo el amor es un requisito previo para el matrimonio? —Parecía divertido, como si mi pregunta fuera demasiado ingenua para ser tomada en serio.
  - —¿No te casas conmigo por amor?
- —¿Por qué insistes en hablar de amor? —Sonaba exasperado, como si yo insistiera en algo que no era razonable preguntarle a tu futuro esposo. Sobre mi cadáver, aunque esperemos no llegar a eso—. Esto no tiene nada que ver con el amor.

Sigue hablando, Anthony. Derrama tus secretos y te crucificaré.

- —¿Con qué tiene que ver?
- —¿Sabes lo que es limpiar los líos de otro hombre y no recibir nada a cambio más que una botella de whisky?

Lo siento, amigo, ¿pero elegiste ese trabajo por tu propia voluntad y ahora te quejas por ello?

—Entonces, ¿soy el premio por todo tu trabajo duro que pasó desapercibido?

Se rio sin humor.

—Si tu ego quiere creer que eres un premio, entonces, por supuesto, considérate el premio.

Imbécil.

-Eras la joya de la corona de tu padre. Su amada hija.

Y ahora que ha sido despojado de su reino, planea terminar el trabajo. Esto era casi más enfermizo y retorcido que las cosas que mi padre había hecho. ¿Dejaría alguna vez de ser un peón en el juego de alguien?

¿Era mi brújula moral tan retorcida que solía creer que Anthony era uno de los tipos buenos? Nunca había sido un buen tipo.

Anthony siempre había enseñado sus rasgos, sus emociones no la mostraban. Pero debajo de la apariencia tranquila había un hombre frío y calculador. Un hombre que había estado esperando su momento, esperando pacientemente para labrar un pedazo de su propio reino.

- —¿Y cómo encajo exactamente en tus planes? Ya sabes cómo me desenvuelvo, Anthony. Entregué información sobre mi propio padre. ¿Por qué me querrías en tu vida? No se puede confiar en mí.
- —En aquel entonces, sentías que no tenías nada que perder. Nadie que quisieras proteger, excepto a ti misma. Pero eso ha cambiado, ¿no es así?







El hielo congeló mi columna vertebral. Tenía gente en mi vida a la que amaba. Gente que me amaba. Haría cualquier cosa para protegerlos, y Anthony se había dado cuenta de eso. Vio las fotos en mi pared. Mi familia...

Los hermanos que adoraba y sus esposas, mis amigos más cercanos. Y Deacon. Deacon. Anthony, o alguien a quien él había puesto en el trabajo, me había visto con él. Las fotos habían capturado la genuina sonrisa de mi cara. Hasta un tonto podría ver que estaba enamorada de Deacon.

—No me gustaría pensar que Kosta Nikolevsky es un obstáculo en nuestro camino. Qué lástima si termina con una bala en la cabeza.

Oh. Dios.

Aparté la cabeza de él y cerré los ojos, deseando tomar el siguiente aliento.

—Ahora que sabes dónde estamos, confio en que no harás ninguna tontería, Babygirl.

Me prometí que haría lo que fuera para proteger a Deacon, incluso si eso significaba seguir el plan de Anthony hasta que desenterrara suficiente información para enviar su trasero a prisión. Enderecé mi columna y levanté mi barbilla. Esto era la guerra, y yo iba a la batalla. Era, después de todo, la hija de mi padre y si me había enseñado algo, era que había que usar todas las armas de su arsenal.

Momentos después, el Mercedes se detuvo fuera del Four Seasons y otro matón con traje condujo a un hombre que no había visto en tres años al asiento trasero junto a mí. Por supuesto, debería haberme dado cuenta antes.

- —Es tan bueno verte de nuevo, querida —dijo Ivan.
- —Es tan bueno verte a ti también —mentí con una sonrisa en mi cara.

No tenía ni idea de que esto era solo un ensayo general para la actuación de esta noche.

Tontamente, pensé que nada más podría sorprenderme esta noche. Estaba tan equivocada. Muy, muy equivocada.







22

Deacon

Estábamos en el bar de un restaurante ruso obscenamente caro en Central Park South esperando a Petrov. La música folclórica eslava sonaba fuerte y grandes luces rojas colgaban de un techo decorado en rojo y oro. Las pinturas de la patria decoraban las paredes y las prostitutas decoraban los brazos de los viejos ricos. Dos de esas prostitutas habían sido contratadas por Dmitri para la celebración de esta noche: una morena y una rubia. Las llamó a los dos "zorras", por lo que no tuvo que memorizar sus nombres. Él las había enviado a "empolvar sus narices" cuando *ella* entró.

Se veía tan hermosa que no podía apartar los ojos.

El vestido azul medianoche sin mangas brilló en la suave iluminación. Moldeándole cada curva del cuerpo, deteniéndose justo por encima de la rodilla. Sexy. Con clase. Elegante. Mi mirada bajó por sus piernas a unos tacones negros que le rodeaban el tobillo y volví a la cara. Nuestros ojos se encontraron a través de la habitación y los suyos se agrandaron de sorpresa. Igual de rápido, se recuperó y los cerró, la máscara se deslizó en su lugar. Era buena. Su cara no mostraba ninguna emoción. El cabello recogido hacia atrás, unos pendientes enmarcándole el rostro negándose a ser acorralada. Estaba tan ocupado bebiéndome cada detalle que me tomó unos segundos darme cuenta del hombre a su lado. A mediados de los años cuarenta, cabello oscuro, una cara que era dura pero que podía considerarse guapo, un traje oscuro que parecía caro.

Este no era Petrov.

Ella metió el brazo en el suyo y le sonrió. Si no la conociera mejor, pensaría que la sonrisa era genuina. Pero conocí sus sonrisas diferentes y vi que era falsa, la sonrisa brillante que usaba como armadura. Mis ojos se inclinaron a la mano sosteniendo un bolso de mano. Había reajustado su agarre para que pudiera verle los dedos de la mano izquierda.

Jódeme.

Vacié el vodka del vaso y lo puse en el bar. Ni todo el vodka del mundo ayudaría esta noche.









Nuestra acogedora cena tuvo lugar en un comedor privado que Dmitri había reservado. Los cristales de una araña goteaban de un techo pintado con querubines y ninfas, y la larga mesa de comedor ovalada estaba cubierta de tela sedosa blanca con flecos de oro. Las sillas eran de terciopelo rojo recortado en oro. Los apliques de la pared eran de oro. Era jodidamente horrible. En medio de toda esta grandeza falsa diseñada para parecer una imitación barata de un comedor del palacio de San Petersburgo, Keira estaba celebrando la corte. Su actuación fue tan convincente que fue digna de un Oscar. Nadie en la mesa reconocería que estaba interpretando un papel, excepto yo. Y quizás Anthony que la miraba como un halcón.

Dmitri estaba enamorado de ella. Incluso Leon le había agraciado con una sonrisa rara. Las otras dos mujeres en la mesa eran simplemente parte del escenario. No tenían líneas para hablar, ni entradas para hacer. Keira Shaughnessy fue la atracción estrella esta noche. Y ella estaba tirando de todas las paradas.

—Kosta, te ves bien. —Me miró sobre el borde del vaso de Martini. Lo había pedido con Beluga Gold Line y un giro. Lo que encajaba con la ocasión. Esta noche era retorcida—. Apenas te reconocí esta noche.

Bueno, nos conocíamos. Es bueno saberlo. Iba a matar a Casarico y al equipo de campo por no avisarme de esto. Estaba volando a ciegas y tuve que seguir las indicaciones de Keira, todo el tiempo preguntándome qué sostenía Anthony sobre su cabeza.

—Ese es el poder de un traje caro y un corte de cabello. Incluso puede transformar a un vago como yo. —Le di una sonrisa lenta y fácil—. Tú misma te has arreglado bastante bien.

Se rio.

—Tengo mis momentos. Anthony me sorprendió con el vestido y los zapatos. Siempre ha sido muy considerado.

Lo que he oído: Siempre ha sido un idiota controlador. Pisa con cuidado.

- —No sabía que tenías novio.
- —Prometido —me corrigió Anthony.
- —Mi error.

Keira sonrió y extendió el anillo para una inspección más cercana. Era caro y llamativo y para nada su estilo.

- —Otra sorpresa.
- —Bien —dije, era lo contrario.







—Pequeño mundo —dijo Dmitri, con voz tensa—. No me di cuenta que conocías a la hija de Ronan Shaughnessy. —Me inmovilizó con una mirada de acusación.

Me recosté en el asiento y tomé un sorbo de cerveza.

—No me di cuenta de que era la hija de Ronan Shaughnessy hasta esta noche. Me dio un nombre falso, ¿verdad, *Gracie*?

Se encogió de hombros y jugó con base del vaso de Martini.

—Nunca se puede ser demasiado cuidadoso. Soy, después de todo, la hija de mi padre. Mantengo mi círculo pequeño y confio en muy poca gente. Además, pensé que eras un jugador. —Su mirada se dirigió a la rubia a mi derecha. Había olvidado que estaba allí—. Resulta que tenía razón en tener cuidado.

Dmitri se rio y me dio una palmada en la espalda, su buen humor restaurado.

- —Tengo la sensación de que Kosta tiene su parte justa de coño.
- —No hay escasez en ese frente. No puedo quejarme —dije con una sonrisa.

Los ojos de Keira brillaron por un instante y casi se atragantó con un bocado de blini cubierto con caviar. Se cubrió bebiendo el resto del Martini y levantó el vaso mientras el mesero pasaba, pidiendo otro. Encontró el ceño fruncido de Anthony con una gran sonrisa. Si toda esta noche, mirándola y sabiendo que había sido arrastrada a la mitad de algo de lo que había tratado de protegerla, no tuviera mi estómago retorcido en nudos, el espectáculo sería entretenido como el infierno.

Miró los blinis y caviar que había dejado intactos en mi plato.

- —¿No eres fan del caviar?
- —No particularmente.
- —Mmm. Me encanta. —Se metió un blini entero con caviar y todos los ingredientes en la boca y se lamió los dedos cuando terminó de comerlo. Mi mirada se movía hacia Anthony, quien había estado callado la mayor parte de la noche, pero lo había sentido mirándome. Leí la advertencia en sus ojos. Aléjate de Keira. Ni siquiera la mires.

¿Qué tenía en la cabeza? La vigilaba de cerca, así que tenía que tener cuidado de no empeorar las cosas para ella. Pero necesitaba saber que no estaba en peligro. Pasara lo que pasara esta noche, no había forma de que volviera al apartamento con él. O al hotel. O a cualquier lugar con él.

Terminé la cerveza y señalé a la mesera. Era una mujer abotonada, el cabello recogido en un moño apretado que parecía doloroso, maquillaje ligero y gafas. No estaba vestida para llamar la atención sobre sí misma,





hablaba en tonos bajos, modulados si es que en absoluto, hasta el punto de que nadie en la habitación se dio cuenta de que estaba allí.

- —¿Me das otra cerveza?
- —Por supuesto, señor.

Empujé hacia atrás la silla y tiré la servilleta sobre la mesa, la seguí fuera del comedor privado y cerré la puerta detrás de mí con el pretexto de ir al baño de hombres.

Moví el mentón hacia el pasillo, y ella me siguió hasta el final y a la vuelta de la esquina. Abrí una puerta que decía Guardarropa y encendí el interruptor de luz, comprobando que la habitación estuviera vacía antes de llevarla adentro y cerrar la puerta detrás de nosotros.

- —Lo último que supe es que todos estábamos en el mismo equipo. Y me llamaron inconformista. Se suponía que los federales nos pasarían su información. Sabían muy bien que la policía de Nueva York tenía un hombre dentro, y que ese hombre era yo. Era mi cuello en la línea. Mi novia siendo arrastrada en este lío—. ¿Por qué no me informaron de esto?
  - -Necesitamos más información.

Entrecerré los ojos.

- —Más información.
- -Keira Shaughnessy es una persona de interés.

Una persona de interés. ¿El polvo? Era un término pequeño y práctico para tirar alrededor y significaba mierda de gato.

- —¿Por qué? ¿Debido a quién es su padre? Ella no está involucrada en nada de esto.
  - —Si esto es personal, deja tus emociones en la puerta.

Si esto fuera personal.

—Sería mucho más fácil hacerlo si supiera que ella no está en peligro. No quiero que se involucre en esto. No quiero a ese hombre cerca de ella. Así que necesito saber cuál es el plan para garantizar su seguridad.

Me detuvo con una mirada.

—Haz tu trabajo y déjanos hacer el nuestro.

Me pellizqué el puente de la nariz y respiré hondo, tratando de mantener la mierda junta. Ella implicaba que Dmitri y su gente eran mi trabajo, Petrov era de ellos. Si tuviera que elegir entre mi trabajo y Keira, elegiría a Keira, pero en veinticuatro horas todo esto habría terminado.

Solo un día más.

—¿Tu trabajo incluye proteger a la prometida de Anthony Brennan?







- —Sí. Tendrá protección. Estará a salvo. —Su tono de voz debía ser reconfortante. Tan tranquilizador como una persona con una voz corta y una actitud de no podría hacer tonterías. Así que asentí y en esa feliz nota, regresé a la cena del infierno.
- —Keira era tan buena amiga de mi hijo, Sasha —dijo Ivan a la mesa mientras tomaba asiento.
- —Era mi mejor amigo —dijo con una triste sonrisa. Era la primera vez que había sonado genuina en toda la noche.

Ivan sonrió y acarició su mano, los ojos en la cruz alrededor del cuello.

- —Estoy tan feliz de ver que honras su memoria.
- —Nunca me quito esta cruz. Pienso en él a menudo.

A Anthony no le gustó esa respuesta. Los ojos se le oscurecieron y su mandíbula se apretó. Puso su brazo alrededor de Keira, un gesto posesivo. La vi temblar, casi imperceptiblemente. También vi la forma en que le apretó el hombro, más fuerte de lo que un gesto romántico sugeriría, como si estuviera tratando de mantenerla a raya.

Sus ojos se encontraron con los míos. Estaba triste y tenía miedo. Ese cabrón. ¿Qué le había dicho para que aceptara esta farsa? Apartó la mirada antes de regalar más, y la conversación continuó a nuestro alrededor.

El vodka fluía, el caviar se consumía. Se servían más platos. Cordero. Ternera. Patatas. Comida rusa para calentar el alma, o eso decía Ivan Petrov. Tenía ojos azules, cabello castaño canoso y una complexión poderosa. Sería un error subestimarlo, pero cada vez que hablaba de su hijo, sus rasgos se suavizaban, y sus ojos se empañaban. Sasha había sido el talón de Aquiles de Petrov y yo estaba dispuesto a apostar que alguien lo había sabido y lo había usado contra él.



- —Hay dos tipos de mujeres —dijo Ivan—. Con las que te casas, la que será la madre de tus hijos... y las que se convierten en tus putas.
- —Las perras necesitan saber su lugar —concordó Dmitri—. A veces se pasan de la raya.
- —De hecho —dijo Ivan—. Las mujeres tienen que aceptar a qué categoría pertenecen y actuar en consecuencia. Demasiadas mujeres no entienden que el sexo es un acto físico. Si un hombre casado se desvía, no significa nada. ¿Quién quiere una dieta constante de caviar? A veces quieres probar un elemento diferente en el menú.





Dmitri se rio, ja ja ja, como si Ivan hubiera dicho algo inteligente e hilarante.

- —¿Y en qué categoría encajo? —preguntó Keira, entretenida. Estaba en su tercer Martini. La había hecho más audaz y sus ojos seguían buscando los míos, lo que estaba cabreando a Anthony. Pude verlo más agitado a medida que avanzaba la noche.
- —Me voy a casar contigo —dijo Anthony como si estuviera explicando pacientemente algo a un niño. Sabía que no me gustaba el hombre incluso antes de conocerlo. Esta noche había confirmado porque—. Por lo tanto, creo que es algo auto explicativo.
  - —Mmm, no lo sé. Puedo ser una perra a veces.

Anthony se rio.

- —Lo sé. Lo he visto de primera mano. Pero nunca conmigo, Babygirl. —Tomó el Martini de su mano y lo dejó a su alcance—. Siempre me has amado, ¿verdad? Desde que tenías doce.
- —Estaba enamorada de ti, y lo sabías. —Se rio del recuerdo, pero su risa fue forzada, y sus ojos estaban en el Martini que le había quitado.

Los astutos ojos azules de Petrov se centraron en mí.

- —¿Y cuáles son sus puntos de vista, Señor Nikolevsky?
- —¿En cuánto a las mujeres?

Asintió una vez y extendió la mano como una invitación para que compartiera mis puntos de vista. Podía sentir a Keira mirándome, interesada en escuchar cómo respondería.

—No veo la necesidad de poner a las mujeres en categorías. Si encuentro una mujer que pueda ser una puta en el dormitorio y una buena madre para mis hijos, le pondré un anillo. Si de vez en cuando es una perra y da lo mejor que puede, me gustaría pensar que soy lo suficientemente hombre para manejarlo sin sentirme amenazado. Prefiero las mujeres con una racha de salvajismo que dicen lo que piensan y devuelven el empuje. ¿Por qué conformarse con menos cuando se puede tener todo el paquete? Pero, de nuevo..., una mujer como esa solo aparece una vez en la vida. Si tienes suerte.

Ivan me estudió la cara, su frente fruncida como si estuviera tratando de averiguar algo o leer el significado más profundo de mis palabras. Fue fácil. Todo lo que dije fue por Keira, y supe, sin tener que mirarla, que ella entendía eso.

Dmitri se rio y agitó la cabeza.

- —Estás lleno de sorpresas, Kosta.
- —Apuesto a que Kosta también está lleno de secretos —dijo Anthony.







—No —dije con una sonrisa fácil—. Soy un libro abierto. Simplemente soy difícil de leer.

Keira se echó a reír y los demás, excepto Anthony, se unieron.

—Toda la noche he estado tratando de recordar por qué el nombre Nikolevsky me suena tan familiar —murmuró Ivan—. Y luego vino a mí. Se remonta a hace treinta años.

Me tensé, pero mantuve la cara neutral, un truco que había perfeccionado con los años.

—Había una chica... una chica rusa. Trabajó en un club de striptease en Brighton Beach. Cayó en la categoría de puta. Alguien con quien divertirse. Desafortunadamente, ella no entendía la distinción. La niña tonta se embarazó. —Sus ojos nunca abandonaron mi cara—. La pequeña excavadora de oro se enganchaba a cualquier hombre con dinero. Usó su cuerpo y cara bonita para conseguir lo que quería. Hice lo correcto, por supuesto. Le di dinero para un aborto. Ya estaba casado con la mujer que se convirtió en la madre de mi amado hijo. Que descanse en paz. —Ivan se cruzó a sí mismo.

Terminé el resto del vodka en mi vaso. No estaba lo suficientemente borracho para esta noche.

- —Suena como que hiciste lo correcto —dije, manteniendo la voz a tono—. ¿Por qué traer a otro pobre bastardo al mundo?
- —Hmm. Sí —dijo distraído Ivan—. Aun así, me pregunto... desde que perdí a mi hijo... —Agitó la cabeza como para aclararse los pensamientos—. Su nombre era Natalya. ¿Ese nombre significa algo para ti, Kosta?

Sacudí la cabeza.

—No. No puedo decir que sí.





No debería haberlo buscado al otro lado de la mesa. No debería haberlo mirado a los ojos. Pero no podía apartar la mirada. Intenté decirle todas las cosas que no podía decir.







Te amo.

Solo a ti.

Todo esto es una actuación. Estoy haciendo esto por ti. Por nosotros.

Pero todas esas cosas pasaron a un segundo plano después de esta última revelación. ¿Era realmente el hijo de Ivan Petrov? ¿El hermano de Sasha? ¿Podría ser posible?

—¿Crees en el destino?

—Lo hago ahora.

Quería abrazarlo. Decirle que todo estaría bien. Que pronto todo esto sería un recuerdo lejano. Nada más que un mal sueño. Iba a acabar con Petrov, Anthony, Dmitri y con quien estuviera involucrado. Cuando los enviáramos a la cárcel, nos iríamos juntos al atardecer. Verlo esta noche cuando entré en este restaurante me había sorprendido, pero también me había dado la fuerza para jugar con toda esta farsa. Tenía completa fe en él. Él se encargaría de ello.

Pero ahora, además de verme entrar en medio de su misión, Ivan Petrov lo había sorprendido con esta noticia. Deacon nunca había sabido quién era su padre biológico, y pensar que podía estar sentado a mi lado era una completa mierda mental.

¿Cuáles eran las posibilidades? Había más de siete mil millones de personas en el planeta, pero de alguna manera, Deacon y yo nos habíamos encontrado, y nuestras vidas estaban tan entrelazadas, en más formas de las que podríamos haber predicho.

Lo miré al otro lado de la mesa. Tan guapo, el cabello cortado en capas cortas como cuando nos conocimos, la cara afeitada, pero ilegible. Quería arrastrarme a su regazo y sostenerlo y nunca dejarlo ir.

Había sido tan genial, tan desapegado cuando negó con la cabeza y dijo que el nombre Natalya no significaba nada para él. Todos en la mesa le creyeron. Excepto yo.

Deacon y yo éramos mentirosos hábiles, pero nuestro amor no era una mentira. Era nuestra verdad más grande. Solo esperaba, como Eden había predicho, que nuestro feliz para siempre estuviera a la vuelta de la esquina. Pero de alguna manera, sabía que no lo estaba.

Estábamos jugando con fuego y nos íbamos a quemar. Mi mayor pesar era que Deacon me había seguido hasta el fuego.





23

Deacon

La mañana después de la desastrosa cena, Dmitri llamó. Quería verme en el muelle. Esa noche el cargamento de armas y drogas sería entregado al almacén. Sabía que Keira estaba a salvo y que Anthony y Petrov no habían estado cerca de ella desde que la dejaron después de cenar anoche. Ahora mismo, su seguridad y terminar este trabajo eran las únicas cosas que me importaban. Mi único enfoque era el trabajo. No podía permitirme pensar en nada de lo que había sucedido o se había dicho anoche. No hasta que esto terminara.

Caminé hasta el final del muelle y me tomé un café mientras esperaba a Dmitri. Cinco minutos más tarde, apareció con Leon que se detuvo a una buena distancia, dentro del alcance del oído, pero no tan cerca del lado de Dmitri como de costumbre.

Dmitri tomó una calada del cigarrillo y esperé a que hablara.

- —Comienzo a pensar que no eres quien dices ser.
- —¿Cómo es eso?
- —Conoces a la hija de Ronan Shaughnessy. Anthony Brennan se siente amenazado por ti. E Ivan Petrov cree que eres su hijo. ¿Quién coño eres?
  - —Solo un traficante callejero. Nadie importante.

Dmitri se rio sin sentido del humor.

- —Nadie importante. Como resultado, no tendrás que encontrar un nuevo empleador. Petrov quiere tratar contigo directamente.
  - —Trabajo para ti. Este no es mi espectáculo.

Dmitri me agarró por el cuello de la camisa y me golpeó contra la barandilla, justo en la cara.

—Me jodes y te meto una bala en la cabeza. He trabajado muy duro para que *nadie me joda*.

Lo empujé lejos.







—No tengo intención de joderte. Solo quiero mi parte, como acordamos. Eso es todo.

Me miró a la cara y la mantuve cuidadosamente neutral.

—Leon te recogerá a las once.

Con eso, giró sobre el talón y se alejó.

Joder.

Esto no estaba planeado. Pero entonces, estas cosas rara vez lo hacían. No podías anticipar cada movimiento de una persona. Nadie podría haber predicho este espectáculo de mierda.



Tenía un micrófono que transmitía sonido y video conectado al botón de mi camisa negra. Mi equipo de apoyo estaba al final del camino si necesitaba enviar una señal de auxilio. Después de estar libre y limpio, sin comprometer mi fachada, la policía de Nueva York y los agentes federales harían los arrestos. Ese era el plan. Pero ya sabía que los planes podían irse a la mierda en un abrir y cerrar de ojos.

Doscientos kilos de cocaína y heroína envueltos en ladrillos con cinta adhesiva estaban escondidos bajo los productos, cebollas, papas y tomates. Cuarenta y nueve armas de asalto y veintinueve pistolas. Suficiente fentanilo para matar a unos pocos millones de personas. Todo había rodado en el almacén en la parte trasera de un camión de productos, Ivan y Anthony siguiéndolo en el Mercedes, y después de haber inventariado el producto, Dmitri había transferido el dinero a la empresa fantasma de Ivan, y habíamos descargado el producto en los estantes del almacén. Mi parte había terminado. Hora de salir.

—Ahora lo veo. Tu parecido con Sasha —dijo Petrov—. Está en los ojos. Tienes tanto en tu cerebro. Sasha siempre estaba pensando, planeando, tramando. Igual que tú.

Respiré por la nariz tratando de calmarme. No estaba aquí para una charla padre e hijo.

- —Siento lo de tu hijo. Tienes mis condolencias. Pero yo no soy...
- —¿Cómo era tu madre?
- —No lo sé. Murió cuando yo era un bebé. Me crie en un hogar de acogida.
- —Eres mi hijo. Lo sé aquí. —Se golpeó el puño derecho contra el pecho.







- —Te equivocas. No soy tu hijo.
- —Obviamente tienes un don para el negocio familiar —dijo—. ¿Por qué conformarte con tan poco cuando puedes tenerlo todo?
- —Tenerlo todo —repetí, mirando a Anthony con el rabillo del ojo. Estaba hablando con Dmitri y Leon en el camión, pero sus voces eran demasiado bajas para ser escuchadas. Eso me puso nervioso. Sergei estaba en el lado opuesto del almacén vigilando la puerta, Viktor fuera de la puerta en el mirador. Petrov tenía tres hombres dentro, incluyendo a Anthony. Nadie parecía tener prisa por irse—. Lo único que quiero ahora mismo es una cerveza fría y una ducha. Ha sido un día largo.
- —No creo que entiendas lo que te estoy ofreciendo. Esto... esta noche... no fue nada comparado con lo que podemos hacer. Quiero tomarte bajo mi ala, Kosta. Enseñarte las cuerdas. —Me dio una palmada en el hombro—. Nos reuniremos mañana para discutir esto.

Anthony no estaba en ningún lugar a la vista. Dmitri y Leon nos estaban observando a mí y a Petrov.

- —Dmitri, me voy de aquí. —Me dirigí hacia la puerta. Sergei sacó el arma mientras Dmitri y Leon se acercaban, armas desenvainadas.
  - —No lo creo, amigo.

Estaban cerrando filas, los hombres de Petrov volviéndose contra él y nos superaban en número.

Fue uno de esos momentos que sucedieron tan rápido pero que parecían desarrollarse en cámara lenta.

Un disparo sonó y me giré, sacándome el arma de la cintura mientras el sonido de los disparos rebotaba en las paredes del almacén.

- —¿Quieres saber las últimas palabras de tu hijo antes de morir, viejo?
- —¡Hijo de puta! —Petrov jadeó, agarrándose del hombro y balanceándose sobre los pies.
- —Vete a la mierda. Esas fueron sus palabras. Un luchador hasta el final —dijo Anthony, poniendo una bala en la cabeza de Petrov.

Anthony me apuntó con su arma.

—Te recordaré cuando me acueste con Keira.

Mi dedo apretó el gatillo al mismo tiempo que una bala explotó del arma de Anthony. *Hijo de puta*. Retrocedí por el impacto y disparé de nuevo. El arma se me deslizó de la mano y reboto contra el concreto mientras las puertas del almacén se abrían.

—¡Policía! No se muevan.







Mis rodillas chocaron contra el suelo, la visión borrosa. El dolor ardiente me quemó el pecho. Miré hacia abajo a la sangre, la mano cubriéndome el corazón mientras caía sobre el hombro.

De algún lugar lejano, escuché el sonido de las sirenas. El zumbido de las hélices de helicóptero. Botas sobre hormigón. El crujido de una radio policial.

Cerré los ojos. Algo pesado presionándome el pecho. Jadeé por aire, luchando por sacar mi próximo aliento.

—Quédate con nosotros —dijo una voz áspera—. ¿Me oyes?

Dicen que antes de morir tu vida te pasa ante los ojos. Todo lo que vi fue a Keira. Su cara. Su sonrisa. Su todo. La vi en el bosque, su cabello salvaje volando detrás de ella mientras corría. En las ruinas de un viejo hotel, subiendo una escalera a ninguna parte. Sentada en la cima de la montaña, su rostro se inclinó hacia el sol, una gloriosa sonrisa en su rostro.

Mi descalza Cenicienta. Mi retorcida princesa.

- —¿Lucharías por mí?
- —Hasta la muerte.
- —ċSerías mi viaje o muerte?
- —Hasta mi último aliento.







24

Keira

Eran las dos de la mañana, pero estaba demasiado cansada y con muchas ganas de dormir, tantos pensamientos y recuerdos arremolinándoseme en la cabeza que no podía encontrar paz. "Deja Vu" de Post Malone sonaba a través de mis auriculares, cancelando el ruido de la ciudad. Estaba de vuelta en mi vieja casa familiar. Los pies apoyados en la barandilla del balcón, miré hacia el cielo negro y azul sin estrellas. No recuerdo haberme sentido tan sola como esta noche.

Alcanzando la cruz alrededor de mi cuello, me recordé una vez más que no estaba allí. Anthony me la había arrancado del cuello anoche, dejándome una marca roja cruda en la piel, y había metido el collar en su bolsillo antes de que el auto me dejara en mi edificio. Después de que Ivan había lanzado esa bomba en la cena, Anthony había estado distraído y al límite. Afortunadamente, no lo había visto desde entonces. Minutos después de entrar en el apartamento, dos agentes federales aparecieron en la puerta. Me habían preguntado sobre mi relación con Ivan Petrov y Anthony Brennan, y sus lazos con mi padre. Había respondido tan honestamente como pude. Desconocía el negocio. Nunca había tenido conocimiento de ello. No había tenido contacto con Anthony en más de diez meses y no había visto a Ivan en tres años. También me interrogaron sobre Deacon, preguntándome cuánto sabía sobre él y qué me había dicho sobre su misión.

Nunca me dijo ni una palabra. Nunca hablamos de su trabajo y nunca le dije a nadie sobre nuestra relación, fue mi respuesta.

Había dicho la verdad. Dijeron que me contactarían si tenían más preguntas.

Me froté la mano sobre el pecho. El dolor sordo en mi corazón no se iría. Dolía tanto que apenas podía respirar. No tenía la cruz de Sasha para protegerme. No tenía a Deacon aquí para abrazarme y decirme que todo iba a estar bien. Sabía que no estaría bien.

Lo supe anoche en ese restaurante ruso.



#### Paradise BOOKS



Mi tono de llamada cortó a través de la música en los auriculares. Saqué el celular del bolsillo y miré la pantalla.

No. No, no, no.

Respondí la llamada y cerré los ojos, deseando poder volver en el tiempo, a esos dos días en las Catskills. Hasta que Anthony apareció en mi puerta.

- —¿Hola? —Sabía quién era. El nombre estaba en la pantalla. Habíamos intercambiado números antes de que se fuera ese domingo. Había sido idea de Deacon.
  - —Mamá, deberías tener el número de Keira.
- —Hola cariño. Soy Faye Ramsey. Siento llamarte tan tarde. Es Deacon...
- —Él... —Tragué duro. No me habría llamado tan tarde si no fuera serio—. ¿Qué pasó?

Dudó antes de responder.

—No tenemos muchos detalles. Acabamos de llegar al hospital.

Asentí, aunque me no podía ver.

- —De acuerdo. ¿Qué hospital? Yo... em, puedo encontrarme ustedes...
- —Te enviaré la información.
- -¿Puedes decirme... lo qué sabes?

Dudó otra vez como si tratara de decidir cuánto decirme.

- —Por favor. Necesito saber.
- —Recibió un disparo en el pecho. Lo llevaron a cirugía.

Un disparo en el pecho.

- —¿Y cariño? Asegúrate de tomar un taxi. Sé que Deacon no querría que condujeras cuando estás alterada.
- —De acuerdo. Nos vemos pronto. Gracias por llamar. Gracias por hacérmelo saber.
  - —Él querría que lo supieras. Y estaremos aquí para ti cuando llegues.

Nos despedimos y cortamos la llamada y me pregunté cómo podría haber sonado tan tranquila cuando su hijo había sido baleado. Pero eso era lo que tenías que hacer. Tenías que mantenerte fuerte. Tenías que mantenerte en pie por la gente que te rodeaba. Este no era el momento de desmoronarse o pensar en el peor de los casos. Era el momento de esperar y orar. Pedir, hacer un trato y rogar a Dios.

Respiré con dificultad y recorrí mis contactos.







- —Llámame cuando quieras. Día o noche.
- —Lo haré. Eres mi persona de las dos de la mañana.

Quince minutos después de llamar a Connor, el Range Rover de Killian se detuvo fuera de mi edificio donde los había estado esperando. Ahora estaba sentada en el asiento trasero al lado de Ava y Eden, camino al hospital. Tal vez había ayudado que me hicieran hablar. Les conté la historia de Deacon y yo, sobre cómo nos habíamos encontrado en junio mientras trabajaba encubierto, y desde entonces hemos estado en una relación.

Nadie se sorprendió demasiado al escuchar eso. Tuve la idea de que había confirmado algo que ya habían sospechado.

Pero dejé fuera todo lo que había sucedido en las últimas cuarenta y ocho horas. Anthony. Ivan. Nuestra conexión retorcida. Y cómo nuestros mundos habían chocado.

- —Killian, ¿no puedes conducir más rápido? —pregunté desde el asiento trasero. Fue una petición poco razonable. Killian no era un conductor lento y Faye me dijo que Deacon había sido llevado a cirugía o sea que no podríamos verlo de todos modos. Pero necesitaba estar en el hospital. Necesitaba estar ahí para él.
  - —Ya casi llegamos —dijo Connor—. Todo va a estar bien.
  - —¿Me lo prometes? —le pregunté, sabiendo que no podía.
- —Solo tienes que tener fe, nena. Es un tipo duro. Es un luchador. Si alguien puede superar esto, es Deacon.

Eso era lo máximo que podía ofrecerme. Sin promesas. Sin garantías. La vida no funcionaba así.

- —Hay tantas cosas que no le he dicho. Tantas pequeñas cosas que todavía no sé de él.
- —Tendrás tu oportunidad —dijo Eden—. Podrás contarle todas las cosas.

Killian miró a Eden por el espejo retrovisor. No me perdí la mirada en su rostro. La silenciosa advertencia de que no debería estar ofreciendo falsas esperanzas.

—Cuéntanos más sobre Deacon Ramsey —dijo Ava, apretándome la mano, tratando de aliviar parte de la tensión en el auto.

Había tanto que todavía no les había dicho, pero no sabía lo que podía y no podía decir. ¿Habían sido ya arrestados Ivan y Anthony? ¿Por qué le dispararon a Deacon?

—Sería una pena que terminara con una bala en la cabeza.

Escalofríos me recorrieron la columna. ¿Fue mi culpa? ¿Le dispararon por mi culpa?







Por una corazonada, busqué en Google a Ivan Petrov, no esperaba obtener respuestas, pero valía la pena intentarlo.

Oh. Mi. Dios.

Ivan Petrov y Anthony Brennan fueron declarados muertos en la escena.

El nombre de Deacon no había sido mencionado, citando que era un detective que había estado trabajando encubierto y que querían proteger su identidad. La ambulancia había sido escoltada al hospital por una caravana de oficiales. Seis hombres habían sido arrestados y estaban detenidos en conexión con doscientos kilos de drogas y las armas que habían sido incautadas en un almacén de Queens a las doce y veintitrés de esta mañana.

Me quedé con el teléfono mientras Killian entraba en un estacionamiento cerca del hospital y apagaba el motor.

Encontramos a los Ramsey en la sala de espera y Faye, Cal y Abby me dieron un abrazo antes de hacer las presentaciones. Luego tomamos nuestros asientos y esperamos. Bebimos café que compramos en la máquina expendedora y escuchamos las historias de Deacon que su familia contó. Me encantó escuchar sobre Deacon de niño y las pequeñas anécdotas que compartían.

En algún momento durante esa horrible noche de espera, esperanza y oración, encontré la paz. No era algo que pudiera explicar o incluso entender, pero sabía, en mi corazón que Deacon estaría bien. Sabía que tendríamos nuestra oportunidad. Sabía que la vida no sería tan cruel como para alejarlo de toda la gente que lo amaba. Le sonreí a Faye que estaba sentada frente a mí y su sonrisa coincidió con la mía.

Quince minutos después, el doctor confirmó lo que ya sabíamos. Deacon estaba en condición crítica pero estable. Iba a salir adelante. Había tenido suerte, si pudiera llamarlo así. La bala no le había dado en el corazón.



Me senté en la silla que Faye acababa de dejar vacía y la acerqué más a la cama de Deacon, tomando su mano en la mía. Le dio un pequeño apretón.

—Hola nena. —Su voz estaba ronca y áspera por el tubo que había estado en su garganta.

Sonreí.

—Hola cariño. Harás cualquier cosa por un poco de atención.

Se rio y luego se estremeció.







—Oh Dios. Lo siento. No te rías. Mierda. Mi trato con los pacientes necesita algo de trabajo.

Eso le hizo reír de nuevo lo que pareció doloroso. Era una idiota. Esta era mi oportunidad de decir todas esas palabras que había querido decir, de decirle todo lo que tenía miedo de no ser capaz de decir. En vez de eso, lo miré fijamente, los tubos de la intravenosa en su brazo, la bata del hospital que cubría los puntos de sutura en su pecho, los tubos de oxígeno en su nariz. En su cara, tan pálida bajo su bronceado. Y me golpeó de nuevo. Deacon había recibido un disparo y casi lo habíamos perdido.

#### —¿Duele?

—No puedo sentir nada. Tienen buenas drogas en este lugar. —Traté de reírme, pero salió como un sollozo. Me apretó la mano de nuevo—. Estoy bien. Tuve suerte.

Solo Deacon diría que había tenido suerte después de recibir un disparo en el pecho, aunque antes había estado diciendo lo mismo, ahora la realidad no se sentía tan afortunada.

- -¿Cómo puede ser esto suerte?
- —Tenía mi piedra de la suerte en el bolsillo. Podría haber recibido un disparo en el bolsillo. Eso habría sido una verdadera tragedia.

Me rei.

- —Oh Dios mío. Estás loco. —Sonrió, sus párpados pesados como si estuviera luchando por dormir y tratando de mantenerse despierto porque yo estaba aquí—. Debería dejarte descansar un poco.
  - —Quédate. No me dejes.

Tragué con fuerza.

—No te dejaré. Estaré aquí a tu lado. Duerme un poco.

Los ojos se le cerraron y me senté junto a la cama y lo vi dormir, su pecho subiendo y cayendo a un ritmo constante, su corazón todavía latiendo. Cerré los ojos, dejando que todas las emociones me inundaran, las horas de espera y la preocupación de que no se recuperara. Pero lo hizo. Era fuerte, era un luchador y estaba vivo.

—Te amo —susurré.

Y luego me permití llorar. Lágrimas de gratitud y alegría mezcladas con tristeza y alivio porque ahora sabía que él iba a estar bien y que, de alguna manera, de alguna manera, saldríamos de esto juntos.







25

Deacon

### SEIS SEMANAS DESPUÉS

Se había confirmado. Ivan Petrov era mi padre biológico. Mientras estaba en el hospital, le pedí a Casarico que enviara nuestras muestras de ADN al laboratorio para analizarlas. Mejor saber la verdad que estar siempre preguntándome. Había coincidido.

En las últimas semanas, he tenido tiempo de pensar en lo que eso significaba para mí y he llegado a la conclusión de que no significaba mucho. Cal Ramsey era mi verdadero padre. Durante veintiún años, siempre había estado ahí para mí. Cuando era niño, me había disciplinado cuando lo necesité, jugó a la pelota conmigo en el patio, me ayudó con las tareas, asistió a todas las reuniones de padres y maestros y se reunió con el director y el consejero escolar más veces de las que ninguno de los dos querría recordar. Me enseñó a tratar a una mujer con respeto. Me enseñó a ser un hombre. Y a través de todos los altibajos y mis rebeldes años de adolescencia cuando me había comportado mal y probablemente no le había gustado mucho, todavía me amó. Nunca tuve que preguntarme o adivinar. No solo me lo había dicho, sino que me lo había demostrado con sus acciones. Había tenido suerte. Había sido elegido por padres que sabían amar y se entregaron libremente, a pesar de no compartir ningún ADN.

Así que Ivan Petrov no era mi verdadero padre. Fue el donante de esperma que sintió que había hecho "lo correcto" al darle a Natalya dinero para un aborto. Había tratado con todas esas emociones rápida y eficientemente y, en su mayor parte, había seguido adelante. Sabía quién era, y sabía el tipo de hombre que quería ser. Ivan Petrov no tenía nada que ver con eso.

Había hecho las paces con apretar el gatillo y meterle dos balas a Anthony Brennan. Fue en defensa propia y si hubiera habido otra salida, la habría tomado. Matar a un hombre no es algo de lo que me sienta orgulloso.





No me lo tomo a la ligera. Pero puedo vivir con ello. Puedo mirarme en el espejo sin pestañear. Hice lo que tenía que hacer.

Encontré la manera de dejar atrás el incidente del tiroteo y la revelación de Ivan Petrov, pero Keira no.

Mientras me recuperaba, Keira había estado viviendo conmigo. Haciendo de enfermera. Preocupándose por mí. Ocupándose de mí. Su frente perpetuamente arrugada. Estaba asustada, y si había algo que odiaba más que ver a Keira triste o infeliz, era verla asustada. Había dejado que sus miedos se apoderaran de ella y estaban empezando a consumirla.

Había habido innumerables noches en las que me despertaba para encontrarla mirándome en la oscuridad, su mano en mi corazón para asegurarse de que seguía latiendo. Tenía miedo de perderme. Miedo del día en que volvería a trabajar. La semana pasada, en medio de la noche, había sentido que me miraba.

- —¿Vas a mirarme toda la noche? —le pregunté, con los ojos todavía cerrados.
- —Tal vez. —Puso su palma en mi corazón. Sobre la cicatriz de mi pecho. Abrí los ojos y giré la cabeza para mirarla. Estaba de lado, con la cabeza apoyada en su mano.
- —¿Por qué el Escuadrón de Pandillas? Diles que te asignen a la guardia de tráfico o algo así.
  - —¿Quieres que me muera de aburrimiento?
  - —Eso no es gracioso —dijo ella sombríamente.
- —Es mi trabajo, cariño. Lo que pasó esa noche no fue la norma. Repetí las estadísticas de la probabilidad de recibir un disparo en el trabajo. Era poco probable—. Es más peligroso ser leñador que policía.

Pero no se lo creía y nada de lo que yo pudiera decir la tranquilizaba.

—Cada vez que salgas por la puerta, me preocuparé de que no vuelvas a casa.

Quería decirle que siempre volvería a casa con ella, que no me iba a pasar nada. Pero no podía dar ese tipo de garantía. Nadie podía. Nunca sabías cuando se acababa tu tiempo.

- —No puedes vivir con miedo. Esa no es manera de vivir.
- —Casi mueres, Deacon.
- —Pero no lo hice. Sigo aquí, a tu lado. Apoyado en tres de tus suaves almohadas. —Era exagerado. El aire era más fino aquí arriba.
  - —Estoy tratando de cuidarte.





- —Y te lo agradezco. Pero si quieres cuidarme, baja la mano. —Guie su mano a donde yo quería—. Olvida la mano. Quiero estar dentro de ti.
  - -Estoy hablando en serio.
  - -Yo también. Necesito estar dentro de ti.
- —¿Recuerdas cómo te sentiste cuando Eddie puso esa piedra en mi válvula de aire? Multiplica eso por mil y ni siquiera te acercarás a sentir como yo. ¿Y recuerdas lo enojado que estabas conmigo?

Lo recordaba. También recordé que mi enojo estaba dirigido principalmente a mí mismo por no poner fin a esas carreras. Y que lo que realmente me había enojado era que me había mentido.

- —Eso fue diferente.
- —¿Sabes lo que es? Una doble moral. Está bien que te preocupes por mí, pero no está bien que yo me preocupe por ti.
- —No está bien cuando te mantiene despierto por las noches. O cuando te da miedo vivir, Keira.

Lo pensé un poco en los siguientes días. Dios sabe que tuve mucho tiempo para sentarme y pensar en la mierda. Si hubiera dependido de mi madre y Keira, mi culo estaría plantado en el sofá todo el día, a distancia, hasta que Keira volviera a casa del trabajo cada noche. Pero se me ocurrió una solución al problema.

Mi solución era poco ortodoxa y un poco loca. Para la mayoría de la gente, no tenía sentido, lo que la hacía perfecta para nosotros.

- —¿Extrañas las carreras callejeras? —le pregunté unas noches después en una cena con carne con chile y pan de maíz que mi madre le había enseñado mientras lo cocinaba. Desafortunadamente, Keira se había salido de la pista y añadió chiles que eran sin duda los más picantes del planeta. Así que no podía decirte si el chile era bueno o no. Después del primer bocado, mis papilas gustativas quedaron destruidas durante dos días. Era tan picante que mis ojos se llenaron de lágrimas, mi nariz corrió y mis labios se ampollaron.
- —¿Es una pregunta capciosa? ¿Más Chile Diablo? —preguntó, con una sonrisa malvada en su cara.
- —Es una respuesta de sí o no. No al chile. Y no siento ninguna compulsión por terminar el tuyo tampoco.
- —Así que fue un éxito —dijo con una sonrisa engreída—. Y sí. Pero prometí no hacerlo más.
  - -¿Y si hay una manera de hacerlo legalmente?
- —¿En serio? ¿Dónde? ¿Cómo? —Sus ojos se iluminaron de emoción y así supe que era la solución perfecta.





Así fue como terminé en las gradas de una pista en Jersey un miércoles por la noche con su familia.

- —Explícame por qué demonios pensaste que era una buena idea. Killian frunció el ceño en los carriles de montaje donde Keira estaba esperando su turno para correr. Cada miércoles, la pista de carreras amateur se preparaba como una noche de prueba y ajuste. Los autos tenían que ser legales en la calle y los conductores tenían que mostrar su licencia, registro y seguro de auto y había una división especial para los muscle cars, así que era perfecto para Keira.
  - —Las carreras la hacen feliz —dije simplemente.
  - —Eres un policía —gruñó.
  - -¿Tu punto?
- —Mi punto es que hace seis semanas pasamos toda la noche en un maldito hospital, sin saber si ibas a sobrevivir a una herida de bala. Keira estaba cagada de miedo y estaba preocupada por ti. Ella ha pasado por mucho y tú también. ¿Y crees que las carreras de aceleración son la respuesta? —Hizo un gesto a los dos autos que pasaron de largo, el rugido de sus motores fuerte mientras se comían la pista de cuatrocientos metros—. Le dije que no podía escapar de su pasado y ahora decides que sí puede indicó incrédulo.
- —Entiendo tu punto. Pero esto no se trata de dejar atrás su pasado. Se trata de vivir sin miedo.
  - —Creo que no estás entendiendo —le dijo Connor a Killian.

Killian lo miró fijamente.

- —El punto es que Deacon y Keira están locos, lo que los hace perfectos el uno para el otro —dijo Ava, dando un mordisco a su churro bañado en chocolate derretido.
  - —Gracias —dije, eligiendo tomar eso como un cumplido.
  - —Cuando quiera, Detective McHottie.

Me reí del nuevo apodo que Ava me había dado.

- —Esto es una carrera callejera legal de aceleración —le dije a Killian.
- —La próxima vez deberíamos ir a la fiesta —dijo Eden.

Ava chocó los cinco con ella.

- —Traeremos cócteles para ti. —Le dio un codazo a Killian—. Anímate, Killian. Keira estará bien. Aunque este DJ deja algo que desear. ¿Es música country mezclada con heavy metal?
  - —Debe ser música de carreras de aceleración —dijo Connor.
  - —Las carreras de aceleración no son seguras —dijo Killian.







—¿Desde cuándo alguien en esta familia juega a lo seguro? — preguntó Eden.

Killian dejó escapar un suspiro exasperado.

- —Cada uno tiene que encontrar su propia manera de lidiar con la mierda —dijo Connor—. Esta es la suya. Respétalo.
- —Es bueno ver a Keira feliz —dijo Eden, metiendo su brazo en el de Killian—. Se parece más a Keira esta noche.

Eden dio en clavo. Keira no estaba hecha para el carril lento y cuando se sentaba, preocupándose y dejando que sus miedos la consumieran, perdía esa chispa en su interior.

Concentré mi atención en el Charger negro y en la chica al volante. Condujo alrededor de la caja de agua y retrocedió para que solo se mojaran sus neumáticos traseros y luego se adelantó justo antes de la línea de salida e hizo un burnout, freno de fuerza, haciendo girar el auto sobre las llantas. Como un maldito profesional. Incluso a través del humo, pude ver su sonrisa.

Nada como hacer un burnout para hacer a mi chica tan feliz como un niño en Nochebuena.

—Maldición —dijo Connor—. Es impresionante.

La nube de humo que el Charger emitió, y el ruido de la ametralladora al revivir el motor fue impresionante.

Keira giró la cabeza, buscándonos en las gradas. Cuando nos vio, justo enfrente, nos dio una gran sonrisa y un saludo y luego me envió un beso. Yo le devolví el beso. Alguien se rio. Probablemente Ava. Keira se detuvo en la línea de salida junto a un Mustang Cobra y mantuvo los ojos en los semáforos. Los focos redondos de color ámbar hacían una cuenta regresiva y luego la luz verde parpadeaba, y estaba fuera como un disparo.

Su sección de animadores era ruidosa y entusiasta, y la carrera duró veinte segundos. Terminó tan rápido que fue un borrón y dejó muy poco tiempo para preocuparse por lo que podría salir mal.

Keira cruzó la línea de meta, vencedora, con medio auto de ventaja. El Mustang nunca tuvo una oportunidad.

—¿Así que este es tu plan? —me preguntó Killian, aunque admitió a regañadientes que Keira lo hizo bien. Y enfrentémoslo, Killian nunca había sido reacio a los riesgos. Solo se preocupaba por las mujeres de su vida, lo que yo entendía perfectamente.

Sonreí.

—Tenemos montañas que escalar. Este es el primer paso.

Connor se rio.





- —A este ritmo, estarás escalando esa montaña en un tiempo récord.
- —No nos andamos con rodeos. Estaremos en camino de bajarla para mañana —anuncié con confianza. Posiblemente sea prematuro y arrogante asumir eso, pero tenía fe en Keira. Tenía fe en nosotros. Era fuerte y resistente, y matábamos nuestros demonios juntos.
  - —Supongo que estarás ahí para tomarle la mano —dijo Connor.
  - —Cada paso del camino.

Ava aplaudió con las manos juntas.

—Esto es tan emocionante. Voy a configurar sus cuentas de medios sociales. Keira va a ser la sensación más caliente en el circuito de carreras de aceleración.

Connor y Killian gimieron al unísono. Yo me reí. Keira ya había hablado de conseguir patrocinadores y un auto sin modificar en el viaje a Nueva Jersey y estaba seguro de que después de la actuación de esta noche, hablaría de ello todo el camino a casa.

Ava me dio una pequeña palmada en el hombro y luego hizo una mueca.

- —Lo siento. Sigo olvidando que te estás recuperando de una herida de bala.
- —Estoy bien. No te preocupes por eso. —Le decía a Keira lo mismo pero cada vez que lo decía, se enojaba y me decía que no tomaba mis heridas lo suficientemente en serio.
- —Todos los seguidores de Keira los van a amar a los dos juntos. Puedo verlo ahora... el detective y la corredora de carreras. El equipo de los sueños.
- —Cariño, baja un poco el listón —dijo Connor—. Las redes sociales son más peligrosas que las carreras de aceleración.
- —Tienes que superar tus problemas con las redes sociales. Mira lo que hizo por la carrera de Killian. Y por Forever Ink —continuó Ava, argumentando su caso mientras caminábamos hacia el estacionamiento para esperar a que nuestra corredora de carreras de aceleración llegara.
- —¿Cómo te sientes? —le preguntó Eden mientras yo me ponía al día con ella y Killian.
  - —Todo está bien. Tuve suerte.
  - —No vuelvas a asustarnos así.
- —Lo intentaré con todas mis fuerzas. —Mis ojos bajaron hasta su estómago. No podía decir si tenía un chichón o no debajo de su chaqueta de plumas—. ¿Cómo te sientes?

Killian le rodeó los hombros con su brazo.







—Me siento genial. Tuve suerte. De hecho, tengo suerte todos los días. A veces dos o tres veces al día. —Ella le guiñó un ojo a Killian, quien sacudió su cabeza y se rio.

Nos detuvimos en el Range Rover de Killian estacionado junto a la Harley de Connor para esperar a Keira. Diez minutos después, ella entró en el estacionamiento.

—Aquí viene Mario —dijo Ava—. ¿Ya has arreglado sus multas por exceso de velocidad? Es una de las ventajas de estar con un policía, ¿verdad?

Crucé los brazos sobre el pecho.

—¿Qué multas por exceso velocidad?

Ava se puso la mano en la boca.

- —Olvida que dije algo.
- —Jesucristo —murmuró Killian.

Keira saltó de su auto y se arrojó a mis brazos.

- -Gracias. Fue una gran carrera.
- —Mi objetivo es complacer.
- —Oh, lo haces, Batman. Me complaces mucho. —Le palmeé el culo y la levanté, sus piernas se me pegaron a la cintura y aplasté mi boca contra la suya. Me besó, largo y lento y sucio, y me olvidé de sus multas de velocidad.

Besar a Keira Shaughnessy era otra razón por la que estaba agradecido de estar vivo.

—Consigan una habitación —dijo Ava.

Al romper el beso, Keira me sonrió cuando la dejé en el suelo. Me dio la espalda y la abracé con mis brazos, lo que la impulsó a aplastar su trasero contra mi entrepierna.

- —Sigue así y tendré que follarte en el asiento trasero —le susurré al oído.
  - —¿Me lo prometes?
  - —Que tengas un buen viaje a Virginia —dijo Eden, abrazando a Keira.
  - —Llama si necesitas algo —dijo Connor.

Después de que se intercambiaran los abrazos y los demás se fueran, extendí mi mano y moví los dedos.

- —Entrega tus llaves, Bellota.
- -Nadie maneja mi Charger excepto yo.







-¿Cuántas multas de velocidad tienes?

Entrecerró los ojos y le di una palmada en el trasero.

- —Pon tu dulce trasero en el asiento del pasajero. Te enseñaré algunas habilidades tácticas de conducción y maniobras.
- —Ooh, sexy. Espero con ansias esa lección. —Me palmeó los bolsillos para asegurarse de que la piedra estaba en el bolsillo de mis vaqueros antes de entregar sus llaves. Todavía era supersticiosa. Aún creía que la piedra me había protegido, aunque nunca lo admitiría. Pero Keira había vuelto, su actitud se había restaurado.
- —¿De verdad vamos a hacer esto mañana? —preguntó en el camino a casa.
  - -Realmente vamos a hacer esto. ¿Lo dudabas?
  - —No. No eres un troglodita. —Sonaba molesta por eso.
- —No tiene sentido aferrarse al pasado. Solo tenemos que lidiar con él de frente, hacer las paces y seguir adelante.
  - —Haces que suene tan simple.
  - —No tiene que ser complicado.

Ella se rio.

—Sí, está bien. No es complicado que te haya disparado un hombre que solía trabajar para mi padre. O que descubrieras que Ivan Petrov era tu padre y Sasha, mi mejor amigo y primer novio era tu hermano. Porque eso no es una locura.

Era una locura. Jodido. Raro. Una coincidencia más allá de mi imaginación más salvaje. Pero así era la vida. No podías inventar esta mierda. No tenía ningún interés real en Ivan Petrov, pero me hubiera gustado tener la oportunidad de conocer a Sasha, así que era extraño, pero de alguna manera encajaba que Keira fuera nuestro vínculo común.

Teníamos un viaje de diez horas por delante mañana. Mucho tiempo para hablar y resolver las cosas antes de que se enfrentara a su padre. Todavía teníamos asuntos pendientes. Será mejor que lo saquemos todo a la luz.

—En el camino, puedes contarme todo sobre Sasha.





26

Keira

Era el tercer día de mirar fijamente las paredes de la prisión desde el estacionamiento. Llevábamos veinte minutos sentados en el todoterreno de Deacon. Ya había comido un Pop-Tart de canela y terminado mi café. Lo cual era mi señal para decirle a Deacon que estaba lista para irme. Luego conducíamos por unas horas. Hablábamos. Comíamos. Mirar películas en la habitación del motel. Teníamos sexo. Dormir y levantarse temprano para ir al estacionamiento de visitantes y hacerlo todo de nuevo.

Me senté más derecha cuando una mujer cruzó el estacionamiento, con su abrigo de lana negra con cinturón, mostrando su figura recortada. Su cabello oscuro era brillante y peinado a la perfección y aunque no podía ver su rostro claramente desde aquí, estaría dispuesta a apostar que su maquillaje era perfecto. Ni una sola grieta en su fachada. La máscara firmemente en su lugar. Mi madre era hermosa. Ni siquiera las circunstancias podían cambiar eso.

Deacon la miraba por la ventana, y aunque no la conocía, debió saber quién era porque se levantó del asiento del conductor, rodeó la parte delantera de su camioneta y me abrió la puerta.

—Hoy es el día —dije.

Él sonrió y yo tomé la mano que me tendió. Ya había decidido que esto era algo que debía hacer sola, y sabía que Deacon entendería que no estaba tratando de sacarlo.

—¿Segura que no quieres que vaya contigo?

Asentí con la cabeza.

- —Necesito hacer esto.
- —Está bien. —Me dio un pequeño apretón de manos—. Estaré aquí mismo esperándote.
  - —Cuento con ello.

Con eso, corrí tras mi madre que estaba casi en la puerta de la sala de espera de visitas.





- —Mamá —llamé. Sus pasos no fueron lentos y no se dio la vuelta ni miró por encima del hombro, así que la llamé por su nombre de pila. Eso hizo que se detuviera y se diera la vuelta. Qué triste que no respondiera a "Mamá".
- —Keira. —Me miró de arriba a abajo. Llevaba la parka negra Moncler abierta sobre una sudadera de gran tamaño que había robado a Deacon, vaqueros ajustados y botas de motorista. Sin maquillaje, solo bálsamo labial. Mi cabello un salvaje lío de ondas que casi llegan a mi cintura ahora. Cuando vivía en Miami, solía peinarlo en un salón caro y usar productos caros, planchas y un secador de cabello para someterlo. Ahora tenía suerte si le pasaba un cepillo.

Ella frunció los labios.

- —¿Qué estás haciendo aquí?
- —Yo... vine a visitar... —Agité mi mano en la prisión. Jesús... Esta era mi madre. ¿Por qué era tan dificil hablar con ella? Siempre había sido así para nosotras. Nada ha cambiado—. ¿Estás bien? ¿Cómo has estado?
- —Estoy bien, Keira. —Se alejó de la puerta y nos quedamos a un lado para dejar pasar a los otros visitantes—. Tu padre no te añadió a la lista de visitantes.

La miré fijamente, las palabras no se registraban completamente.

—¿Qué? Pero necesito verlo. —Mis ojos se dirigieron de nuevo a la puerta—. Conduje hasta aquí desde Brooklyn... —Dejé de hablar y me reí a carcajadas,

¿Por qué me sorprendía? Por supuesto, mi padre habría sido vengativo y no me habría añadido a la lista. Era el equivalente a tener la última palabra que siempre tenía que tener. Quería demostrar que seguía teniendo el control, incluso desde una celda de la prisión. Lo que respondió a mi pregunta. Nunca me perdonaría por mi traición. Quería que supiera que había ganado mi libertad e independencia a su costa. Y, por supuesto, mi madre lo apoyaría. Por supuesto, ella nunca se enfrentaría a él o intentaría defenderme.

Pero ella seguía de pie delante de mí y no me iba a ir hasta que me desahogara. No esperaba ninguna respuesta de ella. Solo necesitaba que me escuchara.

—Abandonaste a tus propios hijos por él. —Agité mi brazo en la puerta como si él estuviera parado justo al otro lado de ella, todavía moviendo todos los hilos—. Me abandonaste porque lo traición —dije, exponiendo los fríos y duros hechos. No sonaba enfadada ni herida y eso me sorprendió.

Sacudió la cabeza y dejó escapar un suspiro.







—Te dejé porque quería que tuvieras esa libertad que siempre habías anhelado. Me fui porque no podía mirar a mis propios hijos a los ojos después de lo que les hice. Están todos mejor sin mí.

Me mordí la lengua. *Todos están mejor sin mí*. Tal vez era cierto, y yo estaba empezando a creer que lo era, pero eso no era una excusa. Mi madre era una cobarde. Ella solo quería barrer todo esto bajo la alfombra como lo había hecho toda su vida.

—No espero que lo entiendas —dijo—. No espero que me perdones. — Su voz era distante.

Lo que hizo que fuera mucho más dificil tener alguna simpatía por ella. Ella había hecho esto. Se había hecho su propia cama al elegir a mi padre en vez de a sus propios hijos.

- —¿Por qué mantuviste a mis hermanos en secreto todos estos años?
- —Estaba avergonzada.

Sacudí la cabeza. En los últimos meses, había aprendido mucho sobre las mentiras que decimos, especialmente las que nos decimos a nosotros mismos. Eran tan dañinas y como dijo Tate, siempre vuelven para morderte en el culo.

—Si hubieras sido honesta desde el principio, habría estado bien.

No habría estado bien. Había sido una mierda dejar a sus propios hijos, pero al menos podría haber intentado compensarlos. Podría haber luchado por ser parte de sus vidas. Podría haber hecho muchas cosas, empezando por actuar como si le importaran una mierda.

—No puedo volver atrás y arreglar el pasado. Había muchas cosas que debería haber hecho de forma diferente. Pero traté de olvidar a Killian y a Connor. Pensé que sería una segunda oportunidad para hacerlo bien.

Me reí amargamente, preguntándome cómo era que todo había llegado a esto.

- —Eso no funcionó, ¿verdad?
- —No, no funcionó.
- —Tú y papá... siempre me hicieron sentir como la tercera rueda. Como si no hubiera suficiente espacio en su relación para mí. Tú hiciste eso. No él. Tú.

Ella levantó su barbilla.

- —Lo siento.
- —A veces sentirlo no es suficiente.
- —Me doy cuenta de eso. Todavía tienes la oportunidad de hacer las cosas correctas. De vivir una buena vida. Yo no la tengo.



#### Paradise BOOKS

# KUSh emery rose

Fue en ese momento, fuera de una penitenciaría federal que me di cuenta de que no me parecía en nada a mi madre. O mi padre. Era mi propia persona. Estaba lejos de ser perfecta. Cometía errores, hacia estupideces, dije palabras que lamenté, pero luchaba ferozmente por la gente que amaba. Si alguna vez tuviera hijos, nunca los abandonaría. Ni en un millón de años. Nunca les daría una razón para dudar de mi amor.

Pero mi madre preferiría rendirse, huir y esconderse y fingir que sus hijos no existían, antes que luchar por tenerlos en su vida.

- —Incluso después de todo, y sabiendo lo que sabes, ¿todavía lo amas?
- —Sí. Y siempre lo haré.

Ahora sabía la diferencia entre una relación sana y una relación tóxica. Sabía lo que era ser amada por un buen hombre que quería mantenerme a salvo y protegerme sin tratar de controlarme. Un hombre que me dio alas para volar. Que sugirió la carrera de aceleración como una forma de conquistar mis miedos. Lo hizo porque me conocía y me entendía, y había funcionado, tal como él esperaba. De alguna manera, había aceptado el hecho de que amaba a un hombre que había elegido un trabajo peligroso. Era parte de lo que él era. Era parte de la razón por la que me había enamorado de él en primer lugar. Y la vida... puede ser arrebatada en un instante, así que es mejor que disfrutes cada momento mientras puedas. Porque nunca sabes lo que te espera en el futuro.

Vivir duro, amar duro, nunca te rendirme. Así es como quería vivir mi vida.

Era hora de irse. Hora de decir adiós. Tiempo de recomponer mi vida y dejar de pensar en el pasado, pero quería que ella supiera todas las cosas que se estaba perdiendo.

—Ava y Connor se casaron. Y Eden y Killian esperan un bebé en mayo.

Miré su cara, esperando una reacción. *Algo*. Pero no obtuve nada de ella. Solo un asentimiento. Eso fue todo. Un guiño seco como si le hubiera dado el maldito informe del tiempo.

—Vuelve a tu vida, Keira. No hay nada para ti aquí.

Respiré hondo y miré la puerta que daba a la sala de visitas. Ella tenía razón. No había nada para mí aquí.

- —Adiós, mamá. Cuídate.
- —Adiós, Keira. —Me miró por encima del hombro antes de darse la vuelta y se alejó, con la cabeza bien alta y la espalda recta.

Mi padre era un criminal despiadado. Mi madre nunca me quiso realmente.

Pero yo había construido una nueva vida para mí. Tuve suerte. Rodeada de amor. Rodeado de familia en el verdadero sentido de la palabra.







Brazos fuertes me rodearon y me volví en los brazos de Deacon y puse mi mano sobre su corazón, tranquilizada por el ritmo constante. Las lágrimas rodaron por mis mejillas y él me abrazó. Lloré por mi madre. Por mi padre. Sasha. Toda la gente que he perdido en mi vida. Incluso a Anthony, en quien una vez creí.

Pensé en lo que Deacon había dicho, en cómo era leal a la gente correcta. Deacon, Killian, Connor... eran buenos hombres. La clase de hombres que te mantenían cerca cuando sabían que lo necesitabas. La clase de hombres que trataban de hacer lo correcto. Para protegerte y mantenerte a salvo. No para controlarte o jugar a juegos de mierda con tu cabeza.

Deacon me acarició el cabello y me dejó llorar. Hablábamos de eso en el viaje de diez horas de regreso a Brooklyn. Pero ahora mismo, él sabía que solo necesitaba que me abrazaran. Al final, después de todas las noches de insomnio y la preocupación y la culpa, así fue como tuve que encontrar mi cierre. Alejada de la vida de mi padre, una rápida charla con mi madre en el estacionamiento de la prisión.

Te perdono, Keira. Dije las palabras en mi cabeza. Eran solo un susurro, pero las escuché. Diría esas palabras muchas más veces y cada vez que lo hiciera, la voz en mi cabeza se haría más fuerte y más fuerte, y finalmente lo creería. Sabría que era verdad.

Esta vez, cuando lloré, no me sentí rota. No sentí que necesitaba que Deacon volviera a unir las piezas. Las lágrimas fueron mi último adiós a una vida que había dejado atrás.

Al liberar a Deacon, me limpié las lágrimas y sonreí.

—Vámonos a casa.









### DOS AÑOS Y MEDIO DESPUÉS

Le doy la mano a Keira y ella pone la suya en la mía.

—Me debes un baile.

Ella sonrie.

—Puedes quedarte con todos mis bailes.

La tomo en mis brazos y bailamos la canción que ella eligió. La versión de Ryan Adams de "Wonderwall". Ella es mi "Wonderwall". Descalza con un vestido verde bosque sin tirantes, largas y salvajes ondas de cabello cayendo alrededor de sus hombros, nunca se ha visto más hermosa. Cientos de luces de hadas brillan sobre nosotros como estrellas. Todos los que conocemos y amamos están reunidos en la tienda blanca instalada en el patio trasero detrás de la cabaña de mi abuelo. Mis padres, Abby, Connor y Ava, Eden y Killian, Max y su novia, Amber. Empezaron a salir el año pasado después de que Keira los presentara en una carrera de aceleración. Tate y los chicos del garaje están aquí, mis amigos policías y el equipo de boxes de Keira.

Nos casamos en la catedral del bosque. El sol se estaba poniendo mientras decíamos nuestros votos, prometiéndonos para siempre. Comimos tacos y bebimos cerveza y tequila. Me dio de comer pastel de chocolate con glaseado de caramelo salado.

Bajé mi cara a la suya y besé sus labios. Mía. Seguimos besándonos, moviéndonos lentamente al ritmo de la música cuando un fuerte chillido la atraviesa.

Una cola golpea la parte posterior de mi pierna y miro hacia abajo mientras nuestro perro rescatado Zeus corre en círculos a nuestro alrededor, un muñeco sujetado en sus mandíbulas. La niña de Eden y Killian, Rosie, lo persigue.



# Paradise



—Perrito malo —lo reprende. Agarrándolo por el collar, sin miedo en la cara de un labrador negro de varios kilos, trata de arrastrarlo y sacarle el juguete de la boca al mismo tiempo.

Todos en la tienda se ríen de la exhibición y Keira entierra su cara en mi hombro, su cuerpo temblando de risa. Esta es nuestra vida. Loca, caótica, nunca va del todo bien con los planes.

- —Rosie —dice Killian, abalanzándose y levantándola en sus brazos—. ¿Qué estás tratando de hacer?
  - —Me robó mi juguete. Quiero darle una paliza.

Killian intenta suprimir su risa mientras Rosie levanta los puños, con los ojos entrecerrados. Es adorable, con grandes ojos azules y rizos dorados. Todo lo que hace es tan jodidamente lindo que no puedes evitar sonreír por sus payasadas. Killian es un completo imbécil por ella. Lo tiene envuelto alrededor de su dedo meñique.

- —Rosie. No puedes golpear a un perro.
- —Sí que puedo. Soy una malota.
- -¿Quién te dijo eso?
- —El tío Deacon. —Ella me señala, tirándome debajo del autobús—. Dice que soy como mamá y la tía Keira y la tía Ava. Somos la familia de las malotas. ¿Verdad? —me pregunta, retándome a discutir eso. Es dificil de creer que esta chica solo tenga dos años. Es muy lista y ya domina el hablar mejor que algunos adultos. Killian va a estar muy ocupado con esto.

Me rio al pensar en Rosie como una adolescente.

- —Cierto. Y tú eres la más ruda de todas ellas. —Killian me frunce el ceño—. Pero esa no es una palabra bonita. Ven a bailar conmigo y con tu tía Keira.
- —Puedes mostrarnos cómo se hace —dijo Keira—. No somos tan buenos bailando.
- —Está bien. —Golpea sus palmas contra las mejillas de Killian y le da un gran beso.
- —Bájame, papá. Voy a bailar. —Nos señala con el dedo a mí y a Keira—. Necesitan mi ayuda.

Killian se rio y la puso de pie. Rosie nos mostró algunos de sus movimientos. Su movimiento característico era girar en círculos hasta que se marease tanto que caería en un montón. La chica estaba loca. De la mejor manera.

El día de nuestra boda fue perfecto. Justo ahí arriba en el desfile de los mejores recuerdos.



### Paradise BOOKS

## Kush emery rose

Hemos hecho un montón de buenos recuerdos en los últimos años. Ha estado muy ocupado. No es sorprendente que la carrera de Keira haya despegado. Está en la carretera más de lo que me gustaría, pero nos comprometimos a apoyar las carreras y los sueños de los demás. Voy a todas las carreras que puedo, animándola desde la línea de banda. No voy a mentir. Cada vez que la veo correr, tengo el corazón en la garganta y estoy muy nervioso. Los riesgos son altos. Podría perder fácilmente el control de su auto de serie y estrellarse. Pero le encanta y no tiene miedo al volante y no hay nada que prefiera hacer. Eso es algo que puedo entender.

Todavía se preocupa por mí, aunque intenta que no le afecte. Siempre que hablo con ella mientras trabajo, le digo que es una noche tranquila, o que solo estoy haciendo el papeleo, que vuelva a dormir. A veces es verdad, a menudo no, pero esas son las únicas mentiras que se me escapan de la lengua en estos días, y es para su tranquilidad así que puedo justificarlo. Creo que ella lo sabe, pero nunca me desmiente por eso.

De vez en cuando, menciona a su madre o a su padre, pero no es frecuente y en su mayor parte, ha hecho las paces con ello. Mis padres aman a Keira, y ella y mi madre se han acercado en los últimos años. Ayuda mucho tener a alguien a quien realmente le importa, que la trata más como a una hija de lo que su propia madre nunca hizo. No hablamos de Anthony ni de Ivan, ninguno de los dos siente la necesidad de desenterrar esos recuerdos, pero sí hablamos de Sasha a veces y todos los años, en el aniversario de su muerte, bebemos vodka.

La mañana después de nuestra boda, nos despertamos justo antes de que saliera el sol y bebimos nuestro café en la cubierta trasera. En un par de horas, todos los que se quedaron en la casa anoche y algunos otros amigos y miembros de la familia se detendrán para almorzar y para acompañarnos al aeropuerto. Iremos a Marruecos en nuestra luna de miel para comer tagine y vagar por las retorcidas calles, visitar las antiguas ruinas y los concurridos mercados. Será una sobrecarga sensorial. Pero ahora mismo, es tranquilo y pacífico, solo nosotros dos en un lugar lleno de tantos recuerdos felices.

Le propuse matrimonio aquí hace un año. No aquí en esta cabaña. En la cima de la montaña Overlook. Me arrodillé y le pedí que pasara toda la vida conmigo. El pronóstico era de sol, pero empezó a llover cuando estábamos a mitad de camino de la montaña. Deslicé un anillo de eternidad arco iris en su dedo y ella lloró, cayendo de rodillas y besándome a través de sus lágrimas en la lluvia. Fue hermoso. Keira dijo que la lluvia era buena suerte y yo le creí.

La puse en mi regazo en la tumbona y ella apoya su cabeza en mi hombro, mientras el sol salía, la mañana se bañaba en una luz dorada pálida.

—Estoy deseando formar una familia contigo —comentó.







- —No puedo esperar a envejecer contigo.
- —Seguiré alimentándote.
- —Y todavía estaré sosteniendo tu mano al otro lado de la mesa.

Nunca más se sentirá sola y yo nunca pasaré hambre.

Fin





# Sobre la autora



Emery Rose ama escribir sexys héroes alfa, heroínas fuertes, artistas, almas hermosas, y personajes defectuosos pero redimibles que necesitan trabajar por su felices para siempre.

Cuando no está escribiendo, puedes encontrarla mirando Netflix, trotando el globo en busca de sol, o inmersa en un buen libro. Ex neoyorquina, actualmente vive en Londres con sus dos hermosas hijas y una gruñona pero encantadora Border Terrier.



Paradise BOOKS Kush emery rose

Paradise BOKS

BEAUTIFUL #3